
CARAS Y CARETAS
EDVARDO ALVAREZ
Marcelo T. de Alvear
a su viejo amigo
Hipólito Irigoyen
Enero 1º de 1924
EL PRIMER REGALO

FELICITACIONES DE AÑO NUEVO



Sagarna, Molina y Gallo
a Marcó,
Herrera Vegas y Matienzo

Al comenzar el año nuevo, nosotros tres saludamos a Vds. tres, pues, sin ustedes tres, nosotros no seríamos tres.

Enero 1. 1924.

Lisandro de la Torre

se dirige afectuosamente a sus correligionarios donde se hallen y a los que queden y tiene el placer de comunicarles que seguirá atacando al gobierno radical (donde pueda).

Enero 1. 1924.

Carlos M. Noél

a sus admiradores. Capital Federal

Enero 1 1924

Elpidio González

saluda a su compañero y amigo Don Marcelo T. de Alvear y le desea unas vacaciones tan largas como sea posible y en el sitio más alejado de la Casa de Gobierno.

Enero 1. 1924.

José Luis Cantilo

saluda humildemente a la Divina Providencia y le suplica le siga favoreciendo como hasta ahora.

Enero 1. 1924

Julio A. Roca

saluda atte. al Dr. Marcelo T. de Alvear rogándole le disculpe haberse olvidado del lugar de su residencia que, oficialmente, tampoco existe.

Enero 1. 1924.

Juan B. Justo

saluda al coronel Pereyra Rozas y tiene el placer de obsequiarle con una campanilla que tiene sólo el mérito de haberle servido durante veinte años en la dirección del partido socialista.

Enero 1. 1924.

Hipólito Irigoyen

saluda al Dr. Vicente C. Gallo, y felicitándole por el honroso cargo para que ha sido designado, tiene el gusto de ofrecerle su casa.

Enero 1. 1924.



EL CUADERNO DE LOS NIÑOS

POR

EDMUNDO HARANCOURT

Traducido expresamente para CARAS Y CARETAS *por* JULIA ARROZAL

En la segunda cubierta: CUADERNO DE DICTADOS. *Clase octava.* Este cuaderno pertenece a Alberto Pelleriu, alumno de la octava.

Dictado del 23 de abril: LEONIDAS.

«El rey Jerjes 1.º era de un carácter violento y orgulloso, etc..., 30 líneas.

Una página en blanco.

....

....

Domingo 25 de Abril. — Abuelo, te escribo en mi cuaderno de dictados, completamente nuevo, y me fastidia mucho echarlo a perder porque será preciso arrancar las hojas, y en seguida se echará a perder. Pero es necesario que te cuente, porque tengo mucho miedo y porque Juan tiene todavía más miedo que yo. Fué él quien tuvo la idea. Me dijo: «Escribe al abuelo en tu cuaderno nuevo, y se le mandará con Anita cuando vaya al mercado, y abuelo lo sabrá, porque es preciso que lo sepa, y tú que eres el mayor, eres quien ha de escribir». Abuelo, no se nos debe reñir porque, como te he dicho, tenemos mucho miedo y querríamos que las vacaciones de Pascua hubiesen concluido o que tú vinieses a buscarnos. Entonces te lo diré todo para que lo sepas bien, y porque estoy obligado a mezclarme en lo que a los niños no les importa; no me reñirás y no dirás que somos chismosos, porque no es culpa mía, y no lo he hecho apropósito, y no hemos escuchado detrás de las puertas, ni Juan ni yo, pero lo hemos oído todo porque papá y mamá gritaban muy fuerte en el cuarto de al lado. Y yo creo que son muy desgraciados, pero también nosotros lo somos. Entonces, escucha todo lo que ha pasado:

Esta mañana, Anita nos vistió a los dos con nuestros trajes de los domingos para mandarnos a casa de mamá con quien debíamos ir de paseo, porque es su día de vernos. Papá pasó y dijo: «¿Por qué les viste usted así?» Anita respondió: «El señor bien sabe que hoy es el día en que la señora tiene el derecho de tenerlos, según el juicio de los jueces del divorcio, y su madre debe llevarlos a pasear.» Papá se enojó y dijo muchas palabrotas contra los jueces y también contra mamá, y que no nos tendría jamás con ella. Estaba enojadísimo, de tal modo que se ha cortado la mejilla con la navaja al afeitarse, y que ha ensangrentado toda la toalla. Entonces a las 8, Clementina llegó diciendo que venía a buscarnos de parte de mamá, y la cosa recomenzó y papá volvió a enojarse, gritando con todas sus fuerzas, y echó a Clementina diciéndole insultos para mamá y que, si quería tenernos, que viniera ella a buscarnos.

Entonces, a las diez, mamá vino, pero nosotros no la hemos visto. Cuando llamó, papá nos encerró con llave en nuéstro cuarto, y papá dijo a Anita: «vuelva usted a su cocina». Y papá y mamá se quedaron solos y en seguida pusiéronse a disputar. Mamá decía que venía a buscarnos y que estaba en su derecho, y papá decía que ella no nos tendría nunca. Nosotros oíamos todo a través de la puerta, sin hacerlo apropósito, como te he dicho; y te prometo, abuelo, que es la pura verdad porque nosotros hubiéramos preferido no oir lo que papá reprochaba a mamá y los feos nombres que le daba; y llorábamos los dos tratando de no hacer ruido, y yo puse el pañuelo en la boca de Juan para impedir que lo oyeran. Mamá estaba furiosa también, y los dos estaban cada vez más furiosos. Mi mamacita concluyó por gritar que era verdad todo lo que papá decía, y más todavía de lo que él pensaba, y que ella había hecho lo que se le había antojado, que no lo quería, que quería a otro, y que estaba en su derecho. Papá, entonces, no continuó enojado; tenía pena y se puso a sollozar, diciendo a mamá que la quería con todo su corazón, que la adoraba, que olvidaría todo, y que no podía privarse de ella, y que volviera a la casa para quedarse siempre. Y nosotros hubiéramos deseado muchísimo que mamá dijese que sí, pero decía no; y oíamos a papá arrastrarse en el suelo, golpeando el parquet con sus rodillas, o bien tal vez con la cabeza; y hubo un momento en que debía estar muy cansado a fuerza de llorar y de moverse porque se aquietó; después

quería abrazar a mamá, a la fuerza, pero ella no quería y no lo tuteaba como antes, pero respondió fuerte: «¡Déjeme, lo detesto a usted!» Entonces se pegaron un poco y se empujaron entre la cómoda y la cama, porque papá quería obligar a mamá a que lo abrazara y ella no tenía gana. Entonces gritó él lo más fuerte que pudo: «¿Quieres entonces que te mate?» Nosotros ya no respirábamos de miedo, pero eso no duró, porque mamá no tenía ninguno, y al contrario se puso a reir y dijo: «Verdaderamente, eres demasiado cobarde.» Y añadió: «¡Y basta, deme usted mis hijos que me voy!» Entonces, todo empezó de nuevo como al principio, a propósito de nosotros, pero más fuerte, y no puedo repetirle, abuelo, todo lo que se dijo, porque ya no me acuerdo de tantas cosas, y porque había muchas que no he comprendido, pero que tú tal vez comprenderías. Así, lo que más enojó a papá, fué cuando mamá dijo justamente como él, que los jueces eran unos *idiotas y que se burlaba no poco* de ellos, visto que sus hijos eran de ella y no de él, y que el juicio nada cambiaría, y que los jueces no podían decir quién era nuestro padre, pues no sabían nada de eso, y ella tampoco. Fué en ese momento que él gritó: «¡Entonces, yo los mataré a tus hijos!»



Yo sé bien que papá estaba colérico, pero repetía todo el tiempo: «¡Sí, los mataré!»

Hasta en un momento en que ella se burlaba de él a causa de su gran tajo en la mejilla, le prometió matarnos con la misma navaja si ella no quería volver a la casa. Mamá se empeñaba en repetir que no haría él eso, y yo se le decía a Juan, en voz muy baja para que no supieran que lo habíamos oído.

Entonces, papá rompió todo lo que estaba sobre la chimenea, los floreritos azules, los candelabros y hasta el reloj donde hay una Juana de Arco: «¡Los mataré así, y después todavía así; el uno tras el otro, como esto y esto!» Fué entonces cuando no pude contener ya más a Juan, que se puso a golpear la puerta gritando que quería irse con mamá. Mamá nos hablaba desde el otro lado de la puerta, y los dos se empujaban contra ella. Papá era el más fuerte y yo le oí retirar la llave. Dijo, palabra por palabra: «No los volverás a ver jamás, ¿me oyes? Te doy tres días para reflexionar. Si dentro de tres días no vuelves, si el martes a la noche no duermes aquí, les corto el pescuezo con esta navaja y me lo corto yo después. ¿Ves? esta navaja...

Mamá lo llamaba imbécil y le aconsejaba que se mirara en el espejo; nos gritó que no creyésemos en estupideces y que desde allí nos llenaba de besos, y que iríamos a pasear con ella otro domingo, y que nos llevaría en el vaporcito mosca. Y después partió, y papá que no tenía ya la voz colérica le repitió: «¿Has oído bien? Hasta el martes a la noche. Te doy hasta media noche. Si no estás aquí a media noche, ellos primero y yo en seguida.»

Cuando mamacita hubo partido, papá cerró la puerta del vestíbulo. Cuando fué medio día, Anita vino con la llave que papá debía haberle dado; atravesamos el cuarto de papá y mamá, donde estaban los destrozos, y nos condujo a la mesa. Papá estaba sentado ya allí. No me habló una sola vez ni tampoco a Juan. Tenía su cara de mal humor y tiraba su tenedor, mirándonos de reojo, sobre todo a Juan, que no podía tragar. Papá tampoco comía, pero rezongaba, en voz muy baja o bien en contra de Juan, y concluyó por tirar también su servilleta antes del postre, gritando a Anita para que hiciera comer a ese tal, hijo de pelele. Anita le respondió que hacía mal en decir esas palabras delante de los niños, los que debían respetar a su madre, y papá la sermoneó a su turno, jurando que era la *pura verdad, que nosotros no* éramos hijos de él, y que nuestra mamá decía lo mismo. Entonces Anita preguntó lo que debía hacerse de nuestro domingo, después de almorzar, y él le dió la orden de encerrarnos en nuestro cuarto y de devolverle la llave porque no quería que saliéramos y que se apoderasen de nosotros.

No salió él tampoco: Juan cree que eso lo hace para vigilarnos. Entonces, te escribo yo, mi pobre abuelito, a propósito de mi domingo de Pascua, en mi lindo cuaderno nuevo, porque si papá entrara de golpe creería que hago mis deberes. Es siempre Juan quien ha tenido esta buena idea. Dice éste que mamacita no te contará nada de todo lo que pasó esta mañana, y que está seguro porque la ha oído un día, después del juicio, decir que no te contaría nunca nada más. Y querríamos ¡tanto lo querríamos! que vinieras tú a buscarnos, porque nuestras vacaciones no serán muy alegres y tal vez papá nos permitiera irnos contigo.

Mi querido abuelo, me ha calmado un poco el escribírtelo todo; tengo un poco acalambrados los dedos, pero no tengo tanto miedo, y, de todos modos, ven a llevarnos si tú lo deseas, y si lo desea papá. Te abrazo tan fuerte como te quiero

ALBERTO.

....

Domingo a la noche. — Abuelo, agrego una palabra para contarte lo que pasó todavía. Papá nos hizo comer en nuestro cuarto diciéndole a Anita que no quería vernos más; no vino a besarnos y le oí abrir todos los muebles para buscar lo que hay en ellos, y ha encendido la chimenea donde quema sus cosas.

Desde que se hizo noche tengo mucho miedo y no sé de qué, pero Juan tiene todavía más miedo

y no quiere que apague la luz. Querríamos que vinieras a buscarnos mañana. Trata de venir. ¿Sí, abuelo?...

....

Lunes de mañana, 26 de Abril. — Abuelo, estoy muy fastidiado porque Anita se ha ido sin entrar a nuestro cuarto que no está arreglado, porque papá le ha dado licencia para todo su lunes de Pascua, y el nuestro no será nada entretenido. Hemos dormido muy mal. Juan ha tenido pesadillas y se despertaba a cada rato. Papá ha escrito casi toda la noche. Te confieso, abuelo, que Juancito lo ha visto por el agujero de la cerradura; yo le decía de no hacer eso, y que está prohibido mirar por el agujero de la cerradura; pero no deberás reñirlo, porque no sabe lo que hace. Y papá también ha dormido mal; cuando se decidió a acostarse hablaba solo y daba golpes en su cama o en la pared, y aquello sonaba como si hubiese golpeado con la frente, y llamaba a mamacita como si hubiera estado ella en otra pieza, y otras veces repetía: «¡Con los pies delante, tus muchachos cochinos! ¡Con los pies delante tus hijos de pelele!» Yo esperaba que tú hubieras venido esta mañana a llevarnos. Pero Juan dice que no vendrás porque mamá nada te ha contado y que papá nos cortará el pescuezo mañana a la noche. No creo eso, tú comprendes, abuelo, pero estoy muy angustiado de todos modos y querría que tú vinieses.

....

Lunes a las 5. — Estamos solos en el departamento..Papá acaba de salir y Juan cree que ha despedido a Anita para que no abra a nadie en su ausencia; tiene éste cólicos, entonces, atravesando el dormitorio de papá-mamá ha visto lo que papá escribía anoche; eran cartas, hay un montón, cerradas, para varias personas, y la de arriba para el comisario de policía, y no tienen estampillas, y es bien raro que papá estuviese tan apurado por escribirlas durante la noche y que no las haya llevado para echarlas al correo. He visto yo que la chimenea estaba llena de papeles quemados. Y vi también la navaja de papá, sobre la mesita a la izquierda; la hoja tenía sangre todavía. Mi pobre papá ha debido cortarse muy fuerte, pero la navaja me causa miedo. Juan decía que debíamos esconderla en alguna parte para que papá no pueda cortarnos con ella el pescuezo, pero no me he atrevido a tocarla, y él tampoco. Abuelo, es preciso que vengas pronto, te esperamos con impaciencia. ¡Tenemos tanto miedo el uno como el otro de que tú no vengas antes de esta noche! Y dice Juan que no vendrás, y es una lástima si se debe pasar la noche como ayer.

....

Lunes a la noche. — Papá ha venido a buscarnos a nuestro cuarto para conducirnos al comedor, porque Anita todavía no ha vuelto. Empujó un poco fuerte a Juan contra la mesa, diciéndole: «¡Hártate, porquería, soy yo quien paga!» Tiene aire de malquerernos, a Juan sobre todo. A mí no me dijo nada. Juan lloraba en vez de comer. Entonces le dijo: «¡Anda a acostarte!» Yo me quedé solo con papá. Tiene un gran tajo, que la lámpara hacía todo negro, y cuando yo lo miraba lo sentía en el fondo de mi cuello y eso me impedía tragar. Entonces pregunté si podía irme a acostar yo también. No me respondió. Entonces me levanté de la mesa muy suavemente, te lo aseguro, y le pregunté si podía besarlo, y quise besarlo del lado donde no está cortado, y me respondió: «¡Anda a acostarte!» Encontré a Juan que llora siempre, y tiene siempre su cólico. ¡Ven a buscarnos pronto, abuelo! ¿Es verdad que mi padre puede cortarme el pescuezo!

....

Martes de mañana. — ¡Es hoy martes! Tú no vienes. Mamá tampoco. Nadie viene. Tengo escalofríos en la espalda, abuelo, cuando pienso que es martes hoy. ¡Con tal que mamá vuelva antes de esta noche! Ella no cree lo que ha dicho papá, pero Juan está seguro; él comienza a convencerme. Anita quiso hacer nuestras camas hace un momento, y él dijo: «¡No merece la pena!» ¿Porqué dijo eso? La echó de nuestro cuarto, y dijo: «Salga de ahí, yo desconfío de todas las mujeres, porque son todas iguales.» Entonces, Anita dijo que eso no era verdad y que era ella una mujer honrada que nunca había tenido hijos, y salió dando un portazo, y no pude darle mi cuaderno. Juan ha tenido como un ataque de nervios porque ha dormido mal otra vez. Gritaba: «¡No quiero! ¡No quiero!» Se retorcía en el suelo. Papá lo miraba, parado, con su tajo. En cierto momento dijo a medias: «Acabarás de todos modos, si ella no viene.» Hablaba entre dientes, pero lo oí yo muy bien. Entonces miró su reloj y pensé que contaba las horas y desde ese momento estoy seguro que es verdad y que nos cortará la cabeza con su navaja. ¡Abuelo, socorro! Te suplico, ven a buscarnos, tengo mucho miedo y quisiera estar ya muerto para no tener ya miedo.

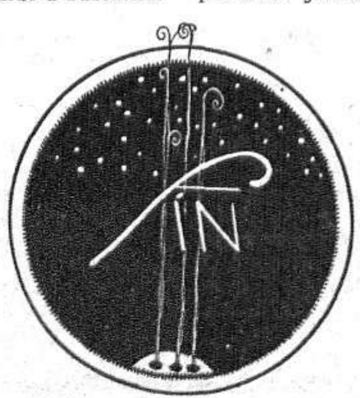
....

Martes, 4 de la tarde. — Hemos querido escapar por la ventana. Fué Juan quien tuvo la idea de anudar las sábanas. Ensayamos; no llegaban al segundo. Entonces Juan se puso a empujar y golpear la puerta con los puños, gritando siempre la misma cosa ¡que no quiere! ¡que no quiere! Gritó también por la ventana. Entonces papá vino, estaba furioso; dió dos bofetadas a Juan, y se lo llevó tirándolo por el brazo; Juan se hacía arrastrar y continuaba gritando que no quería. Creo que está encerrado en el baño. Entonces, estoy solo. Papá ha dejado nuestra puerta abierta para que me quede quieto. Oigo que camina. Tengo gana de ir a suplicarle que no nos haga nada. No me atrevo. ¡Oh, con tal que mamá llegue pronto! No faltan más que 8 horas.

....

Las 11. — ¡Eso va a ser ahora! Mamá no vendrá ya, puesto que no ha llegado. Fuí a echarme a los pies de papá, pero no pude hablar. Dijo él: «¡A la perrera!» Jamás lo he visto con una cara semejante.

Me rechazó; jamás le he visto una mano tan grande, y cuando esa mano se acercó a mí, escapé. ¡Desearía tanto que todo hubiese concluído! Eso debe doler tanto. Abuelo, te abrazo; abraza a mamá por mí. No oigo a Juan ya. Son las 11 y media y la vela está casi gastada, y ahora yo...



....

Causa Pelleriu. — Asesinato de los niños Alberto y Juan Pelleriu. Piezas incautadas, N.º 27. Visto Bueno del juez de Instrucción. Firma: ilegible.



LA LEYENDA DE LAS KHANTUTAS

POR ANTONIO DIAZ VILLAMIL

Me estorba. Dame un remedio para librarme de ella.

— Yo quiero servirte, Khjosi Naira; pero... ¡es tan buena tu hermana! No quisiera hacerla ningún daño.

— Si no aceptas iré a ofrecer a otra hechicera estas *llijllas* y adornos que traje para ti.

Los ojos de Laykha Huarmi, la bruja, brillaron de codicia y un gesto de ansiedad trazó nuevas arrugas en su apergaminado rostro.

— Ya sabes que estoy dispuesta a doblar el obsequio a fin de librarme de la que me disputa el cariño del hijo del Curaca — contestó Khjosi Naira a la vez que desdoblaba las telas y hacía relucir las joyas.

— ¿Aceptas?

— Sí... Sí... Será como tú quieres — musitó Laykha Huarmi con infernal sonrisa, hincando sus afiladas uñas en el fino tejido, como acto de posesión.

— Bien. Ahora dame el brebaje. Quiero que muera hoy mismo.

— No, no. ¡Imposible matarla!

— Entonces, ¿cómo puedes librarme de Khantuta?

Pensó unos instantes la vieja, y después de entornar sus torvos y empañados ojos, replicó:

— Puedo convertirla en algún animal...

Al caer el sol, Khjosi Naira bajaba apresuradamente por la falda del cerro, después de haber combinado con la horrible bruja sus siniestros planes.

Khjosi Naira era joven y bella; pero en ese momento su rostro — espejo de sus terribles pensamientos — tenía, ante la luz crepuscular, algo de diabólico. Sus ojos, que de ordinario eran dulces y bellos, destellaban rayos fatídicos.

De pronto detuvo su andar al percibir a lo lejos el dulce sonido de una quena. ¡Oh, aquélla quena! ¡La conocía tanto!

— No cabe duda — pensó — es la quena de Suma Chuyma, quien debe estar esperando a mi hermana para cortejarla.

Este pensamiento produjo en su espíritu un escozor de despecho, y los celos, acicateando su inquietud, la obligaron a correr desalada en pos del hombre que amaba...

— Que Pachamac proteja tu vida, Khjosi Naira — saludó, al verla llegar, Suma Chuyma.

— Y a ti te conceda todo favor — contestó ella, envolviendo al joven en una mirada de ofrecimiento y seducción.

Los lindos ojos de Khjosi Naira que en ese momento agotaban todo el tesoro de sus encantos, habrían subyugado irremisiblemente a Suma Chuyma si éste no hubiera entregado ya toda su alma y todos sus ensueños a Khantuta.

Mas, como a pesar de todo no estaba seguro de vencer el encanto de aquellos ojos: — Khjosi Naira, ¿por qué venías tan sola por esos parajes? — inquirió por decir algo y buscando manera de esquivar la mirada que en ese momento parecía desnudarle el alma.

— Sola vengo — contestó con amargo acento, velando con sus enormes pestañas el triunfo de sus irresistibles ojos, — porque soy tan desgraciada que el hombre al que adoro se aleja de mí en pos de otra mujer. Por eso — añadió, destilando en sus palabras la hiel de su pena, — sola y llena de amargura, sin tener quien alivie con su quena las tristezas que el crepúsculo imprime en mi alma, vago sola, entre rocas, oyendo por todo arrullo y por toda voz de consuelo el silbido del viento en las breñas y pajonales... ¡Oh, si ese hombre quisiera, cuán fácil sería tornar mis pesares en alegrías!...

Suma Chuyma comprendió que de continuar ella acabaría por decirle categóricamente algo que ya presentía al través de esas miradas preñadas de pasión.

— Orgullosa soy y seré siempre con todos los demás hombres.

— Pues eso te perjudica. Cuántos que acaso te aman con locura no habrán preferido ahogar sus ímpetus y alejarse de ti.

— Nada pierdo. ¡Sólo amo y amaré a uno, y por él daré mi amor, mi orgullo y mi vida!...

Suma Chuyma vió que la muchacha preparaba ya el terreno, y, sabiendo que a pesar de su fidelidad a Khantuta, no sabría hallar palabras para evitar la tentadora insinuación, comenzó a entonar en su quena una armonía de serenos ritmos, que en ese momento supremo de la prueba parecía ser el Himno de la Fidelidad.

Khjosi Naira calló, y sugestionada por aquellas notas, quedó inmóvil frente al hombre que amaba.

Suma Chuyma, de pie, con la vista perdida en el horizonte sobre el que comenzaban a brillar las estrellas, con los cabellos que la brisa deshacía sobre su frente en artístico desorden, estaba en aquel momento bello. Su musculatura de atleta daba a su cuerpo un armonioso conjunto de fuerza y esbeltez.

Como si el milagro de la voz de su quena hubiera logrado inmunizarse a la seducción, se absorbió por entero en la música. Olvidándose de la que tenía cerca de sí, su pensamiento voló hacia su adorada Khantuta, y entonces, las notas suaves y serenas cambiáronse por la trova más honda y sentida. Tan honda y tan sentida, que Khjosi Naira no pudo más, y cogiendo con pasión entre sus brazos la cabeza del joven, con ademán impetuoso y palabras quemantes de deseo le insinuó:

— Vamos allá, a la cumbre de aquel peñasco. Donde estemos solos; donde nadie nos vea ni nos oiga. Allí... ¿quieres?...

La realidad fué brusca para el hijo del Curaca. Aquel abrazo y aquellas frases rompieron su arro-

bamiento. Haciendo un supremo esfuerzo de serenidad y con la mente fija en su amada Khantuta, dió un salto atrás para librar su cuerpo de peligrosos contactos. En tono de reproche y procurando hacer lo más duras posibles sus palabras, exclamó:

— *¿Estás loca, Khjosi Naira? ¿Qué pretendes* de mí?

Tanta era la pasión que ella sentía por aquel hombre, que iba a arrojarse a sus pies y mendigar a gritos su cariño. Pero fué entonces que súbitamente se acordó del pacto con la bruja, y, lejos de arrodillarse a implorar amor, se irguió serena, tranquila, y velando los últimos tintes de su rubor entre las sombras de sus grandes pestañas, contestó con toda calma:

— Te decía que si podíamos subir a aquella altura, para, desde allí, ver salir la luna de entre las aguas del lago.

Suma Chuyma se alegró de que el incidente hubiera terminado sin haber dado lugar a explicaciones peligrosas; pero, acordándose de que aquellas noches no eran de luna, quiso aprovechar la ocasión para escarmentar a la tentadora, y contestóle irónicamente:

— ¿Luna en estas noches?... Pareces un poco turbada hoy. Mejor sería que te apresures a volver a tu choza...

Y se separaron, alejándose cada cual por su camino. Suma Chuyma pensando en su Khantuta. Khjosi Naira acariciando febrilmente su venganza.

La noche negra y silente guardó en su misterio el secreto de esas dos almas.



De pronto detuvo su andar al percibir a lo lejos el dulce sonido de una quena. ¡Oh, aquélla quena! ¡La conocía tanto!

II

— ¿Volverás pronto, no es cierto?

— ¡Y lo dudas! — contestó Suma Chuyma mientras estrechaba apasionadamente a Khantuta. — ¿No sabes ya que lejos de ti no puedo ser feliz?

— Pues entonces mejor es que no nos separemos más — replicó Khantuta, envolviendo a su amado en una mirada de amor.

— Ese es mi más ardiente deseo; pero debo obedecer a mi padre. El está anciano y no puede ya viajar para cobrar los tributos que nos deben los súbditos de los ayllus. A no ser por esto no me alejaría jamás de tu lado.

— *Suma Chuyma, obedece a tu padre y vuelve* pronto. Yo esperaré impaciente tu retorno.

— Lo posible haré por no alargar la ausencia. Después, ya sabes... Constituiré mi choza para llevarte allí y vivir felices con la aquiescencia y la bendición de Curaca, mi padre.

Ante estos brotes de esperanza la despedida se dulcificó un tanto, y las gotas de llanto que el dolor del adiós arrancó a los ojos de Khantuta fueron perlas que bajaron a engastarse entre los labios sonrientes de la bella enamorada...

....

Y mientras el amor y la inocencia bordaban, bajo el romántico encanto de la luna, con sus más *bellos matices* aquella despedida, Khjosi Naira, muriendo de celos, presenciaba la escena oculta entre unos matorrales vecinos. Sus ojos con reflejos felinos dejaban brotar los relámpagos de la tempestad de su alma.

Cuando el joven se alejó confiando a su quena el dar las últimas voces de despedida, y Khantuta tornaba, sollozando, a la choza paterna, la celosa hermana salió de su escondite y tomó el sendero que conducía a la solitaria cabaña de la bruja...

III

Durante la ausencia de Suma Chuyma, que apenas duró siete lunas, ocurrieron en el poblado graves acontecimientos.

Khantuta, la novia del hijo del Curaca, desapareció misteriosamente sin dejar ningún rastro.

El Curaca, padre de Suma Chuyma, viejo y achacoso, murió dejando la autoridad a su hijo ausente.

Cuando éste volvió para hacerse cargo del gobierno, fué entrevistado por el Consejo de ancianos, que le anunció que en cumplimiento de la tradición, antes de investirse del poder, debía tomar una esposa, ya que este requisito era indispensable a su autoridad.

Suma Chuyma en vano hizo buscar por el territorio a Khantuta. Nadie sabía de ella.

Su dolor fué tan grande y tan intenso, que ante la inútil espera a la amada, quiso renunciar al gobierno y disponer de su vida tan sólo para llorar a su amor perdido... Fué inútil. Los ancianos, y con ellos todos los súbditos, obligaron a Suma Chuyma a cumplir la última voluntad del extinto Curaca.

Khjosi Naira estuvo presente al dolor del joven. Ataviada de todos sus encantos y pródiga de sus mimos, y con la constancia y el empeño de su pasión, comenzó la conquista.

En un principio, Suma Chuyma, abroquelado en su inmenso pesar, resistió imperturbable. Pero un día se le presentó una comisión de ancianos y le expuso:

— Señor, cese ya tu dolor, que por justo y sincero que sea, no debe convertirse en la tumba de tu estirpe. Cumple ya el requisito del matrimonio y asume de una vez el gobierno. Van en ello nuestra vida y nuestra libertad. Los pueblos vecinos, al saber que aún estamos sin jefe, se preparan a ata-

carnos. Antes que tus afectos están tus deberes de Curaca.

Suma Chuyma se rindió ante tales razones y haciendo interiormente el voto de su sacrificio eterno en aras de la felicidad de sus súbditos, anunció que estaba dispuesto a casarse.

Tres días después Khjosi Naira, entre las ovaciones y entusiasmo de los súbditos, era proclamada Curaquesa. ¡Su sueño se había cumplido! Y la bruja con sus hechicerías había convertido en realidad su amor sin esperanza...

IV

La choza del Curaca, la mejor y la más amplia, se alza en la falda de la montaña que mira al lago. Allí, el paisaje andino, con sus sobrias magnificencias, con sus asperezas y monotonías, forja el alma de una raza huraña y melancólica.

A la puerta de la choza, frente al lago cuyas aguas legendarias parecen besar en la lejanía las faldas de las cumbres nevadas, está sentada Khjosi Naira contemplando la caída del sol. Junto a ella está su esposo a quien su afecto y su constancia han convertido en el más amante compañero.

—¿Tienes alguna pena, Khjosi Naira, que empaña tu dicha? ¿Qué más deseas?

—Nada tengo, amado mío; mas, si algo quieres ofrecerme, sólo te pido que al plácido encanto de este atardecer añadas el armonioso efluvio de tu quena.

Y el Curaca, el que ayer nomás se refugiaba en las cadencias de su quena para huir a las seducciones de aquella mujer, ahora tejía con sus melodías el idilio que había rehusado...

Y todo el paisaje pareció temblar de emoción cuando la quena expareció sus cadencias por el espacio.

Y las notas melodiosas, ya besando las ondas del lago, ya flotando por las breñas de la montaña, fueron alejándose hacia el infinito hasta formar un abrazo panteísta en el que se unían el alma de la naturaleza con el alma de la raza...

De pronto aquel paréntesis que el arte y el amor habían abierto en medio de la vida, fué bruscamente cerrado por el batir de unas alas. Un gentil *Huaycho* de alas relucientes y expresivos ojos, como encantado por la dulce melodía, abatió su vuelo y se detuvo a pocos pasos.

—Khjosi Naira—preguntó el Curaca, interrumpiendo su trova,—¿no te parece que los ojos de esta ave se parecen a los de alguien a quien hemos conocido y querido?

—No comprendo lo que dices—respondió, pero sus ojos al cruzarse con los del ave se alumbraron en extraño fulgor.

El *Huaycho* después de mirar a la Curaquesa con una altivez rara, tornó sus ojos hacia Suma Chuyma, y al hacerlo así debió asomar a sus pupilas algo tan profundo y vehemente, que no se hubiera sabido decir si era mirar de reproche o de pasión.

—¿No te recuerda este animalito los ojos de ella, de... Khantuta?—inquirió otra vez con creciente exaltación, dominado enteramente por esas miradas que parecían llegarle al alma.

—¡Caprichos de tu fantasía! Mírate en mis pupilas y olvida otros ojos que no sean los míos. Y se le acercó con mimo y le envolvió en la deliciosa tersura de sus brazos, procurando interponerse entre las miradas de su amado y las de esa ave misteriosa.

El animalito, como si se sintiera molestado por esa escena de amor, abatió sus alitas y piando tristemente voló a refugiarse en la muerte del crepúsculo.

V

La escena en la puerta de la choza de la bruja y a la luz de las estrellas.

Los personajes: Khjosi Naira y la hechicera.

—¿En qué animal has embrujado a mi hermana?

—En el *Huaycho*.

—¿Por qué no has elegido otro animal que fuera feo y repugnante?

—Mis genios maléficos no me permitieron

....

Suma Chuyma callaba y sólo tenía para responder el supremo lenguaje de sus lágrimas.

VI

La tarde expiraba con el melancólico encanto del paisaje aimará. A la puerta de su choza el Curaca y su mujer enredaban plácidamente su idilio cotidiano. De cuando en cuando, por el cielo de ópalo, se veía cruzar un ave que se apresuraba sin duda a cobijarse en su nido.

La caruquesa empezó a sentir una intensa inquietud que crecía a cada rozar de alas que sus oídos atentos percibían en el silencio crepuscular.

—Hoy estás muy preocupada, Khjosi Naira.

—¿No tienes bastante con mi cariño?

—Siempre estoy contenta. Pero esta tarde necesito pedirte dos cosas.

—Di.

—Primero, que en tu quena toques aquella canción, ¿recuerdas? aquella de esa tarde, cuando rehusaste mi amor.

—Aunque no quisiera recordar el disgusto que te di aquel día, lo haré porque tú lo pides.

—Bien, después te pediré la otra.

Y la quena comenzó a vivir en el alma del paisaje, evocando todo un florilegio de quejas y amores.

Casi al mismo tiempo se oyó muy cerca un ruido de alas, y el *Huaycho* detuvo ante ellos su vuelo.

—¡Basta de música!—interrumpió febril Khjosi Naira.—Ahora quiero las alas de esa ave.

—¿No tienes acaso tocados de más hermosas plumas y joyas y conchas mejores que esas plumas grises?

—Si me amas, matarás esa ave para darme sus plumas.

—Podría ofrecerte un obsequio más digno.

—¡No, quiero esas plumas!

Y la honda giró. Silbó la piedra y, certeramente dirigida, abrió profunda herida en la infeliz ave.

Cayó en tierra el *Huaycho* y se revolcó sobre su misma sangre. Pero, viendo que Khjosi Naira se le aproximaba en ademán de cogerla, ha-

ciendo un supremo esfuerzo y a pesar de tener un ala rota, voló a refugiarse entre los matorrales.

Burlada la Curaquesa en su cruel intento, incitó a su esposo a seguir la persecución de la pobre fugitiva.

— ¡Cógela! ¡Cógela! — gritaba a su esposo.

El animalito herido huía, ya arrastrándose penosamente por el suelo, ya en vuelos cortos y desesperados, de rama en rama y de arbusto en arbusto, montaña arriba, dejando en cada rama donde se posaba abundantes gotas de sangre.

En el primer momento, Suma Chuyma corrió en pos de su víctima. Después sintió piedad, sentimiento que se transformó en un hondo presentimiento que le decía que su dicha se había destrozado para siempre. Convencido de que había hecho muy mal en ser tan cruel, se detuvo...

— ¡Cógela! ¡Cógela! — sintió clamar a sus espaldas.

Sugestionado por aquellos gritos, muy a pesar suyo, continuó la caza.

El *Huaycho*, agotando sus postreras energías, siguió huyendo desesperado, con saltos y caídas angustiosas, de una rama a otra, burlando a su encarnizado perseguidor.

Y en cada arbusto y en cada rama dejaba el rojo de su sangre....

Y Suma Chuyma que por unos momentos se rendía a la compasión, era nuevamente hostigado por el sanguinario empeño de su mujer.

— ¡Cógela! ¡Cógela!

Oía a sus espaldas, y él como un insensato seguía adelante, ahogando la piedad innata de su corazón.

Pero el infeliz *Huaycho* sintió que las fuerzas se le agotaban. Desesperado, buscó un postrer refugio. Muy cerca divisó una choza. Hacia ella dirigió sus postreros aletazos en pos de un protector.

La puerta de la cabaña estaba abierta. En el interior Laykha Huarmi prepara sus misteriosos brebajes. El ave moribunda corrió a refugiarse en su regazo donde cayó jadeante y ensangrentada.

La bruja la cogió con sus manos sarmentosas. Este contacto pareció darle nueva vida y abriendo sus ojitos llenos de angustia, con una mirada expresiva imploró amparo.

Aquella mirada honda y extraña fué para Laykha Huarmi la revelación de su infamia. En ese momento supo que el ave sangrante y moribunda que tenía en sus manos era la bella Khantuta hechizada por ella misma. Sintió entonces que su corazón negro y encallecido se conmovía y con acento del más puro arrepentimiento, exclamó:

— ¡Khantuta, Khantuta, perdón!

En el mismo instante apareció por la puerta Suma Chuyma, quien, al oir ese nombre, olvidó su cruel empeño y con la mente fija en una sola idea, se encaró con la vieja:

— ¿Khantuta has dicho? ¿Sabes, por ventura, de ella?

— ¡Perdón, perdón! — exclamó la hechicera. — ¡Yo te la devolveré!

A pocos momentos después, mediante ciertos conjuros y manipulaciones, el ave moribunda se transformó en la joven Khantuta; pero no ya la niña rebosante de vida y juventud, sino una víctima con el pecho abierto en profunda y mortal herida.

Extendida sobre unas pieles de llama, sólo vivía en sus ojos, unos ojos de pasión inmensa y dolorosa. Suma Chuyma, en el paroxismo del pesar, silencioso, con el silencio de los grandes dolores, regaba calladamente con su llanto el cuerpo de la moribunda.

— ¡Amado mío! — moduló débilmente la pobre Khantuta al sentir que por su herida escapaban los últimos instantes de su vida — voy a morir. Ven, estréchame sobre tu pecho y recibe mi postrer aliento... Nuestra dicha fué imposible... entre los dos se interponía el amor de otra... de mi hermana!... ¡Perdónala! Lo hizo por amor a ti...

Suma Chuyma callaba y sólo tenía para responder el supremo lenguaje de sus lágrimas.

— Antes de morir te pido, — continuó la moribunda — que todas las tardes, mientras vivas, recorras, tocando tu quena, todo el sitio por donde hoy me has perseguido. Mi sangre te mostrará el camino. Allí, en ese sitio de mi martirio, reanudaremos en el misterio del crepúsculo el idilio que no pudimos vivir. ¡Adiós! Amor mío, ¡adiós!

Volvió a mover sus labios para decir algo; pero aquello no fué más que el postrer suspiro de agonía.

Y Khantuta, la tierna y enamorada niña, rindió generosamente su vida sacrificada por los celos de su hermana...

VII

....

Y todas las tardes, al caer el sol, Suma Chuyma salía de la solitaria choza donde se había recluído, renunciando para siempre al gobierno de su pueblo, a cumplir el viacrucis doloroso que su muerta adorada le había encarecido.

La sangre guiaba sus pasos por la tierra y los quejidos de su quena daban al espacio el diapasón de su dolor.

Y la naturaleza, como si quisiera asociarse a ese rito doliente, vestía su cielo de violeta y en sus breñas y serranías hacía que el viento aullase dolorosamente...

VIII

Los pastores y zagalas que pasaban por aquel lugar conduciendo sus ganados al aprisco, estrechaban supersticiosamente sus amuletos. Temían el maleficio de aquel sitio. Porque allí, a medida que trascurría el tiempo, aparecía más fresca y palpitante la sangre que el ave encantada dejó en las ramas de los arbustos.

EPÍLOGO

....

Y una mañana, cuando los pastores y zagalas sacaron sus ganados del aprisco para llevarlos a la colina, encontraron en su camino al anciano Suma Chuyma, muerto y estrechando en sus manos la quena, el instrumento que con su silencio se llevaba al país del misterio el secreto de aquel loco maniático, que infundía terror a los pastores y les había dicho que fué Curaca.

Las gotas de sangre, que en la víspera se habían visto más frescas que nunca, se habían transformado aquella noche en frescas y purpurinas flores.

....

Desde entonces las flores de la Khantuta bordan como rojos caireles las breñas de los Andes, y en medio de la desolación del paisaje ostentan el triunfo de sus pétalos ungidos para eterna primavera.

Y cuando, en las tardes, el pastor de la sierra llora en su quena las nostalgias del pasado, ante el sol que muere, las Khantutas, como pedazos de corazón, se estremecen, y agitando sus corolas las confían a la brisa vespertina el secreto del idilio trunco cuya remembranza son...



EL · MONUMENTO · DEL · AÑO

— Es un monumento
que será famoso.
Que será un portento
por lo majestuoso
y arrebatador.
Quien pensó tal obra
no es un principiante
lleno de zozobra,
torpe y vacilante.
— ¡Qué gran escultor!

— Va a ser algo enorme.
Va a ser gigantesco.
Va a ser poliforme.
Va a ser plateresco,
copto y javanés.
El autor ignora
si lo hará de arcilla,
cuero o pasta flora,
piedra o esterilla.
— ¡Qué desinterés!

— Va a poner columnas,
pórticos, cisternas,
dómines, alumnas,
sátiros, cavernas
y una catedral.
Va a poner trigales,
víboras, corderos,
cuatro concejales
y ocho barrenderos.
— ¡Qué hombre colosal!

— Va a poner romanos
de la decadencia,
ninfas, cuadrumanos,
en la adolescencia
y en la edad senil.
Sobre el fiero acridio
de la mayoría
va a poner a Elpidio
lleno de alegría.
— ¡Qué calumnia vil!

— Va a poner mareas,
rayos y turbiones,
blancas asambleas,
negras elecciones
y una intervención,
músicas de asfalto,
soplos de infinito,
gritos de basalto,
voces de granito...
— ¡Qué abominación!

— Va a poner impuestos
aniquiladores,
monstruos que hacen gestos
amenazadores
a la multitud,
mientras, dios lampiño,
surge el presidente
transformado en niño
decorosamente.
— ¡Qué inexactitud!

— Va a poner, mezclados,
comités revueltos,
tipos indignados,
criminales sueltos
que hablan contra el juez,
planes económicos,
gárgolas, quimeras,
dramaturgos, cómicos,
santas y rameras.
— ¡Qué desfachatez!

— Lo cortés, lo burdo,
lo vulgar, lo extraño,
lo sutil, lo absurdo;
simboliza el año
con fidelidad.
Sea de madera,
sea de cemento,
sea como quiera,
¡vaya un monumento!
— ¡Qué barbaridad!



LUIS GARCIA

DIBUJOS DE MACAYA

Fiesta campestre



Grupo de empleados de la casa Bixio que concurrieron al picnic realizado en Vicente López para estrechar vínculos de confraternidad.

EL AHORRO

El capital es el resultado de un ahorro, y el ahorro, es un sacrificio; es decir, un acto de moralidad. El que ahorra, no gasta inmediatamente todo lo que produce; el que se priva de un goce del momento por amor a sus hijos, por proporcionarse una vejez descansada, por realizar el pensamiento de algún hombre de genio, por hacer bien a la humanidad, según el móvil que le impulse, su acción será más o menos meritoria, pero siempre habrá moralidad en su proceder, siempre será el hombre moral que se contiene, que se impone privaciones, que triunfa, en fin, del hombre físico y del instinto bruto, el cual pide siempre la satisfacción del momento, sin cuidarse de nada más. El capital es, pues, hijo del ahorro; el ahorro, del sacrificio; el sacrificio, de la moralidad. El hombre grosero y corrompido no economiza; una sociedad compuesta de esta clase de hombres, no puede prosperar, y si por acaso no sucumbe, vivirá miserablemente. — CONCEPCIÓN ARENAL.

Descansarás tranquilo si tu corazón no te reprende.

Ten buena conciencia y estarás siempre alegre.

La gloria de este mundo va siempre acompañada de tristezas.



Comisión organizadora del homenaje tributado a la memoria del señor Luis Siena.

SI AMAS A DIOS

Si amas a Dios, en ninguna parte has de sentirte extranjero porque El estará en todas las regiones, en lo más dulce de todos los paisajes, en el límite indeciso de todos los horizontes.

Si amas a Dios, en ninguna parte estarás triste, porque, a pesar de la diaria tragedia, El llena de júbilo el universo.

Si amas a Dios, no tendrás miedo de nada ni de nadie, porque nada puedes perder y todas las fuerzas del cosmos serían impotentes para quitarte tu heredad.

Si amas a Dios, ya tienes alta ocupación para todos los instantes, porque no habrá acto que no ejecutes en su nombre, ni el más humilde ni el más elevado.

Si amas a Dios, ya no querrás investigar los enigmas, porque le llevas a El, que es la clave y resolución de todos.

Si amas a Dios, ya no podrás establecer con angustia una diferencia entre la vida y la muerte, porque en El estás y El permanece incólume a través de todos los cambios.

Amado Nervo.


¡Señora, Vd. tiene canas!
No faltará un insolente que la trate de vieja y desde ese día dejará Vd. de ser la hermosa o la simpática señora Fulana; ya nadie le hará caso; los hombres no suspirarán más a su lado.
¿Por qué deja Vd. que las canas invadan su cabellera?
¿No sabe Vd. que sus amigas Zutana y Mengana, sin decirlo a nadie emplean la famosa
AGUA SALLES
que devuelve al cabello canoso su color primitivo?
¡Haga usted como ellas! Son tan naturales los colores del pelo regenerado por el AGUA SALLES, que nadie puede sospechar que no sean naturales.
El AGUA SALLES existe en dos tipos: progresiva e instantánea, elija Vd. la que quiera; úsela de acuerdo con las instrucciones y volverá a ser joven. ¿No es esto deseable y agradable?
El AGUA SALLES, no es difícil de emplear; no ofrece peligro y no necesita ser usada cada día.
VENTA EN FARMACIAS, PERFUMERIAS Y TIENDAS
LOURTAU y Cía.
PARANA, 182 - BUENOS AIRES

Profesoras egresadas de la Escuela Profesional N.º 3

Señorita Elicia Piñero, María L. Parral, Ana Leone, Dora Coletta, Leonor Granell, M. Teresa Crubellati y Celia D. Rebasti.

SOBRE EL PUCHO...!

Tango de G. CASTILLO - PIANA

Cantado por C. GARDEL

Un callejón en Pompeya
y un farolito
plateando el fango..
Y allí un malevo que fuma
y un organito
moliendo un tango..

DISCOS DOBLES NACIONAL

UNA LISTA DE NOVEDADES ESCOGIDAS,

INAUGURANDO EL NUEVO AÑO, DE 1924.

DUO GARDEL-RAZZANO

(Con 4 guitarras RICARDO-BARBIERI)

Discos dobles «NACIONAL», de 25 centimetros, a $ 3.25

18086 { **SOBRE EL PUCHO.** Tango. Solo Gardel. González Castillo-Piana.
Desengaño. Tango. Solo Gardel. Caruso-Canaro.

18085 { **La Tacuarita.** Zamba. Dúo. Peñaloza-Filiberto.
Mentias. Tango. Solo Gardel. Mugica-Filiberto.

ORQUESTA ROBERTO FIRPO

Discos dobles «NACIONAL», de 25 centimetros, a $ 3.—

6222 { **Sacate la Caretita.** Tango. Cosenza-Schumaker.
Para Siempre. Tango. Cosenza-Schumaker.

6227 { **Amor de Gaucho.** Zamba. V. Pontino.
El Juramento Inolvidable. Tango. V. Pecci.

FRANCISCO CANARO

Orquesta Tipica y Jazz-Band

6943 { **Fakir.** Shimmy. Jazz-Band. F. Canaro.
Camel. (La canción del serrucho). Con serrucho por el autor. Jazz-Band. J. Bohr.

6944 { **Nerón.** Shimmy. (Con serrucho). Jazz-Band. Iribarne-Váldez.
La Ratonera. Tango. Típica. J. Bohr.

ORQUESTA TIPICA "PACHO"

(Juan Maglio)

7410 { **La Madrecita.** Tango. E. Delfino.
Tranco a Tranco. Tango. J. Maglio.

ELEUTERIO YRIBARREN

American Jazz-Band

8011 { **Shouting.** (Gritando). Shimmy. Elio Rietti.
Au Pays du Lotus D'Or. Shimmy. R. Bound.

MARIO A. PARDO

(Tenor con acomp. de guitarras)

6573 { **El Mal Trago.** Tango. Canto. Pacheco-De fino.
My Dear. Fox Trot. Solo guitarra. A. Fracassi.

IGNACIO CORSINI

(Con acompañamiento de ORQUESTA R. FIRPO)

Disco doble «NACIONAL», de 25 centimetros a $ 3.25.

18409 { **Recuerdo Criollo.** Triste campero. Río-Filiberto.
Ensueño de Oro. Vals. Con acomp. de guitarras. Velich-Andreoni.

NOTA - Si Vd. no tiene el último Catálogo General de Discos Dobles "NACIONAL", pídalo, se remite gratis.



¡EL GRAN REGALO!

UN FONÓGRAFO GLÜCKSMANN SIN BOCINA

PRECIO, con 200 púas...... $ 45.—



De Avellaneda



La señorita directora y personal docente de la Escuela N.º 14 de esta localidad, que clausuraron el año escolar organizando una brillante fiesta infantil, en la que tomó parte un numeroso núcleo de alumnos.

Señorita Emilia Aramburu, directora de la Escuela N.º 49, rodeada por el personal docente del mismo establecimiento que tan felizmente la secunda en su labor educacional.

TIPOS PROVINCIANOS

MANUEL SANTOS

El negro Pintos, montado en su bayo, un caballito amarillento y trotón, asoma a la vuelta del camino que conduce al río. En sentido contrario avanza un tílburi tirado por un zaino de pelo brillante y casco recio. Las grandes ruedas se hunden en la tierra floja y seca, levantando velos de polvo blanquecino. De trecho en trecho, en las ancas del zaino chasquea el látigo sujeto por una mano ancha y esponjosa que sale de una camisa pardusca, dentro de la cual un pecho robusto se hincha afanoso.

— ¿Adónde vas, Manuel Santos? — pregunta el negro Pintos, pegando con el talero en las orejas de su cabalgadura.

— Hola, negro.

— No te pregunto si soy negro o blanco sino adónde vas — dice deteniéndose al lado del cochecito, que también deja de andar.

Manuel Santos vuelve el rostro hacia el curioso, y escupiendo en los pastitos del camino responde:

— A Bolivia a mercar tu jeta.

Pintos le mira blanqueando los ojos y se echa el sombrero en la nuca.

— Pregúntame ahora adónde voy.

— A mí qué me importa.

Y dando un latigazo al zaino sigue viaje. Al trotecito, rascándose la barba, el negro desaparece en unos matorrales.

Pero Manuel Santos no va a Bolivia. A poca distancia, frente a una casita pintada de celeste y decorada por el brochazo de los aguaceros, tira de las riendas y se pára. Detrás de la casita un ladrido se levanta mezclado a la charla de un loro que en un árbol del patio pone su mancha verde.

— *Buenas tardes... qué hace la gente* — grita el recién llegado atando las riendas en el estribo.

Se abre la puerta y aparece una cara rugosa enredada en un mechón de cabellos grises.

— ¿Qué andas haciendo, Manuel Santos? De juro que vienes a llevarlo...

— ¡Vieja linda! No vengo a llevarla a usted, porque esas cosas se dejan para los pichones... ¿Está el dueño de casa?

Otra cara erizada de púas y picada de viruelas resalta en el marco.

— Aquí estoy, amigo.

— Adiós, Ruperto. Vengo por un asunto que te conviene.

— Pase, compañero, pase.

— No, de parado no más. Tengo que volver en seguida.

Manuel Santos le susurra algunas palabras al oído y Ruperto asiente con un pestañeo enérgico.

— No vengas con secretos — dice la mujer levantando una mano. — De todos modos tengo que saber.

— No hay secretos, viejita, sino que... vaya... vaya... ¿siempre la misma, no? — Y le da unas palmadas en el hombro.

— ¿Esta noche a las diez, entonces? — pregunta Ruperto.

— Sí, y cuidado con tardar. Voy a ver a los otros.

El loro encaramado en la punta del árbol se insolenta con dos cotorras que acaban de asentarse en una rama próxima.

El tílburi traquetea entre nubecitas de polvo, y unos follajes lejanos lo ocultan poco después.

La noche tiene una respiración tranquila. El cielo, a trechos, deja ver unas estrellas muy claras entre nubes gruesas y pesadas. Un viento fresco con sabor de lluvia tiene chasquidos de seda en los follajes del parque, cuya verja se extiende en la penumbra hacia el río, y sobre algunos hierros los focos de la calle ponen besos pálidos y quietos. En una puerta llena de luz amarillenta hay un grupo de personas que miran a través de ella, y sus sombras alargadas se proyectan sobre la calle y ondulan en la verja y en las hojas que cuelgan sobre ella. La claridad pone tintes gualdas en los rostros. Esta noche la tranquilidad del barrio está turbada. Un acontecimiento de importancia ocurre. En las ondas del aire vibra un murmullo, un cantarcito de nupcias. Sí, en el barrio se han unido en matrimonio dos vecinos y ahora, al compás de una música alegre, danzan las parejas de invitados en la casita sencilla cuya puerta prodiga claridades y notas de arpa mezcladas con risas y charlas.

Un saloncito alumbrado por algunas lámparas de petróleo, colocadas en los rincones, está lleno de parejas; algunas caminan y otras, sentadas cerca de las paredes, cambian palabras y sonrisas.

— ¡Vamos, arpista! ¡Una chacarera! — dice una voz conocida. Manuel Santos, con una copa, se aproxima al músico. — Tomá y dejá de hacerte rogar.

— No me hago rogar — replica Ruperto entre dos sorbos. — Estoy afinando esta cuerda de maula que afloja a cada rato.

— Qué va a aflojar. Son mañas no más... Como si no te conociera... Bueno, metéle una chacarera.

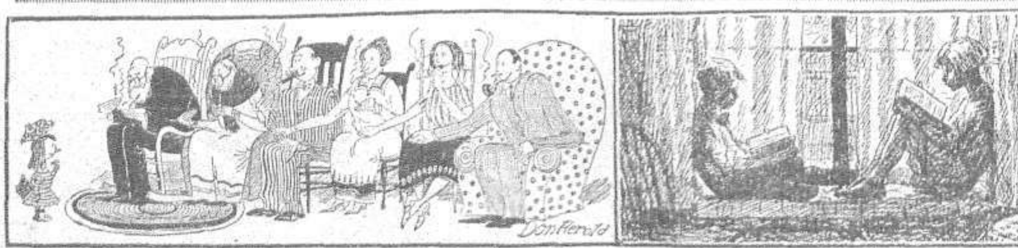
Comienzan a volar las notas del suave instrumento, y esa música que tiene ritmo de alas, contoneos de gallo y caricias de zorzal, vibra en el aire y en la sangre de la gente moza.

Manuel Santos pasa a la pieza contigua y a los pocos instantes aparece en la puerta medianera, y con un hombro apoyado en el marco y la copa llena, dice:

— ¡Ah criollos!... ¡Lindo el mujerío!... ¡Ay, vidita, veinte años menos!...

Bebe de un sorbo el vino, y dejando la copa en el suelo bate palmas con los últimos compases de la chacarera.

Ruperto, deja el arpa, derecha delante de sí,



LOS CHICOS MODERNOS

El abuelo, la abuela, el padre, la madre y los hermanos mayores, todos a una voz: — A ver: ¡¡apágame este fósforo!!

La nena: — No. ¡Yo quiero un cigarrillo!...

— Toni: ¿Cuál es la diferencia entre un viudo y una viuda?

— Un viudo es un hombre y una viuda un pájaro...

toma una colilla que en la oreja colocara, y raspando un fósforo en la pared la enciende. Con el aliento de la nariz apaga la llamita y hace una seña a Manuel Santos. Este se acerca mascando un cigarro de chala y pestañeando por el humo que le da en los ojos.

— Qué quieres, hombre... El vino se acabó, pero ya van a traer dos damajuanas. No te apures.

— No quiero vino... este... ¿cuánto me dijiste de la paga?

— Ya sabes, cinco por hora.

— A ver si me sacás alguito más. Mirá que mi mujer dice que le entrego de menos, y no estoy para que me pegue otra vez.

— Voy a ver, pero es difícil.

— Arrimate al novio.

— No; por este lado, inútil. Mejor es la vieja.

— Dura es la mano.

— Dejame hacer el negocio.

El negro Pintos, que en un rincón está sentado en cuclillas ante una morena agrisada con polvos de arroz, vuelve la cara, y mostrando los dientes dice con su voz chillona:

— Che, músico, la niña pide una zamba... Tocá la de Vargas. Ah, mis tiempos... ¿No es cierto, niña, que es linda la zamba de Vargas? — Y dirigiéndose a Manuel Santos: — Salí de ahí... Dejá de embromar al músico.

— Callate, negro boca de lampalagua...

La zamba de Vargas revolotea por el aire, y sus notas son mariposas blandas que juguetean en los pañuelos y brillan en el azabache de las trenzas y en la tinta de los ojos.

Un trueno lejano rezonga desparramando el pregón de la lluvia en la noche anhelante y profunda.

—

Las cuatro de la mañana.

Hace unos momentos que el último invitado se fué. En el saloncito siguen ardiendo las lámparas. Ruperto duerme en su silla con la cabeza apoyada en la pared. El arpa tiesa, muda, destaca su triángulo rojizo. En la pieza contigua la dueña de casa lucha heroicamente contra el mareo, a pesar de las numerosas copas que ha bebido por galante invitación de Manuel Santos.

— Tome, vieja — dice éste tambaleándose con las piernas separadas.

— Gracias, no me entra más...

— La última, doña. Haga un esfuercito. No me desprecie, porque me voy a resentir.

— Trae, muchacho... pero no vengas otra vez.

Manuel Santos observa la copa que se inclina en los labios y pestañea lentamente quitando la ceniza de su cigarro con el meñique. Luego recoge la copa, que cayó en las faldas, y la deja en la mesa. Vuelve y saca del seno de la dueña, que por fin se ha dormido, un pañuelo lleno de nudos. Los desata uno tras otro y guarda algo en su saco. Va hacia la mesa y empina una botella considerando la altura del techo. Mira a la durmiente, escupe en los ladrillos y entra en el saloncito. Por una ventana sonríe un rostro negro dejando ver los dientes de quesillo.

— Ruperto...

— Eh... — ronca éste entre dos hipos.

— Ruperto, vamos...

— Dejame, vieja... no me pegues... no tengo más plata...

— Despertate, hombre — susurra Manuel Santos tirando al músico de los cabellos.

— Qué... qué...

— Vamos.

Ruperto abre los ojos y mira turbiamente a su compañero. Se pone de pie y entre los dos enfundan el instrumento, que gime levemente.

El negro Pintos asoma en la puerta de calle.

— Ya está el coche, señores — dice.

Los tres y el arpa salen a la acera. Una lluvia menuda desciende en el aire calmado, y unos arroyitos corren rumoreando al costado de la calle. Las nubes, deslizándose lentamente hacia el sur, dejan ver algunos pedazos de cielo, aclarados por la mañanita que nace. Poco después los árboles del parque se desvisten las túnicas nocturnas y dejan caer gotitas de lluvia de sus hojas mojadas.

Con ayuda del cochero suben los tres y el arpa al vehículo, que cruje y luego marcha pesadamente. Los cascos de los caballos chapotean en los baches y las ruedas se hunden en el fango. El negro Pintos va sentado entre Manuel Santos y Ruperto. Desde que subieron su mano hurga en los bolsillos de Manuel Santos. Saca algo y coloca en su lugar unos pedazos de ladrillo. Ruperto ha reanudado su sueño. Con la cabeza hundida en un rincón de la capota ronca sonoramente. A las pocas cuadras el negro Pintos desciende sin detener el coche. Se queda unos instantes en medio de la calle y sacando un dinero del bolsillo sonríe. Luego se enreda en unos matorrales y desaparece.

Manuel Santos, imitando a su compañero, duerme con el cuerpo hacia adelante y los codos en las rodillas. A la vuelta de una esquina el coche da una brusca sacudida y Manuel Santos es abandonado en un charco de agua fangosa. De espaldas, con las piernas dobladas, abre los ojos llenos de sueño. Mete la mano en uno de los bolsillos de su saco que ha quedado libre, y la retira con los ladrillos que le puso el negro. Los observa, separando mucho los párpados, y recogiendo la barba, eructa alzando la otra mano llena de barro.

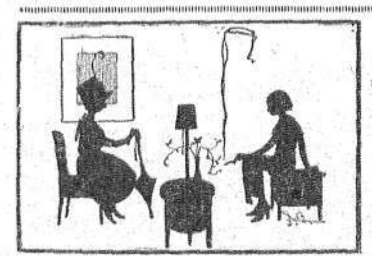
— ¡Ah, negro ladrón!... me la pagarás...

Y entre los humos de la borrachera que le salen por la nariz, murmura:

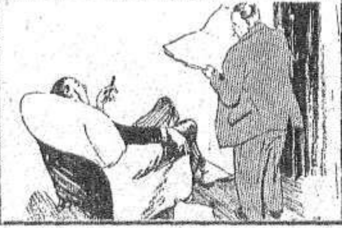
— ¡Pobre Ruperto!... En fin...

Y empieza a roncar mientras la mañana desparrama por el aire sus aleteos frescos, tiende su manto claro sobre los tejados y teje moños amarillos en la punta de los árboles.

G R E G O R I O G U Z M A N S A A V E D R A



— ¿Usted cree que su padre se opondrá a nuestra boda?
— No. El siempre me da gusto hasta en mis más necios caprichos...



— El match de anoche sólo duró ocho segundos. ¿Lo presenció usted?
— Si, pero estaba tan aburrido que me marché antes que terminara.



— Querido artista: deseamos una miniatura, de tamaño natural, que le pagaré muy bien...

De Lanús

La directora de la escuela N.° 18, señorita Celina Peracca y personal docente de dicho establecimiento que organizaron una hermosa fiesta escolar, celebrando la finalización del año escolar.

Alumnos de la escuela N.° 37 que, bajo la dirección de su maestra tomaron parte en la fiesta con que fué celebrada la terminación del año escolar.


Alabastro
su cuello,
mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve", decía el enamorado hidalgo, ponderando la hermosura de Dulcinea. No menos puede ensalzarse hoy la suavidad, blancura y fragancia del cutis de toda mujer que se lava siempre con
Jabón
Heno de Pravia
Por sus excelentes propiedades higiénicas, estimula la cohesión de los tejidos, embelleciendo la piel de un modo insuperable.
Heno de Pravia
GAL
FABRICA DE PERFUMERIA
MADRID
Perfumería Gal
MADRID
DE VENTA EN LOS PRINCIPALES
ESTABLECIMIENTOS DE AMÉRICA
REPRESENTANTE GENERAL
PARA ARGENTINA Y URUGUAY
JORGE E. CHADWICK
ESMERALDA, 132
BUENOS AIRES
RIBAS 923



Profesores y alumnos del Colegio Nacional y Escuela de Comercio que festejaron la terminación del año escolar organizando una atrayante fiesta campestre.

LA ENVIDIA ES UN SENTIMIENTO DE ESENCIA BAJA

La Historia demuestra que la envidia ha sido en todos tiempos el factor más detestable en la marcha de los asuntos humanos. Se la encuentra en el fondo de todos los grandes trastornos sociales y políticos. Ha hecho más daño que la miseria.

Los que se placen en causar envidia no pueden dudar del carácter ponzoñoso de esta pasión. Ella humilla, ella abate y agria los caracteres. Una vez alojada en el alma, se apodera de ella, como la mala hierba del terreno mal cultivado. Anula por donde pasa la acción de las buenas semillas. Mata su contacto los sentimientos de justicia, de benevolencia, de simpatía, como agostan la fronda los vientos del desierto.

Funesta a la dicha individual, lo es más aún a la dicha de la colectividad. Porque la envidia engendra odio. Este a su vez exaspera y paraliza la voluntad; destruye además, todo sentimiento de solidaridad. La lucha social dimana con frecuencia de la misma efectiva de los pobres, mas está casi siempre basada en la ceguera moral de los ricos. — JUAN FINOT.

DIVULGACIÓN NECESARIA

Para que un acto constituya un secreto es preciso decirlo a muchas personas.

De una cosa que nadie sabe nada no se puede decir que sea secreta.



El futuro de su cutis

SI usted pudiera, mirando a través de un globo de cristal, ver reflejada su propia cara, tal como será de aquí a cinco..., diez..., veinte años..., ¿qué vería usted?...

¿No sería un rostro casi desconocido, arrugado y áspero, o una cara pintada — pálida caricatura de la juventud — la que, *a consecuencia* de su *negligencia*, vería reflejada en el espejo del futuro?...

¿O vería usted *más* bien una cara de tez más clara y más aterciopelada tal vez que la que posee hoy mismo, es decir, una mujer con un cutis exquisitamente lozano, cuyo encanto es mucho mayor que la belleza de las facciones?...

Para ver este último reflejo, comience hoy a asegurar la belleza y salud de su tez. El futuro de su cutis está en sus propias manos y en las de la naturaleza.

El cuidado del cutis de la cara presupone el empleo de dos substancias naturales: agua y cera pura mercolizada. Extienda cada noche sobre su rostro un poco de *cera pura mercolizada y retírela a* la mañana siguiente con un poco de agua tibia. Haga de esto una obligación diaria y el globo de cristal del futuro no tendrá para usted sino reflejos agradables.

En toda buena farmacia o perfumería se encuentra esta simple substancia.

No pida cera pura: debe ser Cera Pura Mercolizada. La encontrará en todas las farmacias, perfumerías y tiendas que expendan artículos de toilette en todo el mundo.

De Río Santiago

Director, jefes, profesores y cadetes de la Escuela Naval Militar.

Conscriptos de la clase 1901 formados en el patio del Arsenal, momentos antes de ser licenciados, oyendo su misa de campaña.



FUÉ en una noche húmeda y fría. En «Laburman-Villa» habíanse corrido las cortinas y el fuego brillaba alegremente en la chimenea. El padre y el hijo jugaban al ajedrez. El primero colocaba tan sin consideración a su rey en las posiciones más peligrosas que, a cada instante, indefectiblemente, provocaba severos comentarios de parte de la esposa, una dama de blancos cabellos, sentada cabe el fuego, y cuyas diligentes manos afanábanse en delicada al par que enmarañada labor de croché.

— *¿Has oído qué viento?* — dijo el señor White, que, en el mismo instante, acababa de descubrir — harto tarde — un fatal error, y deseoso de evitar que su hijo de él se percatara a tiempo.

— Ya lo escucho — respondió el joven, aunque sin apartar su mirada de las piezas que restaban aún sobre el tablero. — ¡Jaque!

— No me parece que se anime a venir hasta aquí esta noche — replicó el padre, el brazo suspendido sobre el tablero, presta la mano a mover una pieza salvadora.

— ¡Mate! — reafirmó el hijo.

— Ahí está lo que se saca con venirse a vivir por estos arrabales — recriminó el señor White con una violencia tan súbita como imprevista. — De todos los lugares más pantanosos y alejados, no cabe duda, éste, el nuestro, es el peor. La calle parece un lodazal y el camino un torrente. ¡Quisiera saber lo que piensa la gente!... ¡Esto es como vivir en un desierto!

— ¡Cálmate, querido! — dijo la esposa tiernamente. — Ya ganarás el próximo partido.

El señor White levantó la cabeza con tanta rapidez que llegó a interceptar una mirada de inteligencia cambiada entre la madre y el hijo. Las palabras murieron entre sus labios y disimuló bajo su barba gris canosa una mueca de desagrado.

— Ya está aquí — anunció Herbert White, al escuchar el ruido de la puerta del jardín y los pasos de una persona que avanzaba hacia la entrada de la casa.

El anciano se levantó con dificultad y pasó al corredor donde bien pronto se le escuchó saludar al recién llegado entre lamentaciones y denuestos contra el tiempo y el lugar donde vivían.

Cuando, a los pocos instantes, el señor White penetró en la sala seguido por un hombre grueso, de rostro rubicundo y ojos enrojecidos, la esposa, para poner fin a las lamentaciones, tuvo que insistir, sonriente, eso sí:

— ¡Bueno! ¡Basta, querido!

White hizo las presentaciones:

— El sargento-mayor Morris.

Morris estrechó las manos que se le tendieron, y, ubicándose en el asiento que le designaron en un extremo de la chimenea, aguardó en silencio, pacientemente, hasta que el señor White colocó sobre una mesilla una botella de whisky y tres vasos.

A la tercera libación los ojos del sargento-mayor tornáronse más brillantes aún; comenzó a hablar. El reducido auditorio familiar contemplaba ya con interés intenso la figura de aquel visitante procedente de lejanas tierras que, muy apoltronado, evocaba escenas salvajes y narraba proezas estupendas e inconcebibles.

— Hace veinte años de aquello — dijo el señor White, haciéndoles un signo con la cabeza a su esposa y a su hijo. — Cuando dejó el almacén, Morris no era sino un chiquillo. Mírenle ustedes ahora...

— No parece haber sufrido mucho — replicó cumplimentándole la señora White.

— Yo también hubiera ido a la India — continuó White. — Nada más que para echar un vistazo...

— Has hecho mejor quedándote donde estabas — aseguró Morris inclinando la cabeza.

Colocó su vaso vacío sobre la mesilla y, con un nuevo suspiro, volvió a menear la cabeza.

— ¡Me hubiera gustado ver aquellos antiquísimos templos, los fakires, tantas cosas!... — agregó White. — Y, ahora que recuerdo, Morris, ¿qué era lo que habías comenzado a relatarme la otra tarde sobre una mano de mono?

— Nada — apresuróse a responder el soldado. — En todo caso, nada interesante.

— ¿Una mano de mono? — inquirió, curiosa, la señora White.

— Sí... A lo mejor, si hago el relato, ustedes me saldrán con que se trata de supercherías — dijo, con tono extraño, el militar.

Tanto el matrimonio White como el hijo se le aproximaron ávidamente. El visitante llevó distraído su vaso vacío a la boca y quedó luego en silencio por espacio de algunos minutos. El señor White tornó a llenárselo.

— Al verla — dijo, al cabo, el sargento — diríase que sólo se trata de una pequeña y harto común extremidad, disecada como la de una momia.

Extrajo del bolsillo un objeto que mostró complacido al auditorio. La señora White retrocedió haciendo una mueca, pero su hijo, adelantándose, cogió el objeto y lo examinó curiosamente.

— ¿Y cuál es la particularidad de esta mano? — interrogó el señor White a quien su hijo se la había pasado.

Y, a su vez, contemplóla con atención; luego la depositó sobre la mesilla.

II

— Un viejo fakir, un hombre muy santo, la ha dotado de un poder mágico — dijo el sargento. — Pretendió probar que los destinos humanos son inmutables y que siempre los que intentan cambiarlos lo hacen con detrimento de su felicidad. Realizado el encantamiento, tres hombres distintos podrán, cada uno a su turno y durante tres veces consecutivas, solicitarle otras tantas gracias que, puedo asegurarlo, serán concedidas.

Era tan impresionante el tono con que Morris hablaba, que las tres personas que le escuchaban no dejaron de revelar cierto malestar. La misma risa con que el militar festejó sus palabras no halló eco alguno.

— Pues bien — dijo, finalmente, Herbert White — ¿cómo es que a usted no se le ha ocurrido hacerle a la mano las tres consabidas solicitudes?

El soldado le consideró con ese aire que suelen adoptar las gentes de experiencia siempre que se las tiene que haber con la juventud presumida.

— Las he formulado a mi debido tiempo — replicó dulcemente.

Y su rostro rubicundo y curtido por el sol tornóse lívido, cadavérico.

— ¿En efecto, se cumplieron tus tres deseos? — preguntó el señor White.

— Sí; — replicó Morris cuyos dientes sonaron contra los bordes de su vaso.

— ¿Alguna otra persona puso a prueba el poder de su talismán? — demandó la señora White a su vez.

— Sí... La primera vez un hombre vió satisfechos plenamente sus tres deseos. Ignoro cuáles fueron los dos primeros, más sé, sí, que el tercero invocaba a la muerte. He aquí porqué, ahora, tengo en mi poder la mano ésta...

La expresión de la fisonomía de Morris era de tal gravedad que un silencio molesto y plúmbeo pesó sobre la pequeña tertulia.

— Puesto que tus tres deseos se han cumplido, esa mano ya para nada te servirá, Morris — dijo White. — ¿Para qué la conservas?

El soldado movió la cabeza.

— Por mera fantasía, me imagino — dijo lentamente. — Ni yo mismo lo sé. Hay veces que pienso venderla, aunque creo que, llegado el momento, me ha de faltar valor. ¡Ha causado ya tantos males! Por lo demás, nadie me la compraría. Todos me salen con que mi historia no se reduce sino a una vulgar superchería. Otros, los que revelan algún interés, pretenden ensayar el poder sobrenatural de esta mano antes de comprármela.

— ¿Si aun estuvieras a tiempo para hacer tus tres pedidos — dijo el anciano — los repetirías nuevamente? ¿Intentarías otra vez la prueba?

— No lo sé — dijo el otro. — No sé... No me atrevo a asegurarlo...

Morris cogió la mano momificada y, balanceándola entre el índice y el pulgar de su diestra, la arrojó súbitamente al fuego. Lanzando un grito, White se inclinó y la arrancó de las llamas de la chimenea que ya, amenazadoras, iban a hacer presa de aquella piltrafa.

— Déjala — exclamó el militar. — Es mejor que se queme y desaparezca de una vez.

— Si no la necesitas más, Morris — dijo White — te ruego me la regales.

Morris, con gesto malhumorado, insistió entonces:

— No. Por algo la he arrojado al fuego. Si te atreves a conservarla no me vengas luego lamentándote de lo que pueda acontecerte. ¡Vamos! Obra como un hombre de buen sentido: vuelve a arrojarla entre los carbones.

Con un signo negativo de su cabeza White resistióse a ello y, atento, curioso, dedicóse a examinar minuciosamente su flamante adquisición.

— ¿Cómo hay que hacer para...?

— Ténla en tu mano derecha — explicó el sargento — y expresa en alta voz tus deseos... Pero, yo ya te he prevenido contra sus consecuencias...

— Diríase que se trata de un cuento de *Las mil y una noches* — exclamó la señora de White, a la vez que se levantaba para disponer la cena. — ¿No te parece — agregó luego, dirigiéndose a su esposo — no te parece que harías bien pidiéndole, para mí, cuatro pares de manos más a fin de desempeñarme mejor?

White depositó en su bolsillo el talismán y los tres prorrumpieron en una carcajada, en tanto que el sargento, el terror pintado en su rostro, cogía al dueño de la casa por un brazo a la vez que le decía no sin cierta rudeza:

— Si llegas a pedirle algo, que sea, al menos, dentro de lo lógico y sensato. ¡Por favor!

White, arreglando la solapa de su bolsillo se aproximó a la mesa y le indicó al forastero el lugar que le correspondía.

En el curso de la cena casi se olvidaron del talismán y, a los postres, los White escucharon una nueva serie de aventuras relatadas con gracia y colorido por el sargento Morris.

— Si el cuento de la mano del mono no es un tanto más verídico que los que nos acaba de endilgar — dijo Herbert en el instante en que la puerta se cerraba detrás del invitado — paréceme que esa reliquia no nos va a ser de mucha utilidad...

— ¿Le has dado algo en cambio? — interrogó la señora White mirando fijamente a su esposo.

— Una bagatela — respondió éste, las mejillas un tanto coloradas. — No quería aceptar nada, pero le he obligado... Al despedirse tornó a pedirme que me deshiciera de la dichosa mano.

— Se comprende — dijo Herbert, simulando terror. — He aquí que, en un instante, nos convertiremos en personas ricas, célebres y dichosas. Para comenzar, padre, porqué no le pide usted que le haga emperador: con ésto quedará todo arreglado... Y, a mamá... ¡A mamá la hace usted emperatriz!

Herbert echó a correr en torno de la mesa, perseguido por su madre que, considerándose ultrajada, le amenazaba con un almohadón.

El señor White echó mano a su bolsillo y, con el amuleto ante los ojos considerábalo entre curioso e indeciso.

— Lo cierto es — dijo al cabo — que tanto yo como ustedes no sabemos qué pedirle al amuleto. A mí me parece que tengo ya todo cuanto he ambicionado en la vida...

— ¿Si liquidara usted el precio de la casa, no se sentiría del todo feliz y tranquilo? — preguntó Herbert, colocada una mano sobre la espalda de su padre. — Bien. Pídale usted doscientas libras y todo quedará arreglado.

El anciano, sonriendo tímidamente a su propia credulidad, elevó el talismán, en tanto que su hijo, solemne el gesto, sentóse al piano y ejecutó algunos acordes en las notas bajas.

— Deseo poseer doscientas libras — dijo, claramente, el señor White.

Un fuerte trémolo saludó sus palabras; pero, en eso, un grito del anciano interrumpió la broma de Herbert. La esposa y el hijo acudieron.

— ¡Se ha movido! — exclamaba el señor White lanzando miradas de terror y repugnancia a la mano que yacía sobre la alfombra. — En el instante preciso en que le hacía mi pedido se ha retorcido entre mis dedos como una serpiente...

— Lo que yo no veo es el dinero — exclamó Herbert, bromeando y levantando el talismán para depositarlo sobre la mesa. — ¡Juraría que no lo veremos ni hoy ni nunca!

— A lo mejor te ha parecido que se movía — agregó la señora White mirando inquieta a su esposo.

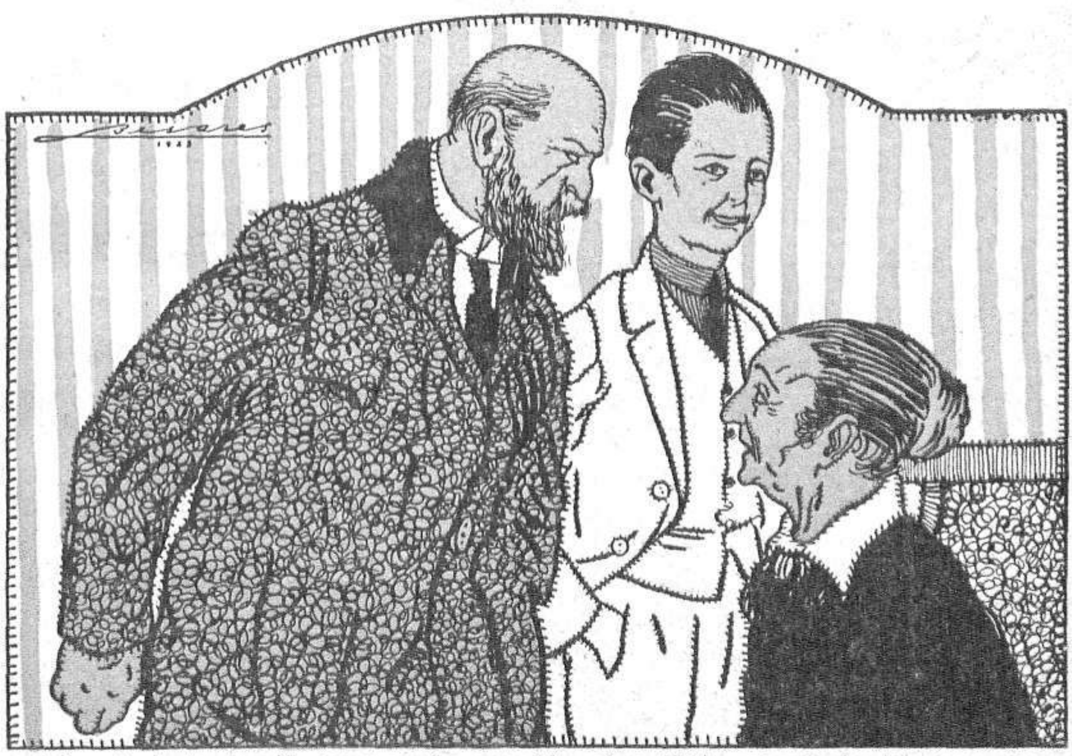
Este último, obstinado, seguro, sacudió la cabeza negativamente.

Padres e hijo ubicáronse en torno del hogar. Los dos hombres terminaron sus pipas. Afuera, el viento soplaba con más violencia que nunca... Al ruido de una puerta que se golpeó en el piso alto, White, nervioso, sobresaltóse. Un silencio, desacostumbrado y angustioso, imperaba en el pequeño salón y persistió hasta que los padres se retiraron a su alcoba.

— Espero que encontrará entre las sábanas de la cama una bolsa con las doscientas libras — dijo Herbert, deseándoles una buena noche a sus padres — y que un mono peludo y terrorífico, desde el coronamiento del armario, contemple la entrada en posesión de esos bienes mal adquiridos.

Los ancianos subieron sonriendo y festejando las bromas del hijo.

Herbert permaneció en la estancia sólo iluminada por la estufa. Sus ojos fijos permanecían sobre las llamas ya débiles entre las cuales veía bailotear todo género de figuras fantásticas. La última fué tan atroz y simiesca que le llenó de estupor. Pareció



—A lo mejor te ha parecido que se movía—agregó la señora White mirando inquieta a su esposo.

animarse en tal extremo, muequeó con un aire tal de naturalidad, que Herbert, pálido y desencajado el rostro, con mano temblorosa, cogió un vaso que sobre la mesa había, disponiéndose a estrellarlo contra aquella cabecita inquietante y burlesca al par. Luego, tembloroso, calenturiento, poseído aún por el terror de la alucinación, abandonó la estancia poco menos que a escape.

Sobre la mesa, como un guiñapo sarmentoso, la mano, el amuleto del sargento Morris, quedó sola en la estancia. A poco extinguióse también el fuego de la estufa.

III

Al día siguiente muy de mañana, con la alegría del sol invernal que invadía la alcoba, Herbert rióse de sus temores de la noche precedente. La habitación respiraba su aire prosaico y tranquilo; en nada se parecía a la que horas atrás poblada la hallara el joven por mil fantásticos alocados huéspedes. La madre, diligente, al hacerle la limpieza, había colocado en un rincón de la consola la pequeña y fatídica mano, demostrando con aquel abandono el despego y poca fe que en sus virtudes tenía.

— Todos estos soldados se parecen; — dijo la señora White. — ¡Buena idea la nuestra! ¡Ponernos a escuchar semejantes majaderías! ¿Cómo quieres que en nuestra época se realicen milagros y sortilegios? ¿Cómo quieres que así, como por ensalmo, por arte de brujería, lleguen doscientas libras a nuestras manos?

— Cayéndoles del cielo sobre la cabeza — bromeó el frívolo Herbert.

Luego, tembloroso, calenturiento, poseído aún por el terror de la alucinación, abandonó la estancia poco menos que a escape.

— Morris ha dicho que todo se realizará naturalmente — explicó White. — Que el milagro se puede atribuír a una simple coincidencia...

— No vayan ustedes a derrocharse el dinero antes de que yo regrese — recomendó el hijo, levantándose de la mesa. — No te me vayas a convertir en un avaro, padre y tengamos que denunciarte.

La señora sonrió y, acompañando a su hijo hasta la puerta, siguióle con la mirada mientras se alejaba por el camino. Luego retornó a la mesa, chanceándose a costa de la credulidad de su esposo, lo que, desde ya, no fué obstáculo para que se precipitara hacia la puerta cuando pasó el cartero y mucho menos que dejara de exteriorizar su desprecio por todos los sargentos amigos del whisky y de las anécdotas... Esto último, sobre todo, cuando vió que la correspondencia sólo se reducía a unas cartas sin importancia y los diarios del día.

— Ya me estoy viendo las bromas de Herbert cuando regrese del trabajo y nos encuentre tal cual nos dejó — dijo, sentándose.

— ¡Vaya! — suspiró White, sirviéndose un vaso de cerveza. — Lo cierto es que la mano, pese a todo, se ha movido entre mis dedos... Esto yo lo juraría.

— Te habrá parecido — dijo la señora para tranquilizarle.

— Yo te aseguro que no, que se ha movido — insistió el esposo. — La imaginación nada que ver ha tenido en este caso. Yo casi... Pero... ¿qué hay?

La señora White no le respondió. Espiaba los movimientos que afuera, misteriosamente, realizaba un desconocido. Iba y venía el hombre, indeciso, observando la casa y violentándose para entrar. El espíritu poseído aún por la idea de las doscientas libras, la señora comprobó que el extraño personaje estaba bien vestido y que se tocaba con una galera de felpa completamente flamante. A la tercera tentativa, al cabo de mil dudas y traspiés, se adelantó y empujó la puerta del jardín. La señora de White desató con presteza las cintas de su delantal y ocultó bajo un almohadón aquel objeto de utilidad doméstica. Instantes más tarde hizo pasar a la sala al recién llegado. Tratábase de un hombre joven, atildado en el porte, y que a las claras manifestaba su condición de burócrata. La señora de White deshacíase en excusas y zalemas, alegando que aquél desorden en que la hallaba el visitante debíase a lo inusitado e imprevisto de su llegada. El hombre, preocupado, irresoluto y con un atisbo de conmiseración pintado en el rostro, contemplaba a la buena señora, la cual, a poco, callóse para dejarle hablar y explicar el motivo de su misión.

— Se me ha pedido que venga aquí... — dijo, al fin, después de un prolongado silencio. — Me envían los señores Maw y Maggins.

La anciana experimentó un calofrío.

— ¿Qué le ha acontecido? preguntó con voz desgarrada por la angustia. — ¿Le ha acontecido algo a Herbert? ¿Qué?... ¿Qué?

El esposo se interpuso.

— ¡Vamos! — díjola con viveza. — ¡Siéntate!... No te precipites... ¿Usted no nos traerá malas noticias, verdad, señor?...

Y, consideró atentamente el rostro del recién llegado.

— ¡Está herido! — clamó la madre.

El hombre se inclinó en signo de asentimiento.

— ¡Desgraciadamente! — dijo con lentitud. — Aunque por fortuna, ya no sufre más.

— ¡Oh! ¡Gracias Dios mío! — exclamó la anciana juntando las manos. — ¡Gracias, Dios mío!

Pero, presto se calló súbitamente, a medida que penetró en su espíritu el siniestro significado de aquellas palabras. En un segundo leyó la confirmación de sus temores sobre el turbado rostro del empleado. Luego, rehaciéndose, y, volviéndose hacia su esposo, más lento de comprensión, posóle sobre los hombros ambas manos temblorosas.

— Fué cogido por un engranaje — explicó el visitante, en voz baja.

— Cogido por un engranaje — repitió el señor White, con el rostro demudado y la mirada vaga.

Después, tomando entre las suyas las temblorosas y frías manos de la atribulada esposa, llorando, como un niño, deshaciéndose el pecho con los sollozos, estúvose largo rato.

— No teníamos más que ese hijo, señor — dijo, momentos después, dirigiéndose al visitante. — Es un golpe demasiado rudo...

El otro tosió y, levantándose, aproximóse a una de las ventanas.

— La casa — dijo, sin mirar a los ancianos cara a cara — la casa me ha comisionado para que les presente sus condolencias con motivo de esta pérdida irreparable.

Nada se le respondió. El rostro de la anciana habíase tornado cerúleo, los ojos desorbitados, la repiración dificultosa.

— Tengo que notificarles — continuó el empleado — que los señores Maw y Meggins declinan toda responsabilidad. Pero, en consideración de los servicios prestados por vuestro hijo, desean ofreceros a título de compensación una suma de dinero.

White soltó las manos de la esposa y, sin proferir una sola palabra, lanzóle al desconocido una mirada de terror.

— ¿Cuánto?

— Doscientas libras — fué la respuesta.

Sin escuchar el grito lanzado por su esposa, el anciano cubrióse los ojos con ambas manos cual si repentinamente le hubiera asaltado la ceguera y, semejante a una masa inerte, rodó por el suelo.

IV

...En el nuevo cementerio, distante unas dos millas, los viejos enterraron al querido difunto. Luego, deshechos en llanto, retornaron a la casa plena de tinieblas y silencio.

Todo esto transcurrió tan rápidamente que ni tiempo tuvieron para meditar; permanecieron a la expectativa, como si algo tuviera que acontecer, cual si algo tuviera que sobrevenir para aliviarles de la pesada carga que agobiaba sus pobres y cansinos hombros.

Mas, los días transcurrieron y la esperanza cedió su puesto a la resignación, la resignación sin remedio de los ancianos, esa resignación que, a veces, indebidamente, llamamos apatía.

De vez en cuando cambiaban algunas breves palabras, porque, ya entonces, después de tanto, nada que decirse tenían. Y, los días transcurrían para ambos en medio de un mortal hastío.

Hacía ya una semana que se había producido el fatal suceso. Una noche, White despertóse bruscamente, tendió el brazo por entre las sábanas del lecho y descubrió que se hallaba solo.

Un profunda obscuridad imperaba en la estancia. Del lado de la ventana partían sollozos ahogados. White se incorporó en el lecho y prestó atención.

— ¡Ven! — dijo tiernamente. — ¡Vas a tomar frío!

— Más frío hará en la tumba de mi Herbert — replicó la anciana cuyas lágrimas recrudecieron.

El rumor de los sollozos apagóse paulatinamente en los oídos de White. El lecho estaba caliente y sus párpados pesados. Volvió a caer en un sueño agitado, hasta el momento en que un grito de su esposa tornó a despertarle sobresaltado.

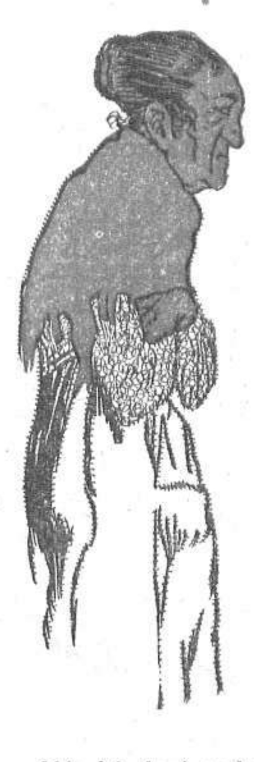
— ¡La mano! — gritaba. — ¡La mano del mono!

White, alarmado, saltó del lecho.

— ¿Qué?... ¿Dónde está?... ¿Qué tiene?

La anciana se le aproximó temblorosa.

— Yo la quiero — dijo. — ¿No la has destruído, verdad?



— Más frío hará en la tumba de mi Herbert — replicó la anciana, cuyas lágrimas recrudecieron.

— Está en el salón, sobre la consola — repondió White, sorprendido. — ¿Para qué la quieres?

La anciana lloraba y reía al mismo tiempo.

— Lo acabo de pensar. ¿Cómo es que no se me ha ocurrido antes? ¿Cómo no lo has realizado tú?

— ¿Qué? ¿Realizar qué?

— Las otras dos gracias — insinuó la anciana. — No le hemos pedido sino una.

— ¿Y, no te parece suficiente? — gruñó él.

— No, — exclamó triunfalmente la esposa. — Debemos formularle, por lo menos, una segunda gracia. Baja al salón, busca la mano y pídele que nuestro hijo vuelva a la vida aunque no sea sino por unos minutos. Los suficientes para verle, para darle un beso nada más.

El anciano se dispuso a abandonar la alcoba.

— ¡Señor mío! ¡Estás loca! — exclamaba, consternado.

— ¡Coge la mano... cógela presto y exprésale tu deseo!... ¡Oh, mi hijo!... ¡Yo quiero verlo una sola vez! ¡Una sola vez!

White empuñó un candil y luego, arrepintiéndose, volvió hacia el lecho.

— Vuelve a la cama... — ordenóle no con mucha convicción. — No sabes lo que dices.

Empecinada, la señora, replicó:

— Si nuestra primera gracia fué satisfecha, ¿porqué no lo ha de ser esta otra?

— Una coincidencia — murmuró él.

— ¡Vete! ¡Busca la mano, y tráela aquí cuanto antes! — ordenó la esposa temblando de emoción.

White volvióse para mejor contemplarla. Su voz no era muy segura cuando la dijo:

— Diez días hace que ha muerto y puede que ya... No me atrevo a decirte más... Recuerda que si le reconocí fué sólo por sus ropas; tan desfigurado estaba...

— ¡Pídele que lo haga volver a la vida sólo por un instante! — vociferó la anciana. — ¿Crees que voy a tener miedo del hijo que he amamantado?

E impulsó a su esposo hacia la puerta.

White bajó a la planta baja de la pequeña habitación y, en la obscuridad, penosamente, atravesó todo el salón hasta llegar a la consola. Un espanto atroz apoderóde de su ánimo. ¿Y, si los restos de su hijo, mutilados bárbaramente por la maquinaria, se le aparecieran de pronto, sin que mediara sortilegio alguno, sin permitirle pedir socorro?... La sangre agolpósele en los temporales y creyó ahogarse cuando, en medio de su aturdimiento, no dió con la puerta de la estancia. Con la frente cubierta por un sudor glacial, palpó los bordes de la consola, y poco después, siempre tembloroso y aterrado, volvió a salir al estrecho corredor. En la mano llevaba el malhadado amuleto.



V

Cuando volvió a la alcoba, todo parecióle haber cambiado de aspecto, hasta el rostro de su esposa. Lívida y devorada por la angustia hallábase la anciana; y, con gran dolor descubrió en ella una extraña y nada tranquilizadora expresión. Le dió miedo.

— ¡Pídeselo! — gritóle con rudeza.

— Es un crimen, una locura — imploró él.

—¡Pídeselo! — repitió la anciana.

White llevó la mano apergaminada e imploró:

—¡Quiero que mi hijo vuelva a la vida!

El talismán cayó al suelo, retorciéndose; el anciano aterrado, grotesco, contemplólo un buen tiempo hasta que, al cabo, sacudido su cuerpo todo por febriciente temblor, dejóse caer sobre un sillón. La esposa, en tanto, brillantes los ojos, aproximóse a la ventana y corrió las cortinas.

Transido de frío, White permanecía inmóvil, animándose únicamente, de tiempo en tiempo, a echarle una mirada a su esposa que, anhelante, no cesaba de interrogar a la calleja silenciosa.

La llama de la vela colocada en un candil de porcelana, lanzaba sobre los muros su resplandor amarillento y tembloroso.

Con un indecible agotamiento de todas sus fuerzas, a la hora, convencida de la inutilidad del talismán, volvióse la anciana al lecho.

No cambiaron una sola palabra. Tendidos uno junto al otro, escuchaban el tic-tac monótono del reloj. Un peldaño de la escalera de madera crujió; un murciélago, atontado, golpeó los cristales de la ventana. La obscuridad tornóse angustiosa. Sacando ánimos de su indescriptible debilidad, White encendió una cerilla y colocó en el candil una segunda bujía en substitución de la que ya se había extinguido. Luego, inquieto, sin saber por qué ni para qué, decidió bajar nuevamente al salón.



—Tengo que notificarles — continuó el empleado — que los señores Maw y Meggins declinan toda responsabilidad.

Al pisar el último escalón la luz se le apagó. White se detuvo para volverla a encender. En el mismo instante, llamaron a la puerta con golpes tan débiles y discretos que casi no se escucharon.

El candil escapósele de las manos y rodó por el suelo. El estupor dejóle clavado allí mismo, como una estatua. Otro golpe dejóse oir. Entonces, White dióse media vuelta y, a tientas, ganó su alcoba y corrió el cerrojo de la puerta.

Un tercer golpe, más fuerte, resonó en el silencio de la estancia.

—¿Qué es eso? — interrogó la anciana, prestando atención.

—Nada... una rata—respondió White, dando diente con diente. — La escuché cuando subía...

La esposa, sentada en el lecho, escuchaba siempre. Un golpe, vigoroso, sacudió la puerta de entrada.

—¡Es Herbert! — exclamó la madre. — ¡Es Herbert!

Corrió hacia la puerta; pero, su esposo precediόla y, cogiéndola por un brazo, le cerró el paso.

Presentía lo abominable que sería aquel espectáculo del muerto vuelto a la vida con todo el horror de la monstruosa mutilación de que había sido víctima; con toda la horrible podredumbre de los diez días que llevaba bajo tierra desfigurado su ya lacerado rostro.

—¿Qué quieres hacer? — murmuró él con voz ronca.

—¡Es mi hijo... es Herbert! — gritaba continuamente ella, debatiéndose. — ¿Porqué me retienes? ¡Déjame pasar! ¡Es preciso que le abra la puerta!

—¡Por el amor de Dios, que no entre! — insistía el anciano, temblando, balbuciente.

—¡Tienes miedo de tu hijo! — vociferaba la mujer, luchando por libertarse. — ¡Déjame pasar, te digo!... ¡Ven! ¡Ven Herbert! ¡Hijo mío!

A todo esto los golpes se sucedían. La anciana en un esfuerzo supremo, desligóse de los brazos de su esposo y salió precipitadamente de la alcoba. White la siguió hasta el barandal del corredor y, mientras ella despeñábase por la escalera, desde lo alto, suplicábale para que volviera. Escuchó correr la cadena de seguridad de la puerta de entrada; luego, entremezclado con los golpes que daban por la parte del jardín, el jadear de la anciana impotente para mover el cerrojo.

—¡El cerrojo!... ¡Baja... que no puedo abrirlo!

Pero White, arrastrándose por el piso, a cuatro patas, a tientas, buscaba la mano del mono. ¡Si tan sólo la pudiera encontrar antes que «aquello» penetrara en la casa!... Su esposa, poco a poco, parecía ir logrando su intento de abrir el cerrojo. Hasta sus oídos, al cabo, indistintamente, llegó el ruido que hizo al ser abierto... Casi en el mismo instante sus manos tropezaron con la piltrafa sarmentosa y, completamente enloquecido, hizo su tercero y último pedido.

—¡Qué no pueda entrar! ¡Qué el cadáver desfigurado retorne a la tierra!

Los golpes cesaron súbitamente, bien que la casa toda quedó como saturada en los ecos de aquellos golpes. White escuchó la puerta que se abría. Un viento glacial barrió la escalera; un prolongado gemido de desilusión y dolor, lanzado por la anciana, infundióle ánimos para correr hacia abajo y mirar la puerta...

Y, a la luz amarillenta y mortecina del farol colocado en la acera opuesta, contempló la calle tranquila y absolutamente desierta.



TRADUCCIÓN DE E. M. S. DANERO

EL MOGOTE DE SANTA GAULIA

Mi tierra es tierra de bravos
y d'hembras de corazón;
en cada piedra del monte
s'encuentra una tradición.

Dijo el viejo Laguna cuando le tocó el turno en la amigable tertulia del fogón: — Estas sierras tienen muchas tradiciones. Agora les voy a contar el misterio de Santa Gaulia. Ustedes conocen bien el Mogote, que se halla junto a la encrucijada del «Alguaráz» yendo como pá Chile por el paso de Uspallata y antes de llegar al río «Colorao».

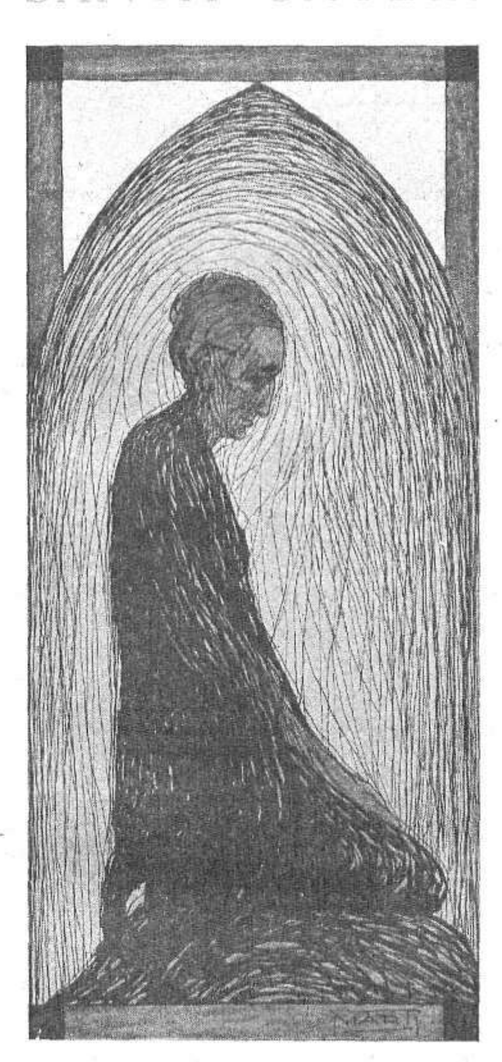
A poca distancia del Mogote y dentrando pal lao de las «Barrancas Coloradas» tuavía hay vestigios de una tapera.

Ahí vivió en un tiempo una viejita con un hijo; ella se llamaba Gaulia y él Anacleto. Diz que jué en la época e la independencia; mi agüelo los conoció. Vivían contentos y felices sin saber más de mundo que lo que contaba'lgún arriero cuando llegaba al ranchito de paso pá Chile o pá Mendoza.

Tenían una linda majada; él la pastoreaba y ella hacía quesillos de leche de cabra y tejía mantas de guanaco que después negociaba con los arrieros.

Un día los toques del clarín jueron a turbar la tranquilidá e la sierra.

Se subieron al Mogote y devisaron a lo lejos muchos batallones de soldaos...



Eran las tropas del general San Martín que iban a llevar la libertá a Chile y al Perú. Anacleto se quedó todo el día en el Mogote pa verlos pasar... El corazón le latía con juerza como diciendolé vamos...

Las tropas enfrentaron and'él estaba y pasaron como si no hubieran visto a naide, subiendo y bajando cerros; sin apurarse, pero firmes, valientes y serenos, con la vista fija en la cumbre como si hubieran querío trasponerla con el pensamiento... ¡Qué hombres aquéllos! Ya no hay quién los iguale...

Anacleto sabía a lo que iban aquellos leones y tamién sabía lo que le correspondía como hijo nativo, pero pensaba en su madre...

Ella vido lo colorao qu'él se había puesto y adevinando, como saben hacer las madres, le dijo:

— ¿Tenís vergüenza, Anacleto?

— Sí, mama; ahí van los Tejada y los Rodríguez... sólo yo estoy faltando...

Doña Gaulia quedó un momento pensativa y después, en un arranque d'esos que sólo tenían las madres de antaño, le dijo:

— Anacleto, m'hijo... Andá y peleá por la libertá e tus hermanos y no volvás hasta que la traigás escrita en el pecho con el filo de los sables, como tu padre trajo la suya... Yo le voy arrogar por vos a la virgen del Valle...

Así lo despidió aquella madre, de las que ya no se ven, y el hijo se jué con las tropas de la gloria camino de Chacabuco, de Maipo y de Junín...

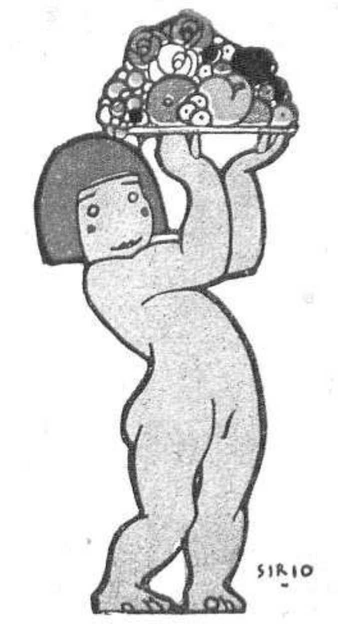
....

Pasaron los días y los meses; y pasaron los años y Anacleto no volvía... pero ella se pasaba todo el día y parte de la noche arriba del Mogote mirando pal poniente... Los vido a todos los que volvieron años más tarde y a todos les preguntaba, pero ninguno quiso decirlo que Anacleto había muerto... Le decían: Viene en la otra compañía... Pero pasaba el tiempo y el batallón del hijo no llegaba... Un día la hallaron muerta en el Mogote. Estaba arrodillada y como sonriendo, con los ojos apenas entornaos y fijos en el poniente... Un fraile de uno de los batallones que volvía dijo que era santa, porque sólo los santos morían de'se modo...

La enterraron ahí mesmo y dicen que pal día e las ánimas, época en que murió, si alguien pasa junto al Mogote, vé una viejita vestida de negro que con la mano puesta sobre los ojos, como a modo de visera, mira pal poniente...

Y diz tamién qu'es muy milagrosa pa los extraviaos, y cuando alguno de los del pago se ha juído o se ha perdío por la serranía, le prenden velas en el nicho que hay arriba del Mogote y le rezan, y es fama que antes de tres días aparece el extraviao...

M I G U E L   M A R T O S



FLORES Y FRUTAS

Las flores son causas de perdición para las mujeres apasionadas y artísticas.

Perdición relativa, no exageremos.

Las muchachas bonitas abusan de las flores, particularmente en Andalucía.

También hay caballeros aficionados a adornarse con flores.

Pero, afortunadamente, componen el menor número en el sexo.

Habrán ustedes oído hablar del lenguaje de las flores, y tal vez le comprendan.

Para mí es idioma tan dificultoso como para cierto alcalde eran los números romanos.

—Yo los veo—decía,—pero no los "traduzgo".

Así, para leer "Felipe V", supongamos, pronunciaba: "Felipe usía"; a "Fernando VI", "usía ilustrísima", y a "Carlos II", "insigne ingeniero".

Me explico que los muchachos, en el período de novios, es decir, apenas ordenados "de primera tontuna", entiendan y traduzcan el idioma de las flores.

Pero cuando pasamos esa edad volvemos a la infancia y pensamos en las frutas.

El lenguaje de éstas es más expresivo.

El melocotón, por ejemplo, significa "pureza".

Fíjense ustedes en la frecuencia con que los poetas asimilamos (ustedes perdonen) el cutis virginal de los niños y de las muchachas con la piel del melocotón.

Las cerezas simbolizan a las personas *liosas* o enredadoras, porque al tomar una salen enredadas con ella otras varias.

El pero significa pasión desgraciada o contrariada.

Observen ustedes que el "pero" rara vez se pronuncia para bien.

Cualquier persona que se niega a prestar un servicio al prójimo, empieza dorando la píldora de la negativa:

—Me proporcionaría sumo placer servir a usted, no deseo otra cosa, pero...

—Yo veía llegar los acontecimientos, y me hubiera precipitado para evitarlos, pero...

Y así sucesivamente.

La breva es el símbolo de la felicidad.

Es escaso el número de mortales que logra chupar una breva; pero hay algunos.

La camuesa significa brutalidad.

Llamen ustedes camueso a cualquier transeúnte y verán cómo responde.

La señora que ofrece una manzana a un caballero le califica de Adán.

Y esto, aun cuando sea exacto en algunos casos, no sienta bien al aludido.

La ciruela es constancia.

Porque para pelarla es preciso emplear agua caliente como para afeitarse.

Obsequiar a una dama con un racimo de uvas es "faltarle", casi, casi.

Equivale a decirle:

—¡Qué vendimia tiene usted!

El albaricoque de almendra dulce es hombría de bien.

Porque es bueno hasta el hueso.

El higo chumbo significa filosofía.

Por esto, no todas las personas saben comerlo.

He visto a un inglés que separaba las pipas y luego se las tragaba, escupiendo lo demás.

Otro inglés devoraba los pinchos y arrojaba lo demás.

La fresa representa, en el aficionado, pasión por el cuerpo de coros de señoras.

En la aficionada, pasión por el cuerpo de coros de caballeros.

El melón significa instintos criminales.

Es preciso empezar para comerle por "echarle las tripas fuera".

El lenguaje de las frutas es más claro que el de las flores.

Hasta los niños extranjeros le comprenden.

Ofrezcan ustedes a un nene una camelia y un racimo de uvas, y seguramente opta por las uvas.

Como aquel negrito que oía a un misionero que decía:

—En el infierno hay ingenios de azúcar, mayorales que pegan a los morenos y escasa alimentación. En el cielo el negro vive con más comodidad que el blanco, y come tocino y dulces, y le miman...

Y el negro, arrastrado en aquel extraño paralelo, por la idea del comestible, cuando el *padre* preguntó:

—¿Por qué optáis, hijos míos?

Respondió a voces:

—Por el tocino, por el tocino.

En estación calurosa suele conocerse, sin que hable, al individuo práctico en el idioma de las frutas.

Un nene a quien sus padres aconsejaban que no abusara de las frutas, por las consecuencias que le producía el abuso, vió una noche de visita en su casa a un caballero que se movía sin cesar en la silla.

Era un importuno que asediaba a su madre.

El niño, hablando a bulto, dijo a su madre:

—Mamá, este caballero ha abusado de la fruta.

EDUARDO de PALACIO

DIBUJO DE SIRIO

Exposición flotante



Gráfico de la ruta a seguir por el buque exposición.

Debido a la fecunda iniciativa de Gabriel d'Annunzio y bajo los auspicios y patronato del gobierno, Italia organizó la primera Exposición flotante que envía a nuestro continente para que sea el exponente palpable de cuanto la península produce y sabe hacer. Una espléndida y moderna nave que lleva el sugerente y simbólico nombre «Italia», nos traerá encerrados en sus flancos los productos naturales de aquella rica tierra, sus frutos y los frutos del trabajo, de la ciencia y del arte de sus hijos.

La nave «Italia» desplaza 22.000 toneladas, mide 160 metros de eslora por 18 de manga. La superficie de los salones destinados a exposición es de metros 3.000. Lleva dos hidroaviones, radiotelegrafía, etc. 400 hombres de tripulación con 37 oficiales, orquesta y está dotada de cuantas comodidades se exigen en los modernos viajes.

Itinerario. — Spezia, Gibraltar, Pará, Pernambuco, Bahía, Río de Janeiro, Santos, Río Grande, Montevideo, Buenos Aires, Bahía Blanca, Punta Arenas, Talcahuano, Concepción, Valparaíso, Antofagasta, Arica, Mollendo, Callao, Guayaquil, Panamá, Colón, Veracruz, Tampico, Habana, Puerto Príncipe, Cartagena, Puerto Colombia, La Guayra, Puerto España, Gibraltar a rendir viaje en Spezia después de un crucero que se habrá realizado en siete meses de navegación, según los cálculos prefijados.

De Lomas de Zamora

La señorita Celia P. Alegre, directora del Colegio número 13, rodeada por los miembros del Consejo Escolar, comisión de damas y vecinos, que la hizo objeto de un justiciero homenaje con motivo de su retiro de las tareas educacionales.



Nota gráfica de la hermosa fiesta realizada en el Colegio N.° 1, celebrando la terminación del año escolar, y en la cual tuvieron destacada actuación numerosas alumnas de ese establecimiento.


TRAPICHE
El nombre que en Vinos
representa
PUREZA, SABOR y CALIDAD
BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.
Soc. Anón. Industrial y Comercial
744 - FLORIDA - 744
Buenos Aires
Unión Telefónica 1752 y 1365, Retiro
Cooperativa Telefónica 3708, Central
Trapiche
RESERVA

LA FUNESTA MANÍA DE PENSAR

La especulación filosófica es tan antigua como la dispepsia. El primer dispéptico anunciaba ya al primer metafísico. Los griegos, cuyos platos nacionales — según las noticias de Ateneo de Naucratis, en su «Deiphosophistarum» — debían ser bastante pesados, eran por eso mismo gentes propensas a la especulación filosófica. La metafísica alcanza su período de máximo florecimiento en la Edad Media, en el Renacimiento; durante épocas de alimentación indigesta, a base de platos excesivamente condimentados. A principios del siglo décimonono parece resurgir en los países germánicos, en lo que podríamos denominar Región del Sauerkraut; y sucumbe definitivamente en la centuria actual, coincidiendo con la difusión y el abaratamiento del bicarbonato de sosa.

□

La gloria constituye el anverso de una medalla cuyo reverso es la envidia. La gloria es la envidia vista por el revés.

□

La noción de lo infinito en el tiempo la concebí en una «soirée» familiar, bailando un tango con cierta joven que, según tuvo el cinismo de confesarme «a posteriori», era la primera vez que bailaba en su vida.

□

Perogrullo, que fué siempre un decidido defensor del plagio, plagió una vez el «Padrenuestro» en la siguiente forma:

«Poesía, Madre nuestra, Hija y Madre nuestra, que hecha nube o estrella estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Aceptemos tu reinado; no hagamos sino tu voluntad, bajo el cielo y sobre la tierra. El pan espiritual de cada día dánosle hoy, y mañana y siempre... Perdónanos nuestros prosaicos afanes humanos, así como nosotros le perdonamos a la vida tanta prosa triste como nos ofrece. No nos dejes caer en la tentación de ser espíritus prácticos; mas líbranos de toda fealdad. Amén.»

□

Una firme amistad, un verdadero amor, deben nacer del no esperado y no buscado encuentro de ambas partes. Cuando una de ellas ha provocado la mutua presentación, el amor o la amistad que de ella puedan resultar están viciados en su origen.

□

Cuando un joven con aficiones literarias ha leído en las biografías de los escritores célebres que éstos han sido casi siempre inhábiles para las cosas de la vida práctica — para las que requieren alguna habilidad física especialmente, — se considera dispensado de aprender a hacer bien aquellas cosas prácticas que hace mal, y hasta cree oportuno hacer mal aquellas que podría hacer medianamente. Si tenía mala letra, no se preocupará de mejorarla; si su caligrafía era regular, hará en lo sucesivo una letra desastrosa. Si lee que Musset no sabía multiplicar, o que Goethe era incapaz de hacer una carambola, se consolará fácilmente cada vez que le salgan mal las cuentas o le falle un «retroceso». Y lo curioso es que esos pequeños fracasos le envanecerán puesto que le identifican con los grandes ídolos; lo peor es que haciendo mala letra de propósito, él cree que adquiere un poquito de talento.

□

Antes me sorprendía el hecho de que, haciendo tantísimo tiempo que se vienen escribiendo cuentos de amor, no se haya agotado el tema todavía. Porque acerca de cualquier otra materia, se explica que no se agoten los temas: la realidad es infinitamente varia. Pero en amor el asunto es siempre el mismo: dos personas de sexo opuesto luchando con las dificultades que les impiden caer la una en brazos de la otra, o bien el ridículo trágico de una persona que buscando caer en brazos de la otra, tropieza con la indiferencia de ésta.

Si bien se mira, la aparente variedad de los cuentos de amor no reside en su fondo, que es siempre el que queda dicho, sino en meras variaciones exteriores y formales. Las diferencias entre los infinitos relatos de amor que la Humanidad ha producido obedecen, sencillamente, a las leyes de las combinaciones y de las permutaciones matemáticas.

En efecto: en cada uno de esos relatos toman parte unos cuantos personajes dados (el enamorado, la amada, los padres de él, los de ella, los hermanos y demás parientes de uno y otra, los posibles rivales). Tales son los personajes que comúnmente intervienen en los asuntos de amor, salvo los casos en que, además, interviene la policía. Ahora bien; esos reducidos elementos pueden barajarse en infinitas formas. Por ejemplo:

a) Los padres de él se oponen a la unión; todos los restantes elementos están conformes.

b) Quien se opone es — supongamos — un antiguo pretendiente. Exceptuada esa oposición, la conformidad es general.

c) El obstáculo o elemento opositor lo constituye ahora un circunstancia, como la pobreza, la diferencia de clase, el anterior matrimonio de uno de los protagonistas, etc.

En los últimos tiempos, los novelistas han inventado los motivos psicológicos, que dan excelente resultado, como que pueden

emplearse sin tomar en cuenta a la lógica.

En fin, para no abrumar: los «elementos dados», limitados en sí, pueden combinarse y permutarse, según fórmulas casi matemáticas, poco menos que hasta el infinito.

Así se explica que después de largos siglos de literatura amatoria todavía continúen desarrollando el tema los novelistas populares y los autores de argumentos cinematográficos; así se explica que continúen haciendo llorar a las dactilógrafas con una cosa tan prosaica y aburrida como es el amor.

□

Una de las cosas que más contribuyen a fomentar en los jóvenes de posición modesta la vocación periodística, es la creencia de que esa vocación va a permitirles relacionarse con gentes distinguidas, entrar en todas partes, tal vez frecuentar el gran mundo. Y efectivamente, el periodismo permite todo eso, sólo que a título precario. Un periodista asiste sin pagar a una función de ópera en una noche de gala, y tal vez crea no encontrarse en situación inferior a la de cada uno de los abonados; pero para los abonados, el foliculario es un colado vulgar, un pobre hombre que ha entrado de limosna. Y así siempre. El periodista logra acaso llegar hasta el gran mundo, pero *sin ser nunca otra cosa* que espectador. Es, sencillamente, como el que, apoyado en el marco de la puerta de un salón de baile, se pasa la velada viendo bailar a los otros.

□

En el «Diario íntimo» de Perogrullo se leen estas líneas:

«Estoy en un pueblo. Paz, una gran paz. Siento deseos de quedarme aquí para siempre. ¿A qué volver a la ciudad? ¿Qué hay en la ciudad que no haya también aquí?...

Sí, hay algo: los divanes. En todo el pueblo no hay un diván cómodo, y yo no concibo la vida sin divanes donde pasar largas horas filosofando. Es un hecho comprobado la influencia que sobre la elaboración de los buenos sistemas filosóficos ejerce la comodidad del asiento.

Si en este pueblo hubiese siquiera un buen diván, me quedaría para siempre en este pueblo.»

□

Casi todos los que aprenden el alemán concluyen dedicándose a la filosofía. En realidad, el que tiene paciencia bastante para estudiar ese idioma, es ya un filósofo de nacimiento.

□

¡Qué lamentable la lluvia inesperada que cae en la ciudad en esos días de verano en que todo el mundo ha salido de casa dispuesto a desafiar los rigores del sol! Los trajes blancos de las mujeres, los sombreros de paja, pegajosos e inoportunos... Todo cobra un aire de cosa ridícula, deplorable, fracasada, de cosa pegajosa como el sombrero de paja.

□

A lo que nosotros denominamos «un empleíto», le llaman en España «un destino». Esta denominación tiene un profundo significado. La palabra destino, en este caso, está usada, a mi parecer, en la acepción de «hado» («fatum» de los romanos, «ananké» de los griegos). Expresa perfectamente la tenacidad diuturnal, la tenacidad de ostra con que en los países burocratizados se aferran los funcionarios a sus cargos. El cargo es el Destino, con mayúscula.

□

Tenía aquel hombre, en un magnífico mueble, una magnífica colección de libros, cerrada con una cerradura también magnífica, herméticamente cerrada; no se sabe si para que aquellos magníficos libros no pudiesen salir o para que aquel magnífico bruto no pudiese entrar.

□

Cuando en el tren o en el restaurante se ha iniciado un «flirt» a base de miradas, nada tan funesto como sacar un libro del bolsillo y ponerse a leer. Sería interesante averiguar si lo que hay en esos casos es mero desagrado por una desatención o si es que en el fondo del alma femenina late el horror a la cultura.

□

El único consuelo del hombre que siendo pobre se dedica a escribir versos, consiste en saber que si un día aparece muerto de hambre en una calle todo el mundo sabrá quién es el muerto. Esto hace pensar en esos viajeros que ponen a su maleta un colosal rótulo con el nombre del propietario: tienen el consuelo de que el ladrón sepa a quién se la ha robado.

□

La fundamental vanidad de la música y de las artes plásticas — que, en cuanto a las últimas, no se le ocultó a Pascal, — nada la revela tan elocuentemente en nuestra época como esos críticos que definen el contenido de unas artes por relación con el de otras. Nos hablan, así, de la riqueza «cromática» de un trozo musical o de la «melodiosa sinfonía» de un cuadro al óleo...

Es como si para definir la esencia íntima del amor, nos contentásemos con afirmar que en inglés se dice «love».

E N R I Q U E   M E N D E Z   C A L Z A D A



El profesor señor Félix Olaza, rodeado por un núcleo de alumnos que celebraron la feliz terminación de los cursos escolares.

La directora de la Escuela Normal Popular, señora Ursula R. de Claro, acompañada por el personal docente y alumnos de dicho establecimiento, el día que celebraron la clausura de las clases.


La Salud de su Cabello
Si su cabello no le satisface ya sea porque comienza a encanecer, se le cae o es demasiado lacio, use usted el famoso ESPECIFICO BOLIVIANO BENGURIA. que ha probado ser el mejor estimulante del cabello. Lo mismo se aplica a los caballeros o a las damas, rubias o trigueñas.
BENGURIA libra inmediatamente de la caspa al cuero cabelludo, y en un tiempo relativamente corto produce una cabellera abundante, sedosa y pletórica de salud. Aunque se encuentre usted calvo o con principio de calvicie, el ESPECIFICO BENGURIA le hará crecer nuevo cabello. Entre sus resonantes éxitos en el continente se cuentan curaciones realmente maravillosas obtenidas en casos de calvicie rebelde.
El ESPECIFICO BENGURIA devuelve el color natural al cabello sin teñirlo, haciendo desaparecer radicalmente las canas. Contiene además propiedades especiales que evitan que el cabello se reseque y se rompa. Si quiere usted ser dueño de una hermosa cabellera, pruebe el notable ESPECIFICO BOLIVIANO BENGURIA (científica combinación de vegetales bolivianos).
UNICO LUGAR para consultas y venta del Específico en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario
Dr. RAFAEL BENGURIA B.
Av. DE MAYO, 1239 — BUENOS AIRES
U. T. 5753, RIVADAVIA
AGENCIAS PARA LA VENTA DEL ESPECIFICO:
En Rosario de Santa Fe: Gran Tienda "La Buenos Aires", Córdoba esq. Entre Ríos. — En Mendoza: Casa Riba, San Martín, 1456. — En La Plata: Jockey Club, Avenida 7 esq. 51.—En Santiago de Chile: Moneda esq. Estado.—En Montevideo (R. O.): José J. Vallarino e Hijo, Sarandí, 429, y "Au Bon Marché" de Vicente C. Cerizola, Sarandí, 620.
BENGURIA
El Dr. Benguria atiende pedidos y consultas de provincias por correspondencia.
ESPECIFICO BOLIVIANO
Benguria
Cura las Canas y la Calvicie.

De San Fernando



Baile familiar dado por la Comisión Directiva de la sociedad "Artesanos del Dique", en ocasión de cumplirse los 33 años de la fundación de dicha entidad.

El doctor Giménez, concejal y presidente de la sociedad "Luz", rodeado de un grupo de socios que concurrieron a la pintoresca excursión nocturna que se organizó para esparcimiento de las familias de los socios.

EL SAGRADO AMOR DE MADRE

Considerad, conmigo, recogiendo vuestro espíritu sobre el recuerdo de todo lo que hayáis querido y respetado en el mundo, considerad cuánta ciencia guarda el corazón de una madre para educar a sus hijos; ciencia no aprendida, que es la revelación de Dios en la naturaleza humana. La mujer desde el momento en que es madre tiene todas las ciencias juntas en su alma; sabe higiene y cura a su hijo; arte, y lo hermosea; sabe entonar canciones tan espontáneas como el gorjeo de las aves en los bosques, esas canciones que ningún músico puede repetir, y que desde la cuna despiertan la idea de lo infinito en el alma; sabe narrar esos cuentos maravillosos que no se olvidan en toda la vida, primeros gérmenes de los principios morales, que nos han de preservar de los contagios del mal; sabe hablar de Dios con la elocuencia incomparable que a torrentes brota del corazón; sabe dónde se ocultan las espinas, dónde el abismo de los grandes peligros, porque nada hay escondido a su amor, que adivina en la frente, en la mirada de su hijo el dolor y la enfermedad que le amenazan; y pone en el corazón todas las cuerdas que han de resonar dulce y armoniosamente y han de ser nuestro consuelo en las tempestades de las pasiones; y restaña con el bálsamo de sus lágrimas todas las heridas del corazón; y nos deja en su vida eterno ejemplo de santidad y de pureza y en su muerte eternas esperanzas religiosas. — EMILIO CASTELAR.

La suprema elegancia

de los modelos de **Corsés** o **Fajas** de la **CASA IZQUIERDO,** Carlos Pellegrini, 490, dará a usted la seguridad de que su cuerpo adquirirá el donaire y elegancia que requiere la moda, proporcionándole líneas encantadoras, llenas de gracia y distinción.



Nuestro Regalo

Este precioso molde de kimono

GRATIS

A toda señora que nos envíe $ 1.— le mandaremos un ejemplar de nuestra revista de modas y literatura **"PICTORIAL REVIEW"** (edición de lujo en colores) del mes de Enero de 1924 y como regalo el molde de este precioso kimono en la medida que nos indique.

FAJA
Modelo 110.

Muy cómoda y especial para señoras gruesas. Su elegante estilo dibuja una distinguida silueta y porte soberbio. La confeccionamos sobre medida con ricos elásticos de seda, toda la parte delantera y coutil de seda floreado en la espalda, con 4 ligas también de seda.

$ 40.00

Soliciten catálogos.

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

490, CARLOS PELLEGRINI, 490

U. T. 38, Mayo 0313. — BUENOS AIRES

De Victoria





Distinguidas señoritas de la sociedad local atendiendo los kioscos de ventas en el bazar-rifa que, patrocinado por la comisión de la Escuela Elemental N.° 9, funciona a beneficio de la citada escuela, destinándose los fondos allegados a la adquisición de útiles y material escolar.

NO MATAR POR IMPRUDENCIA

En la nariz y la boca anidan gérmenes de enfermedades. Y esto es muy cierto cuando la persona está enferma. Un catarro, influenza, pulmonía, tuberculosis, difteria y muchas otras infecciones llenan de gérmenes las secreciones nasales y la boca; al toser se arroja la saliva a una distancia de un metro y al estornudar se lanzan las partículas a una distancia de metro y medio. Estas partículas transportadoras de gérmenes, Trille y Seiffert dicen que después de lanzadas al límite de la distancia permanecen estacionarias en el aire durante cinco o seis segundos. Entonces caen a tierra. Aquí se secan los microbios, pero las semillas pueden germinar inmediatamente cuando las condiciones son favorables.

La ley debería castigar por imprudencia temeraria a los que exponen a sus semejantes al contagio de las enfermedades que ellos incuban o transportan. Pero ya que no hay leyes que penen tal crimen, la educación debe substituírse a ellas y hacer comprender a todo el mundo los daños inmensos que puede causar el efectuar actos naturales, sí, pero peligrosos, y que es mucho mejor abstenerse de estos actos porque son perjudiciales para nuestros semejantes y no porque son contra la ley.

No hay duda de que uno de los métodos principales de extender algunas enfermedades, es por la secreción nasal y por la boca, y debe hacerse todo el esfuerzo posible para evitar este mal. Toser o estornudar poniéndose la mano en la boca no es suficiente, porque esto crea una condición igualmente peligrosa. La mano se contamina con la humedad y lleva los gérmenes a otra mano u otro objeto que a la vez puede llevarlo a otra persona.

Las secreciones de la nariz y de la boca deben ser capturadas por el pañuelo.


DÖRFEL
LA BELLEZA
FACIAL FEMENINA
puede triunfar a través del tiempo si se sabe conservar inteligentemente la frescura, suavidad y delicadeza del cutis.
El procedimiento más eficaz y seguro para conseguir este propósito es el de usar diariamente el
POLVO GRASEOSO LEICHNER
acreditado producto de belleza que ya ha demostrado en la práctica sus insuperables cualidades para hermosear la piel del rostro
MENDEL y CÍA.
En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439
En Montevideo: calle Cerrito, 673



L



ILLON

Luis Benoit tuvo un sueño extraño.

Habíase adormecido extendiéndose sobre su diván después de un buen almuerzo que había satisfecho su apetito bien ganado en fructuosas correrías matinales y su acentuada propensión a la buena mesa. Al acomodarse en la muelle posición, atrajo su diario habitual y se le cerraron los ojos mientras leía una filípica contra los expendedores de lotería que alzaban el precio de los números del millón valiéndose de la estúpida impaciencia del público, el cual no aguarda hasta la víspera del día de la jugada para adquirirlos.

La subsconsciencia, que vigila siempre a obscuras, continuó elaborando pensamientos e imágenes en el mismo rumbo en que las había establecido durante la vigilia. Vió cómo, dentro de la luz de un nacimiento todavía confuso de la aurora, la figura de una mujer adorable le sonreía. Al mismo tiempo, e imponiéndole silencio con un gesto suave de su mano deliciosa, le decía:

«Compra, Luis Benoit, el número 17.424 de la lotería del millón. Pero debes hacerlo de manera que nadie, absolutamente nadie, sospeche que lo has adquirido».

Y tornándose severa:

«Nadie tampoco ha de vislumbrar después que te ha visitado la Fortuna. Harás más. En cuanto percibas la suma, siempre ocultándote cuidadosamente, te fingirás arruinado en el límite de la mayor pobreza. Con esto entiendo favorecerte doblemente, otorgándote riqueza y experiencia».

La figura se borró, llevándose su acariciadora sonrisa.

Luis Benoit despertó con la visión clarísima de lo que había soñado durante un milésimo de segundo o en dos horas, no lo sabía bien. Repasó todos los detalles luminosos y vibrantes de la escena y recordó fielmente las palabras que habían sido órdenes.

Concluyó por encogerse de hombros con todo su escepticismo acerca de las cosas inexplicables, a las cuales llamaba él absurdas. Al abandonar su ociosa posición exclamó vivamente:

— ¡Bah, premio del millón... en sueños!

Y se dispuso a salir en cumplimiento de sus tareas habituales.

A pesar de ello, en cada vidriera de Agencia sus ojos leían los guarismos negros de los billetes como si buscara el número 17.424, impuesto por el sueño.

En el barrio de los Bancos, por donde debía cruzar, sitio predilecto de los loteros a la caza del que ha obtenido un préstamo, la tentación se le hizo mayor.

«Si fué prodigiosa la aparición, díjose riendo, más prodigioso sería que yo encontrara el billete indicado». Pensando, concluyó por entrar en una de esas pequeñas agencias, sucias y escondidas, donde suele germinar la riqueza, y pidió allí informes. El número debería estar en Buenos Aires. Se lo dirían en la Central.

Con infinitas precauciones para no ser reconocido, por cuanto disponíase a seguir estrictamente las órdenes de la maga, recogió los datos que se le indicaron y adquirió el billete.

Un mes entero evolucionó su esperanza entre el descreimiento y la confianza.

Luis Benoit tenía de sus abuelos, franceses, un optimismo fácil y ligero mezclado a los rasgos volterianos de su propio espíritu. Complaciente, adaptable, generoso, reunía muchísimos amigos que frecuentaban su trato asiduamente, demostrándole estimación merecida, fraternal cariño, amistad que ellos decían a toda prueba. Aquella amistad habíalo impregnado de un solo culto, en el que ponía devoción como en el altar de una divinidad siempre propicia.

Muchas veces sintió vehementes deseos de confiarles aquello que había llegado a serle obsesionante: poseía el millón. La confidencia lo aliviaría seguramente de su preocupación, con la carcajada que esperaba oir a la terminación de su relato. ¿Y si desvanecía la suerte con la inobediencia?... Optó resueltamente por callar, y esperó la víspera de Navidad.

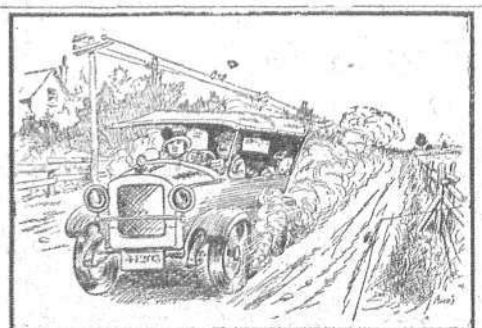
Conteniendo con las manos sobre el pecho los latidos de su corazón, oyó gritar a los muchachos los diarios de medio día, que anunciaban: «¡la grande de un millón!».

Con letras notables, que ante sus ojos espantadamente abiertos cambiaban de color, leyó la cifra: 17.424.

Sin razonar, se lanzó sobre un auto, dió la dirección de su casa, que cambió después por la de Palermo. ¡Quería aire, pleno aire! Detúvose frente al restaurante



— ¿Y vos creés que tu retrato quedará bien?
La señora. — No tengo mucha confianza porque me mira demasiado...



El chico. — Papaaa: nadie viene detrás y estamos perdiendo el polvo...




LEON GALINDEZ

del Lago. Sentía sed, mucha sed. Pidió cerveza helada y fué a sentarse cerca de la mesa más lejana, la más apartada posible de los raros paseantes que a tal hora transitaban por el ameno paraje. Cuando empezaron a llegar los primeros carruajes y tomó animación aquello, huyó a refugiar su desasosiego en su departamento. Dijo, al pasar, a su portero: «No estoy para nadie, absolutamente para nadie. ¿Entiende usted?» Su voz salió imperiosa, desconocida.

Los planes, los propósitos más diversos y originales sucedíanse en su imaginación.

Dejándose llevar de su generosidad ingénita y de sus hábitos, hubiera querido llamar a sus amigos para hacerlos participar de su contento e invitarlos a una ruidosa jarana. Pero siempre el temor supersticioso lo cohibía. Quizás la desobediencia pudiera arrancarle aquella milagrosa fortuna.

Transcurrieron algunos días durante los cuales persistió en su voluntario aislamiento. El portero comenzaba a extrañarse, cometiendo indiscreciones con los camaradas que lo perseguían. El señor Benoit estaba desconocido, rarísimo, declaraba. El, tan puntual, no tenía ya hora para nada. Daba órdenes bruscas, contradictorias. Una mañana lo había llamado a sus habitaciones para decirle: «Hoy vendrán a buscar mis muebles: entréguelos usted todos menos este diván del que no quiero desprenderme. Dejo el departamento. Estoy arruinado, mi buen Santiago... una maldita jugada de bolsa. Yo vendré a buscar mi correspondencia». Y le alargó cien pesos.

Pidiendo la más completa reserva al gerente del Banco de Londres, depositó Luis, al cobro, el billete premiado y le dejó sus órdenes.

Los diarios, al cabo de muchos días de comentarios infundados, cesaron sus investigaciones. El feliz poseedor de la grande, un filósofo sin duda, había acertado con la manera de ocultarse. Sabía que entre sociedades de beneficencia, amigos apurados, inventores sin recursos y otros necesitados, solicitarían de él más del valor del premio ganado. Alrededor de esta explicación hízose el silencio acerca del asunto que cayó en el olvido.

Benoit, calmado por el bromuro de potasio y los pensamientos juiciosos, iba obteniendo la segunda, la otra promesa de la maga: la experiencia.

Uno a uno, sus parientes y amigos fueron conociendo su ruina y vino para él el alejamiento, el abandono de los unos y de los otros.

Sucedióle varias veces que al divisar por la calle a alguno de esos amigos o parientes, se les ocurría a éstos siempre entrar en un comercio o doblar en una esquina. La sonrisa más irónica y más desconsolada del joven millonario los seguía... Cuando, no pudiendo evitarlo, tropezaban con él inopinadamente, hablaban en el acto del mal estado de los negocios y de los apremios urgentes que los oprimía. «Todo el mundo en guardia...» decíase Luis al notarlo, y en su sonrisa se acentuaba la ironía. Quiso apurar la prueba y en vez de huirles los buscó. Encontró cerradas las puertas. Uno de sus hermanos, que trabajaba en la campaña y que se encontraba transitoriamente en la capital, cambió de hotel sin dejar rastros.

Aquello colmó la medida. Una mañana, al despertar, exclamó: «A París, la ciudad de mis ensueños!» y tomó pasaje sin retorno.

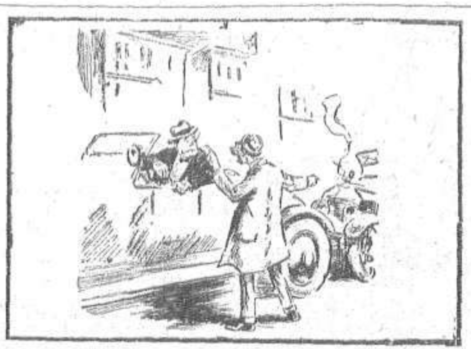
::

Luis Benoit, recostado en la barandilla del vapor, un poco hacia a popa, silencioso y aislado, echa su última mirada sobre la silueta sin esbeltez de su ciudad nativa. Su pecho va henchido de amargura. Es tan profundo ese sentimiento decepcionante, tan incurable su repugnancia por lo que la vida le ha mostrado bajo las apariencias de su manto, que ha preferido el destierro, un destierro indefinido, antes que pronunciar la palabra capaz — ¡ah! bien la conocía y estaba en su poder — de darle prestigio, autoridad, sonrisas, familia, amigos.

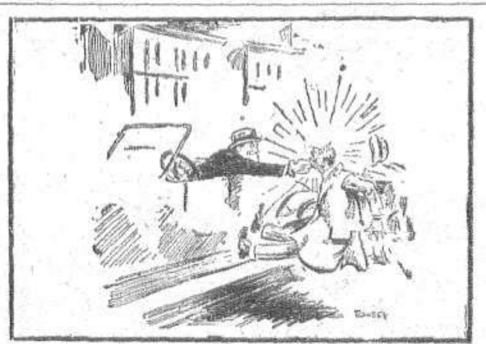
No ha recibido una sola impresión amable desde la Navidad. ¡Y se va!

Lágrimas gruesas, pesadas, viriles rodaron sobre sus bigotes negros cuando el barco se desprendía lentamente de los murallones del Dock, y una multitud abigarrada saludaba con sus manos, pañuelo y sombreros a los que se perdían a la distancia. «¡Nadie!» murmuró, dirigiéndose a su camarote.

Al penetrar en él, preguntóse: «La mujer de mi sueño, al hacerme también el don de la experiencia, que es el conocimiento del mundo y de los hombres, ¿quiso ofrecerme una gracia o un castigo?



— ¿Porqué no tiene usted la mano ligera?...



— ... ¿Qué, no la tengo?...

LOS REYES MAGOS



APORTARÁN ALEGRIA Y BIENESTAR

A LOS HOGARES QUE POSEAN UN INSTRUMENTO MUSICAL "AMERICA"

APRESURESE EN ADQUIRIRLOS

N.º 5.— Rica **CONCERTOLA** de Salón, en Roble Caoba, motor Suizo de dos cuerdas. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis, **$ 250.-**

N.º 5 bis.-Gran **CONCERTOLA** de lujo; regio mueble en Roble o Caoba, con finos adornos de marquetería, modelo igual al dibujo, con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis............... **$ 330.-**

N.º 451 — Bonita **CONCERTOLA** para mesa, caja fina madera de roble, motor de cuerda reforzada, Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a pesos........... **45.—**

DISCOS

El surtido más extenso y selecto en todas las mejores marcas del mundo. Ya apareció el suplemento de Enero *conteniendo las últimas novedades*. Solicítelo. Se remite gratis.

Hermoso **GRAFOFONO AMERICA** con gran corneta amplificadora del sonido. Caja en madera fina de roble con tapa o bisagra para abrir. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a

$ 55.-

Otros modelos, a $ 45.— 49.50, 65.—, 75.—, 95.—, 115.— y pesos 160.—.

Solicite gran catálogo N.º 21 enviando $ 0.20 en estampillas.

CONCERTOLAS - Las máquinas parlantes superperfectas.

N.º 341.—Rica **CONCERTOLA** para mesa, mueble en nogal de Italia o terminación caoba, tapa con cerradura. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a.. $ **99.50**

N.º 4.— Hermosa **CONCERTOLA** para mesa, igual al dibujo, mueble en madera de roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a.. $ **125.-**

N.º 4 bis, — Espléndida **CONCERTOLA** para mesa igual al dibujo, mueble fino en roble o terminación caoba. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis..................... $ **150.-**

Un REGALO que denota el buen gusto de la persona que lo hace.

Una selecta colección de 24 piezas, últimas novedades guardadas en elegante álbum, que ofrecemos por solo...... $ 36.00



APARATOS de viaje portátiles, ideales para fiestas campestres, excursiones, etc.

N.º 110. — **CONCERTOLA.** Con 6 piezas, 200 púas, y embalaje gratis, a..... $ **85.-**

N.º 111. — **CONCERTOLA.** Caja en roble o caoba, con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, **$ 99.50**

N.º 360. — **CONCERTOLA.** Regio aparato viaje. Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis, a $ **130.-**

N.º 50. — **VICTROLA DE VIAJE.** Caja en roble o caoba........ $ **190.-**

Mandolines modelos de Catania

N.º 5613. — Precioso **MANDOLIN,** maderas finas, escudo calado, triple filete alrededor de la tapa armónica, incrustaciones de nácar en la boca. Precio con una bonita **FUNDA** método para aprender sin maestro y embalaje....... $ **25.00**

Otros modelos desde $ 11.— hasta $ 350.—.

Solicite catálogo N.º 25.

Violines finos modelos "Stradivarius"

Embalaje gratis.

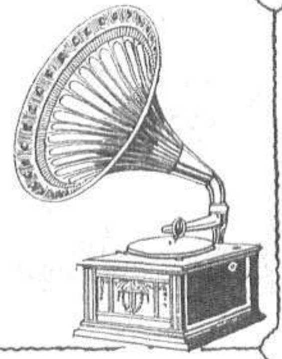
N.º 4100 bis.—**VIOLIN Tipo Conservatorio.** Completo con estuche, arco, y pez.. $ **33.—**

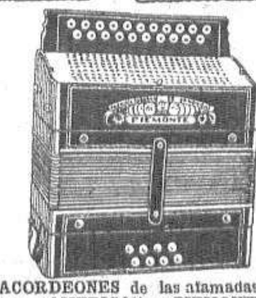
N.º 4101 bis. — **VIOLIN de Orquesta.** Completo con estuche, arco, pez y embalaje gratis.............................. **38.00**

N.º 4102 bis. — **VIOLIN de Salón.** Completo con estuche arco, pez y embalaje gratis............................ $ **45.50**

N.º 4103 bis. — **VIOLIN de Gran Orquesta.** Completo con estuche, arco, pez y embalaje gratis........................ $ **53.00**

***Otros modelos* de Violines, desde $ 25.— hasta pesos 2.500. Solicite catálogo N.º 24 enviando pesos 0.20 en estampillas.**





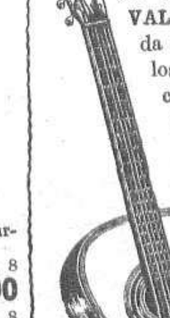
ACORDEONES de las afamadas marcas "AMERICA" y "PIEMONTE".

N.º 6012. — **Acordeón AMERICA,** 8 bajos y 19 voces, con método para aprender sin maestro. $ **21.00**

N.º 6014. — **Acordeón AMERICA,** 8 bajos y 19 voces con método para aprender sin maestro. $ **26.00**

N.º 6015. — **Acordeón PIEMONTE,** 8 bajos y 19 voces de acero, método para aprender sin maestro, a pesos........................ **30.00**

N.º 6017. — **Regio Acordeón PIEMONTE,** igual al dibujo, 8 bajos y 21 voces de acero. Con método, a pesos........................ **67.50**





N.º 3005. — Regia **GUITARRA VALENCIANA,** legítima, construída con todo esmero en nogal de los Pirineos, tapa armónica con cuádruple filete alrededor.

Con método **AMERICA** para aprender sin maestro y embalaje gratis.

$ 39.-

Otros modelos de Guitarras Españolas, Nacionales e Italianas, desde $ 12.— hasta $ 500.—

Solicite catálogo N.º 23 enviandos $ 0.20 en estampillas.

AVENIDA DE MAYO

979

BUENOS AIRES



NO TENEMOS SUCURSALES

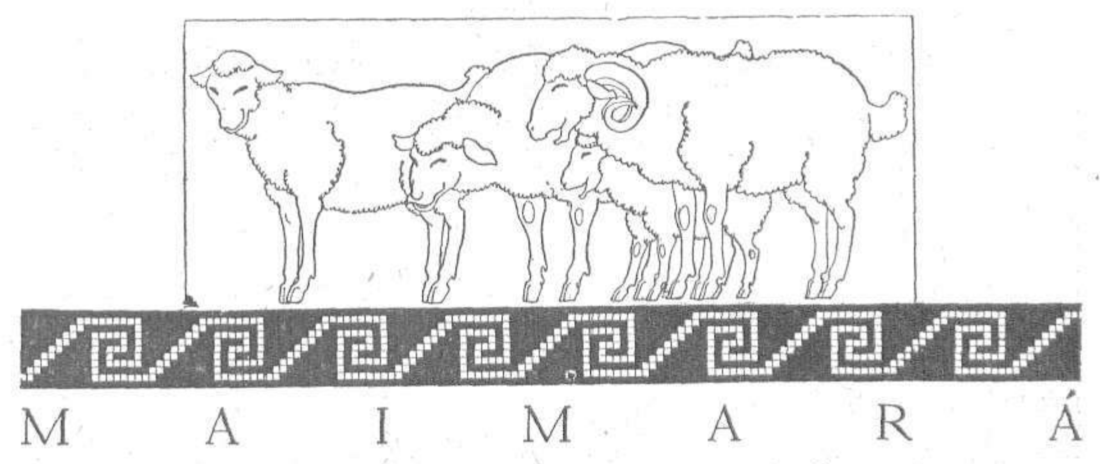
NO CERRAMOS LOS SABADOS

De Isla Maciel

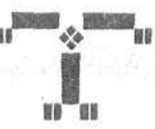


Alumnos de la Escuela N.º 35 que tomaron parte en el festival escolar organizado por la directora de ese establecimiento, señora Agustina Díaz de Revoledo, celebrando la feliz terminación de los cursos.

Señoritas y jóvenes que concurrieron al picnic organizado por la comisión directiva de la Sociedad Recreativa Juventud Unida, en honor de las familias de sus asociados.



M A I M A R Á



IERRA de Tilcara. Sobre las sierras y los hatos regionales la armonía del alba va aventando refulgente polvo de oro y plata. Maimará despierta a la vida con su vetusta villa, derruída y desteñida, tal una vieja estampa colonial. Un claro repique de campanas anuncia en la iglesia la primera misa. Es un domingo de primavera. Por la ventana de herrumbrosas rejas, penetra a mi cuarto, deshecho en flechas rubias, el sol, tibio como una caricia femenina. En la calle muda y solitaria comienzan a transitar los vecinos del barrio. Han madrugado y taconean sobre las veredas de piedra, las ojotas rústicas y las botas nuevas. Algunas mujeres pasan cargando al hombro rojizos cántaros de barro, donde traerán del manantial cercano agua fresca y pura. Otras van con alforjas de verdura y atados de cebolla verde, orégano y perejil. El bullicio urbano cunde seco y resonante como en el interior de un templo secular.

Salgo a la calle, atraído por la sugestión del paisaje y de la fiesta. La mañana está gloriosa de aire y de sol. La campana de la ermita continúa vibrando con un piadoso acento monjil. Los fieles se dirigen presurosos y ataviados con sus mejores «pilchas» domingueras. Para la Virgen y el señor cura, acompañan bellos ramos de flores de virreinas y varios paquetes de cirios de color.

De pronto, ladran unos perros y se oyen múltiples balidos lastimeros. Miro, y por la principal calle del pueblito, avanza envuelta en asfixiante polvareda una numerosa majada de ovejas y corderos. Vienen con ellos brincando los cabritos y los chivatos sacudiendo sus barbas negras y amarillas. A cada rato, se hace un entrevero de topes y piruetas, mientras otros miran a la gente con asombro faunesco y malicioso. Los perros ovejeros van cuidando la disciplina de la tropa y mordiendo los garrones a los que manifiestan cansancio y pereza en el camino. Tras de todos, los pastores siguen como únicos dueños: sudoroso el rostro y alegre el corazón.

La caravana ovina y caprina en tumulto se dirige hacia la iglesia. Averiguo a un paisano qué razón o propósito alienta a los animales para el sacrílego empeño. Entonces sonríe discretamente y me explica que esa majada llega desde el lejano cerro para que el *tata-cura* la bendiga. El año anterior una peste terrible diezmó casi todas las crías y por eso los pastores anhelan preservarlos ahora de todo injusto maleficio. La religión cristiana es una suprema fuerza tutelar de amparo y de milagro. Bajo el signo sagrado, los aborígenes creen que así prosperan los ganados, libres ya de toda amenaza en las plagas y en la muerte.

Cuando la tropa llegó frente al templo parroquial, la misa había terminado. Allí existía un amplio patio al aire libre, especie de rústico corral sombreado por coposos sauces llorones. La gente iba saliendo del santuario, regocijante de amor y de respeto. Y al ver la tradicional peregrinación de la liturgia primitiva, todos se aglomeraron alrededor de los animales que, en impaciente montón, se arremolinaban de un lado a otro del aprisco.

Al poco rato, el *tata-cura* aparece con su hopalanda religiosa para iniciar la ceremonia ocasional. Los hombres se descubren con unción y gravedad. Los dueños de la hacienda avanzan y — previo saludo — conversan en voz baja. Luego regresan cerca de la majada para hincarse a un unánime conjuro espiritual. El pastor de almas pronuncia unas breves palabras en latín ante la doble grey de pecadores. En una oración, mirando al cielo, en actitud de gracias, solicitan la protección divina del Señor. Un monaguillo aborigen le alcanza medroso una hidria con agua bendita y entonces, mojando el hisopo del sagrario, riega sobre los penitentes cuadrúpedos la milagrosa cruz de la bendición y de la suerte.

El cura desaparece, los pastores entran en la capilla a dejar un óbolo de retribución, y la gente se desbanda en amigable algarabía. La caprichosa ceremonia, llena de ingenuidad y de encanto virgiliano, es una verdadera profesión de fe y de superstición indígena. El culto fervoroso del pasado fanatiza todavía la conciencia de los ignaros moradores montañeses. ¿Qué místico consuelo perdura en el hidalgo corazón de esos seres desamparados en el aislamiento de las tristes sierras quebradeñas? ¡La eterna religión de Dios!

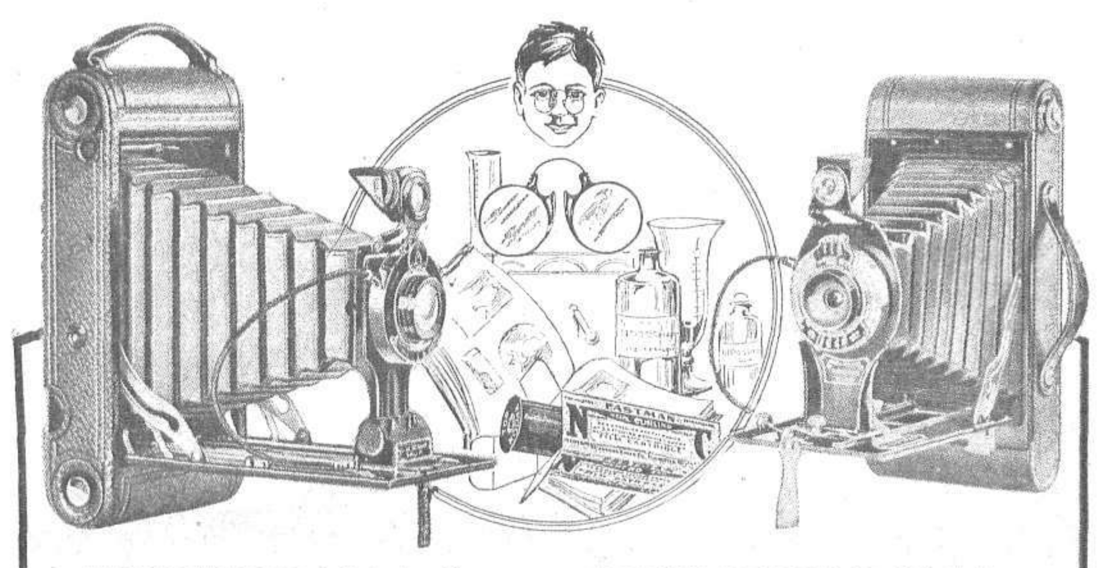
Las calles de Maimará se van llenando de bullicio. A lo largo de los muros y en los umbrales de las puertas, las mujeres con sus «guaguas» se ponen a tomar baños de sol. Los hombres mascan coca con entusiasmo, alabando la bondad del cura y el sereno tiempo matinal. Las quintas de las casas están idealizadas de verdor. Los manzanos y duraznos en flor decoran la belleza del paisaje. La fuerza primaveral de la estación ha estallado en un derroche magnífico de vida y de poesía. Maimará, la vetusta villa de veraneo y de turismo norteño, viste de pompa sus montañas y heredades. Y entre esa visión geórgica de la mañana, gloriosa de aire y de sol, las originales costumbres pastoriles son como una evocación simbólica de la raza que muere.

J U L I O   A R A M B U R U

Nuevos Bachilleres egresados del Colegio Nacional B. Rivadavia



Segunda División, sentados, de izquierda a derecha: L. Lerner, L. Halperin, L. Vidal, M. Lascalea, Z. J. Zolezzi, O. Monticelli, E. Moro, H. Seeber, D. Raffeta. De pie, primera fila: S. Baracchi, F. Peña, E. P. Arbert, R. Fattorini, R. Iturriaga, T. Lagomarsino, R. Squassi y R. Boerr. Segunda fila: N. Cafoncelli, A. M. Avanza, A. Pescio, E. Gagliardo, J. A. Rivera, A. B. Carriquirry, P. Velo, O. Cao, A. Richieri, L. Thompson y Juan C. Luraschi.



KODAK JUNIOR N.º 2-C. Autográfica.

Se carga a la luz del día, con rollos de películas de 6 y 10 exposiciones. La innovación autográfica en su respaldo permite fechar o titular los negativos en el momento de hacer la exposición.

El tamaño de las fotografías es de 7 ½ por 12 ½ centímetros.

El precio del aparato completo es de

$ m/n 70.—

BROWNIE PLEGABLE N.º 2-C. Autográfica.

La principal característica de este aparato es su sencillez; se carga a la luz del día, y por lo compacto se puede llevar con toda comodidad.

Tamaño de las fotos: 7 ½ x 12 ½ centímetros. Se carga con rollos de películas de 6 y 10 exposiciones.

Precio del aparato completo

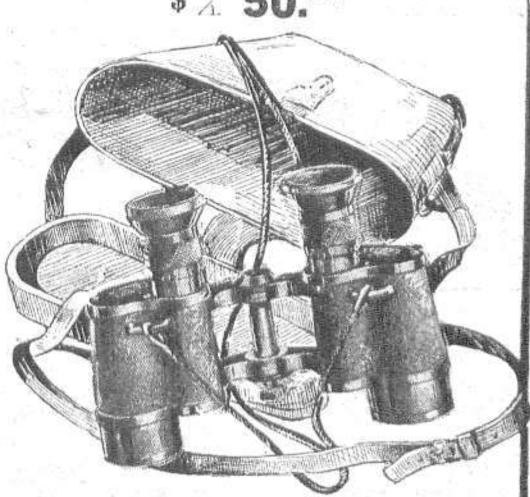
$ m/n 50.—

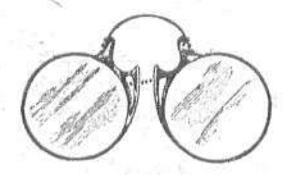
GEMELOS PRISMATICOS "ZEISS"
Modelo Telex, de 6 aumentos.
Especial para campo, marina, carreras, etc., *con mucho campo visual.*

$ m/n 110.—

GEMELOS PRISMATICOS "GOERZ"
Modelo Helinox, de 6 aumentos.
Muy luminoso; al precio de

$ m/n 160.—





ANTEOJOS y LENTES

Exactamente los que su médico receta.

TALLER PARA COMPOSTURAS

Primer Instituto Optico Oculístico.

LUTZ, FERRANDO y Cía.

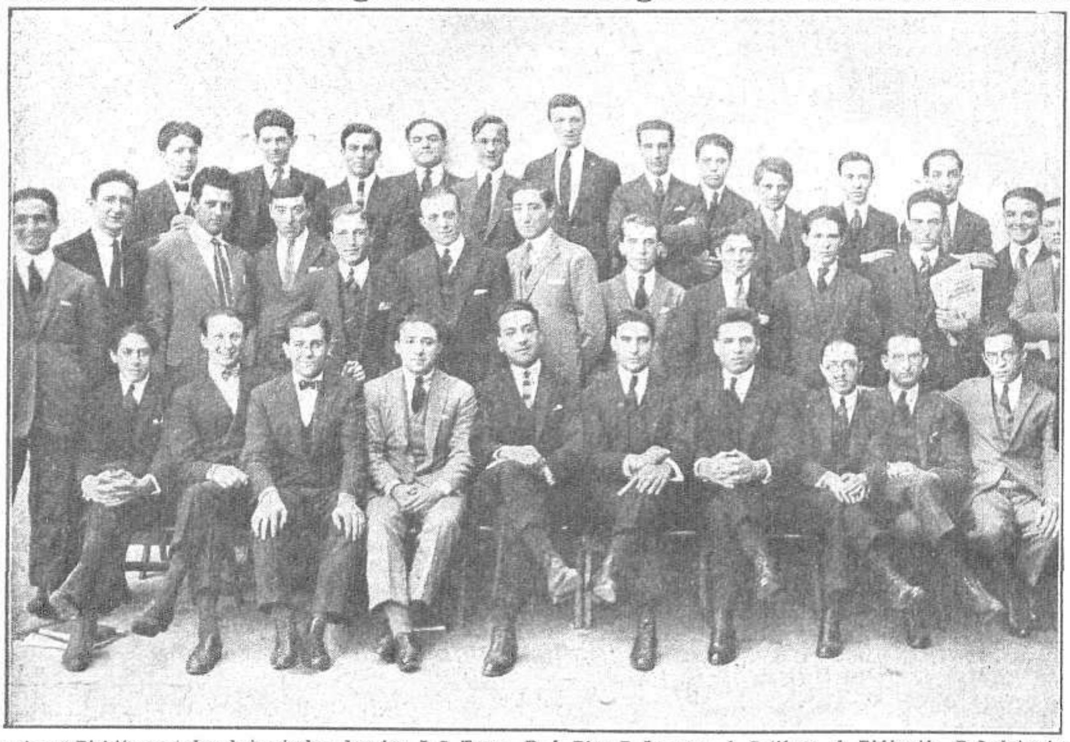
FLORIDA, 240 — BUENOS AIRES

CABILDO, 1916. Belgrano. **ALMIRANTE BROWN, 1067. Boca.**

Próximamente en Flores: Rivadavia, 6879.

Sucursales: Rosario. Córdoba. Tucumán. La Plata. Santa Fe. Mar del Plata.

Nuevos Bachilleres egresados del Colegio Nacional B. Rivadavia



Primera División, sentados, de izquierda a derecha: J. C. Torres, R. A. Ries, R. Larrocca, A. Gutiérrez, A. D'Almeida, P. Imbrioscia, R. Hernández, A. Caldarazzi, A. Krasuk, y M. Mamone. De pie, primera fila: L. Meriggi, Z. Durante, L. Reffo, T. Ap. Iwan, A. Colombo, H. Ferrero, V. Chichilo, P. A. Caracotche, L. Peralta, R. Fuembuena, C. P. Márquez Aguilar, A. J. Zolezzi, J. Socias Dallmau. Segunda fila: A. Pucci, S. Fuembuena, M. Playans, R. Giudice, O. Radivoy, G. Pérez, O. A. Caracotche, J. Capelli, L. Bliffeld, E. Lieff y P. Anargiros.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES.

Teléfono: Dirección: Unión, 598 (Avenida) Administración: Unión, 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR:	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado	40 »	Número atrasado	50 »		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.— En todas las oficinas de los «Mensajeros de la Capital» se anotan subscripciones y se venden ejemplares.

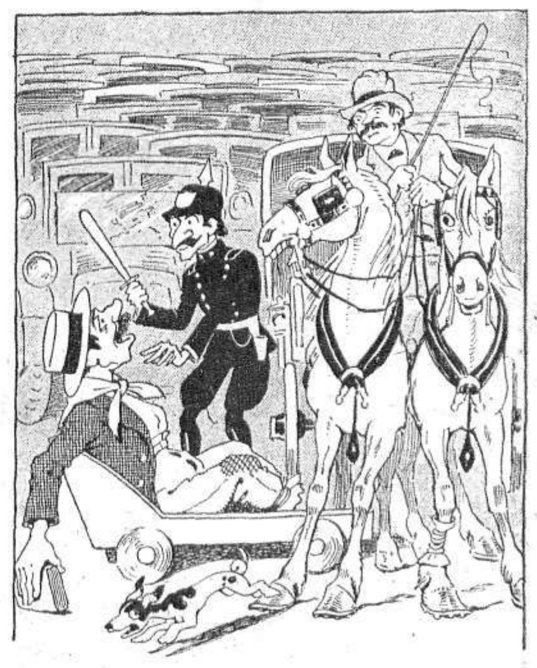
EL ADMINISTRADOR.



NO TIRAR LA ROPA

—¿Che, mandamos dar vuelta a nuestros trajes?

—¡No, porque cobran muy caro por tan poco trabajo!



CRUCE POR LA BOCACALLE

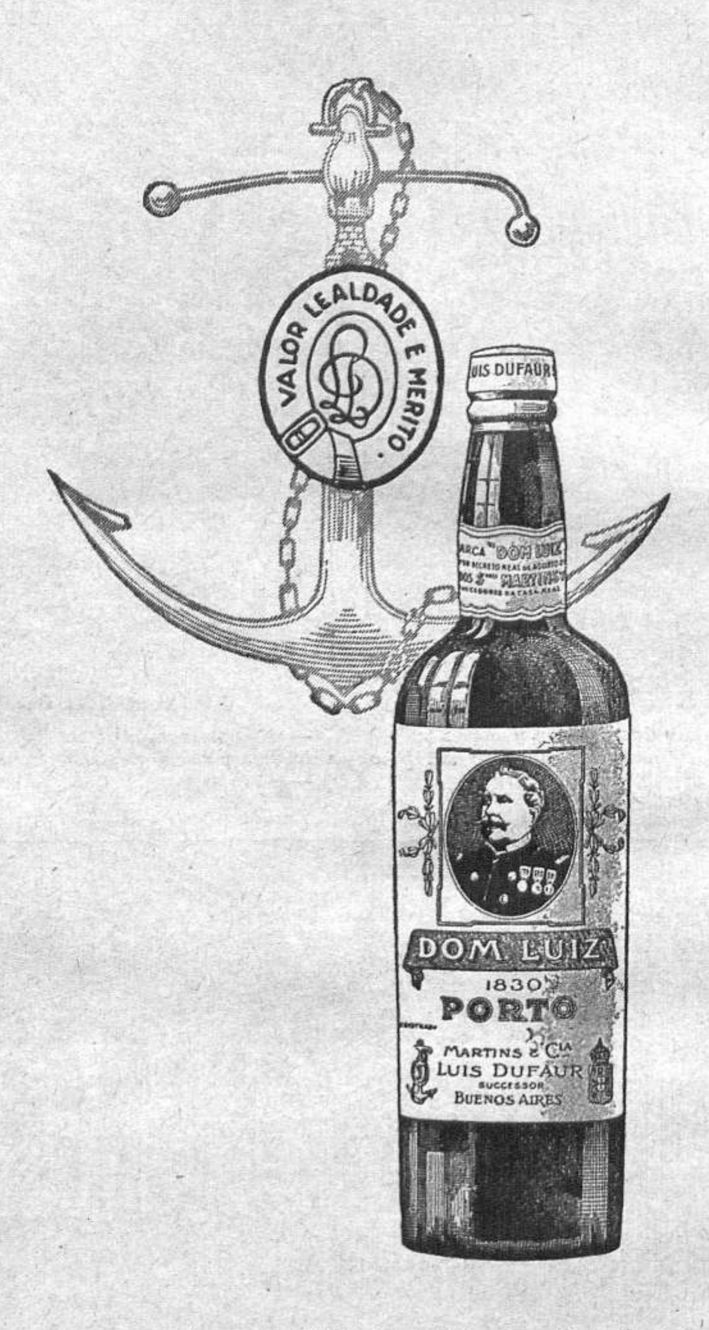
—¡No interrumpa el tráfico, atropellando a los vehículos y cruce por la bocacalle!

—¡Pero si la calle tiene la boca cerrada!

¡ Y LUEGO DICEN QUE EL TRANVIA ES CARO !

—¿Quiere ubicarme estos pequeños paquetitos en un rinconcito de la plataforma?

DIBUJOS DE REDONDO



No se atormente Vd. con las inquietudes de la vida, haga su vida tranquila y sencilla, su ventura serena, rodeándose de cosas amables como por ejemplo el

Oporto DOM LUIZ

que aporta al espíritu íntimas satisfacciones y al paladar un delicado y maravilloso sabor.

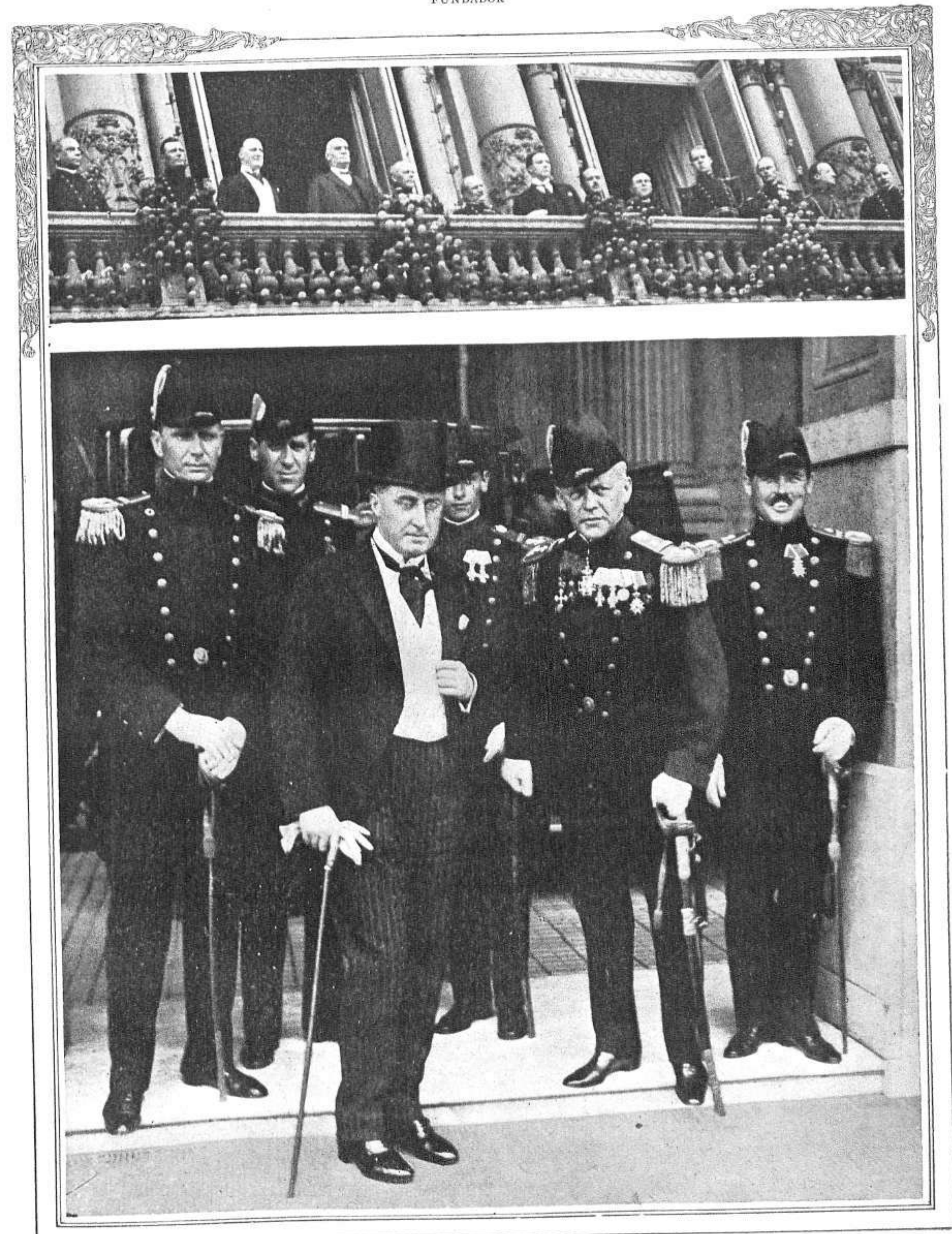
BUENOS AIRES, 5 DE ENERO DE 1924

AÑO XXVII

CARAS Y CARETAS

N.º 1318

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



RECEPCION OFICIAL A LOS MARINOS DANESES

En la parte superior. — El Presidente de la República, el ministro de Marina y altos jefes de la Armada con los distinguidos visitantes, presenciando desde el balcón presidencial el desfile de los marinos daneses.— El doctor Otto Wadsted, representante diplomático de Dinamarca, con el comandante y la oficialidad del crucero de guerra «Niels Juel» al salir de la Casa Rosada donde fueron cordialmente recibidos por el doctor Alvear y miembros del Gobierno, con los que cambiaron expresivas frases de mutua cordialidad.

Primer Gran Torneo Atle

ORGANIZADO POR EL CLUB ATLETICO ALFA Y



Las atletas delegadas del Club Pedrestre de Velocidad y Resistencia con la bandera extendida.

La señorita Elena Gnecco arrojando el disco.

Señoritas representantes del Club Atlético Atenas, de Montevideo.

La Srta. Rosaura Diaz, del Club Atlético Peñarol, de Montevideo, después de haber arrojado el disco.

Llegada de las deportistas que tomaron parte en la prueba de setenta metros.

ALILA

POR

JORGE · FARÍAS · GÓMEZ

El autor de esta novelita, que mereció el segundo premio de nuestro Concurso Literario, ha sabido narrar, con honda y conmovedora sencillez, un episodio en que el pequeño protagonista nos inspira, desde los primeros párrafos, un sentimiento de ternura inefable.



A nadie impresionó como al pequeño Alila la noticia de que el patrón iba a llegar. Se le esperaba de un momento para otro. Alila no lo conocía, pero allí, en El Campamento, se hablaba siempre del amo con cualquier motivo; los mismos peones lo mezclaban frecuentemente en sus conversaciones. He aquí, pues, que Alila se acostumbró a respetar a ese ser extraordinario que era el dueño de todo, que lo ordenaba todo, que a todos se imponía, sin mostrarse nunca, como un dios.

Pero, ¿era acaso un hombre el patrón? Esta es una cuestión que jamás se le había ocurrido. Si alguien le hubiera preguntado esto mismo, es casi

seguro que Alila no habría sabido qué responder. En el fondo creía inocentemente que sí, sin excluir empero ciertas ideas absurdas u obscuras que llenaban de confusión su espíritu sencillo.

En esos últimos momentos de espera un sentimiento extraño, una especie de temor, de recogimiento espiritual, acentuaba su timidez natural.

Era aquel un día caluroso en extremo. Alila volvía con el *sillonero* del amo después de haberlo bañado y hecho beber en El Remanso. Montaba en pelo, guiando con un simple bozal, y a pesar de que el caballo parecía empeñado en correr, lo conducía al tranco para no cansarlo. Los piececillos desnudos de Alila estaban sucios de barro y con ellos venía rozando las ramas y altos pastos que avanzaban sobre el camino.

Al pasar cerca de una picada, le gritó una voz ronca:

—¡Alila!

El chico reconoció la voz de su cuñado y detuvo al caballo. A poco, salió un hombre al camino, saltando por encima de una pila de leña. Un pañuelo rojo le cubría la cabeza.

—¿No me ha mandado nada la Edelmira?— preguntó, secándose el sudor del rostro con el pañuelo.

—Sí, don Mateo — repuso Alila tímidamente. — Ahí le he dejado bajo el tala.

Mateo era un sujeto de mediana estatura, más bien bajo, fornido, de piel cobriza; todas sus facciones eran angulosas, prominentes, y una enorme cicatriz que casi dividía en dos su mejilla izquierda, le daba un aspecto repulsivo.

—¿Qué me ha mandado? — volvió a preguntar.

—*Tortilla*, chalas y un *manojo*... dice que no ha tenido tiempo de *armarle*.

—¡Que se vaya al diablo!

Mateo parecía muy disgustado; ni siquiera miraba al chico. Por lo demás, nunca miraba de frente, sino de soslayo y a hurtadillas, como una fiera acorralada. Durante un buen rato continuó gruñendo entre dientes hasta que al fin se decidió a hablar.

—¿Has traído algo más?

—Sí... una botella de vino.

Al hombre le brillaron los ojos.

—Bueno — dijo escupiendo por el colmillo. — Vete nomás.

Alila obedeció sin decir palabra.

En aquellos parajes el bosque era muy espeso y todo el camino estaba sembrado de troncos arraigados aún en la tierra. A esa hora no había ni pájaros. Estos parecían haberse refugiado en sus nidos o a la sombra de los follajes y estarse allí, quietecitos, mudos... El aire reverberaba a la distancia. Algún cuy atravesaba a pequeños saltos el camino e iba a esconderse en los matorrales próximos. De aquí o de allá, brotaba tembloroso y monótono el canto de un *coyuyo*.

Alila, con su carita morena de ojos vivaces y tristes, montado sobre un caballo tan grande, semejaba un duendecillo del bosque. Tenía un aire distraído como si le preocupasen cosas distantes. A veces, atraía su atención una *sierra-morena* que trepaba rápidamente en algún mistol, y luego, con la cabeza vuelta, se ponía a mirarle con sus ojillos brillantes y traviesos como los de un pilluelo.

Al cabo de un rato, no se oyó más el ruido de las hachas, señal evidente de que los peones habían suspendido el trabajo para almorzar. Alila recordaba haberlos visto comer: comían en silencio, sentados sobre troncos o tirados en el suelo, bajo los árboles, cortando la carne con sus grandes cuchillos de monte... Alila pensaba en todo eso. De vez en cuando, lanzaba un escupitajo por el colmillo tal como había visto hacer a Mateo. En seguida volvía a llenársele de saliva la boca y escupía de nuevo. Tenía hambre.

«En casa estarán asando», se dijo.

A cada momento sentía más hambre, y como esta sensación llegó a hacérsele penosa, se acercó a un algarrobo y, desde el caballo, hizo una buena provisión de vainas doradas y tiernas. El hambre acentuaba la tristeza de su carita humilde y sucia. Masticando algarrobas se sintió aliviado.

Por aquella parte había un *bajo* profundo, lleno de árboles corpulentos. El camino seguía por allí. Más adelante, aquel cañadón, después de dar una gran vuelta, pasaba cerca del rancho. Habiendo dejado este *bajo* atrás Alila se alegró. Siempre le ocurría así cuando venía cansado o de prisa; era como si ya hubiera llegado a su casa.

En medio de su pequeña alegría le asaltó la idea de que el patrón podía haber llegado en su ausencia. Nuevamente se apoderó de él ese sentimiento raro, parecido al miedo, que tuviera por la mañana. Vería al patrón; él, Alila, le ensillaría el caballo cuando fuese a salir; también le serviría el mate y se quedaría cerca, con el sombrero en la mano, cruzado de brazos. Quizás el patrón le hablaría, y él, él... ¿qué iba a decirle? ¿Cómo le respondería? Y como si ya estuviera en el trance, se ruborizaba lleno de timidez. Imaginóse luego que su madre y Edelmira andarían arreglando la casa, limpiando los patios y preparando la comida para recibir al amo. Su *tata* mismo había quedado en el rancho para esperarle.

Iba así, distraído con estas reflexiones, cuando al doblar un recodo del camino se topó con un perro enorme, de aspecto famélico, el cual se paró a un lado del camino y se le quedó mirando fijamente con sus ojos opacos y abriendo la bocaza de babas colgantes.

Un miedo horrible le apretó el corazón. «Es un perro loco», se dijo, e instintivamente acosó al caballo. Este arrancó al galope largo, levantando nubes de polvo. Alila no tenía valor para mirar atrás. Por fin, iba a llegar a su casa...

En ese momento, el padre, saliendo del rancho, e gritó:

—¡Oiga, amigo! ¿Qué se ha creído usted? ¿No le he dicho que no haga correr a ese animal?

—Si me corrió un *perro enfermo*... — aventuró el niño, temeroso.

Pero esto, lejos de apaciguar al hombre, pareció encolerizarle más.

—¡Bájate! — gritó blandiendo el rebenque.

—Fué un *perro enfermo*... un perro... — decía el chico, dejándose caer del caballo.

—Un perro... ¡Toma! ¡Para que aprendas! — exclamó el padre, descargando el látigo sobre las espaldas del muchacho que no atinaba a cubrirse con sus bracitos escuálidos.

—¡Atájate, maula! ¡Así me gusta!— decía aquél sin dejar de golpear.

A Alila se le saltaron las lágrimas, y suplicó con voz trémula:

—¡Tatay ¡Tatita!... ¡Mamay!

En este punto, la madre intervino.

—Bueno, Manuel. ¡Deja, deja por Dios a ese chico! — suplicó tomando al hombre por un brazo.

Este volvióse violentamente hacia la mujer y largó una injuria.

—...¡Suéltame, perra! ¡Voy a enseñarles quién soy yo!

Cuando pasó todo, Alila, el pequeño Alila, fué a sentarse en el suelo a la sombra de unos algarrobos. Tenía una gran pena que lo ahogaba, y estando solo se puso a llorar... Su cuerpecito, endurecido por la vida mala, se doblaba como un tallo y temblaba agitado por los sollozos.

Recordó que todos le pegaban, especialmente los hombres, su tata y Mateo. ¡Cuánta amargura había en su corazón! Sí, Mateo, su cuñado, solía pegarle



a menudo. Y, mientras lloraba, recordó un hecho lejano: era un domingo por la tarde; dos hombres trajeron a Mateo, herido, cubierto de sangre... ¡Cuánto horror experimentó en aquella ocasión! Ahora, en cambio, sentía odio y pensó en todo eso, imaginándose a su cuñado moribundo... y él, Alila, gozaba una dicha perversa. Su *tata* también... ¿Y si muriese su padre? ¡Bah!... si muriese, él no lloraría, no sentiría ninguna pena, nada...

La madre le pegaba menos que los otros; hoy, por ejemplo, le había defendido... Y su corazón, que quería darse a alguien, se colmó de una gran ternura, y aunque seguía llorando lo hacía muy quedo, suavemente, estremecido por una dulce y honda emoción, casi feliz...

Permanecía sentado sobre el suelo húmedo, con las piernas tendidas. Al fin dejó de llorar. Ya no tenía odios ni dolor; su atención se hallaba concentrada en un enorme carán que se posó al borde de un charco. Tampoco tenía hambre y hasta parecía olvidado de sus preocupaciones de ese día.

Los ladridos de *El lobo*, seguidos de la voz de su *tata*, lo sacaron de su ensimismamiento. Entonces, de golpe, se acordó del patrón y se puso en pie, lleno de curiosa inquietud. Asomó con recelo la cabeza por detrás de un árbol y miró hacia el Camino Real. En ese mismo momento se detenía un sulky y vió bajarse de él a dos hombres.

Su padre se acercó a los recién llegados con el sombrero en la mano, dando muestras de mucho respeto. Uno de ellos, el de más edad, vestía un guardapolvo de seda cruda que casi le llegaba a los pies y se tocaba con un sombrero de Panamá. El otro era el mayordomo del Obraje, un hombre campechano, alto, calzado con botas.

Solamente después de hechas estas observaciones se preguntó si el desconocido sería el amo.

«Pero... será ése?», pensó con amargura. Dudaba. Le costaba creer que aquel forastero, enjuto, moreno, que arrastraba un pie al caminar, fuese el amo. Después de todo, bien pudo ocurrir que hubiese desistido del viaje.

Pero, ¿es que Alila concebía al patrón de otra manera? No, nunca había imaginado nada; solamente que él hubiese deseado que el patrón fuera otro, no sabía cómo...

Los tres hombres entraron en el rancho.

Al poco rato, la madre llamó al chico desde la cocina y le sirvió la comida.

— Ese que ha venido es el partón — le explicó; y luego añadió: — No bien te llame, debes sacarte el sombrero y cruzar los brazos. Si te portas bien, por último, hasta *plata* ha de darte.

Alila quedóse triste. Durante el almuerzo estu-

vo pensando constantemente en el amo; aquel hombre vestido con guardapolvo le daba una impresión de ridículo afeminamiento. Viéndole pensativo, con el labio superior un poco levantado, se comprendía bien que acababa de sufrir una honda *desilusión*.

Más tarde, cuando hubo terminado de comer, salió de la cocina y ocultándose tras un árbol que había en el patio, púsose a observar lo que ocurría en el interior del rancho. Edelmira, su hermana, servía en la mesa del patrón.

Este hablaba casi exclusivamente con el mayordomo, mientras su padre permanecía de pie, cerca de la mesa. «A mi *tata* casi no le habla», se dijo Alila. Esta reflexión le produjo una especie de humillación, de fastidio... Su padre era el capataz del Campamento y allí todas las gentes le temían y respetaban. Comparó mentalmente a los dos hombres.

«Bah, pensó; ha de ser un flojo para pelear... Mi *tata*, si quisiera, podría aporrearlo».

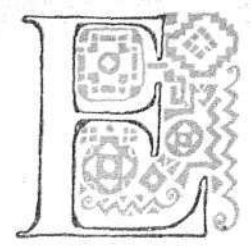
Siguió observando. De improviso, vió que el patrón se calaba los lentes para leer una carta.

«¿Qué será?»... se preguntó asombrado.

Al menor movimiento, brillaban los vidrios, brillaba la cadenita, la montura, todo...

En un principio, recibió una impresión rara; pero luego observó que los lentes le sentaban bien al amo. Además, figuróse que tendría una infinidad de cosas semejantes en la valija.

Ahora, aquel hombre, volvió a ganar terreno en su corazón. Y Alila se sintió alegre, repentinamente, sin saber porqué.



RA una siesta calurosa. Por ninguna parte se veía gente... Ni siquiera los lagartos se aventuraban por los senderos. De larga distancia venía el ruido de *la tropa* que iba en dirección al *monte*.

Alila, a pesar de la costumbre, sentía bajo sus piececitos desnudos el calor de la tierra. Llevaba un paquete bajo el brazo que enviaba la madre para Edelmira. Además, iba provisto de un alambre ojalado en la punta y adornado con una borla roja. Usaba el alambre como arma arrojadiza para cazar pájaros; la borla le servía para distinguirlo entre los *yuyos*.

El rancho de Mateo quedaba a un cuarto de legua más o menos, en el linde del bosque.

Para acortar el camino, Alila tomó por un sendero y se metió en el bosque. Allí la atmósfera era más pesada aún y todo estaba en silencio, inmóvil...

Los grandes árboles formaban una maraña inextricable por todas partes. Al pasar junto a algún quebracho colorado, esa hermosa planta gigante de follaje muy verde, Alila saludaba:

—Adiós, *cumpa*.

Esto lo hacía para que no le diese el *mal*.

De pronto, vió dos palomas posadas en el suelo. A trechos, caminaban muy juntas, con las cabecitas pegadas, como dos enamorados.

Alila se detuvo y, sin soltar el paquete, arrojó su alambre. Lo oyó silbar cortando el aire: jiu-jiu-jiu. Una de las palomas voló... La otra quedó desplumada, dando tumbos...

El muchacho, gozoso, se apoderó de ella. Teniéndola en la mano y viendo sus ojillos redondos, tristes e inquietos, se compadeció, casi se arrepintió de haberla herido..., y la acariciaba lleno de ternura, él, a quien nadie le había acariciado nunca.

Siguió andando, pesaroso, sintiendo en su bolsillo el cuerpo tibio y tembloroso del pájaro.

En la lejanía arrullaba una torcaz: pu-pu... y ese grito de pájaro hubiérase creído el aliento del bosque bajo el sol.

Cada vez se percibía más distintamente el ruido del mortero.

Más adelante salió a un claro, desde el cual se distinguía el rancho de Mateo. Edelmira molía algarrobas bajo el árbol del patio.

Alila caminaba arrastrando los pies, dejando surcos en la tierra blanda del camino. Cuando le faltarían sólo unos cuantos pasos para llegar, creyó oír, hacia el otro lado del rancho, el ruido de las pisadas de un caballo.

«¿Quién será...?», se preguntó.

El perro que estaba echado junto a la mujer, levantó la cabeza y ladró.

Un instante después apareció un jinete en el patio y desmontó bajo el árbol.

El chico se detuvo, sorprendido de encontrar allí al patrón. Por pura timidez no quiso avanzar más y quedóse a la distancia, detrás de la *pirua*, pero sin dejar de mirar.

Nadie había reparado en él.

El patrón se acercó a la muchacha, dió las *buenas tardes* y pidió agua. Luego que hubo bebido quedó con el jarro en la mano, hablando, hablando... Ella, oyéndole, sonreía, con la cabeza ligeramente doblada sobre el pecho.

Alila no perdía detalle de todo esto, pero la gregueria de las cotorras no le dejaba oír una sola palabra.

Desde luego, causábale extrañeza aquella conversación entre el amo y su hermana.

Vió que al devolverla el jarro aquél la pellizcaba un brazo; ella sonreía aún, ruborizada e inquieta... Después de pellizcarla, el hombre se atrevió a más: tomó a la muchacha con ambos brazos y trató de besarla. Parecía un loco...

Alila lo veía todo, un poco asustado.

Y Edelmira ya no sonreía, sino que parecía defenderse, encendida, con los ojos brillantes, echando la cabeza hacia atrás.

Por último, el amo la atrajo a la puerta del rancho y entraron...

Las cotorras seguían alborotando en las ramas del árbol.

Alila no se había movido de su lugar. Su carita estaba llena de sombras. En aquel momento sentía una cosa rara, muy rara... Parecía a punto de llorar; tenía la cabeza abatida, la mirada baja, y cavaba el suelo con un pie...

Otra vez, hacía tiempo, había presenciado una escena semejante entre Mateo y Edelmira, y había llorado porque creyó que su cuñado iría a pegar a Edelmira. Más tarde, comenzó a comprender vagamente... Pero nunca había vuelto a acordarse de aquello hasta entonces.

Aunque no fueran a verlo, no quería acercarse al rancho para mirar; no quería ver...

Sólo cuando el patrón se fué y estuvo ya lejos, tras un rato más, Alila llegóse muy despacio, humildemente, y encontró a su hermana peinándose, con las ropas en desorden. Le entregó el paquete y se quedó en la puerta.

Edelmira comenzó a cantar; mostrábase alegre iba de un lado para otro, inquieta, elástica...

El chico parecía más intimidado que de costumbre.

Ella, después de abrir el bulto, le preguntó con acritud:

—¿Y no ha mandado el *ojlador*?

—No sé — repuso él con su vocecilla suave.

—Mi *mama* tenía que ser — rezongó Edelmira. — Pero me las pagará.

De pronto, como si recién reparase en Alila, le gritó:

—Vete, ladrón... ¡Sus! ¡*Ashco*!

Alila, siempre humilde, no dijo nada y se fué.

Iba apenado. Cuando entró en el bosque, su congoja se hizo más honda y estuvo a punto de llorar. Para evitarlo arrojó su alambre a lo lejos y corrió después dando un grito largo: hui-pi-pií...

Llegó a su casa cuando el sol estaba arriba aún.

Contó a la madre el disgusto de Edelmira porque no llevara el *ojlador*, pero no dijo una palabra de lo que había visto. Tampoco lo dijo nunca a nadie.

Esa misma tarde tuvo que ir al *monte* llevando avío para su *tata*. Siempre era así: Alila andaba de una parte para otra. A veces le tocaba hacer largos viajes; solía salir con el alba y volvía a la oración, temeroso de que la noche le sorprendiera en el camino. Tal era la vida de Alila. No tenía ni siquiera amigos, porque allí, en el Campamento, no había chicos; todos eran hombres. Algunos de entre ellos tenían mujeres e hijos, pero éstos eran muy pequeñitos. Por otra parte, los mismos hombres vivían distanciados, desparramados por todo el bosque. Los que no tenían mujeres, comían en casa de aquéllos y dormían bajo los árboles.

La vida era, pues, muy dura para esos infelices.

Un día, su *tata* dijo que irían a *Los Chacos*. Fué a raíz de un disgusto que tuvo con el mayordomo. Alila lo oyó y se alegró pensando que en *Los Chacos* la vida sería más alegre, que allí vivirían otras gentes... Su padre no volvió a hablar del asunto, pero Alila lo recordó siempre. En la actualidad, estaba convencido, sólo con el andar del tiempo, que aquélla era un hermosa región.

Cuando llegó al *monte* y hubo cumplido su misión se quedó a ver trabajar en la *hachada*. Aquel espectáculo le agradaba más que otro ninguno.

Veía a los hombres, morenos, fuertes, apenas cubiertos con un taparrabo de arpillera, todo el busto desnudo... Y trabajaban, bañados de sol, sudorosos, incansables... Los torsos parecían de piedra bruñida. Las hachas, relumbrantes, se clavaban en los árboles con estrépito y sonaban por todas partes, como un tiroteo, interminablemente... Las astillas saltaban por el aire; todo el suelo estaba sembrado de ellas.

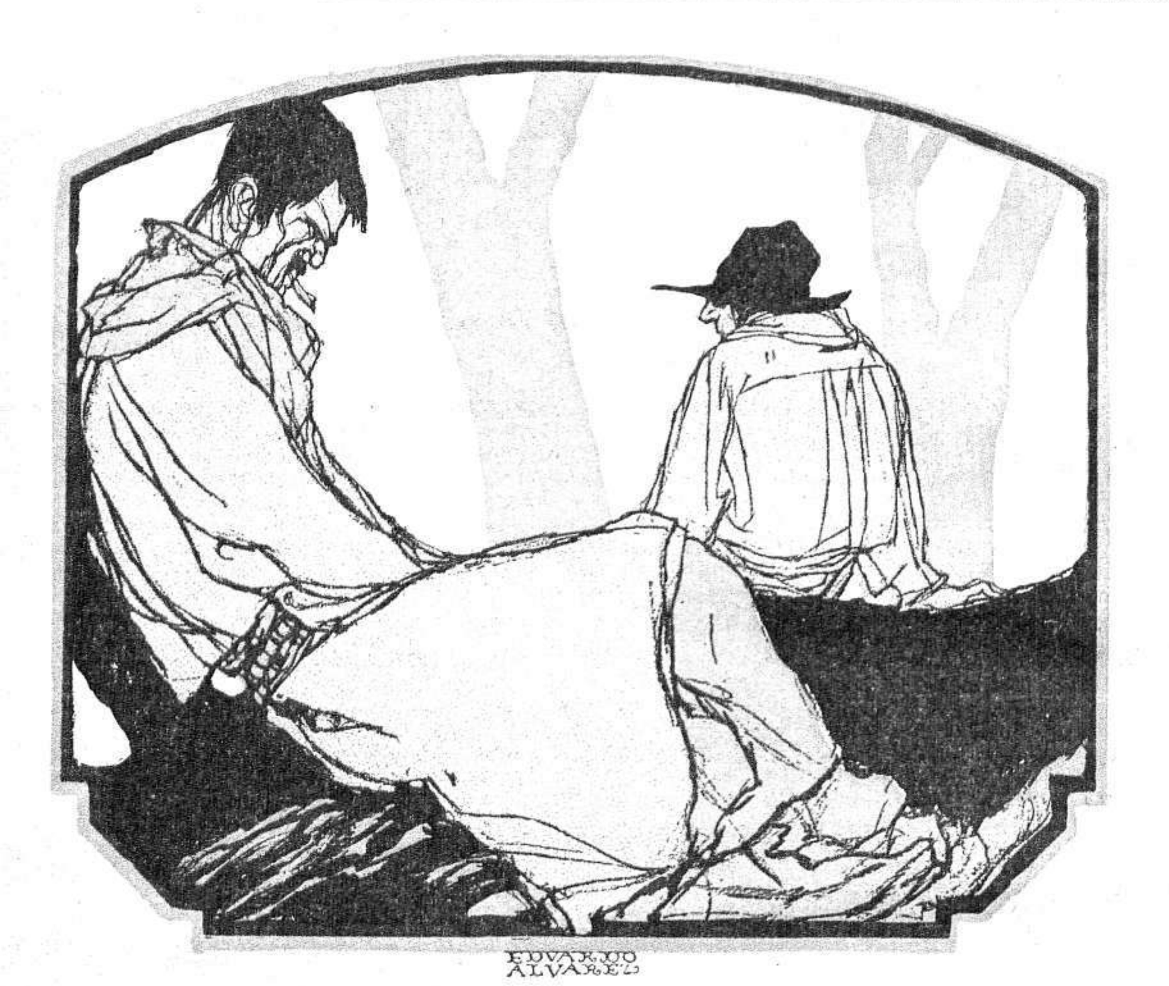
La leña, una vez cortada, se disponía en pilas y quedaba al sol durante algún tiempo para que se orease. Después, vendrían los *carros* y la distribuirían entre el aserradero, los *canchones* del desvío y las parvas.

Alila miraba trabajar, atento, casi oculto bajo su sombrero de paño negro, viejo, de alas anchas. Imaginaba que algún día él también sería grande y manejaría el hacha, con el cuerpo desnudo... ¡Oh, él sería fuerte, fuerte!

Su cara tenía una expresión más seria que de ordinario, más honda...

Se puso a pensar en el aserradero. Las veces que le tocó ir allá había sentido mucho miedo cerca de las máquinas, negras, misteriosas, potentes... Las sierras, especialmente, le infundían pavor. Ahora mismo temblaba Alila acordándose de ellas.

Mateo vino a sentarse junto a él, sobre el mismo tronco. Parecía fatigado y estaba empapado en sudor. Encendió el cigarrillo de chala que llevaba



apagado en la boca. Alila, mirándole de reojo, pensaba en la fuerza que tendría Mateo. No quería llamar su atención, pues en esos momentos, después del trabajo, Mateo solía mostrarse más bruto.

Repentinamente, Alila recordó a su hermana, al patrón, todo... pero continuó callado e inmóvil. Al cabo de un rato, suspiró débilmente. Después volvió la mirada y reparando en la cicatriz del hombre, pensó: «¡Pobre Mateo!», y se acordó del día en que lo llevaron dos hombres a su casa ensangrentado, herido... Hubiera deseado hablarle, reírse con él... sí, reírse...

«¡Pobrecito Mateo!», se dijo.

Luego se le acercó, despacito, sin ruido, humildemente, y se quedó muy cerca, sin mirarle.

Tendió una manita y tocó, temblando, las ropas del hombre... Y Mateo nunca le había querido a él; al contrario, solía pegarle siempre.

Lo tenía tan cerca, tan cerca, que olía su sudor, y comparándose con él, se le ocurrió que Mateo era un gigante, El, en cambio, era muy pequeñito... Y estaban muy juntos los dos, allí, sobre el tronco.

Los rayos del sol caían débilmente sobre la tierra dorando las frondas.

Alila, de improviso, pareció acordarse de algo y metió una mano en el bolsillo. Sacó el pájaro que cazara esa tarde en el bosque. Estaba muerto, frío, un poco duro. ¡Pobre pájaro!... El lo había olvidado allí y había muerto. Lo estuvo mirando un rato y después lo arrojó lejos, sobre los pastos.

Pirua. Reg. Construcción de quincha destinada a guardar la cosecha de granos.
Carán. Coleóptero.
Sillonero. Reg. Caballo de silla.
Tortilla. » Torta.
Manojo. » Mazo de tabaco.
Armar. » Hacer cigarrillos.
Coyuyo » Cigarra.
Bajo. » Cañada.
Tata. Quich. Padre.
Perro loco o enfermo. Reg. Perro rabioso.
Tropa. Reg. Conjunto de carretones.
Monte. » Bosque.
Yuyos. » Hierbas.
Cumpa. » Compadre.
Oflador. » Palo que se emplea para amasar.
Ashco. Quich. Perro.
Los Chacos. Reg. El Chaco.
Canchones. Lugar donde se deposita la leña.

FIN

DIBUJOS DE EDUARDO ALVAREZ

EL MONSTRUO



FUÉ un chajá quien, avizorándolo el primero, esparció la noticia; y todos, asombrados, de ello solamente hablaban:

— Hoy lo vi, amigo; fieraso el animal, con un ojo en medio e la cara que rejusila como el del Condenao, un pico que echa humo, y cuando grita, ¡aturde, mi amigo! Corre más ligero que el mejor ñandú... ¡Y está sebao!

— ¡No diga!

— ¿Se acuerda de do Gumersindo, aquel buey bichoco?

— ¡No he de acordarme!

— ¡Lo mató ayercito, pué! Lo encontramo tirao, hecho achuras. Hoy lo enterramo al pobre.

— ¡Cosa bárbara, amigo! ¿Y no lo podremo agarrar?

— ¡Ni lo piense! José, el yaguareté, lo probó enlazar; y el bárbaro le dió un tirón tal que lo largó lejos...

— ¡Cosa bárbara, amigo! ¿Y cómo le llaman al bicho ése?

— A mí me dijo don Pascual, el burro, que es más letrao que un dotor, que allá en la ciudá le llaman fierrocarril.

— ¿Es pueblero el bicho, entonce?

— Así es; y hasta dicen que por allá lo manejan como quieren.

— ¡Perra que son mañeros!

— Pero a éste, cebao como está, ¡que lo manejen!

Y eran muchos y diversos los comentarios de los moradores de la comarca. Don Juan, el zorro, que tenía fama de ladino, y José, el jaguar, que pasaba por bravo, no sabían qué decir a los demás que hacia ellos venían en busca de auxilio y consejo.

— Es preciso concluir con él — sentenció el zorro.

— Sí — asintieron los demás, y quedaron pensativos.

Agregó el zorro:

— Oigan, muchachos: una noche aguaitémoslo escondidos, mirémolo bien que alguna falla ha de tener, ¡y por ella le entramo!

Y una noche se reunieron el zorro, el jaguar, el ñacurutú, versado en cosas de magia, el chajá, de larga vista y voz estridente, buen vigilante; todos montados en los más veloces ñandúes, y dispuestos a pelear, si que pelear hubiera. La noche estaba hermosa, el cielo parpadeaba sus billones de pupilas doncelliles y la luna inundaba con su luz metálica los llanos en silencio.

Se ampararon en un bosquecillo. No hacía mucho que esperaban, cuando el chajá, vigía desde un alto eucalipto, avisó:

— ¡Ya ha!, ¡ya ha!...

Y hasta el bravo jaguar sintió estremecérsele la espalda. ¡Era monstruosa la fiera! Parecía una enorme serpiente ululando un interminable *u*, un alarido infinito. Le brillaba el ojo cual si tuviera fuego; pasó a una veintena de pasos del sitio donde estaban los amigos, pasó rechinando como si tuviera miles de dientes por todo el cuerpo, los que le crujieron al correr como desgarrando sus propias carnes.

— ¡Bicho feo! — barbotó el jaguar.

— ¡Cállese, amigo! — susurró el zorro.

Corrieron varios minutos. Ya el monstruo se perdía dando una comba elegante en la que mostró innumerables ojos, todo a lo largo del cuerpo, como si fuese un isondú gigante.

— ¡Qué bruto! — exclamó el ñacurutú.

— Yo no vi nada, tuve que cerrar los ojos, no vi nada — confesó el chajá.

El zorro estaba mudo y pensativo; al fin habló:

— Diga, don Chajá, ¿siempre viene por el mesmo camino?

— Siempre.

— ¡Ah!

Y siguieron a pie, porque los ñandúes habían fugado; a pie detrás del zorro que, pensativo u observador, marchaba mirando al suelo. Al dar vuelta un recodo lo vieron otra vez, junto al pueblo parado.

— ¡Seguro que está haciendo un destrozo allí!

— ¡Maula! — rugió el jaguar. — ¡Ganas me dan de ir a pelearlo!

— No se apure, compañero

— dijo el zorro. — Estoy pensando que este bicho es un mulita.

— No creo — protestó el ñacurutú. — Voy a consultar las estrellas; esto es cosa de Mandinga.

— Consulte todo lo que quiera, don; pero... ¡ju, ju, ju!...

Y reía el zorro

— ¿Qué hacemos? — interrogó el jaguar, siempre impetuoso.

— Escuchen, amigos: Yo siempre he dicho — sentenció el ladino zorro, — yo siempre he dicho que todo en la vida tiene su defecto. Vean ustedes el sol y la lluvia que tanto bien hacen, como también traen sus perjuicios. El ñandú corre, pero no tiene garras; el pavo real es lindo, pero no es cantor; cantor es el mirlo, que anda siempre de luto. Y así todo: el bárbaro ese es fierazo, pero algo ha de tener para poderle entrar y tumbarlo.

Todos escuchaban respetuosos su discurso; aquél continuó:

— Usté es bravo, amigo yaguareté, pero le falta pacencia; déjeme a mí, amigo; yo no seré tan bravo, pero he jineteao mucho en la vida. Créame, amigo, con la pacencia se va muy lejos... Tengamos pacencia hasta mañana a la noche, y vamos a tumbar al gritón ese, por más corajudo que sea.

— ¡No creo! — opinó el ñacurutú.

— ¡Lo verá! ¡Ju, ju, ju!...

Y reía el zorro.

•••

La noche siguiente, en el mismo lugar, volviéronse a reunir los amigos. El zorro ya estaba allí.

— Tomen, caven — dijo dándoles unos picos; — caven aquí, vamos a sacar estos fierros. Usté, Chajá, súbase al árbol ese, y avise en cuanto lo vea al bicho.

Y se pusieron a trabajar. El jaguareté con rabia, el ñacurutú descreído, el zorro indiferente. Cuando hubieron levantado unos cincuenta metros, el zorro ordenó el descanso.

— ¡Basta, amigos! Y si hoy no cae puede usté ir a hablar con sus estrellas, don Ñacurutú.

Luego, como en la noche anterior, fuéronse a aguardarlo desde el bosquecillo.

No tardó la voz del chajá en herir el silencio nocturno:

— ¡Ya ha! ¡ya ha!...

Y otra vez vieron al monstruo que venía corriendo, corriendo.

— ¡Pobrecito el inocente! — bisbisó el zorro.

Fué aquello una tromba, un espantoso ruido que los sobrecogió de espanto; el chajá y el ñacurutú huyeron, huyeron los ñandúes; sólo quedaron el jaguar y el zorro. Aquél, agazapado entre los yuyos, convulsivo, arañaba el follaje con las garras; el zorro, agazapado también, se tapaba los oídos, y reía:

— ¡Ju, ju, ju!...

El ruido casi había cesado, pero se oían lamentos y un trepidar monótono como el de una respiración jadeante.

— Está en la agonía.

— ¿Vamos?

— ¡Vamos!

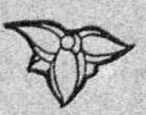
Los dos amigos salieron de su escondite. Allá, hecho un montón informe, estaba el monstruo que todavía resoplaba, quejándose. A su alrededor había numerosos cadáveres de hombres.

El jaguar, señalándolos, exclamó casi admirativamente:

— ¡Cebao, el bruto!

— ¡Y enteritos se los tragaba! ¡Ju, ju, ju!... — Se ahogaba de la risa el zorro, y continuó: — ¿Vió, amigo, vió cómo hemos podido tumbarlo? Se lo repito a usted que es joven y la sangre le quema. Todos tenemos una falla; el pillo se agarra de ella, y nos joroba... Ahí tiene al malevo ese que está allí pataleando; ¿quién iba a decir que necesitaba andaderas para caminar?

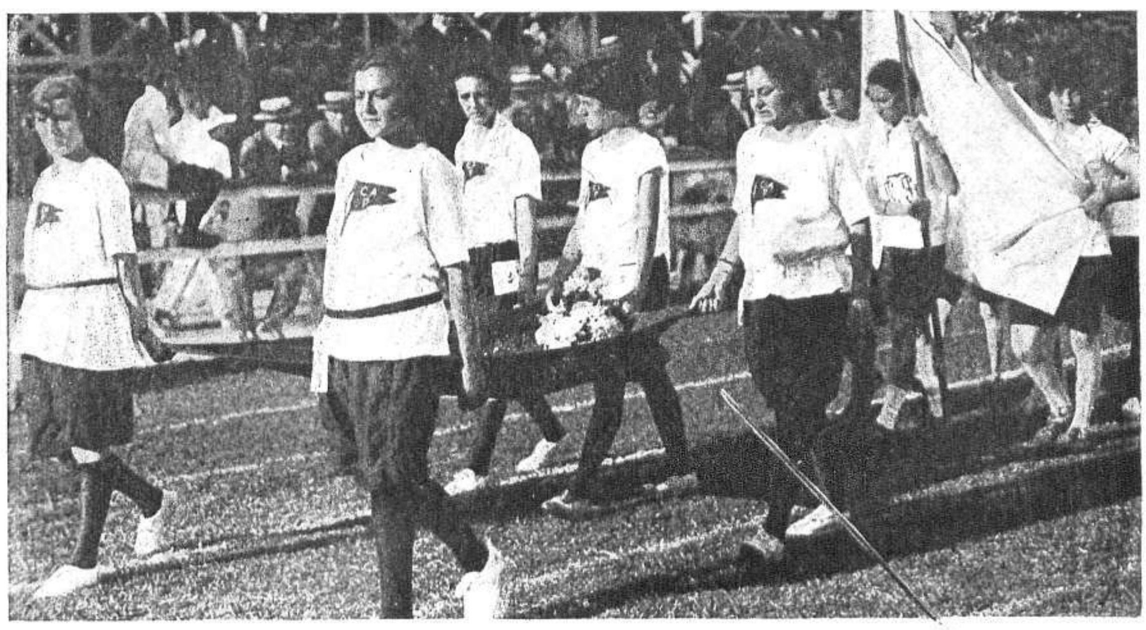
Y se alejaron. El jaguar, en silencio, miraba respetuosamente de soslayo al amigo zorro que, entre jocoso y compadrón, iba canturreando una milonga.



ALVARO YUNQUE

TICO FEMENINO INTERNACIONAL

BAJO LOS AUSPICIOS DE LA INTENDENCIA MUNICIPAL



Desfile de las delegadas del Club Atlético Provincial de Rosario.

Señorita Tereza Suppa, delegada de la provincia de Tucumán.

Señorita Winocur, del Club Atlético Femenino Alfa, lanzando su jabalina.

Tres ágiles aficionadas que se disputaron la carrera de obstáculos.

La señorita Gnecco, con graciosa soltura, arroja la bala desde su círculo.

CONCURSO POR LA COPA "DAMAS" EN EL GOLF CLUB ARGENTINO



Señoras Allchin y Mansilla.



Señora M. B. de Oliveira Cézar.



Señorita Susana Campos Carlés.



Señora M. H. de Nicholson y señorita Yolanda Calvo.



Señora Kathleen G. de Herten.



Una bonita escena sorprendida cerca de un hoyo en el momento en que una jugadora se dispone a hacer un tanto.



Yolanda Calvo, ganadora de la Copa por un score neto de 66.



Señorita Larreta Quintana.



Señorita Marta Guerrico.

Señorita Ester Campos Carlés.



Señorita A. Pruden.



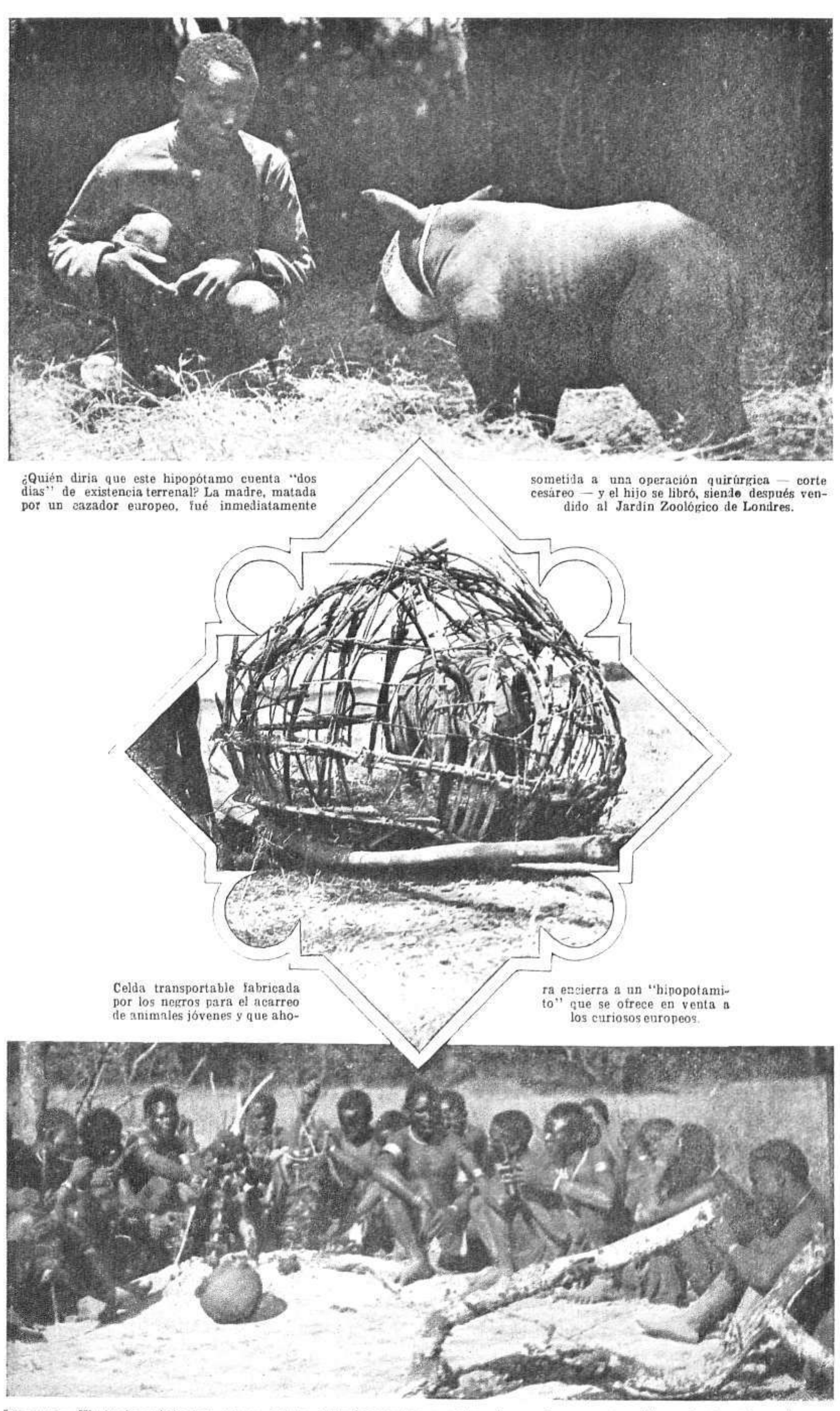
Entre Salvajes y Fieras



Militares en servicio activo pertenecientes a las tribus negras de los Washari, del lago Victoria Nyanza.

No hace mucho que en las páginas de CARAS Y CARETAS pudo el lector admirar una nota gráfica, tan original como atractiva, titulada: «En el corazón del Africa Central», y ahora ofrecemos ésta no menos notable y pintoresca, en donde salvajes y fieras de las tribus comarca-

He aquí a un mono burgués que vive en una choza cerca del lago Victoria Nyanza, Africa Central, y que sabe divertirse hojeando una revista humorística abundante en chistes y caricaturas.



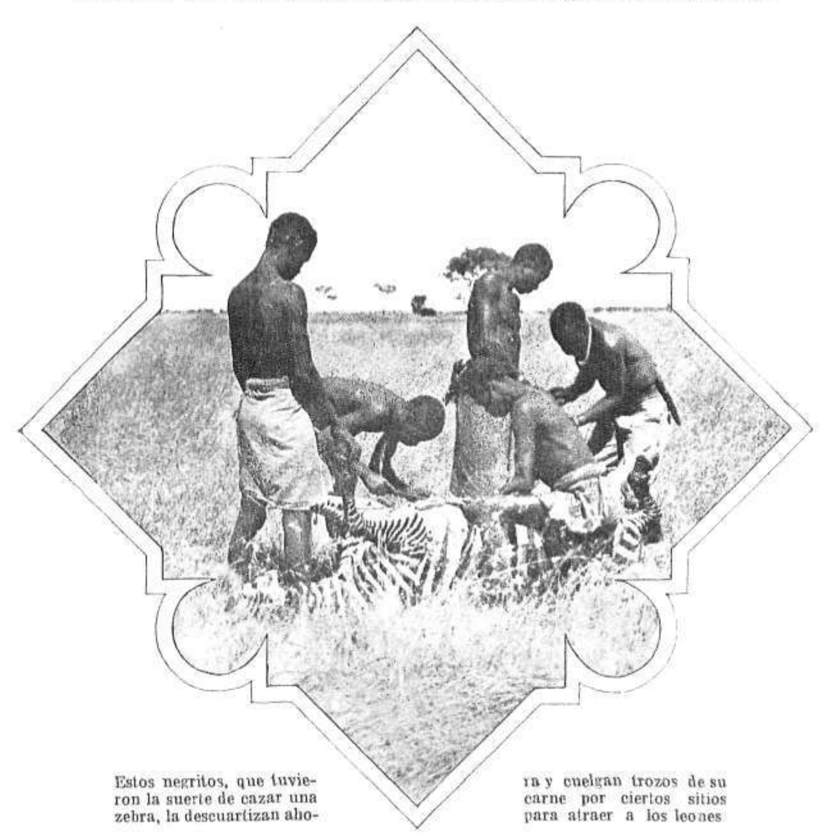
¿Quién diría que este hipopótamo cuenta "dos días" de existencia terrenal? La madre, matada por un cazador europeo, fué inmediatamente sometida a una operación quirúrgica — corte cesáreo — y el hijo se libró, siendo después vendido al Jardín Zoológico de Londres.

Celda transportable fabricada por los negros para el acarreo de animales jóvenes y que ahora encierra a un "hipopotamito" que se ofrece en venta a los curiosos europeos.

Los negros Washari también banquetean, prolongando durante tres y cuatro días sus farras pantagruélicas. Aquí celebran la caza de un leopardo con cánticos alusivos.

nas del lago Victoria Nyanza parecen convivir en apacible amistad, salvo, naturalmente, en algunos casos en que el rifle se encarga de rendir la indómita bravura de algún «rebelde», como sin duda hubo de acontecer con el «rey de las selvas».

Mr. Kittenberg, experto riflero, ha cazado una magnífica pieza: un enorme león, señor de aquellas selvas, deporte que el citado europeo viene cultivando con tal éxito y con tanta perseverancia, que conserva 260 pieles de leones agujereadas por sus proyectiles. En la fotografía se le advierte rindiendo el último tributo de admiración a la gran fiera inerte.



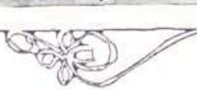
Estos negritos, que tuvieron la suerte de cazar una zebra, la descuartizan ahora y cuelgan trozos de su carne por ciertos sitios para atraer a los leones

FOTOS REMITIDAS ESPECIALMENTE PARA "CARAS Y CARETAS".

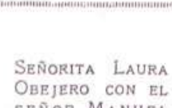
ENLACES







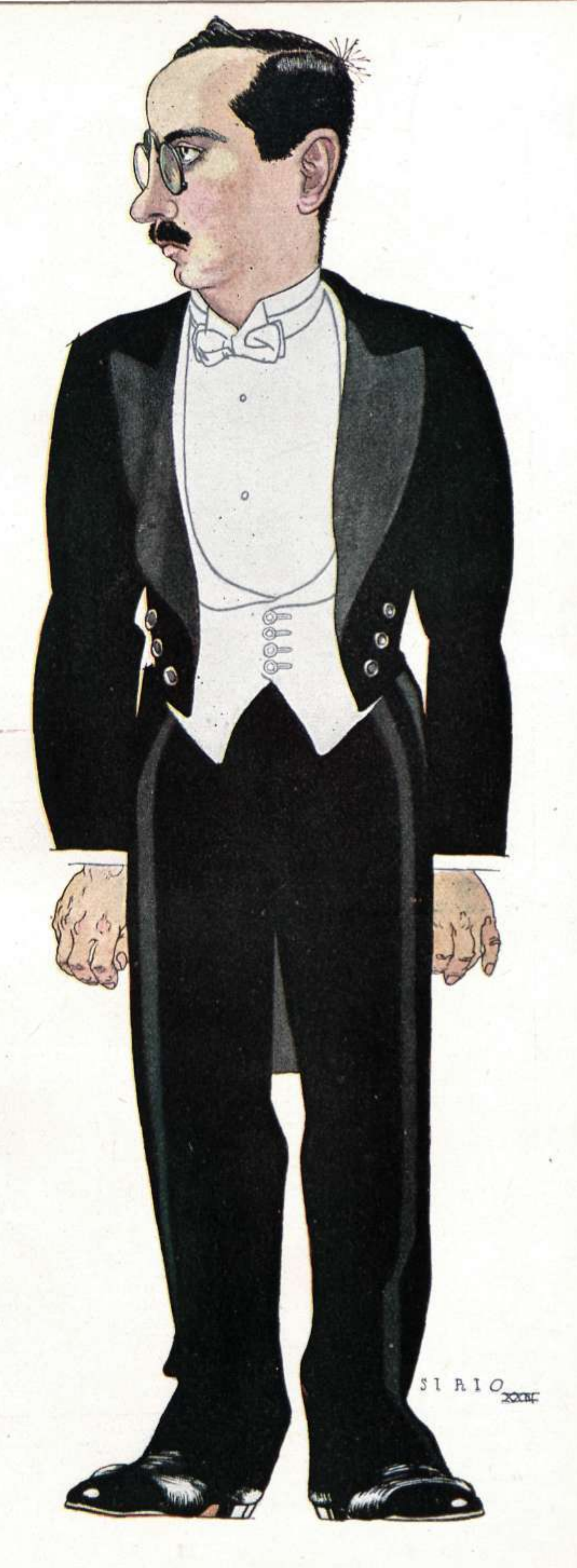
Señorita Elena Cambaceres con el señor Enrique M. González, en la iglesia de San Miguel Arcángel.



Señorita Laura Obejero con el señor Manuel Blasco de Arenzana, en la Basílica del Socorro.



Señorita María Angélica Massa, con el señor José León Suárez (hijo), en la iglesia de San Nicolás de Bari.



Dr. BERNARDO A. HOUSSAY

PRIMER PREMIO EN EL CONCURSO NACIONAL DE CIENCIAS

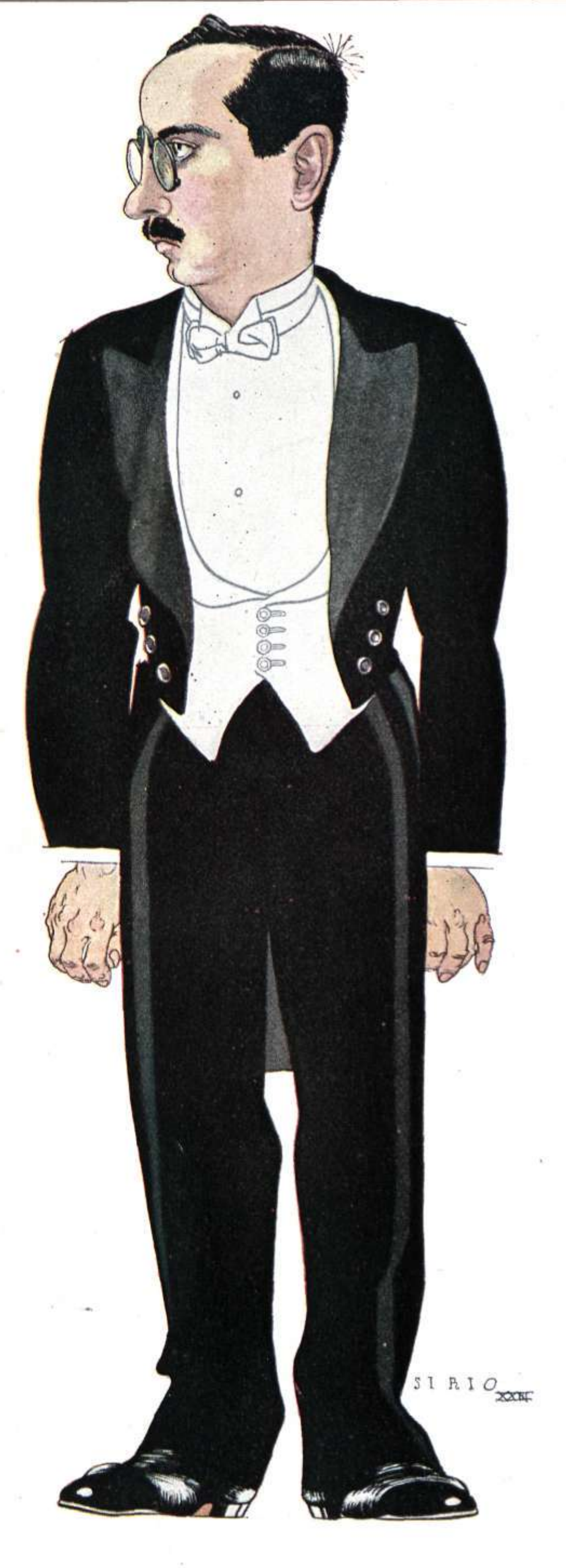
FACULTATIVO joven y de preclara inteligencia cuyas dotes de sabio investigador han traspuesto las fronteras de la patria para ser justa y elogiosamente alabadas en los países del viejo mundo. Su obra «La acción fisiológica de los estratos hipofisiarios», que mereció la altísima recompensa, pone de relieve sus brillantes condiciones de profesional eminentemente laborioso.



UNA BELLEZA VIENESA LUCIENDO UN LARGO Y ELEGANTE VESTIDO CREACION, GRIS PERLA.

LA FAMOSA ACTRIZ CARMEN CARTEL CON UN NOVEDOSO Y SENCILLO «COVERCOAT».

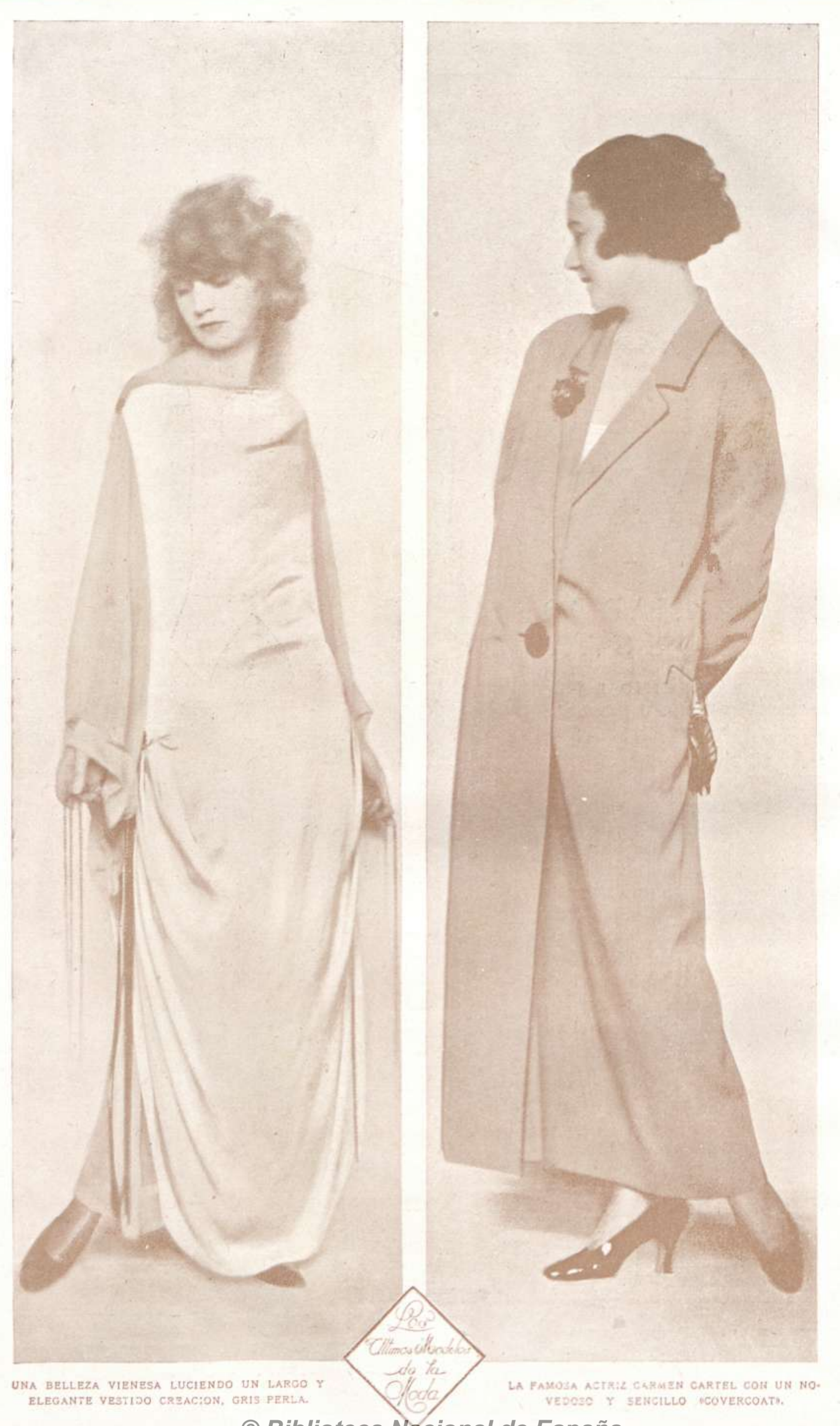
FIGURAS DE ACTUALIDAD
POR SIRIO



Dr. BERNARDO A. HOUSSAY

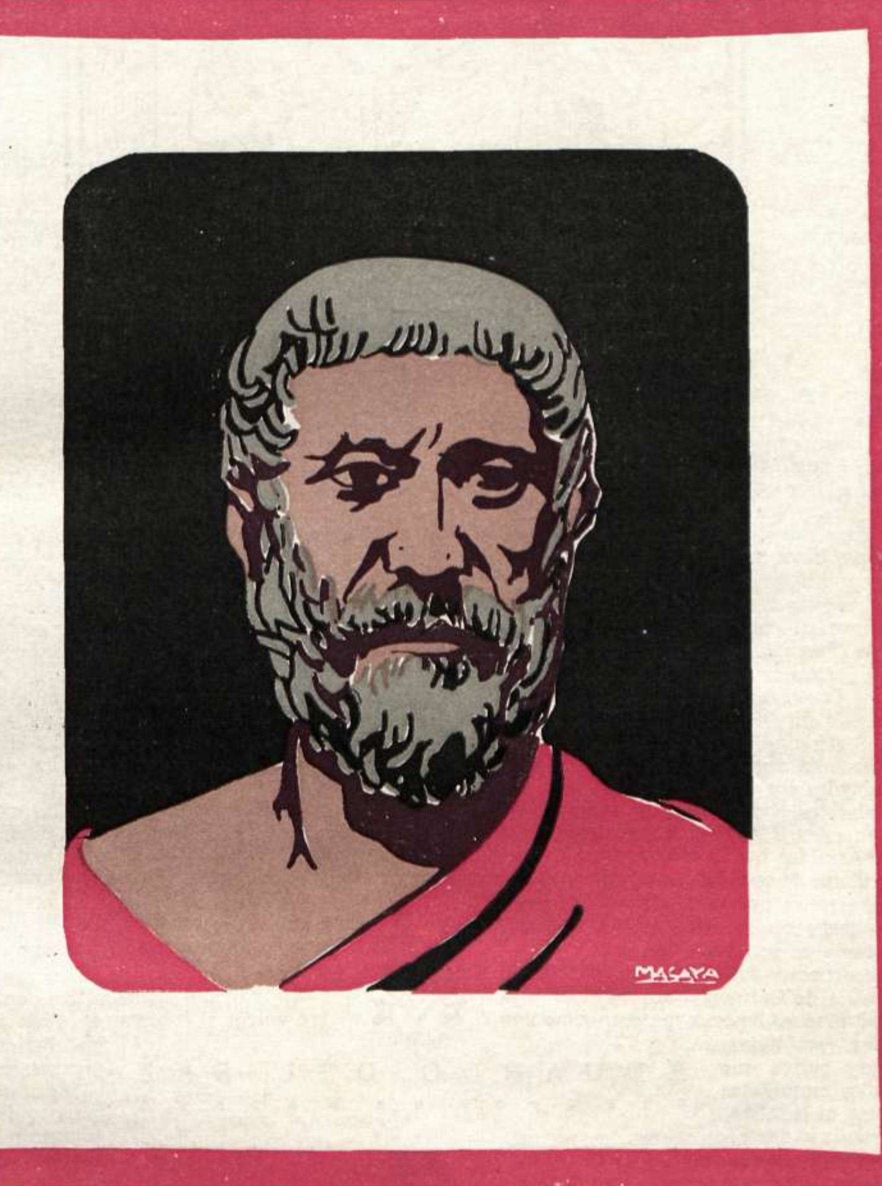
PRIMER PREMIO EN EL CONCURSO NACIONAL DE CIENCIAS

FACULTATIVO joven y de preclara inteligencia cuyas dotes de sabio investigador han traspuesto las fronteras de la patria para ser justa y elogiosamente alabadas en los países del viejo mundo. Su obra «La acción fisiológica de los estratos hipofisiarios», que mereció la altísima recompensa, pone de relieve sus brillantes condiciones de profesional eminentemente laborioso.



UNA BELLEZA VIENESA LUCIENDO UN LARGO Y ELEGANTE VESTIDO CREACION, GRIS PERLA.

LA FAMOSA ACTRIZ CARMEN CARTEL CON UN NOVEDOSO Y SENCILLO «COVERCOAT».



HOMBRES CÉLEBRES

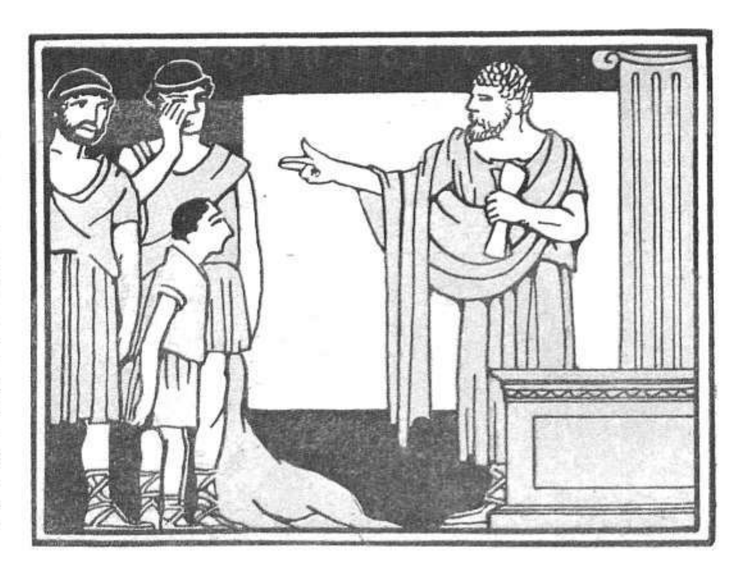
PITÁGORAS

La biografía de este genial filósofo parece una novela de aventuras científicas maravillosas. Por eso resulta dificilísimo, lectorcito, relatártela en breves líneas y con la suficiente claridad. Casi todos los grandes filósofos y los sabios pueden, gracias a su talento, adivinar parte del pasado y profetizar algo de lo porvenir. Ameghino, por ejemplo, nos pinta la vida de los seres antediluvianos; otros lograron predecir sucesos históricos. En esta sabiduría no verás otra cosa que el gran poder de la razón humana; pero nunca facultades sobrenaturales. A Pitágoras se le creía un ser divino, misterioso.

Nació en la isla de Samos (Grecia) el año 569 antes de J. C. Su padre, rico traficante en joyas y metales, le costeó una educación brillantísima, que el muchacho supo aprovechar.

Hay quienes suponen que estos estudios le hubieran servido de poco si el joven Pitágoras no hubiese viajado por Egipto, Persia y la India. Otros

niegan esos viajes; pero en lo poco que se conoce de las doctrinas pitagóricas existen huellas de la sabiduría del Oriente asiático. El célebre teorema de Pitágoras era conocido por los geómetras hindús desde remota antigüedad. La teoría de que todo está constituído por dos elementos: lo finito y lo infinito, que producen combinaciones llamadas par e impar, bien y mal, macho y hembra, reposo y movimiento, etc., la vemos desarrollada en un libro chino, el I-King (Libro de las transformaciones), cuyo autor es el emperador Fo-Hi, que vivió, según dicen, en el siglo XXX antes de Cristo.



Tendría unos cuarenta y tantos años cuando llegó a Crotona, ciudad fundada por los griegos en el golfo de Tarento, que actualmente se llama Cotrona y pertenece a la provincia de Catanzaro. Allí encontró Pitágoras el terreno propicio para fundar una escuela filosófica. Era una ciudad rica y culta donde el genio helénico habíase unido al genio itálico. Como la riqueza y la cultura van siempre acompañadas por el afán de divertirse y proporcionarse placeres, los crotoniatas tenían muchos defectos morales. Pitágoras comenzó a predicarles la virtud. Atraídos por la elocuencia del filósofo acudían millares de oyentes, convirtiéndose en sus discípulos. «Debéis procurar primero ser hombres; y luego ser semejantes a Dios», este era el tema de sus discursos.

Al poco tiempo fué el más eminente hombre público de Crotona. Para dominar a la multitud procuró hacerse aparecer como una criatura semidivina. Por muy cultos que fueran los crotoniatas no sabían ni la milésima parte de lo que Pitágoras sabía e inventaba. Indudablemente en sus viajes aprendió recursos de hipnotismo y prestidigitación científica, que él usaba para maravillar a la gente. Tú, niño, sin ser Pitágoras podrías dejar con la boca abierta a una tribu salvaje, manejando tu gramófono, tu bicicleta y otros chismes del progreso.

Dícese que Pitágoras ejecutaba actos casi milagrosos, adivinando sucesos y fenómenos naturales. Desaparecía misteriosamente para reaparecer cuando todos le juzgaban muerto. Así se dió un corte bárbaro de mago omnipotente.

Pero hay que hacerle justicia. Todas sus artes iban encaminadas a conseguir el triunfo de la moral. Fué un predicador virtuoso y un político honrado. Por aquellos tiempos la política y la moral eran hermanas gemelas. Los crotoniatas modificaron sus costumbres bastante alegres e inmorales, cosa que el tesoro público y la dignidad agradecieron.

La fundación de su admirable academia completó la obra. Más bien que a una academia podía compararse aquéllo a un colegio religioso o a un monasterio. Los discípulos se dividían en dos clases: oyentes e iniciados. Vivían en comunidad de bienes, ayunaban, hacían examen de conciencia, absteníanse de comer carne. No todos los aspirantes llegaban a soportar las pruebas a que se les sometía. Los oyentes hallábanse obligados a guardar silencio durante largo tiempo. Después de aprender música, máximas morales, matemáticas, etc. La academia fué edificada sobre las ruinas de Sibaris y a ella acudían jóvenes, hombres, mujeres de todas partes, pobres y ricos, príncipes sabios. Toda la enseñanza estaba rodeada del mayor misterio. Inútil es decir la enorme influencia que tuvo en Italia y en el mundo civilizado.



Mediante su poder, Pitágoras derrotó al partido democrático que gobernaba en Crotona, substituyéndolo por un partido aristocrático.

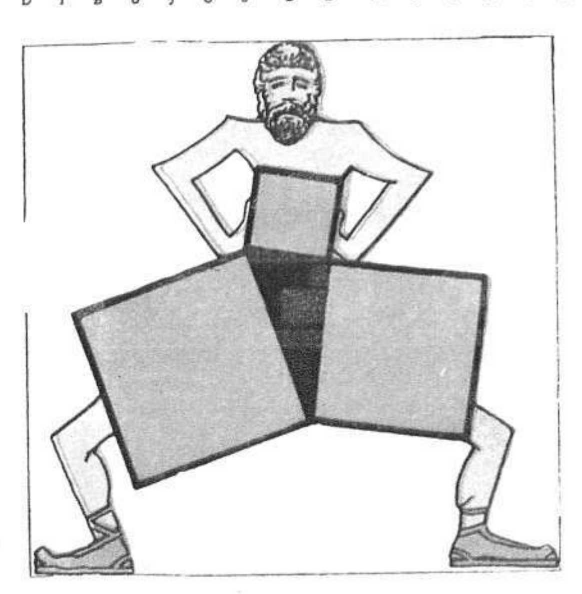
El partido democrático crotoniata logró volver al gobierno apoyado por parte de los discípulos de Pitágoras. Entonces los pitagóricos fieles al maestro, fueron perseguidos de muerte y la academia destruída. Pitágoras y los sobrevivientes escaparon de la ciudad. Esto sirvió para esparcir aun más la doctrina.

Pitágoras huyó a Caulonia y después refugióse en Tarento. Otros autores afirman que la muchedumbre crotoniata lo asesinó, otros dicen que lo respetaron las furias populares, muriendo Pitágoras tranquilamente en Crotona 505 años antes de J. C.

Macaya ha dibujado el célebre teorema conocido en mis tiempos estudiantiles por: *los calzones de Pintagorras*.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA



LA DESESPERACION DE WARPU

POR

ROBERT CHAUVELOT



Nos aproximábamos a nuestra querida Nueva Zelandia, al cabo de haber guerreado tres años y medio en el Somme y Flandes. Algunos meses después de la firma del armisticio, mi brigada, que se hiciera famosa en Hébuterne, fué enviada a la retaguardia y luego a Londres. Los australianos, más numerosos que nuestro contingente, habían sido encargados de apoyar a los británicos del Reino Unido hasta Durren, un poco más al sud de Colonia, donde, a la sazón, hallábanse el mariscal Haig.

Ubicados en la popa del «Waïmangu», que nos conducía a Sydney de Auckand, formábamos un alegre y bullicioso corrillo en torno de las mesillas cargadas con un buen número de botellas de whisky y de gin y no menos vasos y platillos.

A lo lejos, dominando el istmo y sus pequeños cráteres apagados, comenzaba a destacarse «Mount Eden».

— Y, tú, Silas, ¿qué es lo que preparas? ¿qué piensas hacer? — preguntéle a mi vecino de la derecha que, desde hacía un buen rato, arrojaba silenciosamente las volutas de un largo «trichinopoly», negro como un hindú de Malabar y acre y maloliente como una manga encendida. Un hermoso cigarro, en verdad.

— Como tú, «old Chap»: mi tren de vida de otro tiempo... ¡A partir de esta tarde, señores, se concluyeron las consultas gratuitas! Dejo de ser vuestro médico principal de la III brigada para retornar a mi antigua profesión, la del doctor Thornycroft, de la «Symonds street», científico puro, antropólogo y etnógrafo, aficionado a todo género de fetiches y de ídolos, lector de tatuajes, traductor de estelas y explorador de tumbas tabús...

— ¡Nigromante! — agregó Neville Simpson.

— ¡Brujo! — clamó el gordo Ferwick.

— ¡Caníbal! — agregó el pequeño Barnett.

Un silbido al que acompañó una sonora carcajada, nos hizo volver la cabeza. Detrás de nosotros, arriba, acodado sobre la baranda del puente superior, Hodge Buckland, nuestro coronel — un tipo rico a quien adorábamos — encantado, acuciábanos para que le revolviéramos la sangre al excelente médico mayor... El pequeño Barnett y yo no teníamos necesidad de ser mayormente incitados, puedo asegurarlo... Unicamente, de los cinco que éramos, el teniente Neville Simpson, después de la broma, había quedado serio. Era un flemático, un bromista de esos que lanzan el más incongruente disparate y se quedan tan tranquilos, como si tal cosa. Y, de todos, Silas, atiborrado de ciencia, hinchado de erudición, si cabe el decirlo, imponíasele más que otro ninguno. Bueno es agregar que Neville le profesaba un afecto particular, hecho de gratitud y de emoción. ¿Acaso no era el doctor Thornycroft quien, en el curso de un golpe de mano, en una trinchera de Artois, habíale arrancado al enemigo, que en esos precisos momentos se disponía a ultimarle? Hecho aquello, John Whipew, su capitán, había trepado por el talud como un canguro y, revólver en mano, hecho prisioneros a

los que, poco antes, disponíanse a matarle. ¡Este John Whipew era un hombre extraordinario!... ¡Y qué soldado! Nada cierto se conocía sobre sus orígenes; pero era sin duda, pese a su piel blanca y sus facciones regulares, mestizo de sangre maorí. Un determinado misterio le envolvía, con el que solía escudarse, lo que le había facilitado dos o tres aventuras felices en materia galante. Su distinción y la elegancia de sus maneras eran proverbiales en la brigada. Propietario, a los treinta y ocho años, de la mitad de los yacimientos y minas de oro de Otago, en Nueva Zelandia del Sud, Johnny—como le llamaban familiarmente en el club, — contábase entre las más finas raquetas de tennis del «Sporting» de Auckland.

— Ahora, uno de los que vamos a encontrar en la calle inmediatamente — dijo Neville, una vez que se acallaron las risas, — será ese bravo Johnny. Salió de Europa en el convoy precedente, y, a lo mejor, estará aguardándome en el puerto con mi hermana Lily y mi primo Duncan Macpherson, otro de los que se salvaron por milagro en Hébuterne... A propósito, amigos míos, no sí sé les he anunciado el compromiso de mi hermana con el capitán Whipew...

— Por cierto que no;— afirmó Ferwick.

— ¡No es posible! — exclamó Barnett.

— Así me lo comunicaron telegráficamente a Sydney, a poste restante. Cuando desembarcamos el martes último me encontré con el despacho.

— ¿Y para cuándo será el matrimonio?

— El mes próximo, sin duda.

Silas Thornycroft levantó la cabeza y, con sus ojos acerados, inquisitivos, cuyos párpados sombreaban por las largas pestañas, miró fijamente a Simpson.

— ¿Y ese proyecto te conviene, Neville?

— ¡*Por Jove! querido. ¿Por qué no me ha de convenir?* Johnny es algo más que un partido honorable: es un brillante partido. Está locamente enamorado de mi hermana desde hace cinco años; y todo me induce a crer que ella no le es en manera alguna indiferente porque aceptó ser su madrina de guerra. ¡Se han escrito cartas de un romanticismo que no les digo a ustedes nada! Por lo demás, Lily es huérfana, mayor de edad y completamente independiente. Se la considera como la muchacha más bonita de Auckland, y, si no fuera por excederme en la vanidad fraternal, aseguraría que la gente tiene su buena parte de razón.

Thornycroft encendió otro cigarro indio con el que nos apestó voluptuosamente. Luego, agregó:

— Es que no se trata de eso, Nivelle. Disculpa esta mi brusquedad de viejo camarada... ¿Tienes alguna referencia sobre John Whipew? ¿Sabes algo de su vida?... ¿No?... Pues, entonces, voy a contarte algo de su pasado, de sus orígenes.

El teniente aproximó su «deck-chair» a las nuestras. El resto de los oficiales había ganado el puente superior. Neville nos confesó que no pensaba llevar su curiosidad más allá de la honorabilidad y los medios financieros de su futuro cuñado. A decir verdad, este Whipew — cuyo bizarro apellido no revelaba hallarse emparentado con el tronco de ninguna añeja casa del Reino Unido, — carecía de parientes directos, ni aun de familia en segundo grado, en ninguna de ambas islas del Dominio. Se decía hijo de irlandés y de maorí, nacido en Timarú (isla del Sud), donde su padre era empleado de la empresa naviera de Shaw Savil Albion y Compañía. Nadie había intentado llevar más adelante sus investigaciones sobre los orígenes del extraño hombre. Hijo de sus propios recursos, desde cadete en casa de un banquero de Dunedin, había trepado poco a poco todos los peldaños hasta llegar a lo que era: un pujante especulador y afortunado multimillonario. Nada más lógico y regular, en efecto. Lo demás... Todos, quién más y quien menos, hacíamos lo mismo en Oceanía.

El doctor prosiguió:

— Observa que digo todo esto con la misma tranquilidad que emplearía para hablar de otras cosas. ¿Por qué iba yo a mirar mal a Whipew? Siempre se ha portado correctamente conmigo. Su conducta, en lo que duró la campaña, fué admirable. Jamás ha tenido una deuda en el juego. No se le conoce ninguna complicación amatoria. Mariposea, eso sí... Aparentemente, puede parecerte y resultarte un cuñado admirable y envidiable... como no sea eso, tan insignificante, esa leve mancha de su origen de sangre mestiza.

— ¡Oh, Silas!... Ahora me sales con el prejuicio del color... ¡Y yo que te creía libre de esos resquemores de los cuales los mismos yanquis, actualmente, se burlan de muy buen grado!

— ¡Sí, sí!... ¿Serían capaces de entregar una hermana a un negro?

Simpson saltó de su silla. Semejante importuna discusión, al cabo, terminaría por exasperarle y quemarle los oídos. ¡Comparar a Johnny, un cumplido caballero, de piel blanca, nariz aquilina y porte fino y aristocrático, con esos burlescos tañedores de banjo! Verdaderamente, Silas, a veces, se excedía...

Yo intervine al ver que íbamos por mal camino.

— ¡Vamos! — le dije a Thornycroft. — Harto conozco vuestro afecto hacia los Simpson, hermano y hermana. Bien sé que serías el menos indicado para inferirle una afrenta a nuestro amigo, aquí presente. Ha de existir otro motivo más grave que tú no nos quieres confiar...

— ¡Pues bien! ¡Sí! — agregó, debatiéndose en las últimas. — Me disgusta que mi pequeña y simpática amiga Lily... tenga algo que ver con ese tipo a quien no se conoce mayormente, llegado de no sé dónde, que en sus venas tiene más sangre salvaje que de cristiano... ¡Puah!... ¡Qué asco!... Miren ustedes... Estoy seguro de que, en cuanto lo sepa, mi mujer será de esta misma opinión. Ella, como yo, mi Gladys, tiene las mismas ideas. Es intensamente intuitiva. Hánse cumplido ya los ocho años de nuestro matrimonio, ocho años consecutivos de luna de miel, amigos míos, ocho años que ella opina como yo, que ella adivina mis deseos, que...

— ¡Tu famoso método «inductivo», querido maestro!

El sabio volvióse para mirar cara a cara al bromista, quien soportó la mirada. Era ese chiquillo de Barnett que acababa de deslizar una opinión en el debate.

— ¡Bah! ¡Bromea, bromea, hijo mío, que poco me molestas! Pero, Barnett, cuando te encuentres en el atolladero, bien sé que no podrás prescindir de mi ayuda... A menos que prefieras cablegrafiarle a Conan Doyle para que te envíe ...su Sherlock Holmes.

Lanzamos, en coro, una carcajada y abucheamos de lo lindo al ya corrido subteniente. Compartíamos, pese a las bromas, los sentimientos de Thornycroft, prodigioso erudito, lingüista, etnógrafo, antropólogo, paleontólogo, anatomista, psiquiatra, y, algunas veces, a ratos perdidos, magnetizador, quien profesaba el más desenvuelto escepticismo por los procedimientos de pueril deducción, empíricos y a veces risibles del detective imaginario, caro a los educandos de Eton. Según su modo de encarar estos asuntos, la deducción era una demostración a la vez de debilidad y de imprevisión.

Y siempre, indefectiblemente, Silas volvía a su

clásico dogma: «en mis investigaciones, en lugar de ascender, yo profundizo, desciendo siempre».

. . . .

Pocas horas después de aquel coloquio atracábamos en los muelles de Auckland.



EN lo que duró la maniobra y la batahola del desembarco, empeñado cada cual en despachar su equipaje y disputar denodadamente con los mozos de cuerda, entre los abrazos de los parientes y las congratulaciones de los allegados, unos riendo y otros llorando, dedicado exclusivamente a mis cosas, perdí de vista a Neville Simpson. Mi esposa y mi hijita, colgadas de mis brazos, acaparaban naturalmente toda mi atención. Pero, al descender por la pasarela, vi, de atrás, al *teniente*. Se hallaba ya en tierra y, recostado contra uno de los pilares del pabellón aduanero, hablaba con su primo Duncan Macpherson y Thornycroft.

— ¿Y miss Lily? — exclamé yo, alegremente, desde lejos.

Neville volvióse hacia mí. Se hallaba horriblemente pálido. Sus manos temblaban. Saludó con vaguedad a mi esposa y a mi pequeña y luego, cual si fuera a desmayarse, se apoyó sobre el brazo de Macpherson. Me aproximé a ellos. Pero, Thornycroft, atajándome a tiempo, me apartó a un rincón y me dijo:

— No le preguntes nada — me sopló al oído. — Es horrible... ¡Pobre muchacho!

— ¿Qué ocurre?

— Nada... Más tarde te lo diré...

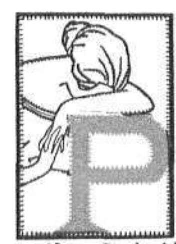
— Silas... te lo suplico...

— ¡Pues bien! El compromiso de su hermana ha quedado anulado y, desde hace cuatro días, miss Simpson ha desaparecido.

Y, el etnógrafo agregó, más bajo todavía:

— Un golpe de ese Whipew, no hay duda. Pero, yo estoy aquí. Y, viva o muerta, la he de encontrar.



POR espacio de doce días, la misteriosa y extraordinaria desaparición de miss Simpson acaparó todas las conversaciones y fué el tema obligado de la mejor sociedad de Auckland. Para unos, la joven había cedido a un capricho y huído con algún amigo predilecto, dispuesta a hacerle un desaire al novio... ¿Pero con quién? ¿Para qué?... La huída de todas maneras, terminaría con la consabida bendición en casa del pastor... Para otros, la hipótesis de un accidente presentábase con bastantes probabilidades de veracidad: Lily Simpson, que había salido de Auckland en automóvil, el miércoles a las tres de la tarde, fué encontrada con su torpedo, corriendo a gran velocidad, costeando los abismos y los lagos en la descabellada forma de costumbre. De aquello a temer una muy probable catástrofe sólo había un paso. Quedaba luego la suposición de un crimen, de un atentado, a la cual el comisario del distrito habíase aferrado desde el comienzo de las investigaciones; pero, por fuerza, hubo que descartarla. La joven no tenía enemigos de ninguna especie. La ruptura misma de su compromiso con John Whipew no se prestaba a ningún comentario grave: el oficial, con una galantería perfecta, habíase presentado, desde el segundo día de la ausencia constatada de Lily, en casa del sheriff, y por intermedio de éste, ofrecídose espontáneamente al primo de la desaparecida. Neville, conmovido, por intermedio de Duncan agradeció y declinó el caballeroso ofrecimiento del capitán. Careciendo de toda explicación plausible de la brusca determinación de la joven, y no habiéndola recibido ni de ella ni del novio abandonado, hubiérales resultado molesto aceptar semejante colaboración. A los ojos de todos los que los conocían, Whipew, repentinamente, sin que se supiera cómo, había dejado de interesar a la caprichosa niña. Este era el pretexto oficial, diríamos así. Porque Neville y sobre todo Thornycroft — de quien recibí todos los detalles que siguen, — barruntábanse otra cosa, a despecho de las afirmaciones del inofensivo y cándido primo Duncan...

Una mañana — era la décimosexta de la desaparición, — al entrar Simpson en su casa para almorzar, encontróse con su hermana sentada ante la mesa. Ella saltóle al cuello, tan fresca, tan hermosa, tan vivaz y despreocupada cual si nada hubiera ocurrido.

En lo que duró el almuerzo ella le relató, con la boca llena, los episodios de aquella quincena dedicada a la pesca, en las orillas del lago Taupo, pesca milagrosa a la cual la invitaran el mes último los O'Kendall, de Wéllington, una nueva relación que ella había trabado en el período de tiempo que él estuvo en Europa. Hablaba Lily, voluble, desempeñando su rol cual si lo hubiera aprendido de memoria, deseosa quizá de evitar ciertas preguntas embarazosas. Cuando terminó, él la dijo, simplemente:

— Tú eres mayor de edad. Tengo confianza en ti. No tienes para qué rendirme cuentas de ninguna especie.

— Sí — replicó ella. — Te las debo mientras vivamos juntos. Yo no sé porqué, pero me parece que ahora, más que nunca, tengo necesidad de tu protección... ¡Oh; ¡sí. ¡De tu apoyo!...

— Cásate, Lily. El marido es el protector por excelencia

— Eso es muy fácil de decir.

— ¿Por qué rompiste tu compromiso con Johnny?

Lily se puso de pie, lívida. Un destello de odio fulguró en sus ojos azules. Su rostro fino, de un óvalo tan puro que evocaba los retratos de Reynolds y de Hoppner, aureolado por los cabellos rubios, se contrajo en un gesto de repugnancia. Y apretadas las mandíbulas, dejó escapar, casi incomprensibles, las siguientes palabras:

— No quiero que pronuncies ese nombre en mi presencia. ¡No hay más Johnny, ni aun capitán Whipew!

Simpson la cogió por las muñecas con una fuerza tal que Lily lanzó un grito de dolor.

— Perdóname, Lily; tú sola no eres la causa de mi desesperación. Se trata también del honor de la familia. Habla. Ya sabes que, en la actualidad, estoy en situación de desmovilizado. Si guardas silencio, esta mano irá a abofetear inmediatamente el rostro del jefe que me guió en las trincheras del Somme.

La joven, de pálida que estaba, tornóse púrpura. Ocultó su rostro entre ambas manos.

— No — suplicó. — ¡Nada de escándalos! Ese

hombre es un miserable, un salvaje... Pero no es, de ninguna manera, un cobarde. Creo que en él existe hasta un determinado sentimiento del honor, que ha heredado de los de su raza, de sus feroces abuelos maorís, de... ¡Pero, no!... No puedo decírtelo... ¡No, no! Es demasiado atroz.. ¡Oh, Dios mío! Neville, ten piedad de mí... No intentes nada — ¿me entiendes? — no hagas nada en contra de Johnny... Por lo menos, aguarda a que hayan transcurrido diez días... Te lo suplico... Aguarda aun diez días. Luego, mira, si quieres, le matas, haces de él lo que te plazca.

—Diez días... ¿Para qué esa espera? — exclamó Neville, apretados los puños. — Explícate ¡Presto!

Lily, desesperada, retorcíase las manos. Las lágrimas bañaban sus mejillas aterciopeladas. Luego la sacudieron los sollozos. Y su infinita desolación conmovió al punto el corazón de bronce de aquél flemático endurecido por la guerra.

— ¡Pues bien! ¡Sea! Aguardaré — dijo, haciendo un esfuerzo. — Hoy estamos a cuatro. Dentro de diez días, exactamente, es decir, el catorce, al día siguiente de la fiesta de los «Geysers de Totorna», ese hombre habrá muerto. ¡El o yo, uno de los dos!

Y agregó, esta vez dueño de sí, casi tranquilo y sonriente, mientras las uñas incrustábanse en las palmas de sus manos.

— Hasta entonces, pequeña, nada te preguntaré. Ni aún a él, si le encuentro. Hasta, si te parece daré buen curso a esa fábula de la pesca milagrosa en el lago Taupo. Silas hará otro tanto...

Lily tembló. Luego, consternada, lanzóle una mirada de agradecimiento.

Y ambos hermanos en silencio se abrazaron.



Yo no había vuelto a ver a Thornycroft desde la tarde en que me pusiera en antecedentes del conmovedor y penoso incidente. Para todo el resto — solución del enigma por su método inductivo, búsquedas, razonamientos y demás — permanecía mudo e impenetrable. En lo que a mí respecta, había tenido repetidas oportunidades de encontrarme con John Whipew en el club y luego en el hipódromo, donde llegó a ganar el premio «Wimerra» para «yearlings» importados de Australia, Estados de Victoria y Nueva Gales. Whipew afectaba una calma absoluta y conservaba celosamente sus hábitos de gran señor, árbitro de nuestra elegancia europea. Pero, en el círculo, a partir de algunos días, a medida que nos aproximábamos a las fiestas de los Geysers, a la cual debía concurrir el gobernador acompañado por los ministros y los presidentes del parlamento, pude observar en él, por ciertos síntomas, una agitación poco común. Jugaba fuerte al poker y ganaba con una frecuencia verdaderamente insolente.

Una tarde, nuestro camarada Ferwock que acababa, como yo, de ser devuelto a la vida civil, le dijo en tono de broma:

— ¿Afortunado en el juego? ¡Cuidado Johnny! Eso puede equivaler a... desdichado en amores...

Whipew se volvió para mirarle en una forma que me hizo temblar por mi amigo.

Días después, aquel hombre sobrio se comenzó a abandonar. La policía, una noche, le había hallado completamente ebrio y en plena Queen street. Por momentos parecía idiotizado, ausente, fúnebre.

Dos días antes de la fiesta que con todo entusiasmo se organizaba en Whakarewharewa (distrito de Rotorna), Whipew desapareció.

No lo debía ver más que el día trece, fecha funesta que jamás se borrará de mi memoria.



Aquel día me había ubicado en las tribunas oficiales, próximo al Lord gobernador y el presidente del Consejo de Ministros de nuestro Dominion. Esta atención debíase a algunos servicios financieros que yo prestara a mi país, después del famoso tratado de Versalles, especialmente en lo que se refería a la adjudicación a Nueva Zelandia, de la Samoa alemana y de algunas otras de sus antiguas posesiones insulares del océano Pacífico. En la segunda fila, justamente a mis espaldas, hallábase mi amigo Thornycroft, acompañado por el director del Museum de Christchurch y de una personalidad médica de Invercagill, cuyo nombre he olvidado y no viene al caso.

Acabábamos de presenciar el desprendimiento sucesivo y metódico de los cinco geysers más grandes de ese centro hidrovolcánico, casi único en el mundo, que es la cuenca del Whakarewharewa. Espectáculo de una imponente e incomparable belleza que se desencadenó a su hora, a su minuto, a su segundo preciso. He aquí cómo: el geyser es, por naturaleza, como el volcán y la solfatara, esencialmente caprichoso; no entra en ebullición ni se eleva sino con intervalos extremadamente irregulares, escapando a toda previsión científica de largo plazo. Resumiendo: el geyser es un fantasista. Como el clown en el circo, hace sus cabriolas cuan-

do ésta lo impulsa. En Islandia, fué Tindall quien llegó, el primero, a la conclusión de que las erupciones geyserianas se producían cuando la columna de agua elevada por los vapores subterráneos llegaba a un punto en que su temperatura era la de la ebullición. En este punto las aguas se transforman inmediatamente en vapores y proyectan hacia el exterior su chorro poderoso. Algunas de estas fuentes hirvientes se elevan, por excepción, con intervalos regulares, inmutables, cronométricos, diríamos así. Pero la mayoría de lo geysers neozelandeses son bastante lentos e irregulares para entrar en acción; para llegar a esa temperatura vecina de la ebullición, necesitan un excitante, un aperitivo si les parece bien. ¿Y saben qué es lo que han descubierto los geólogos del Dominion? Pues nada menos que una golosina especial, bastante costosa, aunque por demás corriente y que puede incitar a los geysers a saltar artificial e instantáneamente de sus embudos. Es el jabón. Sí, digo bien, el jabón, el bravo y prosaico jabón de Rotterdam y de Marsella. Según la abertura y la capacidad de su boca, un geyser mediano o grande debe absorber, previamente, sus 200 ó 300 «shillings» de barras o trozos jabonosos, para «entrar en danza». El estruendo subterráneo debe coincidir entonces con la disolución de este agente específico y con la ascensión de su espuma, hasta la boca del orificio, después de lo cual el agua, impetuosa, aspirada por este sifón de un nuevo género, se eleva hacia el cielo en una columna de muchas yardas de altura.

—¿Qué me dices, doctor? —dije, volviéndome hacia Silas. —¿No te parece que esto es preferible a todos los juegos de agua de Versalles?

—¡Bah! —respondióme. —Gasto por gasto prefiero los chorros de agua que arrojan las tortugas de la fuente de Latona. Pero aguarda unos instantes: vas a presenciar un espectáculo nada banal, creo yo. Observa bien; no pierdas un solo detalle.

Y aquél hombre diabólico frotábase las manos con verdadera fruición. Sus ojos brillaban en forma poco acostumbrada y en ellos vi reflejada la malicia, un poco de vanidad satisfecha y puedo afirmarlo, algo de ferocidad. Sí, había algo de implacable y de inquietante en sus pupilas grises y metálicas donde, con intervalos sucesivos, aparecían reflejados el odio y la venganza.

—¿Qué te ocurre hoy, querido? Te encuentras demasiado alegre... A propósito... ¿y tu investigación? Hace unos días que no veo a Whipew... ¿Le has escamoteado?

—No hay para qué. Le dejo librado a sí mismo. Dentro de diez minutos, ya verás... ¡No quedarán ni los rastros de Johnny!

Y reía, con carcajadas interminables, horripilantes, que descubrían, hasta las encías, sus dientes antiestéticamente manchados por la nicotina.

—Es que, verás tú, Kennedy... Bien sé lo que va a acontecer... ¿Intuición?... ¡No!... Inducción... Mira, préstame tu lapicero y un trozo de papel... Eso es... Está bien... Justo el tiempo preciso para escribir dos frases numeradas 1 y 2... ¡Ya está!... Ahora, doblemos el papel en cuatro; guárdalo en tu bolsillo, con cuidado. Dentro de diez o doce minutos, cuando te toque el codo, lo sacas, lo abres y lo lees. Apuesto mi inútil cabeza a que quedarás convencido de que he hecho un milagro y que soy un profeta... ¡Pero mira ahora, en el nombre del cielo!

Ante mí, para ser más preciso, ante las tribunas de la izquierda, donde acababa de ver y de saludar a Neville y Lily Simpson, un grupo de guerreros maorís peroraban y blandían sus lanzas. Habría, aproximadamente, una treintena de ellos, todos tatuados, soberbios con sus extraños ornamentos, desnudos los torsos, en las caderas los cintos con el «pihon-pihow» nacional. Consulté mi programa. En él leí textualmente lo que sigue: «A) Danza indígena de la Polinesia; B) Danza indígena del abismo hirviente». No me restaban dudas al respecto. Ante mis ojos tenía una buena tanda de legítimos y graves salvajes frotándose respectiva y ceremoniosamente las narices para darme una lección de educación pueril y honesta, según la moda neozelandesa. Por espacio de cinco buenos minutos hicieron todo género de preparativos. Yo me volví hacia Thornycroft, con el aire envenenado del hombre que desconfía de alguna mistificación.

—¡No, no! De ninguna manera, querido... Aguarda... Te he dicho: dentro de diez u once minutos. Sé generoso y dame doce. Mira, allá arriba, ahora... ¡Ah! ¡Es él! ¡Es él, no cabe duda!... ¡Vaya! Todo marcha como es debido...

Entusiasmado me palmeaba los hombros.

Sobre la altura frondosa, coronada por las plantas características a la región, en el paraje que Silas acababa de señalarme, levantábase una aldea característica de las tribus maorís. Desde aquella altura, enteramente resguardada por el «pah», una especie de muralla circular, llegaba hasta nuestros oídos un concierto de lamentaciones y un ensordecedor estrépito de flautas agudas y destempladas, tamboriles y crótalos. A continuación vimos salir del recinto una veintena de seres semidesnudos, horrorosamente tatuados, a los cuales procedíales un jefe espléndido y desdeñoso.

—¿Ha oído hablar de Enararo Kaï-Konmon, mi estimado colega? —preguntó Silas al sabio de Christchurch.

—¿El famoso rebelde de 1865, aquél que asesinó traidoramente a nuestros misioneros y los comió después de haberles hecho asar vivos a fuego lento?

—Ese mismo.

—Bueno... Pero no veo a qué viene el recuerdo...

—Pues tengo el honor de presentarle, en libertad, a su propio hijo y heredero, ese jefe que se adelanta en este preciso momento hacia el Lord gobernador. ¿Le reconoces, Kennedy? Vamos, te voy a ayudar un poco... Por lo pronto, su nombre —soy algo entendido en esto de los nombres y títulos maorís... —su nombre es el armonioso de Waïpu-rexa-tua. Tiene treinta y ocho años y nació en 1881, en Whakarewharewa.

Y Silas agregó luego con un tono tranquilo:

—Verdad es que le reconocerás mejor por su nombre inglesado y enaltecido por las páginas de «Sporting»: el capitán John Whipew, de la 3.ª brigada... ¡Nuestro querido Johnny!

Era Johnny, el mismo, cubierto de oropeles. No fuimos nosotros los únicos que le reconocimos en aquel momento y en semejante mascarada. Una marea ascendente de risas ya habíase extendido irresistiblemente de una a otra tribuna. Los oficiales, el Lord gobernador, los magistrados, el arzobispo anglicano, todo el mundo fué presa de una hilaridad formidable, inextinguible... ¡Y es que la de Whipew era mucha originalidad!

Algunos oficiales, trajeados aún con el uniforme kaki, se subieron sobre las gradas y comenzaron a gritar:

—¡Hurra por la 3.ª brigada!

—¡Un «punch» de honor para Johnny!

Fué todo un éxito, como digo. Sobre mi nuca sentía el cálido y febriciente aliento de Silas.

—¡Los tatuajes! ¡Mírale los tatuajes!

Sobre el dorso del capitán Whipew, que se había aproximado a dos yardas de la tribuna central, destacábase, en efecto, un soberbio «kiwi» tatuado hacía ya tiempo con un tinte negruzco. El apterix, el pájaro heráldico de nuestra isla, totalmente des-

provisto de alas y de cola, parecía herir con su largo pico, ligeramente curvado, las últimas costillas derechas del tórax de nuestro camarada. Jamás nos habíamos imaginado que uno de los nuestros pudiera hallarse tan extraordinaria y ricamente tatuado. En eso, enfrentándose con nosotros, dejó al descubierto el tatuaje de su pecho. Un prolongado murmullo de estupefacción y de horror dejóse escuchar entre los espectadores. Era el dibujo de una monstruosa cabeza de ídolo, contraída en una mueca atroz, cuyo hocico erizado de colmillos devoraba el brazo y la mano de un niño...

— El blasón de los Kai-Koumon — musitó Thornycroft a mi oído. — El padre de este bendito Johnny, parece ser que en 1864 hizo otro tanto con mi tío el reverendo Charlie Gálveston. ¡A la verdad que la cosa tiene gracia, queridos amigos!

Lo que a esto sucedió fué una tragedia rápida y sombría. Vimos al guerrero y a su escolta ganar precipitadamente un otero, debajo del «Pozo del Diablo», como ustedes saben, esa fuente circular, ese gran abismo de agua hirviente, de una profundidad tal que ninguna sonda ha logrado jamás llegar a su fondo.

Una vez allí, el jefe se detuvo. Los otros le rodearon. Entonces, Waïpu-rewatua, alias capitán Whipew, entonó con voz grave y dolorosa el gran himno nacional de «Pihé» que corearon emocionados los asistentes. Terminado lo cual iniciaron una salvaje e incongruente danza en torno del «Pozo del Diablo».

— Nada más que dos minutos — me dijo Silas. — Esto comienza a ponerse interesante. Toma, aquí tienes unos gemelos. Yo no los necesito. Mira bien... Ponlos de acuerdo con tu vista... ¿Estamos?... Bueno. Ahora voy a emplear mi método inductivo y a decirte lo que ocurre, segundo por segundo. Puedes tomar el tiempo.

Y, sin quitar los ojos de la esfera de su cronómetro, prosiguió:

— Johnny dirige sus miradas hacia la tribuna de la izquierda donde, cerca de nuestro excelente Simpson, se halla miss Lily, su hermana, con un vestido color rosa y un sombrero de terciopelo negro... Observa bien el rostro de nuestro capitán: se halla crispado y bañado por las lágrimas, ¿no es verdad?... Bueno. En este momento, si no me equivoco, Johnny se ha sentado. Los otros continúan danzando... ¡Atención! Dozavo y último minuto...

Le interrumpí, palpitante de angustia.

— ¡Oh! Esto es atroz, doctor... Hay que impedirlo... ¡Desdichado! Se ata una piedra enorme al pie derecho... El círculo de los bailarines se aproxima, se acerca más aún al borde del abismo... ¡Ah, Dios mío!

De un solo salto, calculando su impulso, Whipew terminaba de arrojarse dentro de aquel hervidero cuyos vapores se elevaron y cerraron sobre su cuerpo. Los maorís lanzaron un prolongado gemido y se echaron de cara al suelo.

En la tribuna de la izquierda, escuchóse un grito ahogado; y vi a Neville, inclinado sobre la hermana, presa de un espantoso ataque de nervios.

Thornycroft lanzó un suspiro y, apartándome de los espectadores, me dijo aún:

— ¡Más terrible no puede ser, bien lo has visto! Esto, empero, sin contar lo que puede sobrevenir mañana... ¡Pobre muchacha! Desde el arribo de su glorioso ahijado, aun gravemente herido, Lily no tuvo inconveniente en casarse secretamente ante el reverendo William Chalmers, de la Presbyterian Church. Se entendía que el matrimonio oficial se celebraría en cuanto regresara Neville. Y un buen día, después de la convalecencia del capitán, he aquí que, bruscamente, Lily, sin que mediara ninguna explicación, rompía todas sus relaciones con Whipew. Ya te imaginarás la razón... Pues, a causa de los horribles tatuajes que acabas de contemplar, y que, por casualifad, en torso desnudo, durante un masaje eléctrico, ella descubrió. De eso a la revelación de la existencia de un suegro caníbal no había siquiera un paso. Tras del descubrimiento vino una explicación borrascosa y, como consecuencia, la ruptura conyugal. Como es de suponer, la sangre maorí que corría por sus venas era harto pura. ¡Vaya! ¡Hay que colocarse en su lugar, Kennedy! El matrimonio había sido regular, de acuerdo con la ley, aunque se mantenía en secreto. El resto se puede adivinar. El capitán, bajo el pretexto de un arreglo, llamó a Lily. Aceptado aquello por ella, muy poco le habrá costado raptarla y guardarla en la aldea indígena que ves allá arriba. ¡Las pepitas de Otago hacen tantos milagros! Total: la revancha del hombre oceánico, primitivo y leal, sobre la europea refinada y felina. Unos contados días, aquellos esposos mal ligados, habrán vivido juntos en la cabaña indígena, después de lo cual, odiado, maldito, desesperado, la habrá puesto en su auto. Unas notas manuscritas que he encontrado, la noche pasada, sobre el escritorio de ese salvaje civilizado con demasiada precipitación, me han demostrado que había jurado a su víctima no sobrevivir a su tragedia amorosa. El plazo de diez días él mismo lo estipuló para poner en ejecución esta funesta resolución... ¿Cómo he sabido y adivinado todo esto? Te lo explicaré más tarde, una vez que te haya presentado a Georgina, una experta conocedora de los geysers y hermana de Waïpu... Y, ahora, mi viejo Kennedy, puedes leer la hoja de papel que guardas en tu bolsillo... Verás que no me he equivocado con mi método inductivo.

La abrí con mano temblorosa y leí, simplemente, sin comentario, estas líneas:

1.º Suicidio del capitán John Wipewh, de la 3.ª Brigada.

2.º : Su viuda, Mrs. Waipu-rewa-tua, enloquece.



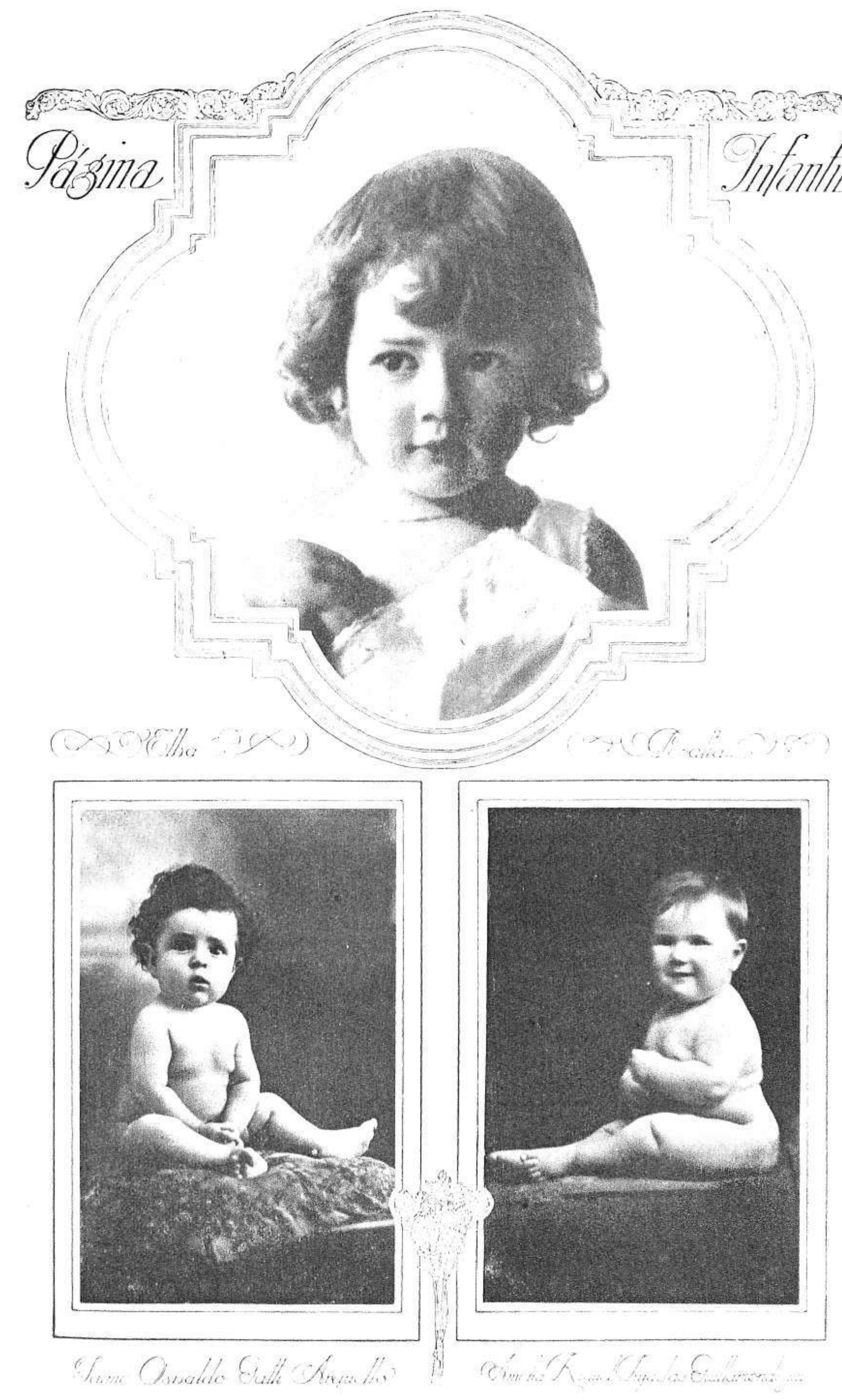
NUEVE meses más tarde, en el hospicio de alienados de Wéllington, el lecho N.º 32, en su cabecera exhibía la siguiente ficha médica: «Estado estacionario. Continuar el tratamiento prescrito. En los prolegómenos de las crisis, evitar a la madre el espectáculo de su bebé desnudo.

A decir de la «nurse» que me contó lo anterior, el género de locura de la joven madre llevábala a descubrir, sobre la piel anormalmente pigmentada del recién nacido, unos extraños dibujos negruzcos, todavía imprecisos, y que representaban, creía ella, uno, un pájaro, y el otro, una cabeza de pesadilla, diabólica y con los dientes amenazadores.

TRADUCCIÓN DE

E. M. S. DANERO

Página Infantil



Elba [illegible]

Jaime Osvaldo Gatti Arguello — [illegible]



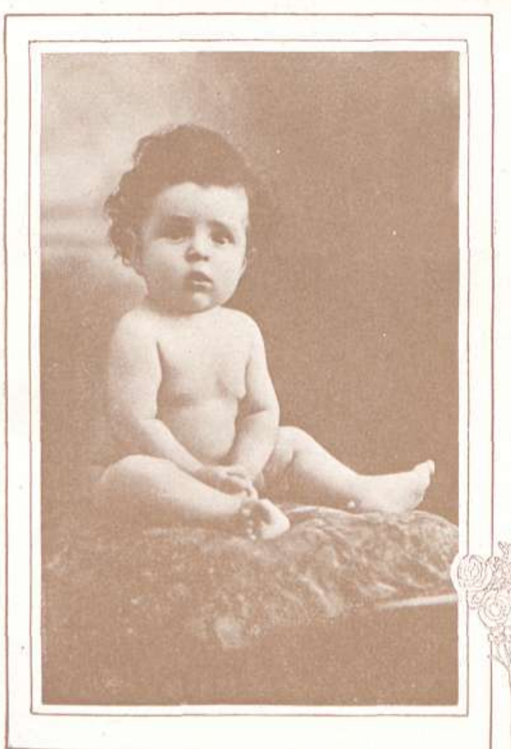
SEVILLANA

ÓLEO DE G. MOREIRA

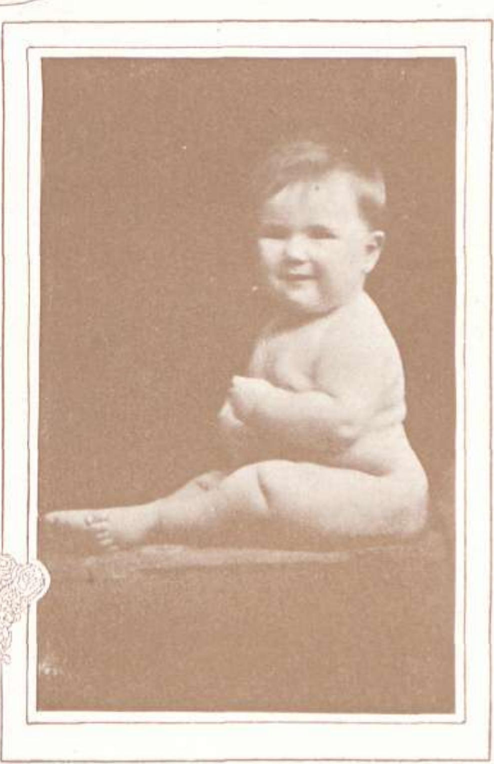
SALÓN WITCOMB.

Página Infantil

Elba Peralta



Jaime Osvaldo Gatti Arguello



Amalia Raquel Ayadas Guillamondegui

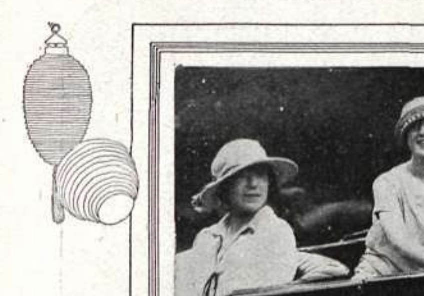


SEVILLANA

ÓLEO DE G. MOREIRA

SALÓN WITCOMB.

CORSO DE FLORES EN EL PARQUE INDEPENDENCIA DE ROSARIO



Señoritas Pagliano y Windels paseando en su automóvil por el bulevar Oroño.



Señoritas Antelo, Erausquin, Masramón y Soler durante el desfile.





Señoritas Ravena, Micheletti y Linari presenciando el animado festival.

Señoritas Falcone y Costa después de la batalla de flores y serpentinas.



Señorita Roldan, Ferrari y Schlesinger

Señoritas Grissola, recorriendo en carruaje el corso.



Señoritas Mogna, Casas y Ferreira, que formaron parte de la Comisión.

Señorita Plá y señora Müller participando del lucido aspecto del bulevar.



Palco ocupado por las señoritas Zabaleta, Alzola y Mendieta.

EN OBSEQUIO DE LOS MARINOS DANESES



El ministro de Marina, el representante de Dinamarca, el comandante y los oficiales del crucero "Niels Juel" y jefes de la armada argentina en las escaleras del Centro Naval en seguida del banquete con que el primero quiso significar a los gratos huéspedes la estimación oficial de nuestro Gobierno para con aquella nación amiga.

BAILE DE INOCENTES

Tres fotografías tomadas en la sala de la Opera durante el animado festival que todos los años organiza a su beneficio el Círculo de la Prensa, velada que se vió muy concurrida y a cuyo lucimiento cooperaron diversos y valiosos elementos, culminando en una nota social muy simpática.

CRISOL CLUB

CÓRDOBA

A la señora Regina P. de Alvear.

Señora:

Efusivo como el cariñoso abrazo de una amiga íntima, sabroso como el beso de una madrecita, así es el conceptuoso autógrafo que leo en el número de hoy de "Caras y Caretas" y que vos dedicáis a la mujer que trabaja. Yo soy una de ellas, y me siento alentada, cuando sé que otra mujer, del rango y la cultura vuestra, guarda en su corazón un recuerdo para las que sin fortuna estamos atadas al yugo del trabajo, yugo que si no fuera que enaltece, sería insoportable.

Agradezco a vos, señora, tanta bondad, al poner en mi camino una flor que alegre mis horas pesadas y tristes.

Vuestro retrato, junto con el autógrafo, adornará desde hoy mi mesa de labor y os anticipo que al levantar mi vista para admirar vuestra belleza física, admiraré también vuestra belleza moral, y mi alma sentirá el mejor alivio contemplando la imagen de mujer tan singular.

Hago muchos votos para que Dios premie tanta nobleza, llenando vuestra mansión de felicidades y dando a vos y vuestro digno esposo salud y bienestar.

Córdoba, diciembre 20 de 1923.

Mary Angélica Daneri

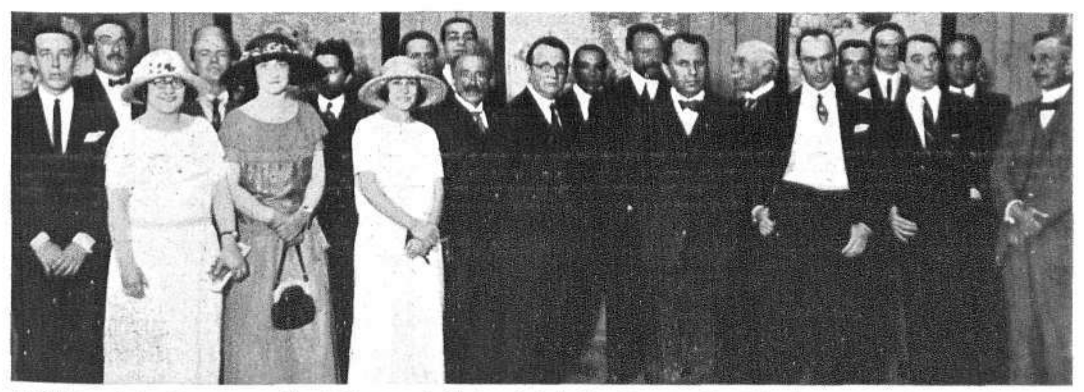
Como eco cordialísimo y altamente característico de nuestra nota dedicada a doña Regina Pacini, y aparecida en el Número Extraordinario, hemos recibido numerosas y significativas cartas femeninas, reveladoras de gratitud y respeto para la distinguida dama; y de todas ellas publicamos ahora una en cuyos párrafos, con la conmovedora elocuencia de la sencillez, se refleja, una vez más, el generoso espíritu de la mujer argentina.

Inauguración de los talleres de la Empresa Editorial Haynes Lda.



Los directores, personal de redacción y administración, escritores, artistas e invitados después del lunch que fué ofrecido festejando el acto inaugural de los talleres donde se imprimirán nuestros colegas "El Hogar" y "El Mundo Argentino". Fiesta grata y culta, puso de relieve las simpatías de que goza la Empresa entre el elemento intelectual y el público, demostrando, a la vez, su prosperidad.

En la Academia Nacional de Bellas Artes



El Ministro de Justicia e Instrucción Pública con el director de la institución, señor Pio Collivadino, y conocidas personalidades de nuestro mundo artístico en los salones donde se expusieron los trabajos ejecutados por los alumnos durante el año en curso.

FOTOS DE ARROYO Y BELL

En honor del Ministro de R. Exteriores

Caracterizados personajes que fueron comensales en el banquete ofrecido por el Encargado de negocios del Perú, don Emilio del Solar, al doctor Angel Gallardo, habiendo asistido también varias aristocráticas damas.

Almuerzo diplomático



Grupo de agregados militares extranjeros a quienes el secretario general del ministerio de la Guerra, coronel Manuel Costa, obsequió con un almuerzo para celebrar la despedida del año y la entrada del nuevo.

Demostración al Dr. Ricardo Seeber



Los ministros de Instrucción Pública y de Guerra, doctor Sagarna y general Justo; destacados representantes del Foro y de nuestros círculos científicos y otros significados caballeros rodeando al ilustre profesional al terminarse el banquete en que le testimoniaron su simpatía con motivo de su jubilación como miembro de la Cámara de Apelaciones de la Criminal.

Réveillon en el Club de Flores





Entre las fiestas con que se celebraron las tradicionales reuniones de Navidad, se hizo notar, por su lucimiento, la organizada por esta prestigiosa agrupación, a la que prestaron su concurso numerosas y conocidas familias, llevándose a cabo un brillante programa.

Inauguración del Pabellón de Investigaciones "Emilio J. Costa"

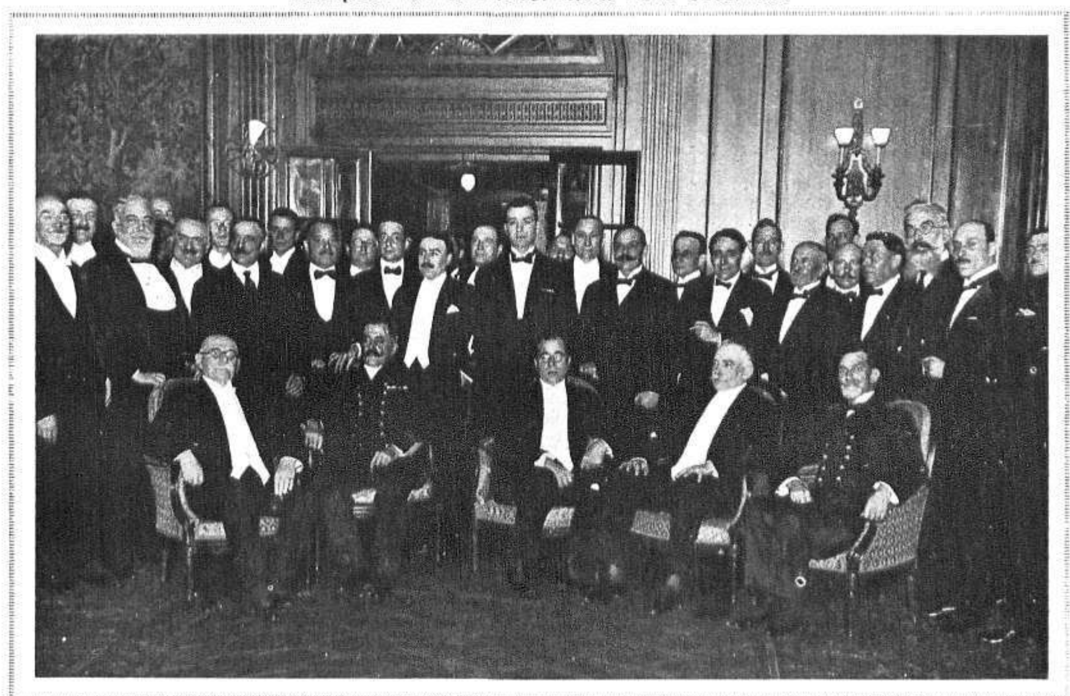


El Ministro del Interior, doctor Gallo; el rector de la Universidad, el decano de la Facultad de Medicina y otros personajes con el doctor Roffo, director del Instituto de Medicina experimental.



La donante del pabellón, doña Francisca Buero de Costa, y personas de su familia, una vez verificada la ceremonia a que dió lugar la importante inauguración de aquella sala en el instituto citado.

Banquete de confraternidad Italo-española



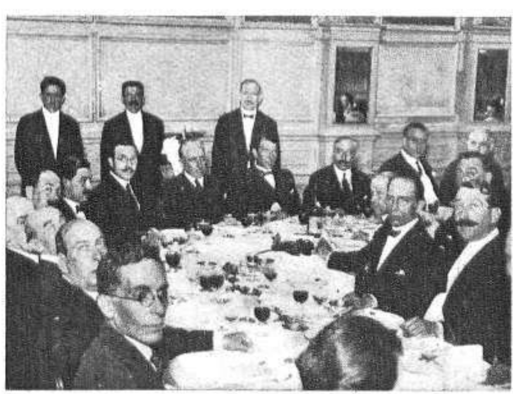
Brillante representación de ambas colectividades en uno de los salones del trasatlántico "Giulio Cesare" donde se sirvió un gran banquete que los dirigentes de las sociedades italianas ofrecieron a los españoles, correspondiendo así cordialmente al dado por éstos para solemnizar la entrevista de los monarcas de ambas naciones.

Festival infantil



Amiguitas de la niña Perla, hija de los esposos Amadeo Videla-García Velloso en cuya residencia se dió una fiesta infantil para celebrar el cumpleaños de aquella.

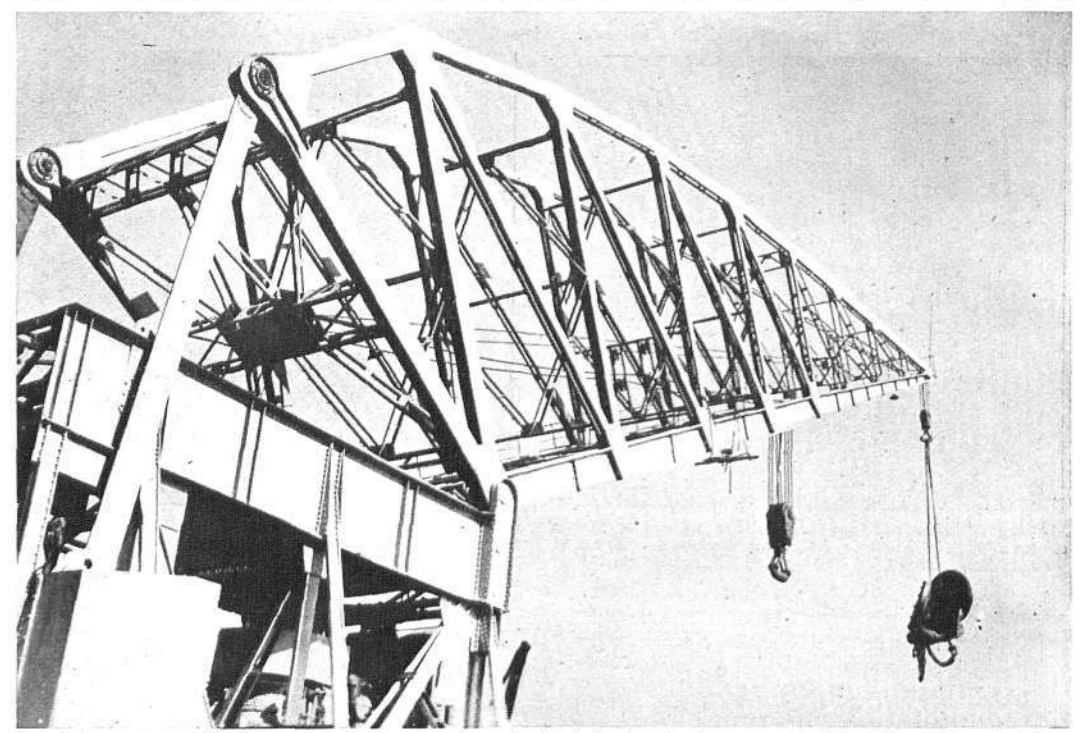
Fiesta de camaradería



Cabecera de la mesa ocupada por el doctor Gregorio Aráoz Alfaro, cuerpo médico y empleados del Departamento Nacional de Higiene que se reunieron en una comida para estrechar vínculos.

FOTOS DE ARROYO Y BELL

EL GRAVÍSIMO ACCIDENTE DE LA GRÚA TOBA



Una de las pruebas verificadas por la grúa la víspera de su hundimiento, levantando un peso de 80 toneladas.— La catástrofe se produjo en Puerto Belgrano, al intentar la misma operación con un peso vertical de 110 toneladas hasta una altura de 30 metros, bajo la dirección del personal de la casa constructora, rompiéndose el cable de suspensión y cayendo el enorme peso de la lingada sobre un costado del casco, que se sumergió 45 grados, ocasionando varios muertes y numerosas heridos entre los trabajadores.



El marinero Francisco Rodríguez, fogonero, que expuso su vida al dar dos vueltas a la válvula de escape, evitando la explosión de la caldera y salvándose milagrosamente.



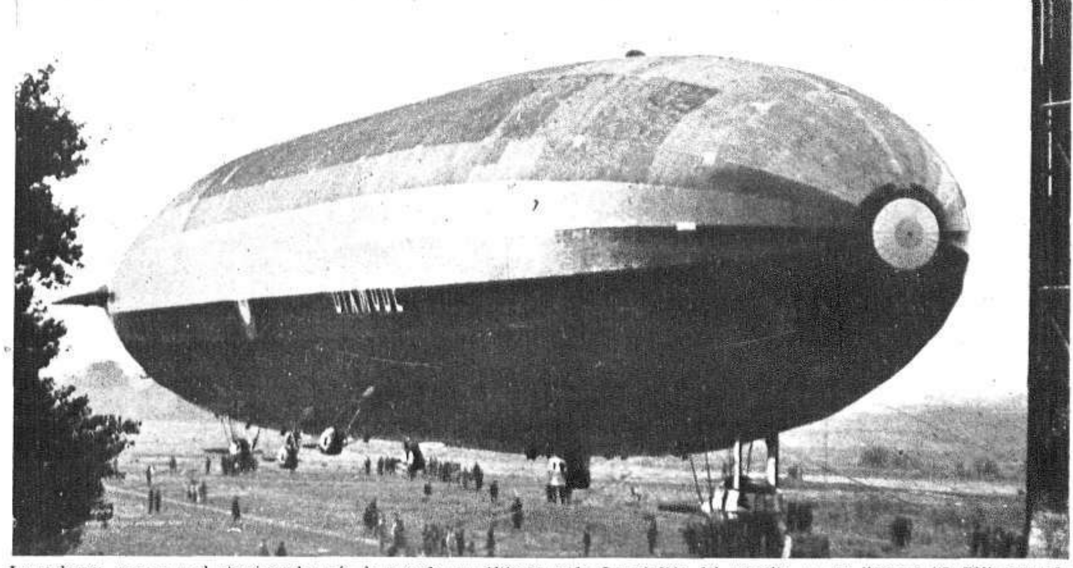
Tripulantes de la grúa que se salvaron del terrible accidente, algunos ilesos y otros con heridas leves, fotografiados pocas horas después de los destrozos sufridos por la flotante maquinaria, cuyo siniestro tan dolorosa repercusión ha tenido en todo el país.



Juan E. Cardoso, fogonero, que logró salir de las bodegas y ponerse a salvo mientras perecían cinco de los compañeros que trabajaban a su lado.

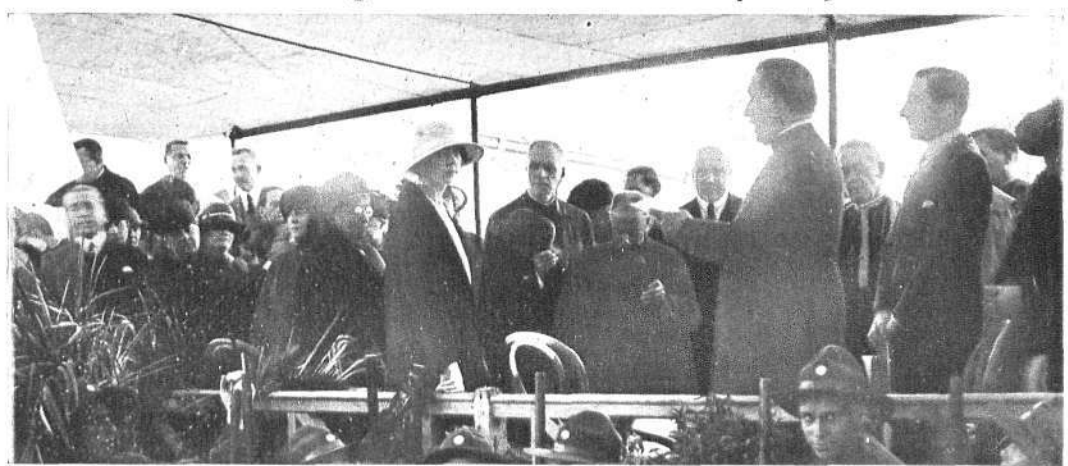


Aspecto de la grúa poco después de hundirse, vista de frente, y cuyo salvamento, según opinión de los técnicos, resultará en extremo difícil y demandará esfuerzos y gastos de consideración debido a las condiciones especiales en que han de llevarse a cabo los trabajos para obtener buen éxito.



La poderosa aeronave al aterrizar después de uno de sus últimos raids. La pérdida del zeppelin que se llamara "L 72" antes de pertenecer a Francia, se teme haya costado la vida a los 50 oficiales que lo tripulaban bajo el mando del teniente de navío du Plessis de Grenadan, cuyo cadáver fué hallado por unos pescadores en el Mediterráneo, cerca de la población de Sciacca. Créese oficialmente que el dirigible, combatido por furiosa tempestad o incendiado por un rayo, cayó en el mar no lejos de la citada población.

Ceremonia inaugural del "Barrio Arzobispo Espinosa"



Monseñor Franceschi leyendo su discurso al terminar la solemne inauguración del mencionado barrio, cuyo acto religioso estuvo a cargo del obispo de Paraná, monseñor doctor Abel Bazán y Bustos, siendo padrinos el intendente municipal y su esposa. Las obras constituyen un importante adelanto para la zona en que están situadas. Su construcción ha sido ejecutada por la Unión Popular Católica Argentina con fondos provenientes de la Gran Colecta Nacional.

Dr. Felipe Basavilbaso



Las dramáticas circunstancias en que halló la muerte este distinguido facultativo, hicieron en los círculos científicos y en la sociedad aún más doloroso su deceso. La acción del doctor Basavilbaso cuando despreciando el peligro corrió a salvar la vida de los sirvientes después de haber dejado libre de todo el riesgo del incendio a todos los suyos, lo define absolutamente en su carácter íntegro, bondadoso y amplio como fué en vida y que lo hicieron rodear de tan alto concepto.

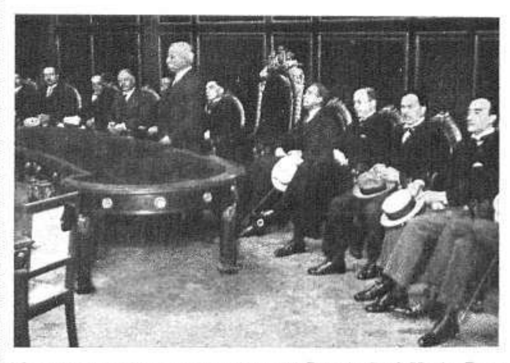
Dr. Angel de Estrada

Espíritu cultivado y exquisito y estilista vigoroso de gran talento literario, el fallecimiento, lejos de la patria, del doctor Angel de Estrada, con cuyas colaboraciones se engalaran, en otros tiempos, las páginas de CARAS Y CARETAS, ha causado una de esas dolorosas impresiones que, por su sincera intensidad, revelan la estimación y los afectos de que disfrutaba el extinto en todos nuestros centros culturales y sociales por sus excelentes prendas de inteligencia y de carácter.



A NUESTROS COLEGAS Y FAVORECEDORES

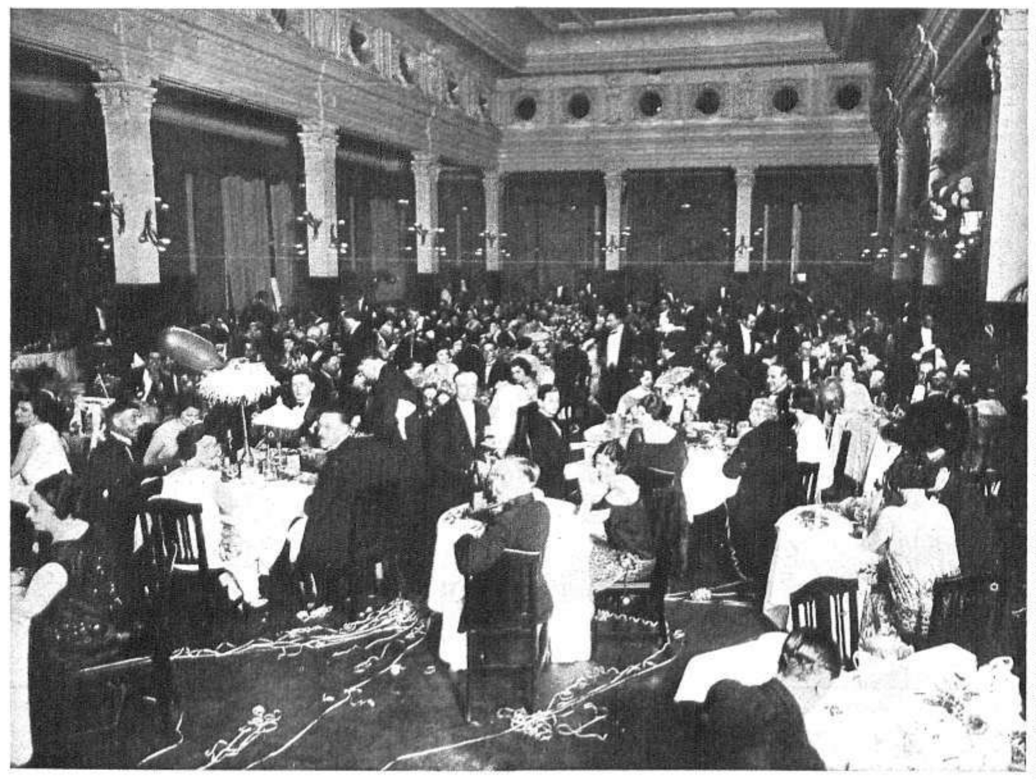
En la imposibilidad material de corresponder particularmente a los conceptos elogiosos que nos han dedicado con motivo de nuestro Número Extraordinario de fin de año, queremos dejar aquí, en estos renglones, no por cortos menos expresivos y sinceros, nuestro agradecimiento a todos los que, de ese modo, seguramente contribuirán a fortificar, si cabe, la dedicación y el entusiasmo que, año tras año, vamos depositando, como ofrenda periodística, en las páginas de nuestra revista.



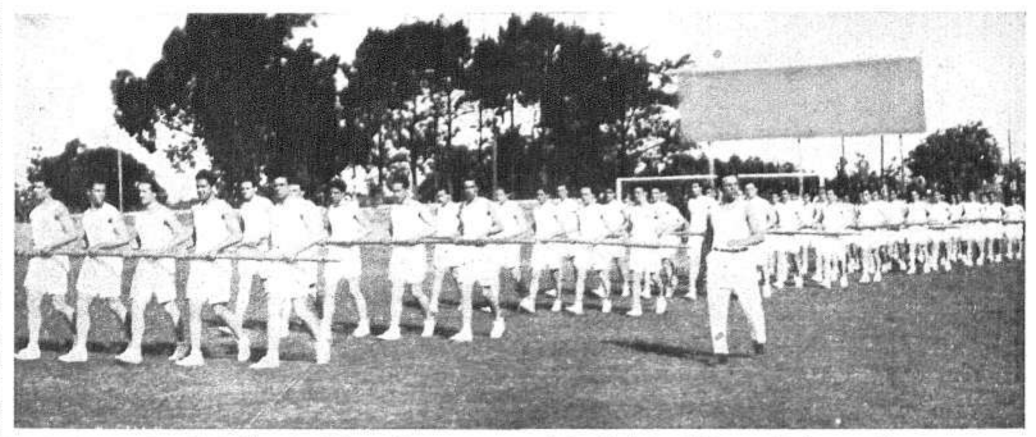
El rector y profesores argentinos del Colegio José María Pueyrredón, que visitaron esta capital, con el rector de la Universidad y otros distinguidos colegas que les dieron cordial bienvenida.



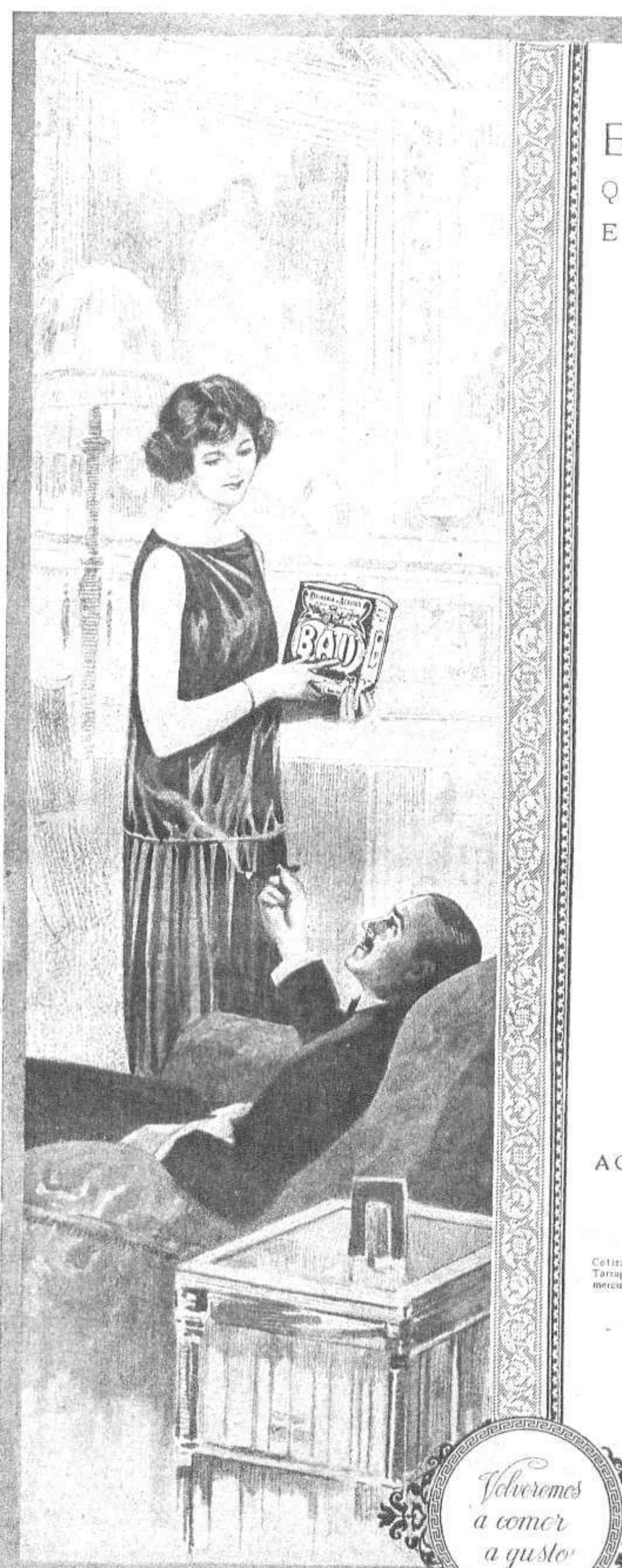
El Ministro de la Guerra y altas personalidades en el cementerio del Buceo durante la fiesta del arma de Ingenieros en que tomó parte el Batallón N.º 1.



Concurrentes a la gran velada social celebrada en el Parque Hotel para festejar la Nochebuena, reunión que alcanzó brillantes proporciones por los muchos y destacados elementos que le dieron realce.



Desfile de los cadetes de las Escuelas Militar y Naval con motivo de los ejercicios públicos verificados en el Parque Central pro Aviación Nacional, acto que constituyó una espléndida manifestación patriótica.



ESTO ES LO QUE QUIERE EL PÚBLICO:

QUE NO LE DEN UNA COSA POR OTRA DENTRO DE LA LATA.

LA MARCA BAU VENDE MIENTRAS HAY LA MISMA CLASE DE ACEITE Y DEJA DE VENDER CUANDO FALTA. NO DA UNA COSA POR OTRA.

POR ESTO EL PÚBLICO NO QUIERE SABER NADA CON OTRAS MARCAS TAN PRONTO VUELVE A ENCONTRAR ACEITE BAU.

PRECIOS DE
ACEITES PUROS DE OLIVA
EN EUROPA

Cotizaciones en Tarragona "El Comercial" 9-XI-23

Calidad Bau	26 Ptas. los 15 kilos
Frutado	22 a 24 Ptas. los 15 kilos
Corriente	20 a 21 „ „ 15 kilos
Seco	18 a 19 „ „ 15 kilos

10 % MAS CUESTA LA CALIDAD BAU.

UN HOMBRE Y UNOS ANTEOJOS

(CUENTO... «GROTESCO»)

¡Malditos anteojos! Indiscutiblemente, los odiaba, a veces, sentía por ellos un desprecio tan profundo que los hubiera hecho pedazos, pero no, allí, en sus oídos, estaba vibrando aún la orden del médico amigo.

—Hay que usarlos... Hay que usarlos...

Y así fué. Luchaba por acostumbrarse a ellos. Luchaba desesperadamente. Y lo peor era que, poco a poco, se iba quedando ciego. Lo comprendía el hombre, «lo sentía», y, sin embargo, aquellos cristales colocados ante sus ojos, hacían nacer en su interior una extraña rabia, la rabia de su impotencia, de su enfermedad que lo obligaba a ellos... Y era que con ellos él mismo se encontraba diferente, más aún, experimentaba la sensación de que lo apartaban de la vida, de que mirándola así, tras ellos, la encontrase cambiada, tan cambiada que no se parecía en nada a la que él conociera antes, cuando sus ojos no los necesitaban.

¡Amarga ironía! Ya cerca de los cuarenta años, la voz enérgica del médico amigo que, por un momento dejó de ser amigo para ser médico, ordenó:

—¡Permanentes!

—Pero...

—Ni una palabra, ¡permanentes!

Y, tras una pausa, trató de explicarle.

Tenía razón. El hombre había leído mucho, había escrito mucho, y, sobre todo, había visto mucho.

Por consecuencia, el enorme cansancio que llevaba sobre el corazón le iba subiendo fatal, lentamente hacia los ojos, debilitándolos, apagándolos...

Sí, en adelante, estaba como condenado a usarlos siempre, siempre, ya ellos se agregaban a su existencia, ya no se apartarían nunca de ella, y serían fríos intermediarios entre él y las emociones, entre su alma y el alma de las cosas y de los hombres que él quisiera analizar. ¡Los odiaba, sí, con todas sus fuerzas! ¡Ah! ¡cuántas veces tuvo que luchar consigo mismo para no romperlos, para no estrellarlos contra el suelo, y sentir así un placer indecible al contemplar los pedazos de cristal a sus pies! ¡Malditos anteojos! Sin ellos, aun hubiera continuado siendo más o menos feliz, pero obligado a usarlos, tenía que sufrir en silencio la transformación que «sentía» frente a la vida de las cosas y frente también a las cosas de la vida.

Un día, intentó pasar sin ellos, pero, en el colmo de su desesperación comprendió que ya estaba casi ciego. ¡Ciego! Entonces, lloró. Lloró lágrimas de sangre por la muerte de sus ojos... Por eso, desde aquel día se aferró a ellos más desesperado que nunca y su odio de ayer fué amor de hoy, un amor que sólo se revelaba en los cuidados conque trataba aquellos cristales... Los limpiaba con frecuencia, mejor dicho, los acariciaba, y cuando con el aliento los empañaba para luego limpiarlos mejor todavía, diríase que los besaba...

J U L I O F R A N Z O S O

LA GLORIA DE LA MONTAÑA

Yo he mirado mucho para la montaña
con afán uncioso de superación,
y el vivir lejano de la patria extraña
me llenó de luces todo el corazón.

Era el horizonte con su transparencia
un cristal inmenso de fulgor azul,
y fingía el monte, con su penitencia,
un claror de cielo de brumoso tul.

Con su parpadeo, en el firmamento,
las primeras gemas que pulió el Agur,
y sobre la comba de mi pensamiento,
con su gloria augusta, la gran Cruz del Sur.

¿Para qué la pena de vivir inquieto?
¿Para qué la fiebre de la producción?...
Hay en la montaña el azul secreto
que es el ritmo eterno de la Creación...

De los mundanales ruidos de la vida,
ánima rebelde, de la calma en pos,
busca el buen refugio para tu partida
junto a la montaña, que es templo de Dios...

Y si miré mucho para la montaña
con afán uncioso de superación,
¡el vivir lejano de la patria extraña
me llenó de luces todo el corazón!

R I C A R D O T U D E L A

De Morón



El profesor señor Valsangiacomo, rodeado por un grupo de alumnos que lo hizo objeto de una demostración de aprecio, con motivo de la feliz terminación de los cursos.

Alumnos de la Escuela N.º 1 que tomaron parte en la fiesta realizada con motivo de la clausura del año escolar.



NOTA COMICA DEL **GLAUDA** VERMOUTH ARGENTINO

—Son los zapatos, no los pies los que se ponen en la ventana para que los Reyes Magos le echen a uno cosas.

—Sí; pero yo pongo los pies para ver si me ponen unos zapatos.

De General Belgrano (F. C. S.)



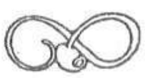
Con objeto de bendecir la nueva iglesia y administrar confirmaciones, visitó esta localidad el obispo de La Plata monseñor Alberti, siendo agasajado durante su breve estadía, por las autoridades locales y por el numeroso público que se congregó en el nuevo templo. En el ángulo: Monseñor Alberti rodeado por el doctor Juan Labada, el R. P. Núñez, el señor K. MacDonald y por los miembros de la comisión Pro Templo.

UNA VENGANZA DESDE EL PARAISO

por

ADRIAN VINCENT

ILUSTRACIONES DE BESARES





Existe un agudo refrán judío, que dice que nadie puede confiar en el Moslem, cuando se trata de algo relacionado con una mujer.

Entre el «volapuk» de jergas que se hablaba en el bazar de El Kibreet, todos repetían en medio de sonoras carcajadas la susodicha sentencia. El jefe de policía y sus acompañantes, armados de sendos garrotes, habían venido para capturar al matador de Abou Wassef.

La gente se reía a mandíbula batiente porque venía preguntando por Yussif Ibu Sulieman para procesarlo por asesinato, y según las noticias de los vecinos, Yussif había muerto hacía más de tres años. «¡Allah lo tenga en paz!» gritaban. «Debéis buscar a otro. Yussif fué muerto aun antes de la muerte de Abdulla, su hijo.»

Los polizontes se marcharon. Desde ese día, florece la memoria de ese hombre entre los devotos de El Kibreet. Un comerciante honrado, amigo de los afligidos, su muerte sigue todavía siendo el duelo de los moslemitas.

Yussif Ibu Sulieman era un vendedor de perfumes, y era ayudado en esta tarea por su único hijo, quien tenía mucho de parecido con su padre.

Ambos tenían de común la nariz aquilina y la mirada de los beduínos acostumbrados a ver en la lejanía del desierto.

El padre estaba agotado por los años vividos y su rostro cetrino mostraba grandes arrugas en la frente y era espesamente barbudo. El hijo estaba limpiamente afeitado y llamaba grandemente la atención por la amplitud de sus hombros, que daban una gran impresión de vigor.

En el mismo distrito vivía Sheik Abou Wassef, hombre acaudalado, muy odiado por su inmoralidad, pero temido por los vecinos por su considerable influencia.

Tanto en el lado Este como en el Oeste, el bien y el mal crecían conjuntamente, como en los campos el trigo y los abrojos.

El hijo de Yussif, recién llegaba a los años de la edad viril, e igual que otros hombres, comenzó a mirar en su derredor en procura de la que había de ser su mujer.

Quizás por eso cuando caminando una tarde con sus amigos por los campos de arroz, sus ojos se posaron en una preciosa muchacha que pasó apresuradamente ante él, con los ojos gachos.

Con una mano en la cintura conducía sobre la cabeza un enorme bulto de ropa que acababa de lavar en el Nilo. A pesar de la celeridad con que marchaba, su andar no carecía de la gracia felina de las mujeres de Oriente.

—Decidme, amigos —rogó Abdullah. —¿De quién es hija la que acaba de pasar?

—Es la mayor del talabartero.

—¡Sadi Bishr! ¿Tiene algún amante?

—¡Muchos! —le contestaron riendo.—¡Amoria es así; su belleza ciega la débil vista, Abdullah!

Pero también la paz del corazón del hijo de Yussif había sido turbada amorosamente por la muchacha. Su ardiente sangre del desierto circulaba por sus venas con la violencia del árabe persiguiendo las sombras en la arena. Deliraba por ella, por tocar las rojas yemas de sus dedos, por sus fragantes besos, por su extremada belleza.

En sus oídos, su nombre Amoria — Amoria — producíale en su interior la música de un canto de amor.

Acercándose a su casa inmediatamente pensó en su venerable padre.

—Padre —le dijo, —parece que ya estoy en tiempo de tomar una esposa, como manda el Moslem.

—Dime, hijo, —replicóle Yussif, cuyo corazón fué alegrado por las palabras del joven. —Está escrito que el amor de una buena mujer es como una lámpara encendida en la obscuridad. ¿Has visto a la niña de tus deseos?

Abdullah estalló.

—Padre, ella es bella como la más bella de las noches nubias.

Abdullah intentaba una tarea imposible: intentaba describirle la belleza de una mujer al anciano Yussif.

—¡Oh, padre! —prosiguió el hijo, con voz temblorosa de pasión: —cuando Allah hizo la niña de mi alma, le dió por ojos las brillantes estrellas de las noches africanas, perlas inapreciables como dientes y labios que me llaman, como llama el Nilo al viajero sediento. Y si habéis visto las rojizas puestas del sol en los más bellos atardeceres, es porque habéis visto las mejillas de mi amada. Si habéis sentido la fresca brisa que sopla al rayar el alba, es porque habéis sentido el dulce aliento de mi amada. Usted que es fabricante de perfumes...



—¡Detente, hijo! —interrumpióle Yussif. —¿Quién es el padre de esa hija de la perfección?

—La hija de Sadi Bishr.

—¡Ah, sí! ¿Has hablado con ella? ¡Busca al padre y si te concede su mano, consigue la aprobación de la

madre y vente luego hacia mí y mi ayuda te será dada!



Abdullah salió dispuesto a vencer el corazón de Amoria, hija de Sadi Bishr, no sabemos si por la elocuencia de sus palabras o por la apostura del pretendiente. Bástenos decir que ambos se amaron mutuamente. Con frecuencia vagaban en las tardes por las cercanías del Nilo, cuando declinaba el sol abrasador y el cielo se doraba esplendorosamente.

La unión se celebró poco después de la fiesta de Molid en Nebi. Los ricos presentes de Yussif Ibu Sulieman habían conseguido eventualmente el consentimiento del talabartero Sadi Bishr, aunque al principio mostrábase reacio, debido a que se rumoraba que Abou Wassef quería a Amoria para su harem. Pero entre fiestas y grandes regocijos fué Abdullah quien se llevó la adorable Amoria por esposa.

El sol brilla a lo más, durante un mes, pero llega el instante en que el cielo se ensombrece de negras nubes, y la tierra toda se llena de obscuridad. Lo mismo pasaba con Abdullah y Amoria. La suerte les sonreía, y un hijo les había nacido para hacer aun mayores las alegrías de su amor. Pero esta felicidad era el acíbar de Abou Wassef, quien, a pesar de estar rodeado de numerosas esposas, seguía codiciando a Amoria. Pero siendo un cobarde, sin carácter, debido a su vida disoluta, contenía sus manos. ¿No reconocían todos en Abdullah a un hombre entre los hombres, con músculos de acero, desarrollados durante muchos años de vida activa?

Como sabéis, los pasos de los devotos del Moslem siempre conducen a los lugares santos.

Así es que cuando los jóvenes de la vecindad preparaban la peregrinación a la Meca, él les anunció su intención de acompañarles. Tomada esta resolución, arregló sus asuntos, y dejando su afligida esposa e hijo al cuidado de su padre, partió en caravana hacia la Ciudad Santa.

«Fi áman illah» — dicen en Egipto.

«Nosotros somos los guardianes de Dios. Cuando la obscuridad rodea al sol, el chacal embiste con fuerza.»

A los oídos de Abou Wassef había llegado la nueva de la partida de Abdullah y el poderoso semisultán comenzó a intrigar para conseguir a Amoria para sí.

Hacía largo tiempo que se hallaba hastiado de Zorallia, su esposa, y pensaba divorciarse de ésta. Se había vuelto vieja y gruesa.

Una noche, cuando todas las personas decentes dormían en sus casas, las algazaras nocturnas de los perros del barrio fueron repentinamente interrumpidas por los sigilosos movimientos de Abou Wassef y sus secuaces. Un solo hombre estaba estacionado en medio de las calles absolutamente obscuras y solitarias: El Malecko, un ciego pordiosero, en las cercanías del bazar.

En el hogar de Yussif Ibu Sulieman, el niño de Abdullah dormía plácidamente con la cabecita recostada en los pechos de la madre. Amoria también dormía.

Próximo a la puerta, en el corredor, dormía profundamente el fabricante de perfumes.

Sólo los gritos desgarradores de Amoria pudieron despertarlo. El pobre anciano, incorporándose lo más rápidamente que pudo en su lecho, viera en medio de la alcoba de su nuera, horrorizaría a cualquiera.

Amoria era sacada violentamente de la habitación. Con la poca fuerza que le restaba Yussif Ibu Sulieman abalanzóse sobre uno de los acólitos de Abou Wassef, deseoso de estrangularlo. Pero no pudo ser. Sus pobres manos viejas no podían con los duros bíceps de los esbirros. Hubo un apresuramiento de pasos apagados, lo que denotaba fácilmente que los que corrían sólo usaban sandalias. Se oyó desplomarse un cuerpo en el suelo y luego el galopar de caballos que se alejaban.

Al lado de su nietecillo, yacía sangrando la figura de Yussif Ibu Sulieman.

□□

Realizado el Ramadán, celebráronse nuevas fiestas, después de las cuales Abdullah, el hijo de Yussif, regresó por la noche al bazar de El Kibreet.

Con gran sorpresa encontró a dos amigos sentados charlando ante tazas de café. Notábase de entrada signos de indudable negligencia en numerosos detalles, pero no se advertía por ningún lado la presencia de Amoria, su hijo, o su anciano padre.

— Salamak — dijo Abdullah. — ¿Dónde está Amoria? ¿Dónde está Yussif Ibu Sulieman?

Sus amigos sacudieron la cabeza y lloraron. Poco a poco le contaron las desgracias que le tocaba sufrir. Oyó en silencio el relato de cómo el viejo mendigo, de camino para su casa, había sido alarmado por el ruido de rápidas cabalgaduras y el estampido de armas de fuego en la casa del perfumista. Las puertas del edificio estaban entreabiertas. Palpando las paredes pudo llegar hasta el fondo del mismo.



Lo que el Melecko ciego pudo palpar, de por sí es indecible.

Halló tirado en el piso al dueño de casa con un cuchillo clavado en el pecho.

Le describieron el entierro de Yussif Ibu Sulieman, y le relataron cómo la esposa de uno de los amigos había socorrido al hijito de Abdullah, pero se carecía en absoluto de noticias de Amoria.

Cuando terminaron de relatarle lo acaecido, quitóse el abrigo y entre angustiosos lamentos rompió a llorar, mientras sus amigos se mantenían mudos y contritos, convencidos de que era el único medio con que se podía aliviar su sufrimiento.

Entonces uno de ellos, poniendo las manos sobre los hombros de Abdullah, lo sacudió cariñosamente y le dijo:

— ¡Oh, mi hermano! ¡Oh, Abdullah Ibu Yussef!: — la mano del Todo poderoso ha caído pesadamente sobre ti. Un buen hijo debe llevar luto por su padre. ¡Que Allah lo tenga en paz! Pero también es deber de un hijo vengar la muerte de su padre y reobtener la madre de su hijo de manos del usurpador.

— ¡Por las barbas del profeta! — respondió Abdullah. — Habéis dicho la verdad.

— Entonces escucha — aconsejó el otro: — Abou Haroun y yo hemos aguardado largamente tu regreso, habiendo hecho creer ruidosamente que habías muerto a consecuencia de fiebre, en Jabellah. Hemos llevado luto por ti y por tu padre, en los días fijados para ello en el Korán. Tenemos un plan para someterlo a tu consideración, que probablemente llene los designios del Todopoderoso... Por sus malas muertes deberá hundirse en las sombras.

«La noche es obscura y nadie sabe aún de vuestro regreso...»

— ¡Basta. Oh, hermano de hermanos! — dijo Abdullah.

Durante horas, en la mal alumbrada habitación del fondo de la casa, cuidadosamente cerrada para asegurar el secreto, Abou Haroun y sus compañeros colmaron de detalles de su plan los impacientes oídos de Abdullah.

Era todavía obscuro, cuando muy disfrazados buscaron el local de un barbero amigo, hombre discreto, con quien permanecieron encerrados hasta que amaneció.

Ya había aclarado el día cuando Abou Haroun salió, y un poco después regresó acompañado de un asno cargado de provisiones. Antes que éstos dignísimos amigos partieran ayudaron a un anciano a montar sobre la bestia con unos bultos.

El alba comenzaba a teñir de rosados tonos el cielo y con pasos sigilosos salieron de la población por callejones desiertos.

Se hizo completamente de día. Frente al bazar de El Kebreet, renovóse intensamente la agitación de siempre. Los hombres regateaban los precios y blasfemaban.

— ¡Khamsa ershe! ¡Padre de ladrones!

— ¡Te apuesto por los dos! ¡Hijo de cristiano!

Detrás, entre las sombras de la mezquita, permanecían sentados un grupo de niños alrededor del maestro, quien les hacía recitar de memoria párrafos del Korán.

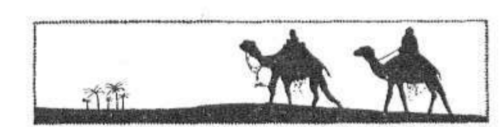
Vino el atardecer, encendíase el cielo con colores de fuego, dando a todas las cosas tintes extraños, produciendo en los ánimos gran languidez. A la amable sombra de la mezquita, árabes de cara morena trabábanse en interminables argumentaciones, moviéndose nerviosamente y gesticulando.

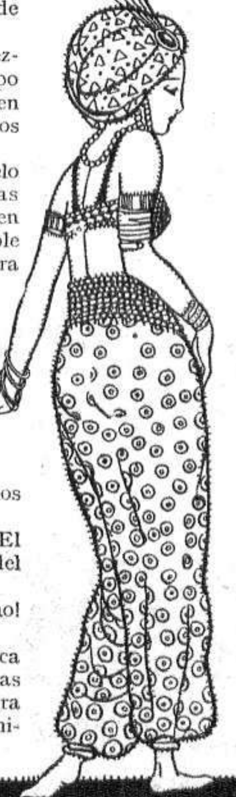
La atmósfera era pesada; los asnos marchaban lentamente dando muestras de gran laxitud; notábase en los perros los terribles efectos del calor y se percibían los miles de olores propios de los países del Este.

Desde el minarete de la mezquita El Kulumán vino un sonoro grito del Muezzin:

— ¡Allah Akbarh! ¡Allah es bueno! ¡Rezar es mejor que dormir!

Las gentes se volvían hacia la Meca haciendo plegarias y recorriendo las tiendas en procura de un alimento para la noche, y se oía el isócrono campanilleo de las mulas de los carros aguateros, y los cafés se hallaban





repletos de parroquianos.

A alguna distancia del bazar de El Kibreet, en el jardín de Abou Wassef, una mujer lloraba sus amarguras.

Separada de su marido y llena de temores por la suerte de su hijito, era una víctima de la duda, mal mayor que la desgracia.

El recuerdo de una noche, que fué la más negra de su vida, seguíale golpeando en las sienes. La odiosa realización de siniestros propósitos contra su persona la hacían temer hasta del aire que respiraba y la sumían en la mayor desesperación, y el horror que le produjeron las caras enmascaradas de sus raptores seguíale paralizando de miedo.

Como es natural, la horrorizada mujer no podía notar lo que pasaba en su derredor. Pero pronto salió de su marasmo. Unos comerciantes, con bestias cargadas de sedas, que pronunciaban y repetían su nombre detrás de los cactus, hizo inclinar respetuosamente su cuerpo en dirección a la Meca.

Su nombre había sido pronunciado y ella replicaba. Durante un tiempo conversaron separados por la verja, hasta que temiendo ser descubierta, huyó del jardín perfumado de millares de aromas exóticos y lleno su corazón con el regocijo que habíale producido las palabras del hombre disfrazado de anciano.

A la distancia íbase apagando el eco de los murmullos del bazar.

Cada vez se oía más imperceptiblemente el desgajarse de las hojas y las ramas de los árboles sobre las fuentes, y la noche daba un sello encantador de misterio al jardín invadido por las sombras.

□□

En el bazar de El Kibreet, llegóse un fakir viejo, viejo y decrépito, quien con voz quejumbrosa y murmurando maldiciones, solicitaba monedas y ofrecía leer el futuro de cada uno en la palma de la mano, por nada más que el precio de una comida.

El ruido producido por su presencia atrajo pronto la atención de los desocupados, entre ellos la de Abou Wassef, quien halló oportunidad de pasar el tiempo. Con el fuego de su vista y el movimiento de sus manos, el anciano iba sugestionando lentamente a los curiosos. Tomó un puñado del polvo de la calle y desparramólo en el aire. Luego, con el dedo índice, comenzó a dibujar en el suelo extraños caracteres mientras hablaba.

— Yo he de protegeros de grandes males. Yo tengo las palabras de Allah. Sí, yo poseo talismanes, talismanes maravillosos.

Buscó dentro de sus ropas y extrajo un maletín de cuero del que sacó una pequeña piel llena de jeroglíficos indescifrables.

— ¡Aquí está la salvaguardia para las pestes! — gritaba. — Protege y cura. Tengo el secreto para hacer amar a un hombre o a una mujer. Tengo remedios para los cólicos, fiebres y locuras. Por las barbas del Profeta yo juro curar todos los males. Acercáos. ¿Quién lo compra?

No era un acontecimiento vulgar la aparición de un fakir en el bazar de El Kibreet, y la multitud alejóse riendo.

Pasó una hora, y alguien acercóse y díjole que su señor deseaba comprarle el talismán para curarse de las cataratas de la vista.

— El precio es fuerte. ¿Tiene riquezas tu amo? — interrogó el Fakir.

— Nadie es más rico en el Kibreet — repuso el criado.



— Dime el nombre de tu señor. ¡Oh, hijo de la infamia! Yo sabré decirte, luego, si la voluntad de Allah permite curarlo.

— Mi señor es Sheik Abou Wassef.

— ¡Kismet! — exclamó el anciano. — Decid al estimado Abou Wassef, que me llegaré hasta él a la caída de la tarde, que el talismán debe ser puesto en sus manos por mí, y que ningún otro debe tocarlo antes. Si tu amo es rico estos perros conocerán su verdadero sitio — y con un gesto despectivo señaló a los concurrentes del bazar. — Tu amo no regateará lo que tiene su precio. ¡Anda! y que Allah te bendiga.

Pero a Abou Haroun, que era el amigo de Abdullah Ibu Sulieman, el fakir le dijo:

— Una hora después de la puesta del sol en las palmeras del jardín. Allah te tenga en tu gracia. ¡Oh hermano de hermanos!

— Y a ti, padre de la discreción — replicóle Haroun, y partió.

Esa noche el supuesto anciano encaminaba sus pasos hacia donde estaba Sheik Abou Wassef, cubierto con blancas vestimentas y un turbante de reluciente color verde.

Después de rezar brevemente extrajo de un bulto que llevaba, largas tiras de paño, ribeteadas de cuero. Dentro de su cinturón llevaba el talismán y algo que relumbraba con el frío brillo del acero. Con sus dedos sensitivos, procedió a colorear sus ojos hasta darle a los párpados un color grisáceo y a colocarse una barba postiza, hábil creación de un barbero amigo.

Recostada sobre un cactus que rodeaba el jardín, una mujer aguardaba y escuchaba. Poco después pudo vérsela correr alejándose de ese lugar, pero en su corazón habían caído estas palabras: ¡Aquí, dentro de una hora, querida!

Fuése hacia una amplia arcada circundada por grandes barandas, mientras sentía las emociones del cautiverio, y un íntimo canto de esperanza.

— Esta es la hora, pequeños — y una criada abrió la puerta de una gran pajarera, donde desparramó granos a los animalitos.

Era entrada la noche cuando pudo oirse la quejumbrosa voz del fakir demandando permiso para entrar. En el patio, con su fuente de mármoles de color, se entretenía él mismo descubriendo expedientes nuevos para tardar más tiempo antes de llegar a la presencia de Abou Wassef.

Fué llevado a un saloncito con las paredes revestidas de tapices y costosas sedas, y lleno de taburetes. Numerosos trabajos de orfebrería adornaban la habitación, y en medio de todo esto se hallaba sentada la voluminosa figura de Sheik Abou Wasef.

Su enorme cara, de carne fofa, se hallaba cortada en el medio por sangrientos labios y espesos mostachos, pero el color de su piel era enfermizo. Su mirada tenía algo de salvaje, daba una impresión realmente extraña y sus deformes manos descansaban inertes sobre sus rodillas.

— ¡Salamak! — replicó el fakir.

— ¡Salaam, gran santo! — gritó alborozado Abou Wassef.

— ¿El precio por el talismán que cura las cataratas de la vista? ¡Ellas me tienen tan afligido!

— Treinta piezas de oro ¡oh, padre de la riqueza! — vino como una queja la contestación. — Pero necesito el dinero ante todo.

— Sólo los perros se pelean por un hueso. ¡Aquí está el oro!

— Yo tengo que ponerte el encanto dentro de tu mano, en forma apropiada, para que la voluntad de Allah se haga conocer en mis oídos en forma apropiada. Ordenad a esos perros que se retiren.

Con un gesto de Abou Wassef, salieron los sirvientes.

— ¡Cortad la noche, oh curador de males! — imploró el Sheik.

Lentamente, con la frente inclinada, avanzó el fakir. Los disfraces cayeron de su cabeza, y sus ojos se clavaron sobre Abou Wassef.

El fakir acercóse aun más al Sheik y le dijo:

— Yo tengo un talismán, ¡oh Abou Wassef! El te curará, él cura todas las aflicciones.

— ¡Mi cuchillo! — gritó entrecortadamente Sheik.— ¡Tú, Jussif Ibu Sulieman!

— Ja, ja, ja. Allah no me toleraría en el paraíso con este cuchillo de asesino en mi pecho. El es delgado. ¡Oh, carne de reptil! ¡Tómalo, cerdo incalificable! ¡Cógelo, Abou Wassf, atropellador de inocentes! Es un talismán para ti. Te curará.

Hubo una lucha sorda. Una figura saltó por la ventana al patio, y se corrió por debajo entre las sombras hacia la puerta del jardín. Saliendo de la obscuridad una mujer se apresuró para encontrarse con él, y llevándola en sus brazos, corrió sobre la arena una larga distancia, protegido por la obscuridad, entre las palmeras.

En la casa de Sheik Abou Wassef reinaba un supremo pandemonium. Los criados corrían desesperadamente en todas direcciones, sin saber explicarse lo que había ocurrido y lamentándose de la suerte del amo.

La visión de la muerte lo había enloquecido, habiendo gritado antes de expirar que la mano de Jussif Ibu Sulieman, a quien él mismo había asesinado, le acababa de herir de muerte.

□□

En medio del desierto, con el cielo cubierto por las brillantes estrellas del cielo africano, un camello revolvióse nerviosamente cuando fué retenido fuertemente de las bridas.

Un hombre descendió de las jorobas del rumiante, y dejó en el suelo una mujer, que llevaba un pequeño niño en los brazos.

Iba apareciendo la aurora y se apagaban lentamente las estrellas, una por una.

— ¡Allah es bueno! — dijo el hombre tomando el niño en sus manos.

— ¡Amoria de mi alma!

Y con el rostro bañado en lágrimas y en medio de la penumbra, musitó llorosa:

— ¡Allah es bondadoso!



F I N

ALFA-LAVAL

ALFA-LAVAL

DESNATADORAS
Y
Máquinas de Ordeñar

INSTALACIONES ECONOMICAS
PARA CREMERIAS Y GRANJAS
INSTALACIONES para FABRICACION de CASEINA

PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

Goldkuhl y Brostrom Lda.

CHACABUCO, 199 — BUENOS AIRES

ALFA-LAVAL

SECRETAS

(AMBOS SEXOS)

El tratamiento verdaderamente eficaz y rápido para enfermedades secretas de las vías urinarias.

INYECCION 918

No tiene similar. Es electroactiva. No ataca el canal urinario y NUNCA PRODUCE ESTRECHEZ.

Dos inyecciones diarias durante 8 a 15 días bastan para casos recientes de **gonorrea, blenorragia, uretritis orquitis, prostatitis, catarro vesical, flujos varios etc.** Casos crónicos necesitarán algo más tiempo pero el resultado es seguro en todo los casos.

Empleo sencillo y cómodo; no necesita régimen especial.

SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Si su farmacéutico no la tiene, pídalo directamente a los

Laboratorios Farmacéuticos D'Inzeo, Lda.

Departamento de distribución: GARAY, 339 - Bs. Aires.

SOLICITE FOLLETO EXPLICATIVO



Precio del frasco $ 5.50 m/n. franco de porte

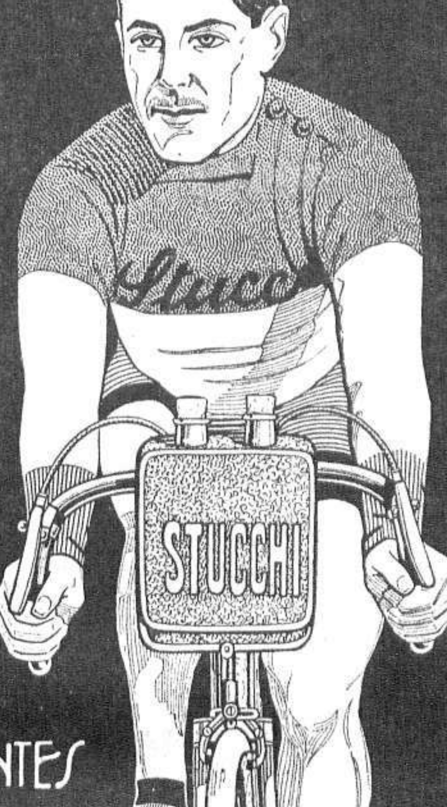
De Navarro



El subcomisario, señor Infesta, efectuando una inspección ocular en el sitio donde explotó el motor de una máquina agrícola, hecho que costó la vida a un obrero, y del que resultaron heridos cuatro peones.

Niñas y niños que recibieron la primera comunión en la iglesia parroquial, ceremonia que dió lugar a solemnes festejos.





Nunca han sido igualados los triunfos obtenidos, desde los tiempos de los grandes corredores Singrossi y Minozzi, hasta la actualidad por Girardengo

REPRESENTANTES y ÚNICOS IMPORTADORES PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA - URUGUAY y PARAGUAY.

ANTONIO FRANCHI y Cia

1117 SARMIENTO 1121 BUENOS AIRES

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 102

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

¡NO MAS DOLORES DE ESTOMAGO!

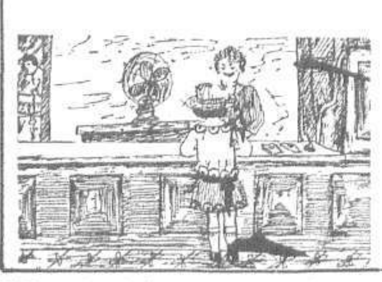
Si sufrís de dispepsia, de indigestiones; si sentís dolores después de las comidas o síntomas de gastritis, agrideces u otros trastornos estomacales debidos al exceso de acidez o a la fermentación de los alimentos en el estómago — el noventa por ciento de estos padecimientos reconocen dichas causas — id a la farmacia y comprad un frasco de Magnesia Bisurada. Desde la comida siguiente o en cuanto sintáis algún dolor, tomad media cucharadita de las de café en un poco de agua y notaréis cuán rápidamente todo dolor, todo mal se desvanece. Tal resultado, jamás desmentido, por decirlo así, se debe a que la Magnesia Bisurada neutraliza incontinenti el exceso de acidez y paraliza la fermentación, permitiendo de este modo que la digestión sea normal y buena. Completamente inofensivo y de precio módico, nuestro remedio sencillo debería hallarse siempre al alcance de la mano de todos los que buscan a un tiempo la economía y la buena salud.


¡Protegeos!
Solamente un automovilista incauto corre el riesgo de la falta de protección. Una protección completa, durante los viajes nocturnos, solamente se obtiene por medio de un
COLT
COLT
Los revólveres y pistolas COLT se hallan en venta en las principales armerías y ferreterías.
Pídalos a su proveedor.
Escríbanos solicitándonos el Catálogo Ilustrado y el hermoso grabado: "La Señorita del Revólver".
COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. Co. HARTFORD, CONN., E. U. de A.




CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

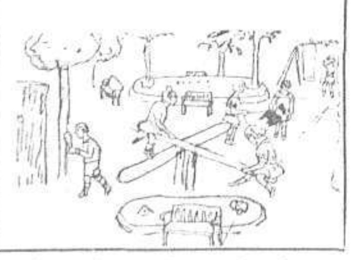
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



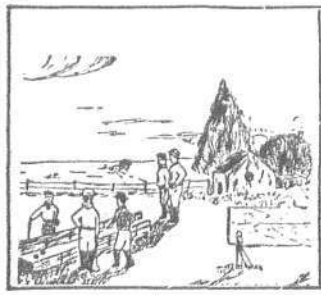
1589 — Cobrando el premio de CARAS Y CARETAS
INÉS SALÁ.



1590 — Una herrería.
MARIO GRANDINETTI.



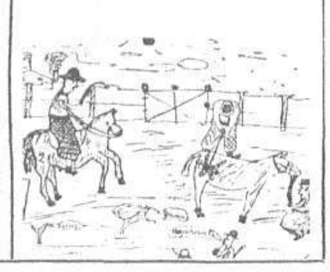
1591 — En el Parque Saavedra.
AURORA E. ROJAS.



1592 — Un partido interesante.
JUAN MORANO.



1593 — Mi tío y un primo en el campo.
LUIS ERNESTO VOGT.



1594 — Los peones de la estancia.
BEATRIZ GONZALEZ.


Modelo N.º 5
Modelo N.º 4
Modelo N.º 9
Señora:
La Casa Izquierdo
490, CARLOS PELLEGRINI, 490
ofrece a Ud. en su departamento de MODAS, el surtido más grande y novedoso en sombreros de alta calidad y distinguida elegancia.
Estos diez modelos en ricas pajas, de gran fantasía, adornados con finísimas cintas y flores de seda, los ofrecemos por esta semana a
$ 13.50
Tenemos 25 diferentes modelos, y surtido completo en colores.
Los pedidos del interior los despachamos en el día, y debe agregarse $ 1.— para embalaje y flete.
CASA IZQUIERDO
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA
CARLOS PELLEGRINI, 490
BUENOS AIRES
UNION TELEFONICA 38 MAYO, 0313
Modelo N.º 6
Modelo N.º 8
Modelo N.º 1
Modelo N.º 2
Modelo N.º 3
Modelo N.º 7
Modelo N.º 10



DESDE ITALIA

LA VISITA DE LOS REYES DE ESPAÑA

Los reyes de España en su visita a Bolonia han encontrado un día lluvioso, frío, estoy por decir londinense.

Por un lado esto ha sido un mal porque ha restado brillo a las fiestas, por otro ha servido para demostrar a los soberanos la espontaneidad de las manifestaciones recibidas, pues con lluvia y todo un gentío enorme fué a recibirlos y aclamarlos.

A la salida de la estación los soldados que forman una verdadera muralla humana tienen que hacer esfuerzos hercúleos para frenar la avalancha de los curiosos que quieren aproximarse y ver de cerca al rey y a la reina.

Mientras tienen lugar las presentaciones de estilo, alcanzo a sorprender una animada conversación entre la reina Victoria Eugenia y el generalísimo de la milicia nacional, Italo Balbo.

La reina habla el italiano a la perfección y le dice, sonriéndose al generalísimo:

— Pero a usted lo he visto en Roma, he vuelto a verlo en Florencia, lo veo acá... Es usted omnipresente...

— Es que V. M. me verá también en Barcelona.

— ¿Usted piensa seguirnos hasta allá?

No llego a comprender más porque los dos personajes se alejan. Pocos minutos después la pareja real pasa bajo un arco formado por una doble hilera de oficiales fascistas, que levantan el brazo en señal de saludo y gritan: ¡alalá!

El rey Alfonso contempla sorprendido el espectáculo y habla en voz baja a la reina, evidentemente complacido. No quita los ojos de encima a esa oficialidad que ostenta condecoraciones de guerra y se dirige a un coronel que lleva la cruz del mérito militar española:

— Esa cruz... ¿Cuándo se la otorgaron?

— El año 1906.

— ¿Quién se la dió?

— Vuestra Majestad...

Un apretón de manos, luego un diálogo en voz baja que no alcanzo a comprender. Deben ser felicitaciones por lo que en aquella época habrá hecho el susodicho oficial superior.

Mientras tanto la música de los «piccoli Balilla» toca con una energía, un «entrain» que dejan sorprendida a la reina. Los músicos como los Balilla son todos minúsculos, muchachitos tan altos casi como los instrumentos de cobre.

Pero los hombres hechos no podrían ejecutar esas marchas mejor de lo que lo hacen esos pebetes. La reina Victoria Eugenia los contempla con ternura y hace un ademán, que parece un abrazo colectivo. La muchedumbre ha notado el gesto de la reina y estalla en una ovación clamorosa.

Los reyes suben al auto y yo, con el corresponsal de un diario madrileño, procuro salir de los alrededores de la estación para tomar nuestro auto que nos espera y con eso, por vías excéntricas llegar al Colegio de España antes que la comitiva oficial. Los representantes de la autoridad están sumamente nerviosos y no quieren entender que con tanto de invitación personal tenemos el derecho de entrar.



— No se permite el acceso a nadie... Sin distinción...

— Mire... es absurdo...

— Mida las palabras...

— No es cuestión de palabras... Es que no puede tratarse más que de una deplorable equivocación...

En fin, ponemos los dos los gritos en el cielo y mientras el funcionario abre la boca tal vez para ordenar que nos alejen de allí por la fuerza, se nos acerca un inspector, que modera el espíritu intransigente del delegado de policía:

— Pero si es evidente que pueden pasar... Disculpen...

El delegado para remediar de alguna manera el papelón dice:

— Ahora sí pasen no más... Yo cumplo mi deber sin contemplaciones.

Estaba por agregar:

— Y no estaría mal si lo hiciera también con cierto criterio...

— pero habíamos ganado la partida y el hombre que resultaba satisfecho... olvida y perdona.

El gran patio del Colegio de España presenta un aspecto encantador.

Las damas, en toilettes elegantísimas, la oficialidad, el clero, los estudiantes de Sevilla y Madrid en sus pintorescos uniformes, ofrecen un golpe de vista que realmente impresiona.

Los fotógrafos andan cabizbajos, pues no hay objetivo con esa luz gris, apagada; no va salir nada: se van a perder placas y tiempo: las dos cosas.

El corresponsal madrileño va a dar un vistazo a los pisos superiores y yo me entretengo con los estudiantes españoles:

— ¿De dónde son ustedes?

— De Madrid...

— ¿Vienen con la comitiva real?

— No... El viaje lo hacemos por nuestra cuenta, pero aprovechamos la oportunidad para hacer coincidir nuestra visita a Bolonia con la de los reyes. ¿Qué diario representa el señor?

— CARAS Y CARETAS de Buenos Aires... Es una revista...

— La conozco... La dirige el doctor Alvarez y para la parte artística hay un señor Alonso. ¿No es así?...

— Exactamente...

— La vemos muy a menudo allá... ¿Se ha fijado usted en la cantidad de argentinos que anda por Italia?

— Son muchos realmente...

— Los hemos encontrado en todas partes... En España no vienen tanto como acá. A veces pienso si la influencia italiana no llegará a superar la nuestra en Sud América...

— ¿Usted conoce esos países?

— No los conozco...

— Si los conociera no tendría usted preocupaciones de esta índole, porque los argentinos no se dejan influenciar por ninguna nación. Son ellos y nada más.

— Sí, pero...

El corresponsal madrileño se viene corriendo desde arriba y se acerca a nuestro grupo:

— Hay que ver cómo han arreglado arriba... ¡Magnífico!... Vengan.... El corredor que



gira todo alrededor del patio presenta un aspecto curiosísimo. A cada diez metros de armadura de hierro... Parece una sala de armas... Vieran los muebles de estilo.. ¡Qué preciosos!... Vamos...

Los clarines anuncian desde afuera el aproximarse de la comotiva real y como por encanto el acceso a las escaleras que dan a las partes superiores del edificio queda cerrado, bloqueado por oficiales de los carabineros.

Con estos señores no es el caso de discutir, en primer lugar porque son funcionarios de criterio, luego porque mantienen una calma solemne, bien diferente del histerismo que afligía al otro personaje que no sabía nada de contemplaciones.

— Iremos luego.

La comitiva oficial pasa arriba para visitar las dependencias del edificio, completamente restaurado, y mientras tanto llega Su Eminencia el cardenal Nasalli Roca, que viene a bendecir la capilla restaurada según el primitivo proyecto. Por primera vez en Bolonia, después de muchísimos años, un príncipe de la Iglesia ha recorrido las calles escoltado según el ceremonial debido a su rango.

Cinco carabineros preceden a caballo el auto de Su Eminencia, un oficial cabalga a la derecha del coche, mientras otro está sentado adentro, frente al cardenal, y otros cinco carabineros cierran la marcha.

Estas atenciones ofrecidas por el Gobierno y aceptadas por la autoridad eclesiástica son sintomáticas.

Doce lacayos con antorchas bajan lentamente las escaleras y tras de ellos baja también la comitiva real, que se dirige a la Capilla de San Clemente para la función religiosa de la consagración y Tedeum.

Las señoras hacen pruebas increíbles para alcanzar a ver a la reina que acompaña al soberano, quedando un poquito atrás.

El estudiante madrileño resulta un cicerone impagable: va nombrando uno por uno a los personajes que desfilan a paso lentísimo.

— Primo de Rivera... El embajador don Francisco Reynoso... el duque de Miranda, secretario particular del rey... el duque del Infantado, la duquesa de Medinaceli....

Las señoras y las niñas están concordes en admirar a la reina:

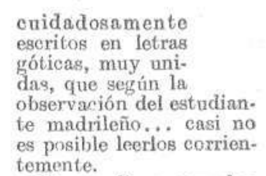
— ¡Qué bonita!... ¡Qué elegante!... ¡Qué buena debe ser!... ¡Cómo va de sencilla!

La reina que comprende perfectamente el italiano sonríe graciosamente por el homenaje femenino, mientras el rey parece impresionado por el saludo fascista, hecho también por personajes que visten el redingote y llevan sombrero de copa.

Todos desaparecen adentro del templo dedicado a San Clemente y nosotros aprovechamos para subir al piso superior, pues ahora los carabineros dan vía libre.

Los grandes corredores han sido transformados en jardines de invierno y resultan una exposición artística de muebles antiguos, armaduras de la Edad Media y jarrones finísimos de Faenza.

La Biblioteca que sigue al saloncito donde descansaron los soberanos ofrece abiertos sobre una inmensa tabla de roble los códigos y manuscritos más preciosos, estos últimos tan



cuidadosamente escritos en letras góticas, muy unidas, que según la observación del estudiante madrileño... casi no es posible leerlos corrientemente.

El grandioso comedor de los estudiantes está listo para el momento en que, de regreso de las visitas establecidas por el protocolo, los soberanos españoles pensarán reconfortarse un poco. En otro salón contiguo un principesco lunch espera el asalto de los convidados.

Gracias a la paterna solicitud de Marco, una especie de providencia del Colegio de España, nosotros anticipamos el lunch en «cámara charitatis». Marco es una institución, una figura que ya no se puede deslindar del Colegio de España.

El estudiante madrileño nos asegura que es conocido en toda España, pues los que salen del colegio conservan de él el más grato recuerdo.

Un toque de clarín nos deja en suspenso.

— ¿Vienen arriba ahora?

— ¿Terminó la función religiosa?

Don Marco se mantiene sereno.

— Terminó la función religiosa. Ahora van a colocar la primera piedra del monumento al cardenal Egidio Albornoz en el primer patio de entrada... ¡Vean qué hermoso espectáculo! Toda la grandeza, toda la nobleza de las dos fraternales península las están presentes.

Detrás de las vidrieras contemplamos cómodamente el desfile, y por unos minutos nos sentimos más arriba de todo ese mundo allí congregado y que representaba lo más granado de Italia y España, desde todo punto de vista.

Don Marco nos advierte que en el saloncito que precede a la Biblioteca, pocos minutos antes el ministro Federzoni había entregado al rector del colegio, doctor Manuel Carrasco, las *insignias de Comendador* de la Corona de Italia en presencia de las Realezas de España.

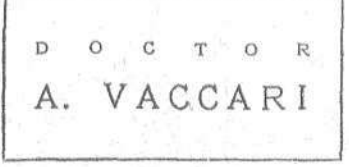
Bajamos luego al patio donde se estaba realizando la ceremonia de la colocación de la primera piedra del monumento a Albornoz.

S. M. el rey de España empezaba a hablar con esa sencillez que le es particular y que le granjea de inmediato las simpatías del auditorio.

Dijo que se complacía por la idea de elevar un monumento al insigne español que fué el cardenal Egidio Albornoz, agradeció la recepción de que fué objeto *por parte de los reyes y de la nación italiana y luego* envió un caluroso saludo a los millones de españoles que van allende los mares, y agregó que a su parecer el colegio de España en Bolonia debería acoger también a los jóvenes de la América española, e insistió para que esta idea suya personal fuera objeto de estudio y se llevara a la práctica, pues tiende a estrechar los vínculos de hermandad entre las naciones de raza latina.

Como los deseos reales suelen ser órdenes una vez manifestados, puede, pues, considerarse un hecho que también para los nacidos en Sud América quedará *abierto* el Colegio de España.

De manera que la visita de los soberanos españoles a la vieja Bolonia ha traído sus benéficos resultados hasta para los que nacen bajo la bandera azul y blanca y tengan méritos suficientes para ser admitidos en este instituto, de donde salieron personajes que honraron no solamente a su país de origen sino al mundo entero.





Enlaces



López - Zabalia. — Tucumán.



Señorita Teresa Méndez Salaberry con el señor Pedro Quiroga. — Tandil.



Casanova - Castro — Tucumán.

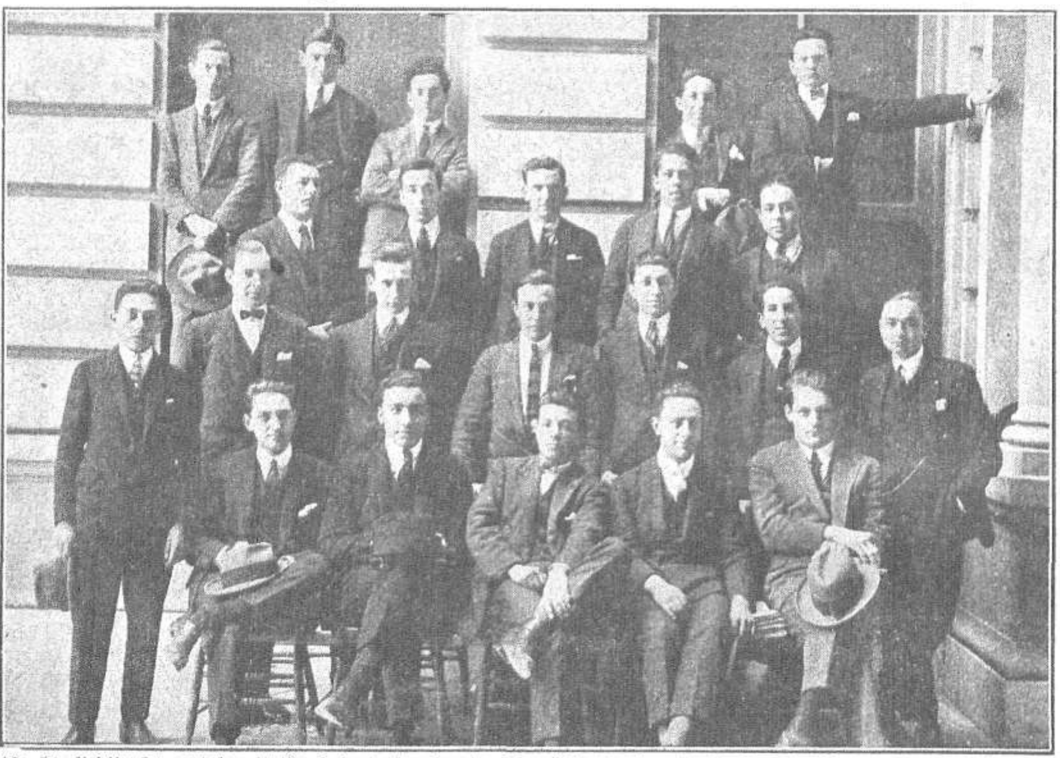


Señorita Marta Rodríguez con el doctor Ignacio S. Granados. — Rosario.



Señorita Margarita J. Tallon con el señor José Carlos Mandrick. — Capital.


HAY un tipo de "OMEGA" para cada uso, tanto modelos de alto lujo del más exquisito gusto, como el reloj sencillo y fuerte de precio acomodado. La calidad es una sola: "OMEGA" no igualada hasta hoy; la misma que nos ha conquistado 6.000.000 de amigos en todas las partes del mundo.
Desde $ m/n 32.– a 1.000.– en toda buena casa del ramo.
OMEGA WATCH Co.
BIENNE (SUIZA)
FUNDADA EN 1848
OMEGA



Año 5.°, división 3.ª, sentados, 1.ª fila, de izquierda a derecha: Hugo Poitevin, Juan B. Gambarrutta, Lorenzo Bove (celador), José Azzollini, Rodolfo J. Traverso. De pie, 1.ª fila: Samuel Hercovich, Domingo Aphalo, Alberto Battaglia, Carlos A. Butler, Alfredo Franza, Emilio Belluscio, Enrique Baqué. Segunda fila: Jaime Kaminsquy, Juan J. Taranco, Norberto Caffaro, Raúl Tarasido, Alberto Moutous. 3.ª fila: León Falicov, Alejandro Bassi, Vicente Cabello, Oscar Mon y José A. Basso (hijo).

AL hacer sus compras de artículos de tocador, Lociones, Extractos, Polvos, Jabones, etc. le rogamos pidan que sean marca MYRURGIA, pues son superiores a sus similares por su delicado perfume y esmerada preparación.





"MADERAS DE ORIENTE"
LOCION, EXTRACTO Y POLVOS

"MYRURGIA"

PERFUMERIA ESPAÑOLA

Del país en que las flores son las más bellas del mundo.

Cada caja de polvo Maja Goyesca de MYRURGIA, contiene un obsequio para su compradora.

La edificación moderna

Puerta para patio Nº 3



Ventana Nº 11



requiere materiales de primera calidad y resistencia comprobada. Nuestras sólidas **PUERTAS y VENTANAS de CEDRO,** son más económicas que las de madera inferior y acusan un rendimiento mayor.

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo. 1-2-3-4-11-13-14-15-16-17-18-19-20-21-22-23-24-25-26-27-35-36-47-48-51-52.

SOLICITE CATALOGO

Puerta N.º 3
De 3.20 x 1.10 cada una ..... $ 119.—
De 3.00 x 1.10 cada una ..... $ 117.—
De 2.80 x 1.10 cada una ..... $ 115.—

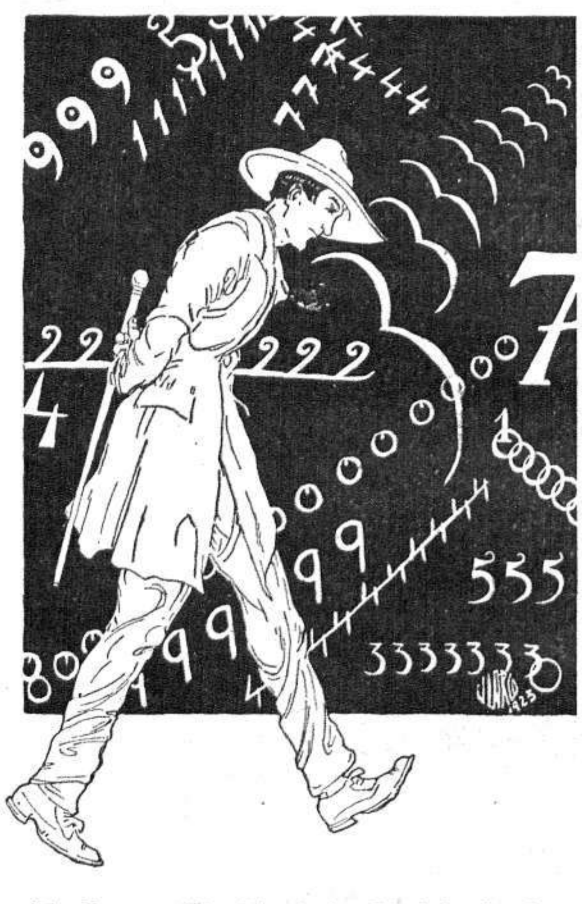
Ventana N.º 11
De 2.80 x 1.10 cada una ..... $ 102.—
De 2.60 x 1.10 cada una ..... $ 100.—
De 2.40 x 1.10 cada una ..... $ 98.—

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

Acordamos 5 % de descuento.

TORTOSA Hnos

Escritorio: **Charcas 2941** - Buenos Aires



EL DEMONIO DE LA EXAGERACION

—Un minuto, me dijo, un minutito y soy con usted. Encendió su cigarrillo en tanto que el tren arrancaba, y prosiguió:

—¿Usted no conoció a Juan Cristóbal Tabouret? Es lástima. Era un personaje digno desde todo punto de vista de ser conocido y tratado. Un personaje como pocos; un sujeto fuera del cuadro de la vulgaridad.

Ciertamente, no tenía conciencia de su singularidad; era más modesto que un topo, y, sin embargo, distinguíase de tal modo, que uno se sentía atraído invenciblemente hacia él.

¿Cuándo tuve el honor de conocer a Juan Cristóbal Tabouret? Tenía veintiún años y desempeñaba en una pequeña comuna del Jura las humildes funciones de maestro adjunto.

Era un mozo alto, barbilampiño, amarillento y reflexivo, siempre preocupado por las cuestiones más graves.

Vestía una levita que, de ser necesario, podía pasar por negra, pero algo grande para él; se tocaba con un ancho sombrero melón y calzaba vastos zapatos de agricultor, sobre los cuales su pantalón caía en pintorescos retorcimientos.

Marchaba con paso doctoral, las manos a la espalda, la cabeza inclinada hacia el suelo.

En una palabra, era un hombre serio y ordenado; un joven que sólo se ocupaba de sus asuntos, desdeñando las futilezas a las cuales los demás jóvenes de su edad acostumbran entregarse tan locamente.

Bueno; a pesar de su aire grave, Juan Cristóbal Tabouret tenía un defecto inconmensurable, una enfermedad que cada día se iba acentuando, agravándose, desarrollándose.

Este mozo, que se hubiera tomado por el apóstol del buen sentido y por la fuente de la sabiduría, estaba torturado por el negro genio de la «inverosimilitud numérica», poseído por el «demonio de la exageración».

Cuando dictaba clase, sólo hablaba de miles, centenas de miles y millones; reunidas velozmente en su espíritu, las cifras escapaban de su boca en hordas tan considerables, que uno se deslumbraba.

—¡Cómo! —decía a sus alumnos; —hace setenta y cinco trimestres que estáis en el mundo y no sabéis aún la fecha del nacimiento de Francisco I! ¡Lamentable! ¡Francisco I, sucesor de Felipe VI! ¡Qué locura! ¡Pero si hacía más de veinte mil años que Felipe VI estaba muerto cuando Francisco I vino al mundo! ¡Vamos! ignoráis vuestra lección; me copiaréis todos treinta mil líneas, y mañana, si no estáis más adelantados, os quedaréis en penitencia durante cincuenta años.

En un problema en que «el propietario de veinte caballos había perdido nueve y comprado cuatro», si el alumno daba una mala solución, Tabouret se encolerizaba:

—¡Ah! ¡Ah! —gritaba —¡he aquí el resultado de vuestros estudios! no sois más que un langostino, o mejor dicho, treinta y tres langostinos y medio; habéis cometido un error de más de veinte mil millones de caballos. ¡Vamos, vamos, poneos de rodillas, multitud de langostinos! ¡Poneos de rodillas, eso os enseñará! ¡Estaréis arrodillados durante dos mil años!

Y era así en todo.

Un galopín había cometido tres mil faltas en un dictado de veinte líneas; otro era castigado porque siendo hijo de un zapatero que ganaba más de veinte millones por día compomiendo zapatos, no hallaba el medio de adquirir un lápiz de un centavo en seis semanas. Un pobre herejecillo que no podía aprender su catecismo, fué amenazado de no hacer la primera comunión antes de ocho mil millones de siglos.

Era un verdadero delirio.

Como bien lo piensa usted, los jóvenes educandos se habituaron rápidamente a la titánica manía de su maestro; los niños se acostumbran a todo; y pronto oyeron que se les amenazaba con los más terribles castigos sin siquiera dignarse levantar la cabeza.

Unicamente el pequeño Hannetton se pasmó de admiración.

El pequeño Hannetton, el mejor alumno de la clase, era un mocito que sobresalía en la división (la más árida de las cuatro reglas); no ignoraba subprefectura alguna; conocía la Francia por antiguas provincias, sabía su historia al dedillo y jamás flaqueaba en una lección.

Poco a poco, el pequeño Hannetton sintió desarrollarse en él el genio de la cifra, y las exageraciones de su profesor se convirtieron en el objeto de todas sus meditaciones.

Continuó redactando sus deberes como un furriel, pero así que acababa su tarea, veía bailotear y girar las centenas de millones, los mil millones y los quintillones; y urdía problemas por este cartabón:

«Diez y seis mil hormigas se han comido a sesenta

trillones de elefantes en cuatro mil tercios de segundo: ¿cuántos devorarían en seiscientos mil semestres, trece meses y ochenta semanas?»

Fué siempre el mejor sujeto de la clase, pero de noche soñaba, soñaba, soñaba...

En la distribución de premios, los obtuvo casi todos y le presentaron al concurso cantonal.

Entonces, cuando vió a los examinadores con sus cabezas ridículas y sus corbatas blancas, sintió que algo extraordinario pasaba en él; no hubiese podido decir qué, pero era algo extremadamente anormal.

Distribuyeron papeles cubiertos de preguntas y cada candidato se puso a borrajear.

Pero la lectura del papel de Hannetton causó estupor; las respuestas eran asaz bizarras:

— ¿Cuántos años permaneció Luis XIV en el trono?»

— Sesenta y cuatro mil siglos.

— «¿No hubo una guerra muy larga entre Francia y una potencia vecina?» — Sí, diez y seis mil años después de Jesucristo hubo una guerra con Inglaterra; duró seis millones de años.

— «¿Cuántos centímetros cúbicos hay en un litro?»

— Diez y seis millones.

— «*¿Qué es el franco?*» — El franco es una moneda de plata que pesa mil doscientas libras.

Cuando le fueron a buscar, estaba loco. Le encerraron en Charenton, donde fué clasificado entre los inofensivos.

Transcurrieron cuatro años.

Era muy feliz allí y continuaba soñando, cuando un bello día recluyeron en el mismo asilo a un joven vestido de una levita demasiado grande y tocado con un ancho sombrero melón.

Hannetton le reconoció al punto; era el pobre Juan Cristóbal Tabouret que, a su vez, había sido reconocido «insano».

Al punto el odio se apoderó del corazón de los dos insensatos, y no cesaron ya de arrojarse imprecaciones.

— ¡Te haré beber trescientos mil cuartillos de arsénico!

— ¡Te daré ochocientos mil lanzazos en el ojo!

— ¡Te haré pudrir trece mil años en un pozo!

— ¡Te haré comer el corazón por cuarenta millones de gusanos blancos!

— ¡Te haré hipar seiscientos mil siglos bajo mi rodilla!

Etcétera, etcétera.

Nadie se inquietó por sus gritos, pues no se hacían ningún mal; pero de súbito se produjo una mudanza en sus almas; cesaron de amenazarse, convirtiéndose en los mejores amigos del mundo.

Solo que a partir de entonces no hablaban más que en cifras y números; parecen, por lo demás, comprenderse maravillosamente.

— ¿Seiscientos billones, cuatro, cuatro dos?

— Dos dos tres siete uno... sesenta mil.

— ¡Sesenta! ¿uno siete tres? seis seis seis cero.

— Cero uno.

— ¡Cuatro mil millones!

Y hace tres años que dura esto — agregó mi compañero de viaje.

— Es muy curioso — dije profundamente impresionado — muy curioso...

— Muy curioso, ¿verdad? ¿y cree usted que se podría volver a la razón a esos desdichados?

— Quizá...

— Por la sugestión, ¿verdad? por ejemplo...

En ese momento el tren se detuvo; el empleado gritó: ¡Clermont! ¡Clermont! ¡Clermont!

— Un minuto — *murmuré como urgido* — un minuto y estoy con usted.

Bajé rápidamente, y aunque estuviese lejos del objeto de mi viaje, dejé partir el tren, porque ya sentía bullir en mí los millones y los mil millones...

...Si me hubiera quedado una hora más, era presa a mi vez del «demonio de la exageración».

Partido el convoy pregunté: «¿A qué hora hay un tren para París? — A las seis y quince». Eran las cuatro. Pregunté de nuevo: «¿Hay algo que ver en la ciudad? — Sí, la casa de orates». Palidecí. Coincidencia... fatalidad. Evidentemente, este hombre era el mismo «demonio de la exageración».

Fuí al parador y me puse a beber para aturdirme. Allí pasé dos mortales horas. Por fin, a las 6 y 15, tomé el «express» para París, y confieso que respiré libremente cuando estuve en mi casa.

Me he tranquilizado por la pérdida de mi valija, que contenía seiscientas mil camisas... ¡oh, no! quiero decir seis camisas, SEIS CAMISAS; ¿he dicho bien? *seis camisas;* s-e-i-s, seis; c-a-m-i-s-a-s, camisas; ¡SEIS CAMISAS y no seis mil millones de camisas!

GEORGE AURIOL

TRADUCCIÓN DE MARCOS FINGERIT

DIBUJO DE LARCO



La señora Hipopótama: — ¿A cómo son esos cepillos de dientes?



— Aquella tiene algo de la Venus antigua...
— Sí... La antigüedad.

Escuela Superior de Comercio de la Nación

Peritos mercantiles año 1923. Curso nocturno


Señor Santos J. Criserá.


Señor Faustino Aranguren.


Señor Francisco A. Pérez.


Señor Delfino Pérez.


Señor Emilio A. Di Primio.


Señor Eduardo Filadoro.


Señor Juan Demársico.


Señor Vicente B. Bazzurro.


Señor Fermín Etchegaray.


Señor Eliseo F. Gutiérrez.


Señor Héctor Nascimbeni.


Señor Manuel Blanco.


Señor Fermín G. Erro.


Señor Enrique de Navarrete.


Señor Manuel C. Ruybal.


Señor José Desimone.


Señor Alberto Mezzano.


Señor Oscar González.

LUBIN

PARIS

Sola Mia

Enigma

Epidor

Douce France

NUEVOS POLVOS ADHERENTES EN LOS PERFUMES de FAMA MUNDIAL

$: 2,00 la Caja en todas partes.

Una máquina para coser y bordar, que reune el más amplio conjunto de perfecciones.

La máquina **NAUMANN** desde hace 50 años ha venido experimentando todos los adelantos y perfeccionamientos posibles, hasta llegar a ser hoy la más moderna, práctica y completa entre sus similares.



Se vende al contado o a **plazos.** Se dan lecciones **gratis.**



Pida informes hoy mismo a sus Agentes y Vendedores en cualquier punto de la República, en los siguientes locales de venta:

BUENOS AIRES: C. Pellegrini, 326, San Juan, 3653, Asamblea, 338, Corrientes, 4615, Triunvirato, 875 y Montes de Oca, 819; **BELGRANO:** Mendoza, 2468; **FLORES:** Rivadavia, 8326; **AVELLANEDA:** Mitre, 933; **PIÑEYRO:** Galicia, 735; **LANUS:** J. C. Paz, 263; **LOMAS:** Laprida, 257; **QUILMES:** Rivadavia, 311; **SAN ISIDRO:** Centenario y Alsina; **TIGRE:** "La Numancia"; **LA PLATA:** calle 6 N.º 876, o a sus

Unicos introductores:

KIRSCHBAUM y Cía.

401 - INDEPENDENCIA - 437

Unión Telefónica 0233, Avenida.

Escuela Superior de Comercio de la Nación

Peritos mercantiles año 1923. Curso nocturno


Señor Antonio Granata.


Señor Juan Albergante.


Señor Roberto Barcia.


Señor Bernardo Efron.


Señor Jerónimo J. Ots.


Señor Juan Malugani.


Señor Jerónimo P. Mezano.


Señor Ludovico Silvestri.


Señor Luis van Rafelghem.


Señor Anselmo Lapasset.


Señor Fernando Filgueira.


Señor Vicente Bozzolo.


Señor Cirilo Cacho.


Señor Luis A. Tosso.


Señor José Valero.


Señor Ernesto Durán.


Señor Ismael Dambolena.



Bachilleres egresados del Colegio internacional de Olivos



Arriba, de izquierda a derecha: E. R. Oliver, A. Poratti, V. De Diego, G. Zavaleta, S. Tomatis, A. Arronga, D. McDougall, H. Delacroix, J. O'Connor, S. Riuné, R. Villar, A. Zerda, A. Malvicino R. Enrique. (Escalera): A. Ortiz, doctor F. Chelia, A. Vera, L. San Miguel, H. Morande, O. Giudice, E. Fernández Coria, A. Acosta, Gómez Sánchez, M. Netri, A. Lambertini y B. González. Grupo izquierda: E. Erbelli, A. Copello, F. Valetti, F. Orlando y F. Hotton. Grupo derecha: A. Posleman, W. L. Toscano, J. J. Arribillaga, S. Alterach y R. S. Muzzio.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



SEPTIMA, HECHICERA

Bajo el sol africano, Séptima fué esclava en la ciudad de Hadrumete. Su madre, Amoena fué esclava, y la madre de ésta fué esclava, y todas fueron bellas y obscuras, y los dioses infernales les hicieron conocer filtros de amor y de muerte. La ciudad de Hadrumete era blanca y las piedras de la casa en que vivía Séptima eran de un rosa trémulo. Y la arena de la playa estaba sembrada de conchas desde la tierra de Egipto hasta el sitio en que las siete bocas del Nilo derraman siete vasos de diferentes colores. En la casa marítima en que vivía Séptima se oía morir la franja de plata del Mediterráneo, y, a sus pies, un abanico de líneas azules deslumbrantes se desplegaba hasta el confín del cielo. Las palmas de las manos de Séptima estaban enrojecidas de oro, y teñida la extremidad de sus dedos; sus labios olían a mirra y sus párpados ungidos se estremecían suavemente. Así caminaba ella por los barrios, llevando a la casa de los servidores una cesta de panes frescos.

Séptima se enamoró de un joven libre, Sextilius, hijo de Dionysia. Pero no les está permitido ser amadas a las que conocen los misterios subterráneos; porque se hallan sometidas al adversario del amor, que se llama Anteros. Y así como Eros dirige el centelleo de los ojos y aguza las puntas de las flechas, Anteros desvía las miradas y embota la aspereza de los dardos. Es un dios benéfico que se asienta en medio de los muertos. No es cruel, como el otro. Posee el nepenthes que da el olvido. Y como sabe que el amor es el peor de los dolores terrestres, odia y cura el amor. Sin embargo, es impotente para arrojar a Eros de un corazón por él ocupado. Entonces se apodera del otro corazón. De este modo Anteros lucha contra Eros. He aquí por qué Sextilius no pudo amar a Séptima. Tan pronto como Eros llevó su antorcha al seno de la iniciada, Anteros, irritado, se apoderó del que ella quería amar.

Séptima conoció el poder de Anteros en los ojos bajos de Sextilius. Y cuando el temblor purpúreo invadió el aire de la tarde, salió por el camino que va de Hadrumete al mar. Es un camino apacible en el que los enamorados beben vino de dátiles recostados contra los muros pulidos de las tumbas. La brisa oriental esparce su perfume sobre la necrópolis. La luna nueva, todavía velada, vaga por ella, incierta. Muchos muertos embalsamados yacen en torno de Hadrumete, en sus sepulcros. Y allí dormía Foinisa, hermana de Séptima, esclava como ella, y muerta a los diez y seis años, antes de que ningún hombre hubiera aspirado su olor. La tumba de Foinisa era estrecha como su cuerpo. La piedra oprimía sus senos ceñidos por las vendas. Cerca de su frente baja, una larga losa detenía su mirada vacía. De sus labios ennegrecidos se escapaba aún el vapor de los aromas en que la habían bañado. En su mano quieta brillaba un anillo de oro verde con dos rubíes incrustados, pálidos y turbios. Pensaba eternamente en su sueño estéril, en las cosas que no había conocido.

Bajo la blancura virgen de la luna nueva, Séptima se tendió cerca de la tumba estrecha de su hermana, en la buena tierra. Lloró y frotó su rostro contra la guirnalda esculpida. Y aproximó su boca al conducto por donde se vierten las libaciones, y su pasión se exhaló.

—¡Oh! hermana mía—dijo,—apártate de tu sueño para escucharme. La lámpara que alumbra las primeras horas de los muertos se extinguió. Dejaste deslizar de tus dedos el ámpula coloreada de vidrio que te habíamos dado. El hilo de tu collar se ha roto y sus cuentas de oro se esparcieron en torno de tu cuello. Nada de lo nuestro te pertenece ya, y, sin embargo, aquél que tiene un gavilán sobre la cabeza te posee. Escúchame; porque tienes el poder de llevar mis palabras. Ve a la celda que tú sabes y ruega a Anteros. Implora a la diosa Hathor. Suplícale a aquél cuyo cadáver hecho pedazos fué llevado por el mar en un cofre hasta Byblos. Hermana mía, ten piedad de un dolor desconocido. Por las siete estrellas de los magos de Caldea yo te conjuro. Por

los poderes infernales que se invocan en Cartago, Iao, Abriao, Salbaal, Bathbaal, recibe mi encantamiento. Haz que Sextilius, hijo de Dionysia, se consuma de amor por mí, Séptima, hija de nuestra madre Amoena. Que se abrase en la noche; que me busque cerca de tu sepulcro, ¡oh, Foinisa! O condúcenos a ambos, ¡oh, potente!, a la morada tenebrosa. Ruega a Anteros que hiele nuestros alientos si le rehusa a Eros inflamarlos. Muerta perfumada, acoge la libación de mi voz. *¡Achrammachalala!*

Inmediatamente la virgen ceñida se levantó y penetró bajo la tierra, con los dientes descubiertos.

Y Séptima, avergonzada, corrió entre los sarcófagos. Hasta la segunda vigilia permaneció en compañía de los muertos. Espió a la luna fugitiva. Ofreció su seno a la mordedura salada del viento marino. Fué acariciada por los primeros oros del día. Luego regresó a Hadrumete, y tras ella flotaba su larga camisa azul.

Entre tanto Foinisa, rígida, vagaba por los círculos infernales. Y aquél que tiene un gavilán sobre la cabeza no recibió su queja. Y la diosa Hathor continuó en su funda pintada. Y Foinisa no pudo encontrar a Anteros, porque no conocía el deseo. Pero en su corazón marchito sintió la piedad que los muertos tienen por los vivos. Entonces, en la segunda noche, a la hora en que los muertos se libertan para realizar los encantamientos, movió sus pies ligados por las calles de Hadrumete.

Sextilius, sacudido acompasadamente por los suspiros del sueño, tenía el rostro vuelto hacia el techo de su cámara, surcado de rombos. Y Foinisa, muerta, envuelta en vendas olorosas, se sentó cerca de él. Y no tenía cerebro ni entrañas; pero volvió a colocar su corazón seco en el pecho. Y en este momento Eros luchó contra Anteros y se apoderó del corazón embalsamado de Foinisa. Inmediatamente ella deseó el cuerpo de Sextilius, para que se acostase entre ella y su hermana Séptima en la casa de las tinieblas.

Foinisa puso sus labios teñidos en la boca viva de Sextilius, y la vida se escapó de él como una burbuja. Luego fué a la celda de esclava de Séptima, y la tomó de la mano. Y Séptima, adormecida, cedió bajo la mano de su hermana. Y el beso de Foinisa, y el abrazo de Foinisa hicieron morir, casi a la misma hora de la noche, a Séptima y a Sextilius. Tal fué el fúnebre resultado de la lucha de Eros contra Anteros; y las potencias infernales recibieron a la vez a una esclava y a un hombre libre.

Sextilius descansa en la necrópolis de Hadrumete, entre Séptima la hechicera y su hermana virgen Foinisa. El texto del encantamiento está escrito en la placa de plomo, enrollada y atravesada por un clavo, que la hechicera deslizó por el conducto de las libaciones en la tumba de su hermana.

M A R C E L S C H W O B

D I B U J O D E L A R C O

Fiesta escolar



Vista parcial del público que concurrió a la fiesta organizada por el personal directivo y docente del Colegio Chacabuco, con motivo de la clausura de los cursos.

Grupo de alumnos que tomaron parte en varios números del programa.

EL ORIGEN TEOLÓGICO DE LA MEDICINA

En los comienzos de casi todas las civilizaciones, la práctica de la medi*cina se asocia con los ritos del sacerdocio.* Sacerdote y médico son términos que se predican de ordinario *de un mismo individuo. El misterio,* de cómo surge la vida, y el otro misterio, no menos insondable, pero más *terrible, de cómo se hunde la vida* en el abismo de la muerte, arredraron y asustaron al hombre primitivo. *Ante esos dos misterios se creyó impotente;* buscó ante todo y sobre todo el auxilio, la inspiración divina. De ahí que ritos, ceremonias, invocaciones, más aún que medicinas y *prácticas,* sean los primeros remedios; de ahí que la superchería y la superstición reinaran triunfantes hasta muy *reciente en este campo* en que sólo debe reinar y dominar la ciencia. Es cierto que aquí y allá tenemos men*tes preclaras que se emancipan y atisban* la verdad, estudian el organismo humano, que buscan las relaciones de *este organismo con el medio ambiente,* y hasta cierto punto diagnostican, pronostican y aplican medios tera*péuticos racionales y prácticos.* Pero esto no son más que como pepitas de oro en toneladas de escombros, de superstición y de superchería. Aun hoy que hablamos tanto de ciencia, en que sin duda ninguna la ciencia ha penetrado más en el campo médico, uno de los ramos de la cultura humana, ¿cuántas preocupaciones, cuántas prácticas y remedios pasan de generación a generación que no están basadas en los hechos y en las pruebas propiamente científicas?

Es la Patria quien nos engendra, alimenta y educa. — PLATÓN.

Un buen libro es un espejo para mirarse el alma. — C. O. BUNGE.


Infinita alegría...
experimentarán sus niños si al despertar encuentran que los REYES MAGOS les han dejado las exquisitas
GALLETITAS
"MORENAS"
(cubiertas con chocolate)
y las deliciosas
TORTAS
BAGLEY
Productos elaborados con ingredientes de la más alta calidad.
INDUSTRIA ARGENTINA
M. S. BAGLEY & Cía. Lda
GALLETITAS
MORENAS
TORTA GENOVA
TORTA BAGLEY

LA VAJILLA DE ORO



IBAN a cumplirse tres siglos desde que las huestes moras habían pasado el Estrecho y convertido la Península al Islam. El poderoso califato de Córdoba agonizaba bajo el yugo del intruso Mohamed-Abu-el-Huzam, a despecho de los esfuerzos que este caudillo hacía por sostener la unidad de aquel magnífico imperio. El desmembramiento de la España musulmana era irremediable. Tras de los valíes desobedientes, asomaban ya los reyes de Taifas. Sevilla, Valencia, Zaragoza, Murcia y Toledo se aprestaban a la emancipación, gozosas cuanto suicidas, al verse sin un Almanzor triunfante y glorioso que las sujetase bajo una misma autoridad.

Con todo, Mohamed-Abu-el-Huzam quiso intentar un supremo esfuerzo, y el aniversario — tres veces secular — de la afortunada empresa de Muza y de Tarik le deparó un pretexto excelente para dirigir fervoroso llamamiento a los valíes, con su séquito militar y religioso de señores, jeques y alfaquíes. Ibase a conmemorar en Córdoba, la Meca de Occidente, el tercer centenario de la Conquista. ¡Propicia ocasión para deponer por un momento rencillas y rencores en aras de recuerdos tan grandes y solemnes!

Nadie desairó la convocatoria del califa. Todos le perdonaron la ilegítima posesión de tan excelsa dignidad, para no acordarse sino de glorificar a Alá, al Profeta y a los vencedores del rey Roderic. Los valíes que no acudieron a las fiestas de Córdoba enviaron al menos lucidísima y ostentosa representación. Uno de los primeros que llegaron, con grande acompañamiento de caballeros y gente de armas, fué el valiente y poderoso Almondarben-Hud, que no ocultaba su resolución de proclamarse soberano independiente en Zaragoza...

— ¿Y si esas fiestas son una asechanza? — le decían sus mujeres, al despedirlos en las puertas del harén de la Aljafería.

— Si se trata de una asechanza, la venceré... y me apoderaré del califato.

A par de los magnates españoles, llegaron a Córdoba los principales señores del Africa y del Asia. La sagrada metrópoli recobró por algunos días los esplendores de la corte de los Ommiadas. Engalanáronse las murallas con ricos tisúes y se adornaron las calles con los tapices más lujosos de Persia y Siria, como en tiempo de Abd-er-Rhamán, cuando llegaron a Córdoba los embajadores de Constantino IX, emperador de Oriente. Los rawíes populares rivalizaron en componer zaschales y

muvaschajas. La gran mezquita se vió llena de día y de noche por millares de creyentes, y el aceite de sus mil lámparas de plata se perfumaba de continuo con los más costosos aromas del Oriente.

Mohamed-Abu-el-Huzam, ebrio de alegría, agotó los tesoros del califato en disponer agasajos y fiestas. Todo le parecía poco en punto a ostentación y lujo... Para el gran festín de gala con que había de obsequiar en el alcázar cordobés a los emires y valíes, mandó labrar una vajilla de oro que superase en gusto y magnificencia a cuanto había producido hasta entonces el arte en Grecia, en Roma, en Bizancio y en Alejandría. No bastándole la magistral habilidad de los plateros famosos de Córdoba y Sevilla, hizo venir los mejores aurífices de Damasco y Bagdad.

Y la vajilla de oro fué tal, que hasta el descontentadizo Mohamed-Abu-el-Huzam quedó asombrado ante aquel prodigio de arte y de riqueza.

II

Llegó la noche del festín, y el alcázar de los califas, bajo el espléndido cielo andaluz, cuajado de estrellas, y en medio de la hermosa ciudad, cuajada de luces, músicas y aromas, parecía realizar aquí en la tierra las maravillas reservadas al creyente en el séptimo cielo.

Los mismos príncipes, hartos de todos los refinamientos de la sensualidad arábiga, mostrábanse absortos y deliciosamente sorprendidos.

Tan sólo Almondar-ben-Hud, el único que venía con alfanje, aunque haciéndose perdonar esta osadía a fuerza de diamantes, rubíes, perlas y esmeraldas en el puño, en la vaina y en el tahalí, permanecía indiferente ante los esplendores del suntuoso alcázar.

—¡Bah! —decía el zaragozano a su primo el príncipe granadino Abdall-ben-al-Hakem, el mismo que años más tarde había de quitarle la vida; —ya verás cómo asoma la oreja el califa. Al fin y al cabo, ¿qué es? Un advenedizo.

—Dicen —contestaba el otro— que su abuelo era barbero en Tarifa.

—Y una tía suya muladí.

—¿Cristiana?

—Sí; y por añadidura, vendedora de babuchas.

Rodearon todos, por fin, la suntuosa mesa. Los atractivos de las flores más raras, de los frutos más delicados y de las esencias más exquisitas, desaparecían ante la deslumbradora y soberbia vajilla de oro, cuyas principales piezas brillaban en la mesa, en los aparadores, en manos de los coperos... ¡Digno era todo aquello, por Alá, del emir Almumenin!

Y empezó la cena. Apenas gustaron los comensales el primer manjar, el general contento se amortiguó hasta trocarse en silenciosa reserva... Los bocados tenían un sabor amargo que Mohamed-Abu-el-Huzam hubo de advertir antes que nadie.

Contúvose, no obstante, el califa, como se contuvieron también los comensales, por respetos mutuos, por caballeresca cortesía y por la natural circunspección musulmana.

Vino el segundo plato, y... el mismo amargo sabor en el manjar. Apresuráronse todos a beber, y el mismo sabor amargo en la bebida.

—¡Esto —exclamó el emir de Fez— parece que lo ha aderezado Eblis, príncipe de las tinieblas!

—¡Esto —añadió el valí de Zaragoza— sabe a demonios!

—¡Oye! —le preguntó al oído Alí-Menomun-el-Toletani; —¿será un tósigo lo que nos da el califa?

—¡Qué tósigo —replicó desdeñosamente Almondar,— ni qué veneno, ni qué ponzoña! Esto es que el califa no tiene ya ni quien le guise bien.

El califa, a todo esto, estaba más verde que su sagrado turbante.

—¡El tercer plato! —gritó de pronto, olvidándose de su excelsa dignidad y de toda compostura soberana.

—¿No lo dije? —murmuró Almondar. —¡Ya la metió!

Sirvióse la tercera vianda, no sin que los esclavos, muertos de miedo, mancharan los ricos vestidos de algunos magnates. ¡Siempre el amargo sabor en los platos! ¡Siempre el sabor amargo en las copas!

Ya no pudieron contenerse los comensales, y sin ceremonias de despedida, se fueron a sus posadas en busca de un contraveneno. Los más altaneros clavaban iracundos la mirada en el califa. Los más serviles acudían alrededor de Mohamed... Y Mohamed, yerto y atónito, parecía la estatua del estupor.

Volviendo en sí, gritó con la voz trémula de pura rabia:

—¡A ver! ¡Mi cocinero mayor!

Llegó éste, que era un negrazo de la Nubia, de más de seis pies de alto, y se arrojó a las plantas de su señor.

—¿Qué significa esto, miserable?

—¡Oh luz del sol! No hay quien alcance a entender este misterio. Nadie ha podido burlar mi vigilancia. Yo te respondo con mi cabeza...

—¿Sí? ¡Pues que te la corten!

Momentos después, la guardia negra degollaba en un patio del alcázar al cocinero mayor y a toda la servidumbre baja del califa.

Esta sangrienta satisfacción no bastó a disipar los recelos de los magnates moros. Unos en aquella misma noche, y los otros al día siguiente, todos se marcharon de Córdoba, seguidos de sus amigos, allegados y hombres de armas... Aquel fué, en rigor, el fin y acabamiento del califato; aquella la señal para la emancipación de las taifas.

Almondar-ben-Hud, el primero que llevó a cabo semejantes propósitos, salió de Córdoba diciendo a los de Murcia como a los de Fez, a los de Valencia como a los de Bagdad:

—El que quiera comer bien, que venga a la Aljafería. Allí no tengo deslumbradoras vajillas de oro, pero ¡hay cada pierna de carnero!...

III

El califa, en tanto, desesperado al ver disipadas las últimas esperanzas de mantener unida la España musulmana bajo el poderío cordobés, y al recordar el fracaso del célebre festín, se consumía de dolor, y ni comía, ni bebía, ni descansaba.

—¿Vas a dejarte morir de hambre, como el hagib Almanzor en Medinaselín? —le preguntó un día Fátima, su esclava favorita.

El califa manifestó deseos de comer en la famosa vajilla de oro...

—Pero —añadió,— tú sola has de guisar la comida; tú sola has de servirla en los platos, y tú sola has de presentármela.

Así se hizo, llevando los cuidados y escrúpulos a los mayores extremos.

¡Aquello parecía cosa de Eblis, príncipe de las tinieblas, como dijo el emir de Fez! Probó Mohamed el primer bocado: el bocado amargaba... Tomó un trago en seguida, y el trago amargaba también.

—¿Quieres explicarme esto, Fátima?

—¡Cómo explicártelo, poderoso señor mío, si yo

misma no lo entiendo! Con mi cabeza te respondo de que...

Y Fátima no perdió su cabeza; pero fué metida en un saco y arrojado el trágico bulto a las aguas del Guadalquivir

IV

Al otro día el excelso y magnífico Mohamed-Abu-el-Huzam se preparaba por sí mismo un sencillo y humilde refrigerio, después de haber lavado con sus propias manos dos o tres platos de la vajilla de oro.

Depositó en ellos las pobres viandas; gustó el primer bocado... ¡Siempre el mismo sabor!

— Pues la culpa es de la vajilla — pensó el califa. Y sin encomendarse a Alá ni a Eblis, cargó con cuatro o seis piezas de aquélla, y encubierto bajo un modesto alquicel, salió del alcázar por una puerta secreta, encaminándose hacia la vivienda del viejo y sabio Abulzaquir, astrónomo, alquimista, médico y filósofo, en quien se juntaba toda la gloriosa ciencia andaluza de los Avicenas, Averroes, Abulcassis, Avempaces, Azarqueles, Alkendíes, Alfarabíes, Aben-Rageles y Alpetragios...

Expuso el príncipe de los creyentes al príncipe de los sabios la causa de sus pesadumbres, iras y congojas; y Abulzaquir, tomando uno de los platos de la vajilla de oro, lo echó en un crisol.

— ¡Califa! — dijo el sabio, cuando ya el metal estaba fundido a medias: — ¿de dónde han sacado este oro tus artífices?

— Se lo he dado yo.

— ¡Ah!...

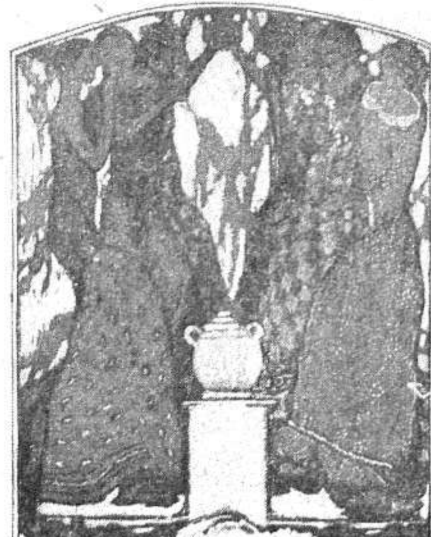
— Lo he sacado de mi tesoro.

— Y, es claro, amarga.

— ¿Qué quieres decir?

— Que tu oro es el oro del poder, y ese oro está amasado con lágrimas.

— Sí; ¡con lágrimas de siervo, lágrimas de trabajadores, lágrimas de contribuyentes, lágrimas de oprimidos!



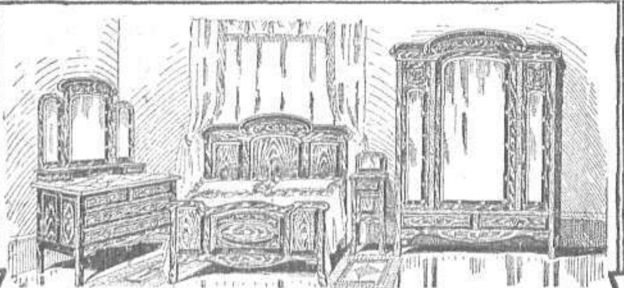
MARIANO DE CAVIA

DIBUJOS DE GIGLI.

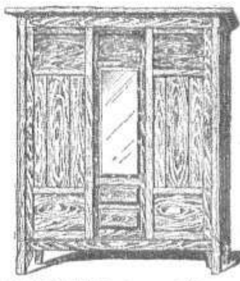
Sirlin H^nos Muebles

CORRIENTES 1172-80
BUENOS - AIRES

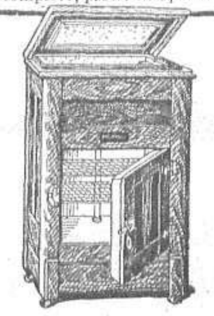
La construcción de nuestros locales de venta ofrece la oportunidad de instalar o renovar el moblaje de un hogar, en condiciones excepcionales de precios módicos.



JUEGO DE DORMITORIO de 3 cuerpos, construido en roble norteamericano, lustrado a muñeca, mármoles de color seleccionado, herrajes y aplicaciones de bronce, lunas biseladas. Compuesto de: 1 ropero 3 puertas división en un costado, 1 «toilette» - cómoda, 2 mesas de luz con repisa, 1 cama matrimonial con elástico patentado, percha y toallero. El juego completo, precio de oportunidad, a.......... $ **380.—**



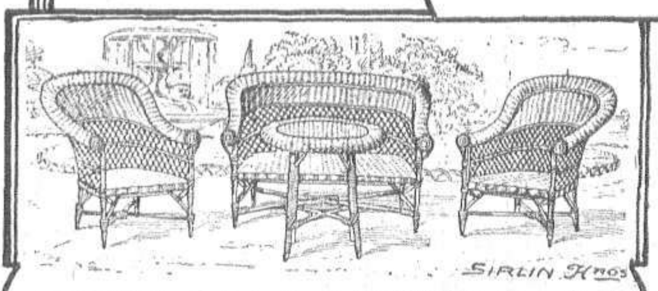
GUARDARROPA de nogalina, maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 centímetros. **Precio de gran reclame**.......................... $ **85.—**



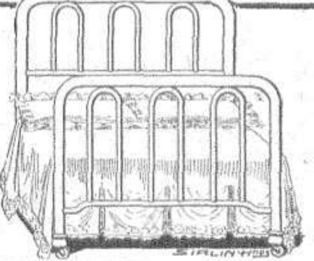
HELADERA importada, norteamericana, en roble finamente lustrado, de alta refrigeración: tamaños:

N.º 303	105 × 54 × 37....	$ 75.—
» 304	107 × 58 × 42....	» 85.—
» 305	110 × 60 × 44..	» 115.—

JUEGO DE COMEDOR de roble norteamericano, lustre claro u obscuro, *estilo bombée. Compuesto de: 1 aparador de gran formato, cristales armados en bronce,* 1 trinchante, 1 mesa con tabla de agregar, y 6 sillas tapizadas en cuero búfalo; herrajes de bronce, mármoles de color rosado. El juego completo, rebajado, a.................. $ **430.—**



JUEGO 1407. En mimbre tupido, amplio formato reforzado, modelo de gran aceptación, barnizado *en color crema o natural.* Compuesto de: 1 sofá, 2 sillas, 2 hamacas y 1 mesa, a............. $ **70.—**



CAMA DE HIERRO esmaltada en blanco, con elástico imperial reforzado a doble *tejido, todo en hierro;* 2 plazas, $ 45.—; 1 ½ plazas, pesos 35.—; 1 plaza, a.......................... $ **25.—**

PARA LOS DEL INTERIOR.

Los pedidos recibidos por carta, merecen toda nuestra atención, siendo atendidos en la misma forma como si lo fueran realizados personalmente.

CATALOGOS

General de MUEBLES edic. Nº 9
CAMAS de BRONCE " " Nº 2
CAMAS de HIERRO esmalt. Nº 1
JUEGOS de MIMBRE edic. Nº 3

SOLICITE CATALOGO. ROGAMOSLE HAGAN MENCION DEL ARTICULO QUE LE INTERESA PARA ENVIARLE EL CATALOGO CORRESPONDIENTE.

PAZ. — El Inspector de Sección Escolar N.º 4, señor Miguel Bouvier, rodeado por el personal docente de la Escuela N.º 183 que dirige el señor Felipe Hang, y en la cual háse realizado una interesante exposición de labores.



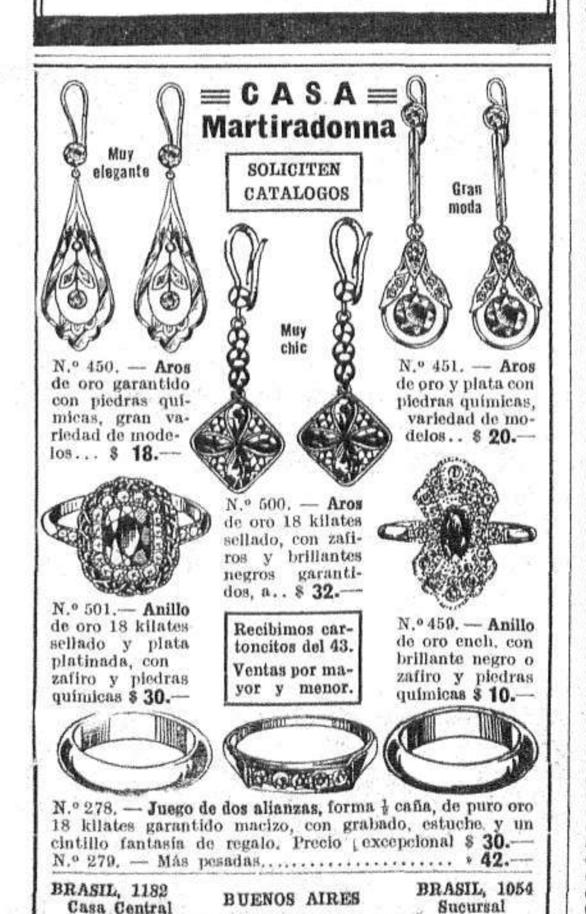


VILLA CONSTITUCION. — Grupo de alumnas de la Escuela Normal de Maestras que han obtenido este año su diploma.



¡Pruébelo Vd. también!

Viñedos y Bodegas en Mendoza. **Ricardo Palencia y Cía.**



COMO EL "HERCULEX", NO HAY OTRO



LA PARÁLISIS Y SU CURACION

Carlos Tejedor, octubre 18 de 1923.

Señor doctor Sanden. — Buenos Aires.

Muy señor mío:

Después de saludarlo, tengo el placer de contestar su muy atenta del 10 del corriente.

En primer término, les autorizo por medio de la presente para que hagan público en la forma que lo crean conveniente, el testimonio siguiente:

Me encontraba sumamente abatido, atacado de parálisis en una pierna y un brazo y fiebre gástrica intestinal, todo lo que comía se me indigestaba, pasaba días y noches crueles, casi diariamente ingería laxantes o purgantes, único modo de poder evacuar; además, hacía cuatro o cinco años tuve bastante tos pulmonar que me hacía sufrir ataques y dolores haciendo que todo para mí fuera molesto; en fin, me decidí a pedir vuestro HERCULEX ELECTRICO cuyos efectos positivos ha recibido mi cuerpo, en una palabra, para no ser más extenso, diré que vuestra Faja Eléctrica me ha curado de una rebelde parálisis, por lo cual estoy sumamente satisfecho y agradecido. Esto sólo lo aprecia el que como yo lo ha sufrido y palpado personalmente.

Sin otro motivo, queda completamente a sus gratas órdenes, vuestro muy atento servidor, p. p. Domingo Sartirana.

Firmado: **Juan Sartirana.**

Pida hoy mismo "SALUD" y "VIGOR", que explican cómo usted también puede obtener un resultado igual. Estos libros son gratis y porte pago para todos los enfermos.

Cía. "SANDEN"

Carlos Pellegrini, 105 - Bs. Aires.



Grupo de alumnas del Colegio del Huerto que han obtenido este año su diploma de maestra.

Nuevas profesoras egresadas de la Escuela de Economía Doméstica.

ALPACA Y MOIRE

POR *LUZ Y SOMBRA*



Dos géneros bien diferentes para no ir el uno del brazo del otro, si no tuvieran un punto de afinidad: su condición de reaparecidos.

Tanto la alpaca cuanto el moiré descansaban desde hacía tiempo en los roperos y en los recuerdos, y de repente la Moda los ha ido a buscar, para que vuelvan a entrar en la vida elegante con renovado repertorio. Ahora nos damos cuenta de que estos dos antiguos amigos tienen virtudes dignas de la mayor consideración. Un vestido de alpaca blanca es mucho más bonito que uno de seda. Un vestido de moiré, sabiamente concebido, es de una elegancia regia. Veamos cómo se puede emplear la alpaca. Para abrigos es ideal. El grabado 1 nos ofrece un modelo de «marinera» en alpaca salmón recortado como *franja en el fondo* y en las mangas. Un galón bordado de negro y amarillo adorna el escote, los bolsillos y el sombrero. Este saquito se lleva con una pollera plissé blanca. En los vestidos que como dijimos, resultan encantadores, la alpaca desposa la organdina con efectos muy bonitos.

He visto un tapado de alpaca azul marino con bordados «grège». Estos abrigos son adornados de nervios y cerrados por un cabuchón. Algunas veces llevan bonitos bordados y voladitos plissé en el cuello.

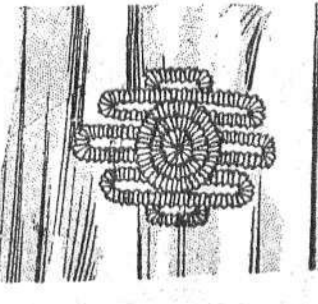
El moiré se nos anuncia para robe-manteaux del próximo otoño. Pero ya tenemos elegantísimos vestidos de noche en moiré y puntillas.

Con moiré rosa, puntilla plateada y rosa. Sobre moiré blanco, bordados y cinta en negro y blanco plata. Los vestidos de moiré son casi todos sin mangas, pues son para fiesta.

Sin embargo, en la colección de la tienda-madre bonaerense he visto un modelo de vestido para tarde, en moiré broché bleu pastel, terminado en una breve cola puntiaguda que culminaba en un fleco de mostacilla bronce.

Otro modelo, en moiré gris, sin mangas, llevaba el «ampleur» adelante y grandes aplicaciones de mostacilla estilo Tutankhamón. El «ampleur» estaba colocado lateralmente en otro modelo de moiré ciclamen que llevaba una pelerina de puntilla plateada cortísima delante y más larga atrás.

El moiré es empleado también en adornos. El grabado 2 nos indica la forma en que estaba colocado un ruche de cinta moiré rosa antiguo glacé oro sobre un vestido de estilo en taffetas Libellule rosa antiguo. En los sombreros el moiré combina con el satín. Fué muy admirada, en una de las pasadas reuniones elegantes al aire libre, una silueta luciendo un ancho sombrero cuya copa era de satín a cuadros blancos y negros, y el ala de moiré negro. Entre nuestras elegantes hubo alguna tentativa aislada de seguir la nueva moda europea y norteamericana llevando por único adorno del sombrero una grande alhaja verdadera. Es una tentativa arriesgada para nuestro país, en donde escasea ese espíritu de asimilación para las cosas extravagantes—propio del inquieto carácter de la mujer francesa.— Viniendo la moda del sombrero casi sin adornos, las que quieran seguirla han preferido la paja negra, bastante alta, sin bordes y guarniciones, en la espera de la nueva moda que impondrá los sombreros con altos penachos, plumas de gallo, colas de cibelina, ramos de flores o cintas de terciopelo montados a penacho, en medio de delante.



Modelo drapeado en moiré "Misterio", color pain brulé. Flores a un costado.



Abrigo cerrado en alpaca azul marino con bordados grége.



Grupo de profesores y alumnas que concurrieron a la fiesta realizada en el Savoy Hotel, en honor de las alumnas del profesorado últimamente egresadas.

Alumnos de la Academia de Pintura y Escultura últimamente egresados, que ofrecieron una demostración de aprecio al rector de dicho establecimiento, señor Ferán.





El ex director de la Escuela Lafinur, señor Carlos Hordt, presidiendo el banquete con que fuera obsequiado por el personal docente de ese establecimiento, con motivo de su retiro de las tareas educacionales.

Alumnos de la Escuela Nacional N.º 2 que celebraron con una fiesta campestre la finalización del año escolar.

La MUJER *del* AMIGO



A Europa? — preguntó Julián, asombrado.

— Sí, esta tarde, en el «Darro».

Los dos amigos permanecieron un instante silenciosos. Yusamuro, el mucamo japonés, entraba y salía, llevando y trayendo maletas y prendas de vestir.

— ¿Cuántos «pyjamas», señor?

— Tres — respondió Alberto; — llévatelos y déjanos solos un momento.

Julián, sorprendido, observaba todos los preparativos y procuraba adivinar las causas que impulsaban al amigo a marcharse de Buenos Aires. Cuando Yusamuro se hubo retirado del desordenado aposento, sentáronse frente a frente, en muelles sillones de felpa.

— ¿Quieres fumar?

Julián aceptó. Encendieron sus respectivos cigarros, cruzáronse las piernas y echaron hacia atrás sus cabezas, acariciadas por azules nubes de humo. Así permanecieron largo rato. De pronto, Alberto, comprendiendo que el silencio se hacía cada vez más angustioso, inclinó el cuerpo hacia adelante y clavando en los ojos de Julián la fría mirada de los suyos:

— Me marcho a Europa porque amo a una mujer con toda mi alma.

— Siempre es peligroso amar a una mujer con toda el alma.

— Y más cuando ella no advierte nuestro amor y adora a otro hombre. La conocí hace muchos años y fuí presentado a ella por el que había de ser su esposo, el más querido de mis amigos.

— Es interesante.

— Sí, muy interesante, demasiado interesante, ya que has dado en emplear un calificativo tan vago. Frecuenté su casa, no porque me sedujeran su cultura y su exquisito don de gentes, sino porque flotaba en torno suyo un perfume de dulzura y de bondad que acariciaba, mejor dicho, que tiranizaba dulcemente. Un día el marido se enfermó. Junto al lecho del paciente, ella y yo, velábamos horas y horas, mudos, pensativos, torturados por la angustia, juguetes del temor y de la duda, víctimas de la inquietud que nos causan los dolores de aquellos a quienes queremos mucho. Ninguna tisana obró tan heroicamente en el ánimo del enfermo como las caricias de sus manos. Deslizábanse por sobre la frente calenturienta, presionaban las muñecas tumultuosas, posábanse sobre los ojos afiebrados y brillantes; y el enfermo, al contacto de ellas, sonreía, sintiéndose aliviado.

— Es una novela romántica.

— Todos los hombres vivimos una. Ante esa mujer aniñábase mi espíritu. Poseíanme deseos infantiles: dormir, reclinando la cabeza sobre su falda; besar constantemente sus mejillas... No te rías; todos los amores puros comienzan así. — Aquí se detuvo un instante. — El marido curó de su mal. Los días de la convalecencia fueron tristes y dulces para mí. El convaleciente, entre ella y yo, entre el amor y la amistad, renacía. Los tres, tomados del brazo, recorríamos las habitaciones y el jardín de la casa, hablando de cosas pueriles y abundando en palabras animadoras. Algunas veces, olvidándose de mí, ella le acariciaba y le besaba, provocando las amorosas protestas de él. Y esto significaba para mí una tortura. Mis pensamientos volaban hacia mi casa solitaria, huérfana de afectos, fría, repulsiva; y entonces soñaba con el amor de una mujer como aquella, dulce, cariñosa, heroica...

— ¿Y por qué no la buscas?

— Porque no he de encontrarla. Y se entabló una lucha terrible entre el afecto al amigo y el amor a la mujer del mismo. Días de melancolía, noches de insomnio y de vigilias torturantes... Permanecí ausente de aquella casa durante un mes, procurando olvidar. Una tarde... — Se detuvo; volvió a mirar a Julián fijamente y prosiguió: — Una tarde, yendo por Florida, a la altura del Jockey Club, una pareja que marchaba delante mío atrajo mis miradas. Apuré el paso; llegué junto a ella y miré: eran él, el amigo, y una mujer, una cualquiera. Indignado, llamé un auto y me dirigí a la casa donde había vivido las horas más intensas de mi vida. La mujer de mis sueños estaba sola. Me acerqué a ella y cuando, animado por una intención que no sabría calificar, iba a deslizar en su oído las palabras que tradujesen mis sentimientos, sonriendo dulcemente, me dijo:

— «Qué alegría me causa el saber que él ya está del todo sano. Si se hubiera muerto, me habría matado».

Y callé.

AQUELLA misma tarde, Julián escribió:

«Germaine: el collar de perlas que había comprado para ti lo luce mi mujer esta noche. Adiós».

EUGENIO JULIO IGLESIAS

EL LIBRO «MAYOR» DE LA GUERRA

Debido a la pluma del profesor italiano Natale Turco, se ha publicado uno de los mejores libros que sobre la pasada guerra se han escrito.

Según el profesor Turco, el *miedo* originó la mundial contienda; acorralados por las necesidades económicas, no supieron afrontarlas y se entregaron a la locura de una guerra, que no preveían tan larga y terrible, guiados por el ciego egoísmo que les dominaba, esperando hallar la solución al problema a costa del vencido, o bien se batieron por la terrible *paura* de contarse a merced del triunfador. Y la voz del docto profesor italiano se eleva clara y persuasiva, porque a su vez es hoy *él* el que teme que los vencedores aplasten despiadadamente a los vencidos y se pierdan los restos de riqueza existentes y se sequen las fuentes de riqueza que se conservan en los pueblos derrotados.

Resulta del examen prolijo llevado a cabo por el señor Turco, que la guerra causó 35 millones de muertos y originó un gasto de miles de millones de liras. Y se pregunta: ¿cuáles son los beneficios que estos millones de hombres y estos miles de millones insumidos por la guerra hubieran reportado a la humanidad si hubieran sido bien empleados?

Y las contestaciones surgen espontáneas, lógicas y aplastantes, y *en ellas demuestra el autor, a más* de una gran preparación y mentalidad, estar dotado de poderosa imaginación, al expresar en qué y cómo se podían haber gastado, lo que hace el libro sumamente atrayente y sugestivo. Si esos miles de millones se hubiesen destinado a comunicaciones internacionales, nos dice el señor Turco, las potencias beligerantes poseerían hoy una flota mercante de varios miles de millones de toneladas, o bien una monstruosa red de ferrocarriles, *por la cual circularían* más de 700 millones de toneladas embarcadas en 50 millones de vagones; envolvería en sus mallas al mundo.

La imaginación del autor vuela, y, manejando sabiamente la enorme cantidad de millones de que *dispone*, nos dice: Rusia saldría de su aislamiento; sus estepas serían cruzadas por el gran canal que uniría el Báltico con el mar Negro. Unidas Francia, Austria, Italia, Servia y Rumania, llevarían a feliz término el gigantesco proyecto de unir por medio de un canal, partiendo de Burdeos, el Atlántico con el mar Negro, vía que sería cruzada por otra arteria acuática desde Hamburgo hasta Salónica, y en cuya construcción colaborarían Alemania, Austria, Servia y Grecia. Italia uniría el Tirreno con el Adriático... Y en su atrevida y lógica fantasía nos describe cómo se hubiera hecho posible realizar el sueño de Marchand. Transformando el Sahara en un mar interno, y dando vida al centro del Africa. Y al llegar *a esta conclusión el autor* se detiene a estudiar los inmensos beneficios y las ingentes riquezas que hubieran producido aquellos malgastados millones, y de su acalorada mente surgen escuelas, fábricas enormes, *inmensos parques, flotas mercantes*, y todo cuanto la ciencia y las artes bien empleadas pueden hacer en beneficio de la humanidad.

Srta. Rosa García Costa



En el período actual sobresale en el mundo femenino la exquisita e inspirada poetisa Rosa García Costa. Cítanse entre sus obras «La simple canción» y «La ronda de las horas», dos libros que bastan para consagrarla como poetisa de alto vuelo, de acento suave, de emoción intensa y de concepto profundo. Entre las bien merecidas demostraciones que la señorita Rosa García Costa fuera objeto por su obra poética, figura el hermoso homenaje que se le tributara recientemente en Saladillo, su ciudad natal, homenaje que puede considerarse nacional porque figuraron en él los nombres más destacados de nuestra literatura contemporánea.



¡AÑO NUEVO - PRECIOS MUY REDUCIDOS!
¡El mejor regalo que Vd. puede hacer a su amigo!
ESTA PULSERA de gamuza fina con reloj de plata 925, máquina áncora con 15 rubíes, garantido por 3 años........ $ 22.00
LA MISMA, enchapada en oro 18 kilates garantida por 10 años $ 24.00
Con cada reloj, regalamos un vidrio de repuesto.
N.º 526. — ELEGANTISIMOS aros de oro 14 kilates, piedras químicas, a pesos........ 12.00
N.º 180. — ¡OCASION ESPECIAL! Platinados, piedras negras, brillantes Brasil, gran moda, al increíble precio de pesos......... 2.95
VENTAJOSA OFERTA PARA NOVIOS
UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS
de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos c/u, con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo $ 30.-
El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates, a título de propaganda, por sólo.. $ 45.-
N.º 136. — PLATA 900, con iniciales grabadas o esmalte...... $ 5.00
N.º 506. — ORO 18 kilates sellado macizo, cincelado, con monograma, a pesos...... 24.00
$ 14 $ 14
N.º 205. — ARITOS de oro para niña, con perlitas finas..... $ 4.00
N.º 214. — ARITOS de oro para nenita, con perlitas..... $ 3.50
N.º 510. — PLATA 900, con cualquier nombre en esmalte.. $ 3.90
De oro 18 k. sellado y macizo, $ 16.00
N.º 527. — AROS de alta fantasía, plata vieja, piedra de color, a...... $ 3.00
¡Un obsequio apreciable!
RELOJ de plata 800, 3 tapas, máquina Suiza, chato, con cadena, por sólo.......... $ 14.00
N.º 524. — AROS etruscos plata vieja o imitación oro viejo, el par... $ 3.50
N.º 124. — ANILLO para caballero, oro 18 Fix, con 1 piedra química, $ 9.00
¡Un regalo muy apreciado!
PULSERA de seda, con placa de plata 900, nombre que se desee en esmalte, $ 5.00
La misma, de oro 18 k. sellado, maciza. $ 15.00
N.º 144 ALFILER de oro 18 fix, forma de moda a...... $ 7.50
PULSERA moaré fino, relojito enchapado en oro, precio reclame.......... $ 8.50
Enchapado en oro 18 kilates, máquina fina, con 15 rubíes............... $ 18.00
Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.
Los giros postales dirigirlos a nombre de P. SEITLER
N.º 291 GEMELOS de gran moda, cincelados, de oro 18 fix, el par, por sólo... $ 7.50
N.º 142. — GEMELOS de plata 900 con iniciales que se deseen en esmalte, el par.. $ 4.90
La Suiza Americana
RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES



El rector del Colegio Nacional, doctor Nicolás Jofre, el vicerrector, doctor José Domínguez, rodeados por los alumnos egresados este año.

El señor Antolín Magallanes, director de la Escuela Normal de *Maestros*, acompañado por el grupo de alumnos que han obtenido su diploma últimamente.





CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL

Trimestre	$ 2.50
Semestre	» 5.00
Año	» 9.00
Número suelto	20 ctvs.
Número atrasado del cte. año	40 »

EN EL INTERIOR:

Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 6.00
Año	» 11.00
Número suelto	25 ctvs.
Número atrasado del cte. año	50 »

EN EL EXTERIOR

Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» » 4.00
Año	» » 8.00

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

VICENTE

TIPO DE OFICINA

Vicente cenaba a las siete de la tarde, una hora después de abandonar la oficina. Terminada la cena, Vicente salió a dar su acostumbrado paseo. Tomó calle arriba, hasta llegar a la ancha avenida, y desde allí siguió a la derecha. Hacía frío. Era la hora del crepúsculo. El aire, puro y balsámico, confortaba su ser, y, según su costumbre, marchaba a pasos lentos, canturreando entre dientes una canción popular. Se cruzó con las mismas caras conocidas; saludó como todos los días al lustrabotas, al diarero, al quinielero, que se encontraban en sus puestos, a la espera del cliente. Vió, como de costumbre, aquellos ojos negros y expresivos que le contemplaban a través de unas celosías, y en cuyas pupilas luminosas esperaba verse retratado el día que le ascendieran a una jefatura. Sólo las luces fugaces y multicolores de los autos, coches y tranvías, daban tonos de originalidad a las cosas, que no cambian de forma, dejando caer, sobre sus faces rígidas, nuevos y raros reflejos de luz.

Vicente se detuvo — como de costumbre — ante un escaparate de revistas, y halló una que le interesaba. La compró y siguió andando. Frente a la gran fábrica de calzados alzó la vista a la alta torre iluminada; miró la hora, y comprobó en su reloj la exactitud de la marcha.

Al reanudar el paseo, comenzó a pensar. Invariablemenete, a esa hora, echaba una mirada restrospectiva sobre su acción diaria, y hacía el eterno balance de sus actos entre el bien y el mal. A veces, su imaginación se permitía el lujo de internarse más allá, y entonces Vicente soñaba... al compás sistemático que producían sus tacos al chocar contra las baldosas, marcando el tiempo de una polca militar.

Pero en la vida del hombre hay también crepúsculos rojos. Vicente descubrió en ese atardecer que su vida era una música estúpida y monótona. Por hábito, después del paseo llegaría a su casa, entraría en su alcoba de pensionista pulcro y formal, se acostaría en el lecho, leería 50 páginas de su libro predilecto, prepararía el despertador para las siete de la mañana y luego apagaría la luz para ganar el sueño.

Como de costumbre, a las siete se despertaría y a las ocho todo el mundo podría contemplarle en la oficina, estirado y grave, esperando la llegada del jefe para darle los buenos días.

¡No! Esa noche no iría a su casa. Necesitaba alegría y placeres que rompieran el estrecho molde de su existencia. Risas, perfumes, besos sonoros que prendieran las luces en los salones obscuros de su alma. Iniciaría una nueva existencia. Los cabarets serían su nido. Los escenarios vaudevillescos su recreo. Esencias excitantes, su narcótico.

Viviría en el vicio, en el placer, en la inconsciencia, reclamando dicha, belleza, amor... Alejaría de sí toda idea que pudiera preocupar su mente por un instante. Rompería los libros, que no habían hecho la revolución en su espíritu. Ahora, su ser libaría los manjares de la vida, ajena al dolor. Mataría la costumbre... sería libre, feliz.

Así reflexionando, sin saber cómo, Vicente se encontró frente a la puerta de su casa. Debido a la fuerza de la costumbre, sus piernas se habían encaminado allí. Frente a la puerta le faltaron energías para retroceder.

La caminata lo había rendido... Entonces entró, dirigiéndose directamente a su alcoba; se acostó, leyó las 50 páginas de su libro predilecto, preparó el despertador para las siete de la mañana, apagó la luz, y, un breve rato después, roncaba... ¡como de costumbre!

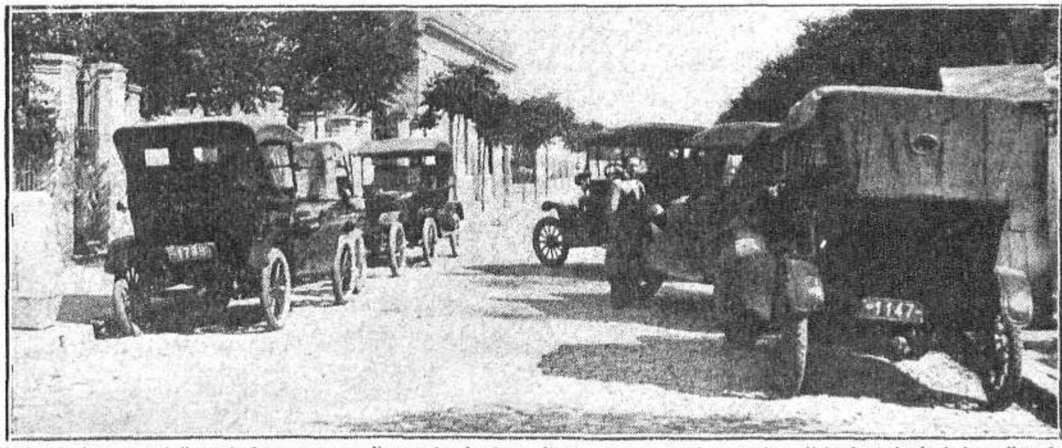
LAZARO LIACHOVITZKY

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Tres instantes de Sarmiento, por **Joaquín Castellanos.** Despertar, por **Leopoldo Velazco.** El último idilio, por **Ricardo Aramburu.** La copa llena, por **Mario Lassaga.** Copla de la lluvia, por **César Carrizo.** El serrucho trágico, por **Jomer B. Villa.** En previsión de la muerte, por **Enrique M. Rúas.** De elecciones, por **Juan Rómulo Fernández.** El revolucionario que fumaba mucho, por **José Muzilli.** Un lindo crimen, por **Roberto J. Payró.** El robo de las perlas vía París-Londres, por **William Mac Harg.** Dos cuentos de la guerra, por **Juan José Frappa.** La absolución, por **Mauricio Level.** Un héroe, por **Gastón Picard.** Estallido, por **Coutts Brisbone.** Los niños del día, por **Alvaro Retana.** Personas desconocidas, novela de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche.** Hombres célebres: Wáshington, por **Eduardo del Saz.**

SECUESTRO DE AUTOMOVILES ROBADOS

Importante pesquisa realizada por la Comisaría 43.ª



Varios de los automóviles robados por una peligrosa banda de asaltantes y secuestrados por la policía después de haber allanado algunos garages y talleres mecánicos en donde los audaces delincuentes guardaban los vehículos.



El detenido Julio García, que confesó su participación en los robos, demostrando a un empleado de la Comisaría 43.ª cómo cambiaban las piezas en los automóviles substraídos.

Ha causado gran extrañeza, despertando la curiosidad del público, el descubrimiento de una audaz banda de ladrones que, perfectamente organizada, operaba en gran escala, incautándose de numerosos automóviles que sus miembros escondían y transformaban para luego venderlos. La policía, al prestar este valioso servicio a la sociedad, espera esclarecer el hasta ahora misterioso funcionamiento de esta gavilla, habiendo ya procedido a varias detenciones y apoderándose de buen número de coches.



Gran cantidad de accesorios de automóviles sacados de los coches para ser substituídos por otros que hicieran irreconocible la procedencia.



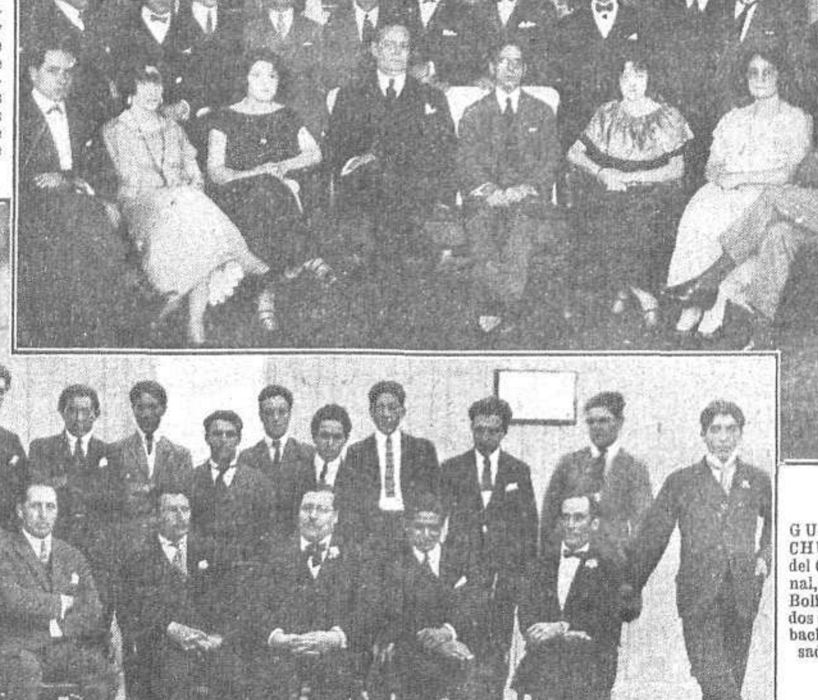
Uno de los perjudicados revisando los coches para poder identificar el suyo.



Neumáticos, motores y otros implementos depositados en la Comisaría 43.ª En primer término, se halla el menor Juan Silva, detenido a causa de haber sido sirviente de García.

De Entre Ríos

VILLAGUAY. — El director del Departamento de Agricultura, ingeniero agrónomo D. Conrado Martín Uzal, director y personal docente de la Escuela de Ganadería "Urquiza", rodeados por los alumnos últimamente egresados de ese establecimiento.



GUALEGUAYCHU. — El rector del Colegio Nacional, profesor José Bolfo, acompañados con los nuevos bachilleres, egresados en 1923.

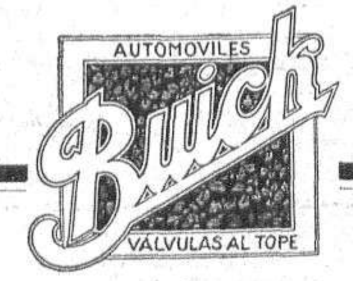
FRENANDO EL "BUICK" SOBRE UN DECLIVE DE UN 50 %.

En la ciudad de San Francisco, EE. UU., hay una cuesta que se llama "Duncan Hill" con una pendiente de un 50 %.

Es considerada una proeza poder subir dicha cuesta, pues la fuerza necesaria para hacerlo es factible a un contado número de automóviles. Y para bajarla - hasta hace poco nadie se atrevía a realizar tamaña hazaña.

Sin embargo, un "BUICK" modelo 1924, piloteado por el Sr. Carlos Howard (hijo) no sólo subió la cuesta con bríos pero, gracias al nuevo sistema de frenaje que poseen todos los "BUICK" modelos 1924, pudo bajarla también con toda facilidad, demostrando pleno dominio sobre su coche en todo momento.

Cuando mejores automóviles puedan construírse, "BUICK" los hará.



Henry W. Peabody & Cía.

Bmé. Mitre, 1746. — Buenos Aires.

Nueva York.
Londres.

Talleres:
Bolívar, 1650.

RESISTENCIA. — Banquete con que el personal docente de la capital chaqueña obsequió a un grupo de colegas correntinos de paso por esa gobernación.

REGALAMOS
a todo comprador por valor de $ 5 o más, esta hermosa pulsera de plata fina sellada

RELOJ-PULSERA oro 18 kilates, máquina garantida, 15 rubíes, a............... $ **75.—**
El mismo, enchapado en oro, a pesos.................. **30.—**

RELOJ-PULSERA ench. en oro 18 kil., cinta moaré, a $ **9.50**
El mismo, más fino, a $ **15.—**
En oro 18 kilates garantido, con 15 rubíes a... $ **40.—**

GEMELOS de oro 18 k., inic. esmalte, a... $ **18.—**
Los mismos, en plata fina, $ **4.50**

GEMELOS de oro 18 k., «FIX», cincelados, el par a pesos.... **15.—**

ALFILER corbata, oro 18 k., platino, diamantes y perlitas, a $... **25.—**

AROS etruscos, imitación dorado viejo, con zafiro, el par, a pesos......... **5.50**

AROS etruscos imitación plata vieja con marquesitas, el par a pesos **6.—**

ALFILER corbata, de oro 18 k., platino y un brillante fino, a pesos........ **40.—**

AROS etruscos, imitación plata vieja y piedras de color, el par a........... $ **5.—**

ANILLO de oro 18 k., garantido, con cualquier inicial en esmalte, a $ **30.—**
El mismo, en plata fina, a..... $ **5.—**

ANILLO de oro plata fina, con piedras químicas, a $... **5.—**

ANILLO de oro 18 k., garantido, nombre esmaltado, a $... **15.—**
El mismo, en plata, a $... **4.—**

ANILLO de oro 18 k. y platino, 5 brillantes finos, a $ **50.—**
El mismo, con 5 diamantes finos, a pesos........ **30.—**

JOYERIA Y RELOJERIA
A. Samada

Casa Central
Corrientes . 928

Sucursales
B. Mitre. 927 C. Pellegrini 485

MUCHOS HOGARES HAY

antes dichosos y tranquilos que hoy son verdaderos infiernos. ¿Sabéis porqué? Pues porque la constipación de vientre ha hecho a la señora irritable y colérica todo lo que antes era de bondadosa y alegre. De ahí el que no vacilemos en recomendar a las familias el Polvo Rogé, como el purgante más eficaz y agradable conocido y especialmente apropiado, por su sabor, para las mujeres y los niños. Con el uso del Polvo Rogé desaparece inmediatamente el estreñimiento, por rebelde que sea, y evítase la tristeza y las jaquecas y congestiones consiguientes a ese estado particular. En una palabra, es el purgante más seguro, agradable y rápido que se conoce.

De aquí el que la Academia de Medicina de París no haya vacilado en aprobar este medicamento (honor que rara vez acuerda), a fin de que sirva de garantía a los enfermos. Viértase el contenido del frasco en media botella de agua. Para los niños, mitad del frasco. El polvo se disuelve por sí mismo a la media hora; después no hay sino beber el líquido resultante. Si os ofreciesen tal o cual limonada purgante en lugar del Polvo Rogé, desconfiad del consejo; es interesado. En cambio exigid sobre la envoltura encarnada del producto las señas del Laboratorio: **Casa L. FRERE, 19, rue Jacob, París.** De venta en todas las buenas Farmacias.



PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL
DE EXTRAORDINARIAS
COMPLICACIONES

POR

ARTHUR
SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE
PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

—Bueno; por de pronto hemos descubierto huellas de pisadas de tres personas y las marcas inconfundibles de un automóvil. Al menos, por lo que él dice, es evidente que un carruaje recorrió estos lugares la noche pasada. Sin duda otros habrán circulado antes de que obscureciera, pero sólo uno pasó por aquí durante la noche.

— ¿Pero cómo puede él asegurar eso? — nuevamente inquirió el primo de Ruth.

— Bastante mejor que yo lo explicará el detective — replicó Gerlach encogiéndose de hombros y echando una mirada al señor Sánderson, que se hallaba cerca y que sin duda había escuchado parte de la conversación.

Acercóse éste al grupo, saludando con un ligero movimiento de cabeza.

Ruth fijábase con obstinada frecuencia en el círculo marcado dentro del cual se encontrara el cadáver de Lesoeur.

Cuando el detective estuvo próximo, contempló ella al tal personaje, que sin ser una figura impresionante, tampoco representaba por su aspecto un tipo repulsivo ni de mala traza. Sus ojos, muy juntos, parecía que penetraban las cosas sin necesidad de mirar de frente, cualidad de algunos investigadores en quienes la perspicacia y el disimulo han de correr parejas; su nariz era afilada y los labios finos de su pequeña boca parecían replegarse en una casi imperceptible mueca acusativa de tenacidad. Cierta disimulada preocupación desprendíase de su aspecto, y sin que sus nervios le traicionaran, no era difícil advertir en sus movimientos que su cerebro trabajaba con ahinco en la solución de algún difícil problema.

No todos se atrevían a echarle una segunda mirada descarada, pero quien así lo hiciera podía fácilmente darse cuenta de que sus apariencias escondían una personalidad mucho más interesante de la que a primera vista se creyera.

Gerlach hizo una cortés presentación de los recién llegados.

A Ruth le pareció que la mirada dirigida por el detective sobre su marido era una mirada «especial», una mirada que no guardaba relación con las usuales en tales casos.

Ya entablado conocimiento, el Shériff planteó a Sánderson la pregunta que le hiciera Dick.

El detective sonrió suavemente y habló así:

— A eso de las nueve de la noche de ayer había una espesa neblina que duró como un par de horas. Un automóvil que hubiera pasado durante la niebla o muy poco después habría dejado más firmes huellas en el camino que las que dejaría de haber pasado antes o mucho más tarde. He hallado huellas de automóviles en este camino, todas ellas recientes, que debieron haberse producido entre las nueve y las once de la noche más o menos.

Sánderson, al decir esto, dió algunos pasos y señaló con el dedo hacia las marcas impresas en el camino.

— No puedo decir todavía qué vehículo pasó el último.

— Yo puedo decirle algo — dijo Reverly: — yo salí de mi casa en automóvil y volví a eso de las diez y media de la noche.

— ¿Sí? — exclamó Sánderson mirándole con interés. — ¿Y no vió nada anormal?

Bent movió la cabeza negativamente.

— Nada de particular que llamara mi atención — aseguró.

— ¿A qué hora dijo usted que pasó?

— Alrededor de las diez y media — repitió el interrogado.

— ¿Está usted absolutamente seguro de la hora? — insistió el detective.

— No absolutamente — admitió Reverly. — El doctor Carey quizás pueda decirlo con exactitud.

— ¿El farmacéutico? — inquirió el otro.

— Sí; fuí a su farmacia por un tubo de aspirina para un fuerte dolor de cabeza — explicó el marido de Ruth. — Es muy probable que él recuerde fijamente la hora, porque en los momentos en que yo llegué iba a cerrar las puertas de su negocio.

Sánderson miró a Ruth.

— ¿Acaso usted recordará la hora exacta?

— No, no recuerdo bien — repuso ésta. — Me dormí antes de que regresara mi marido y no miré el reloj cuando salió.

El detective se limitó a mover la cabeza con gesto de ambigüedad.

— Bien — murmuró bajando la voz: — solamente deseaba saber la hora en que se cometió el crimen y acaso lo conseguiré en cuanto me entreviste con el doctor Carey y entonces estaré en condiciones de apreciar y relacionar detalles. Por lo demás, es incuestionable que el hombre fué asesinado en el mismo sitio donde se encontró su cadáver. ¿Su automóvil posee buenas luces? — preguntó, elevando el tono, al señor Reverly.

—No muy buenas; algo pasa con los faroles delanteros. Solamente usaba las luces de los costados.

Sánderson arguyó en el acto:

— Entonces el cuerpo estaría yacente cuando

usted pasó por aquí. En tal caso, a la hora en que se dirigió usted a la farmacia no probaría nada. El hombre debió haber sido asesinado un poco antes y usted no pudo distinguir su cuerpo con solo las luces del costado.

Bent movió la cabeza lentamente.

— Sin embargo — dijo — yo debería haberlo visto a pesar de que era una noche obscura, con niebla...

— Deberíamos pensar, ante todo, lo que indiquen las marcas del automóvil — intervino Dick con manifiesto interés en el asunto. — Si el cuerpo ha borrado las huellas del auto tal detalle vendría a probar que el cadáver no estaba allí cuando pasó el señor Reverly.

— Míster Reverly marchó por el lado sur del camino tanto a la ida como a la vuelta — declaró Sánderson. — Y el cuerpo, como lo prueban las marcas, estaba en el lado norte.

— ¿Adónde han conducido el cadáver? — preguntó Bent.

— A las habitaciones mortuorias del doctor Carey — repuso Sánderson. — El citado farmacéutico es también el sepulturero de Beaulieu. ¿Quieren ustedes verlo? ¿Sin duda lo conocen ustedes?

— Si en efecto es François Lesoeur... —comenzó a decir Reverly.

— Es el mismo. Yo encontré en sus ropas documentos que así me lo hacen creer — interrumpió John Gerlach.

— El hombre había salido de mi casa no mucho antes de su muerte — dijo Reverly. — Y sentía verdaderos temores de ser asesinado.

— ¿Díjole porqué? — inquirió Sánderson.

— Sí; dijo que sabía quiénes formaban la gavilla que mató a Jim Armstrong, y que ésta estaba dispuesta a hacerlo desaparecer porque conocía demasiadas cosas. Hallábase sobresaltado.

— ¿Con qué motivo fué a verle a usted? — puntualizó el detective.

— Buscaba ansiosamente a Patrick Doyle y pensó que podía encontrarlo en mi casa. — respondió sin titubeos Reverly.

— ¿Le dió los nombres de los asesinos de Jim Armstrong? — interrogó el policía.

— Nos dijo que no significaban nada, especialmente lo que llamó nombres de teléfono. Después de un momento de vacilación, nos aseguró que uno se llamaba Mark Hárrington y otro Luther Sterling, pero agregó que tales nombres eran supuestos. No quiso añadir más; se negó en redondo a ser explícito acerca del particular. «Solamente hablaré de todo esto con Patrick Doyle», terminó diciéndonos.

— ¿Creía él estar en inminente peligro?

— Sí; parecía encontrarse bajo el más agudo temor de que lo persiguieran enemigos encarnizados, y a pesar de ello no quiso pasar la noche en nuestra casa cuando nosotros se lo propusimos.

— Mal, muy mal obró el pobre al no aceptar tal ofrecimiento — comentó John Gerlach, el shérif.

El detective Sánderson, cuya atención a estas declaraciones era evidente, se limitó a encogerse de hombros ante el comentario de la primera autoridad local de la villa.

— Pudo ser asesinado lo mismo; seguro que no hubiera evitado su fatal desgracia — dijo.

Y miró con perforante fijeza al rostro de Reverly, como tratando de escudriñar en aquellas facciones algún rasgo, algún signo misterioso que pudiera servirle de punto de partida en sus difíciles investigaciones.

— ¿No recuerda usted si el asesinado le dijo alguna otra cosa? — interrogó al declarante.

— No — contestó lacónicamente Bent.

Entonces, cambiando de dirección su mirada, la posó sobre el juvenil semblante de Ruth.

— Y usted, señora, ¿tampoco recuerda algún otro detalle de la conversación con el muerto... alguna otra cosa que pudiera ilustrarnos? — insinuó con tono agudo el agente neoyorquino.

— Nada más dijo — replicó la preguntada, — a no ser que, en este asunto, agregó que se hallaban envueltos turbiamente cientos de miles de dólares.

— ¿Cómo fué que mencionó eso? — quiso puntualizar Sánderson.

Reverly tomó la palabra para responder por su esposa, a fin de coordinar el detalle exigido.

— Yo intenté — comenzó diciendo — hacerle decir cuanto sabía, para lograr lo cual le dije que quizá nosotros tendríamos oportunidad de vernos con Doyle antes que él, y que resultaría de interés para todos el poder comunicarle a aquél cuanto nos refiriera. Recuerdo perfectamente las palabras de su contestación: «Por todo lo que yo sé, usted debe ser Mark Hárrington». Así dijo textualmente. Entonces mi esposa le hizo notar lo absurdo que resultaba tal afirmación, y él se apresuró a decir que también parecía absurdo descubrir a estas alturas que Jim Armstrong fuera asesinado. En seguida fué cuando soltó lo de los dólares, diciendo que cuando se ventilaban cientos de miles nada debiera parecer absurdo.

— ¿Así es que él pensaba en que usted era el llamado Mark Hárrington? — interrogó de nuevo el detective.

— Por cierto que no lo es, que es una locura suponerlo siquiera — exclamó Ruth con manifiesta y sincera indignación. — ¿Nos hubiera dicho semejante contrasentido si es que se proponía confesárselo todo a míster Doyle? Era un hombre en extremo cauteloso, lleno de rodeos y vacilaciones, y explicaba apenas sus recelos y sus reservas hasta un punto que no se podía juzgarlo como persona con las facultades mentales equilibradas — terminó diciendo ella, tratando de fijar lo mejor posible en su memoria la rápida y extraña visita que les hiciera Lesoeur.

— Ya lo veo — dijo Sánderson por decir algo. — Y dígame: ¿se sorprendió usted mucho cuando él le aseguró que míster Armstrong, que fué su novio, ¿no es así?, había sido asesinado?

— No, no se sorprendió, no tenía porqué sorprenderse, — terció en el diálogo Dick. — Pat Doyle ya había venido a ver a la señora Reverly dos o tres veces, hablando con ella y contándole particularidades del asunto y admitiendo la creencia de que se trataba de un asesinato. Y entre otras informaciones, Doyle le dijo que le estaba ayudando a usted en las complicadas pesquisas, míster Sánderson.

— Oh, sí, es cierto — contestó el detective.

Y cambiando de tono propuso:

— ¿Quisieran hacer ustedes el favor de venir ahora conmigo a la casa del doctor Carey? Sería conveniente que nos cercioráramos de la identidad de la persona muerta, saber de cierto que tal cadáver corresponde al Lesoeur que anoche les visitó a ustedes de un modo tan imprevisto como original.

— ¿He de ir yo? también — preguntó Ruth.

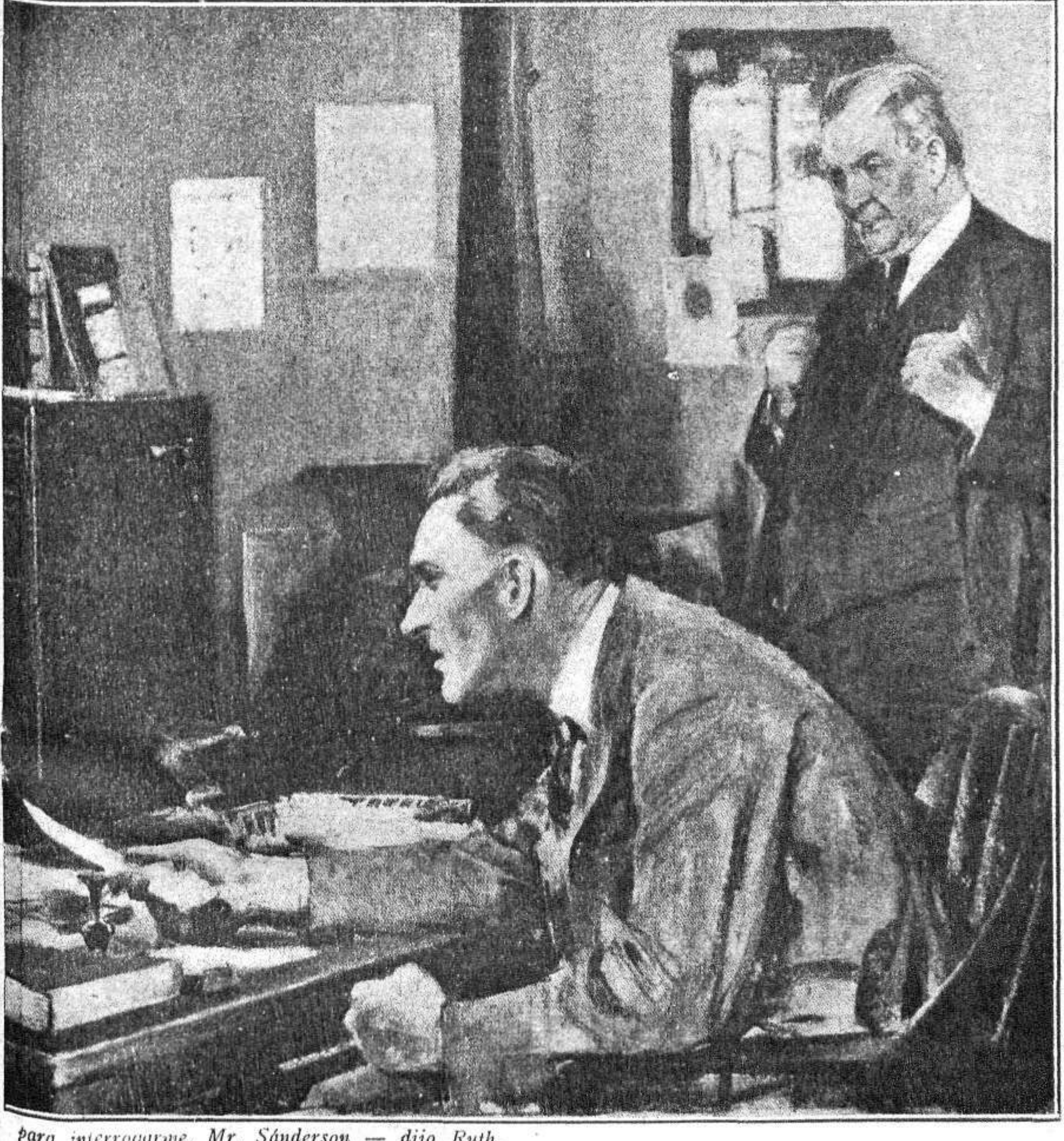
— No es necesario que usted nos acompañe precisamente ahora, señora Reverly; no se moleste. Por otra parte, ¿es seguro que no puede usted acordarse de la hora en que vuestro marido salió para ir a la farmacia y de la de su regreso? ¿Dormía usted profundamente cuando él penetró de nuevo en las habitaciones de la casa? En fin, así lo declaró usted, y es lástima que no quede fijado con exactitud tal punto; pero no importa: el doctor Carey podrá informarnos acerca de la hora exacta. ¿Vamos, señor Reverly?

— Cuando usted quiera.

Y dirigiéndose a su esposa:

— Estaré de vuelta muy pronto, querida — le prometió al tiempo que partía al lado del detective.





—Yo no le reconozco a usted derecho alguno para interrogarme, Mr. Sánderson — dijo Ruth.
—Solamente quiero que me conteste si "esto" es de su propiedad — insistió el detective.

CAPITULO XIII

PATRICK H. DOYLE Y SUS TEORIAS ACERCA DEL MATRIMONIO. — EL CUCHILLO ENSANGRENTADO Y COMPROMETEDOR. — OTRA VEZ EL DEMONIO DE LA DUDA ATORMENTA A RUTH.

Ruth no permaneció mucho tiempo en el lugar de la tragedia, en que toda la mórbida curiosidad del pueblo de Beaulieu se había aglomerado, atraída por el sangriento suceso.

Sin mayor entusiasmo había salido de casa con su marido Bent y con su primo Dick. Sus sentimientos todavía reflejaban, no los temores agudos de las primeras horas, pero sí un fastidio y una nerviosidad bastante molesta.

Entrevistarse con su vecino John Gerlach, el shérif, no le producía desasosiego, y, sin embargo, le producía una impresión de fuerte desvío verse mezclada de algún modo en el sensacional proceso.

Y, fenómeno extraño: ahora que su testimonio no era requerido, al menos de momento, se sentía muy poco deseosa de regresar al hogar, como si esperara nuevos sucesos que pusieran término de una vez al embrollado asunto, descartándola de todo cuanto pudiera relacionarse con el mismo y reintegrándola al apacible bienestar que disfrutara hasta la hora en que vino a perturbarla su entrevista con Frank Lacy, el singular personaje que ofreciera diez mil dólares por una carta cuyo texto aseguraba desconocer.

Cuando llegaba a su casa vió que Mary y Clara, las criadas, se hallaban en la puerta de la calle con el chófer Mike, todos ellos discutiendo con animación el acontecimiento que con tanta brusquedad transformara a Beaulieu, el tranquilo pueblo de insignificantes y rutinarias conversaciones, en un hervidero de vecinos excitados que comentaban en todos los tonos los detalles del crimen, leyendo con avidez las informaciones de los diarios.

El natural respeto y disciplina hizo enmudecer de repente a los servidores ante la presencia del ama de la casa. Las dos mucamas desaparecieron hacia dentro, quedándose Mike en su sitio.

—Es muy sensacional todo lo ocurrido; ¿no es así, señora Reverly? — se atrevió a decir después de saludar.

—Así es — repuso Ruth.

—Esto ocurre debido a la gran intromisión de los extranjeros en nuestro país, señora. A mí no me cabe duda de ello.

Ruth le contempló con extrañeza.

—No estoy de acuerdo con lo que usted dice, Mike — contestó como inquiriendo una explicación más explícita de su sirviente.

El chófer movió la cabeza con lentitud. Parecía significar con tal penduleo algo así como una arraigada convicción de que se contradecía desde luego con el criterio de su ama.

—Señora Reverly — habló el hombre: — François Lesoeur, el asesinado, no era americano sino francocanadiense. Usted sabe muy bien que cuando un verdadero americano tiene una fuerte cuestión con otro a lo más se enzarza con él a garrotazos, o bien, si la reyerta es muy seria, saca el revólver y le dispara un balazo; pero usar cuchillo... solamente los extranjeros usan el cuchillo y se apuñalan traicioneramente.

La aparente lógica de Mike produjo una sonrisa en los labios de Ruth, pero al instante desapareció para ser reemplazada por cierta grave curiosidad.

—¿Cómo supo usted que el muerto era francocanadiense? — le preguntó.

—Porque esta mañana, que no tenía ocupación de momento, estuve en el centro de la villa y me

mezclé en las conversaciones de los curiosos, oyéndoles pronunciar el nombre de Lesoeur, y yo entonces lo reconocí, acordándome de él.

—¿Qué es lo que sabe usted acerca de sus antecedentes?

—Pues nada bueno, esta es la pura verdad. Yo le conocía de vista cuando andaba por Southfield, y también conozco la banda con la que solía juntarse, que por cierto no me miraban con buenos ojos.

—¿Personalmente conoce usted a alguno de esa pandilla a que se refiere? — inquirió ella.

Mike comenzó por rascarse la frente con ademán reflexivo.

—No diré que era íntimo de ellos — explanó; — pero conozco, por ejemplo, a Pete Curlew, que es el que maneja la casa Curlew, que es una especie de hotel y bar económico y que, a partir de la prohibición alcohólica, ha ganado más dinero que nunca fuera de su negocio. Sí; conozco su establecimiento. No es que yo beba, señora Reverly, pero sé escuchar las conversaciones acerca de tal personaje y de su tráfico con los contrabandistas de licores en Southfield.

—Entonces, ¿quiere usted decir que Lesoeur traficaba con licores? — se apresuró a preguntarle Ruth.

—No podré afirmarlo puesto que no me consta de fijo — respondió el chófer; — pero no puede negarse que, desde los primeros tiempos de la prohibición, existe y funciona en Southfield una banda de jugadores y asaltantes sin escrúpulos.

—Pero, ¿quiénes son? — insistió ella.

—Gentes de la calle, personas desconocidas, señora Reverly; hombres que no se detienen, para realizar sus planes, ni ante el robo ni ante el asesinato. Precisamente la misma clase de hombres que han matado de una tremenda puñalada a Lesoeur. Yo le aseguro, señora, que tener que enfrentarse con semejante gente desalmada es cosa terrible. Quizá Lesoeur no sería lo que se llama un hombre malo por sí mismo, pero hay mucha verdad en el proverbio que dice «dime con quién andas y te diré quién eres».

Ruth prestábale ahora atención, no tanto por sus razonamientos de vulgar filosofía cuanto por el interés que en ella despertaban los sucesos alrededor de la muerte del francocanadiense, tragedia que aparecía tan extrañamente ligada al presunto asesinato de Jim Armstrong en el precipicio de Dyce's Head. Por eso todo lo que tuviera relación con el primero adquiría ante ella especial importancia; hubiera con gusto continuado escuchando al chófer, a fin de satisfacer en lo posible su curiosidad, pero Clara, la criada, vino hasta la puerta y le dijo que la llamaban al teléfono con urgencia.

Así, pues, hubo de postergar sus nuevas preguntas por el momento.

Por otra parte, los rumores que se expanden alrededor de cualquier suceso sensacional son a modo de ondas concéntricas que van ampliando su círculo; de esas ondas que, como las que produce la piedra arrojada en el agua, van ensanchándose sin que se sepa dónde terminan. Y desde el punto de vista social, cuando de malas noticias se trata, las informaciones parecen multiplicarse por obra y gracia de un genio maligno que se complaciera en colocarlas en todos los cerebros y en todos los labios, dando lugar a las murmuraciones y los comentarios más fantásticos.

La señora de Lesœur, aquella mujer reconcentrada de rostro prognático y ojos penetrantes, digna y reservada, que sabía ocultar sus penas con dignidad de yanqui pura, supo casi instantáneamente el brutal asesinato de su marido, casi tan rápidamente como si lo hubiera presenciado y por casualidad se tropezara con su cadáver aquella misma noche y en seguida de haberse realizado su muerte.

En efecto; antes de que un empleado de la policía, como es de costumbre en tales casos, se pusiera en comunicación con ella para darle la noticia apenas sabida, ya una vecina oficiosa, valiéndose de su teléfono, se la comunicara aderezada de demasiados detalles para ser ciertos, apenas iniciadas las averiguaciones por el shériff de Beaulieu y los que le secundaban.

El llamado que ahora se le hacía a la señora de Reverly partía de la desdichada viuda.

El aparato sonó:

—Señora, acaban de anunciarme el asesinato de mi marido, pero no he podido creerlo, no lo creo, y me ha producido una sensación mortal. Estoy sumamente angustiada; acaso se trate de un error, de alguna sorpresa, en fin, o de alguna maligna maniobra de sus enemigos, esos que le amenazaban con anónimos.

—Pues en este sangriento suceso no cabe duda reconocer que...

Ruth fué interrumpida por la vecina de Southfield con nerviosas palabras:

—Dentro de unos minutos estaré en su casa para que me informe de todo lo que sepa. No puedo creer que sea cierto, me resisto a dar crédito a tal infamia. Algún tremendo error pesa sobre nosotros. En seguida estaré con usted.

—Lo siento mucho, tanto como usted, señora; pero puedo desde luego asegurarle que la vecina y la policía no se han equivocado esta vez. Su marido ha sido asesinado.

Es fenómeno registrado que cuando ciertas personas sufren la fuerte impresión de una desdicha, quédanles todavía, en medio de su colapso, una ligerísima esperanza, y cuando pierden ésta bruscamente, su anterior desfallecimiento se exacerba, los nervios se ponen de punta y una aguda irritación contra la sociedad se despierta, como la causante del daño sufrido.

—¡Ah! ¿Son absolutamente ciertos sus datos? — todavía preguntó, en última instancia, la mujer.

—No es posible dudar. El cadáver de su...

—Nada más, gracias, señora; lamento haberla molestado — interrumpió el aparato.

Esto de «haberla molestado» sonó como algo raro en los oídos de Ruth.

¿Qué sentimientos agitarían a la pobre mujer en aquellos instantes en que la certidumbre de su viudez destruía los últimos rayos de su última esperanza?

En cierto sentido, Ruth encontraba bastantes analogías entre su caso y el de ella. También la viuda había abrigado algunas dudas respecto de la probidad de su marido; y a pesar de su temperamento en apariencia frío, la mujer de Bent tuvo pruebas de que amaba a su marido y de que su muerte producía en ella un verdadero conflicto sentimental.

La señora Reverly, aun en los terribles momentos que siguieron a la negativa de Bent, que ignoraba el paradero de los dos pedazos de gemelos de camisa, no había dejado de amar a su marido.

Por otra parte, el peligro mortal que acechaba a Lesœur lo amenazó también a él.

¿No sospechaba ella en aquellas horas, y no sin fundamento, que Bent se hallaba al borde de un peligro?

¿Resultaba acaso completamente imposible que no se viera envuelto en el misterioso asunto del otro?

Antes de colgar el aparato, Ruth recordó que Agnes estaba todavía con aquella mujer, su parienta, y entonces preguntóle a ésta si necesitaba algo en que pudiera servirla lo mismo que su sobrina, por los días que ella deseara.

— Puede usted disponer de mi criada y de mí, si en cualquier cosa podemos ayudarla, señora — ofrecióle.

— La policía me dijo que tendría que ir a Beaulieu. Parece que he de prestar declaración. Pero sepa usted que no me resigno... que no puedo estar segura todavía de que el muerto sea Francis. He de verlo por mis propios ojos.

Nada se le ocurrió a Ruth que pudiera alentar la esperanza desesperada de la señora Lesœur; tampoco le parecía conveniente insistir sobre la veracidad del crimen. Le recomendó, eso sí, que no dejara de visitarla en su casa después de la visita a la policía de Beaulieu.

Colgó el auricular y salió hacia la puerta, dispuesta a seguir interrogando a Mike.

Pero el chófer, sin duda en busca de más amplias informaciones, había desaparecido, yéndose a charlar con los vecinos y a comentar con los compañeros las posibilidades de las diversas teorías que ya empezaban a circular entre los curiosos.

Ruth no tuvo oportunidad de satisfacer su curiosidad y de nuevo penetró en la casa.

Ya en sus habitaciones, intentó concentrar su mente en los diversos quehaceres domésticos, y durante media hora pudo hacerlo muy bien, olvidada de sus preocupaciones; pero repentinamente cayó en la cuenta de que Bent, su marido, tardaba demasiado en regresar; y a partir de este momento ya no tuvo sosiego. Una idea fija la atormentaba: la tardanza de él.

Poco después y cuando ya sus nervios se rebelaban, impidiéndola prestar su atención a lo que hacía, oyó leves pisadas en la escalera y luego unos golpecitos a la puerta.

Dejó caer de sus manos la estilográfica con la que estaba extendiendo un cheque para cancelar la cuenta del almacenero y corrió hacia la sala creyendo encontrarse con su esposo.

Mas no era Bent el que llegaba: era Patrick H. Doyle, el hombre con quien se enfrentó.

La sorpresa hízole proferir un grito.

El singular detective, de un modo inconsciente, echó mano a su corbata, asegurándose de que se hallaba en su lugar el nudo. Acaso tal grito resultaba un tributo de admiración a su persona.

— ¡Oh! — exclamó la mujer recobrando su serenidad, — me alteré porque estaba segura de encontrarme con mi esposo.

— Lo que en otros podrá ser pesadez, es en mí franqueza — respondió Doyle con su natural egolatría. — Yo, cuando quiero, puedo hablar tan gentilmente como cualquier hombre en la tierra, si es que así lo deseo, y podría decir ahora cosas bellas y expresivas acerca de su equivocación; pero no quiero hacerlo. Tengo opiniones definitivas sobre el matrimonio y jamás permito que nadie hable de tal institución con ligereza estando yo delante.

— ¿Cree usted o no cree en el matrimonio? — preguntóle Ruth, asombrada de su salida.

— Siempre la misma dificultad, la eterna dificultad que encuentro en la mayoría de las gentes, especialmente en las mujeres — dijo el hombre. — Se imaginan colegir de una frase mía las consecuencias que se les antojan. Si se pusieran a pensarlo se darían cuenta de lo absurdo que resulta eso. ¿Creer en el matrimonio? Sí; para todo el mundo menos para mí. Pero las opiniones de los demás jamás influirán en la manera de ser de Patrick H. Doyle. Su clara mentalidad no deberá preocuparse de nada que sea ajeno a su profesión. ¿Se puede usted imaginar a Patrick H. Doyle levantándose a media noche para arrullar a un bebé que berrea? Lo enormemente ridículo de una escena semejante llamaría su atención en el acto, señora Reverly.

— Sí, sí, así es — contestó Ruth tartamudeando.

Pero Doyle creyó que su dificultad para hablar provenía de la aplastadora respuesta que acababa de darle.

— Está muy bien, no piense más en ello — le dijo galantemente; — comprendo que mis argumentos no tienen respuesta.

— ¡Ah! — exclamó ella, que no entendía bien lo que le aconsejaba el detective, encontrando sus explicaciones confusas, cosa que le acontecía desde el principio de conocerlo por lo desconcertante de los razonamientos que el hombre emitía.

— John Gerlach, el Shériff, y el agente Sánderson desean que usted se presente en las oficinas del Selectmen, si es que usted no tiene inconveniente — anunció Doyle.

— Iré, claro que sí — respondió ella. — Tenga la bondad de esperarme cinco minutos y estaré lista para tal visita. ¿Me acompañará usted, míster Doyle?..

— Naturalmente — asintió el singular personaje mientras, completamente ensimismado, clavada sus penetrantes ojos en la piedra amarilla de su anillo, como si tratara de analizar las moléculas que la integraban.

Ya en marcha ambos, trató ella de interrogarle acerca de su presencia ante la autoridad, pero Doyle apenas contestaba con monosílabos, mostrándose en extremo reticente, conducta que no dejó de extrañarle a Ruth.

Se limitó a decirle que, desde la noche anterior, sus averiguaciones habían adelantado muy poco.

— Confieso que he sido muy infortunado en no presenciar la intempestiva visita que les hiciera Lesœur en su hogar — dijo, — me hubiera gustado escucharle palabra por palabra.

— Nosotros también lo deploramos mucho — afirmó ella.

Luego, saliendo de su mutismo, el detective le hizo varias concretas preguntas acerca del asesinato, instándola a que le refiriera todo cuanto supiera, y ella iba detalladamente relatándole sus impresiones cuando llegaron al chato edificio que servía de asiento a la administración judicial de Beaulieu.

Ruth, en cuanto penetró en aquellos departamentos, paseó su mirada por todas partes en busca de su marido.

No se encontraba allí Bent y entonces preguntó a Gerlach por su paradero.

El detective Sánderson respondió por el Shériff.

— Hemos pensado, señora Reverly, que la mejor forma de conocer las cosas será interrogando por separado a cada persona — habló él. — Su esposo ciertamente está dentro de estas oficinas y usted podrá verlo cuando terminemos de interrogarla. Esta conducta es conveniente porque así puede saberse mejor lo que cada uno de ustedes piensa sin necesidad de entrevistarse con el otro. ¿No está claro?

Ruth se encogió de hombros, asintiendo con indiferencia. Por su parte, estaba dispuesta a contestar cuantas preguntas se le hicieran.

Así se lo manifestó al agente.

—Muy bien, señora—dijo Sánderson.— Supongamos ahora que usted empezara por relatarnos todo lo que ocurrió en su casa, anoche, después de la visita de Lesœur.

(CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)

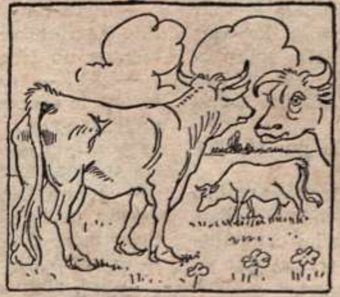
Comentarios

DUDAS DE AÑO NUEVO



ROCA

Y en este año ¿qué harán?
¿Me intervendrán o no me intervendrán?



LAS VACAS

¿Mejorarán nuestros destinos?
Quiéralo el Dios de los bovinos.



EL PROPIETARIO

¿Este año la fortuna me va a favorecer?
¿Podré, según mi gusto, subir el alquiler?



LOS MELOMANOS

¿Se abrirá este año el Colón?
¡Ahí está la gran cuestión!



LOS CANDIDATOS

¿A quién debo elogiar?
¿A Hipólito o a Alvear?



LOS DIPUTADOS

¿Van a permitirme mis ocupaciones
ir a seis o siete u ocho o diez sesiones?

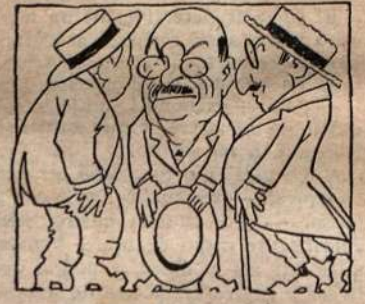


ELPIDIO

¿Lo seré?
No lo sé.

LOS QUE VIVEN DEL PRESUPUESTO

¿No es la más fea de las manías
la de hablar siempre de economías?



LOS AMIGOS DE NOVEDADES

¿Qué harán Gallo, Sagarna y Molina?
¿No hará nada esa gente tan fina?



LOS CHAUFFEURS

¿No atropellaremos?
Lo meditaremos.



UN HOMBRE MUY PREOCUPADO

¡Qué apellido terrible! ¡Qué confusión!
¿Es Lébreton, Le Breton o Le Bretón?



LOS ADMIRADORES DE LOS REYES MAGOS

¿Qué les pasa a los Reyes que aquí no han llegado?
¿Es que el sueldo Molina les ha rebajado?

DIBUJOS DE REDONDO.